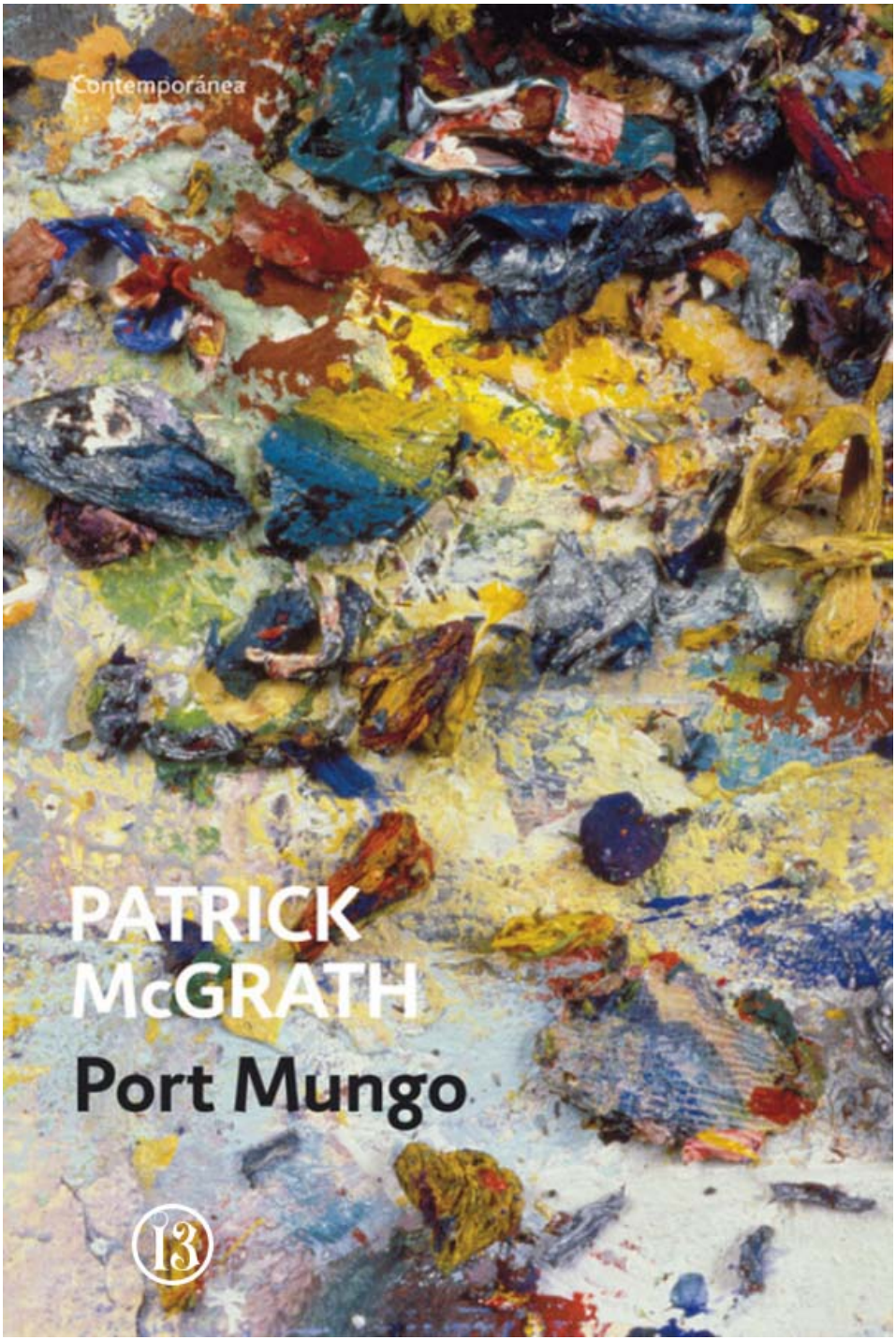

Contemporánea
PATRICK
McGRATH
Port Mungo

Jack Rathbone disfruta de una vida privilegiada en Londres, protegido por su familia y adorado por su hermana, Gin. Durante su estancia en la Escuela de Arte de Londres, Gin es testigo —y por ello sufre en silencio— del enamoramiento de Jack hacia Vera Savage, una pintora bohemia de fuerte personalidad. Jack, mucho más joven que Vera, se traslada muy pronto a vivir a Manhattan. Desde la distancia, Gin narra la truculenta historia de amor de la pareja de artistas: sus días en Greenwich Village, su posterior traslado a La Habana y más tarde a Port Mungo, un rincón de Honduras, donde Jack se revela por fin como artista y empieza a trabajar día y noche, mientras que Vera sucumbe al alcohol, la infidelidad y el abandono. En este marco dramático, una de las hijas de los pintores morirá en circunstancias extrañas. Veinte años más tarde, ya de vuelta en Manhattan, saldrá a la luz la verdad sobre el supuesto accidente.

McGrath traza la línea divisoria entre la luz y la oscuridad. Es una novela apasionante, cuya lectura atrapa desde la primera página. Suspense y tensión hasta extremos inverosímiles.

Patrick McGrath

Port Mungo

Título original: *Port Mungo*
Patrick McGrath, 2004
Traducción: Javier Calvo, 2005

-

Revisión: 1.0

18/06/2023

Para Maria

1

La primera vez que vino a Nueva York, y de eso hace veinte años, mi hermano Jack llegó sumido en una especie de estupor, ya que acababa de morir su hija Peg. ¿Qué se puede decir sobre la muerte de un hijo? La chica falleció con dieciséis años, y el impacto sobre todos nosotros, y obviamente sobre Jack en particular, fue devastador. Cuando vi todo el alcance de su pena, después de que se pasara el *shock* inicial, cuando él fue consciente de la larga marcha de días vacíos y grises que tenía por delante —la vida había quedado vaciada de todo su sentido, su esperanza y su placer—, lo llamé desde el otro lado de lo que parecía un abismo y no recibí más que una respuesta apenas perceptible, que podría haber sido nada más que un eco. Quiero decir que no supe qué decir para volverle a poner en contacto con el mundo, y de forma más inmediata conmigo, que soy su hermana, y es que supongo que en esos casos no se puede decir gran cosa.

Sin embargo, nunca temí por su salud mental. Nunca temí que intentara hacerse daño a sí mismo, y por una razón: tenía su trabajo. Y en su primer intento cansado y reticente de reponerse decidió regresar al estudio, a un *loft* que yo había alquilado para él en un viejo edificio de almacenes de la calle Crosby. Recuerdo haber observado un día en silencio cómo construía bastidores, y cómo la naturaleza automática de aquella actividad familiar le producía un alivio palpable a su alma atormentada. Yo me senté en aquel *loft* bebiendo té e intenté entablar conversación mientras él asentía y gruñía y clavaba sus bastidores, y al día siguiente cortó el lienzo y

empezó a graparlo a los bastidores, y nuevamente fui yo quien se sentó allí con él, hablando o en silencio, lo que él prefiriera, simplemente una figura familiar en el mismo espacio sórdido durante aquellos días lentos y tortuosos. Y también estuve presente cuando él mezcló pintura en un cubo, rojo siena y pigmento negro, y la diluyó con aguarrás hasta darle la consistencia de una sopa, y recuerdo que estuvo dando vueltas a los pinceles con los dedos, pasándose las fibras por la palma de la mano. Había descubierto unos pinceles de segunda mano en una ferretería a un par de manzanas al este, en Chinatown, unos pinceles grandes y desmadejados de decorador, ablandados por una larga vida de uso en manos de los trabajadores.

Mientras lo miraba, pude ver lo que le habían hecho a sus manos los años en Port Mungo. Antes, las manos de Jack habían sido como las mías, nuestro mejor rasgo, en mi opinión: finas y alargadas, con unos dedos esbeltos y terminados en punta, con unos huesos blancos y elegantes intrincadamente ensamblados para el trabajo artístico con el violín, tal vez, o con la pluma. Los míos se habían ido volviendo cada vez más blancos, mientras que los de Jack se habían convertido en puras entidades funcionales, y como cualquier otra herramienta puesta a trabajar todos los días mostraban las señales del uso: mellados y llenos de cicatrices, con las uñas deformadas, la piel quemada y de color marrón, restos de pintura vieja en la base de las uñas y el dorso lleno de cerdas pegadas del color de la paja. Y mientras él asentía y gruñía empecé a ver que el temperamento y el humor del hombre estaban igual de mellados y encallecidos, y comprendí que se había pasado demasiados años trabajando bajo la áspera luz del sol de aquel pueblo desvencijado.

Un día, sin previo aviso, me dijo que no quería verme más por el *loft*. Me dijo que yo lo estaba asfixiando: ¡que yo lo estaba asfixiando! Lo abrupto de aquel rechazo me hirió, así como su falta de gratitud, aunque no me sorprendió del todo.

Porque me confirmaba que los años en Port Mungo no habían contribuido en absoluto a civilizarlo, de hecho tuve la nítida sensación de que allí había destruido de forma deliberada todos los

restos de urbanidad aprendidos durante su infancia en un país que ya no consideraba su patria. No fue hasta que pasaron seis semanas, durante las cuales no tuve noticias suyas, que me llamó y me sugirió que tomáramos una copa.

Nos reunimos en un bar de la calle Lafayette y tengo que decir que su estado me afligió de verdad. En seis semanas se había convertido en un esqueleto sin un gramo de carne. Acallé la ráfaga de irritación que había provocado en mí su apariencia y empecé a sentir la familiar oleada sorda de preocupación creciente. Nos sentamos a una mesa poco frecuentada en el fondo del bar, él se quitó las gafas y yo vi en sus ojos algo que únicamente puedo llamar una extinción del espíritu. Y tuve la poderosa sospecha de que aquello tenía que ver con algo distinto a la pena. Esperé a que me dijera algo. Él jugueteó con su cigarrillo. Hubo un temblor en sus dedos amarillentos cuando se llevó la copa a los labios. Se bebió el vodka con un solo movimiento.

—¿Qué problema hay, Jack?

Él dijo algo así como que ya no podía comer ni dormir ni trabajar ni pensar como era debido…

—¿Por qué no?

Él me miró un momento y luego apartó la vista. Yo conocía bien aquel gesto. Jack lo había llegado a dominar hacía años y pretendía sugerir profundidades de dolor que ningún humano normal podía esperar entender, unos sentimientos reservados para ciertas almas elegidas. Antaño me habría intimidado.

—No te estás pinchando, ¿verdad?

Por un momento pareció que se iba a levantar de su silla lleno de furia y salir en estampida a la noche para infligirse más daño porque nadie lo entendía. ¡Tenía cuarenta años! Pero le faltaba coraje para irse de aquella forma. Dejó escapar un ligero suspiro, sardónico y privado, y se frotó la cara. Me pregunté si querría dinero, si era eso de lo que se trataba. Yo le pagaba el alquiler y le daba una asignación, lo habíamos organizado de forma inmediata al regresar él a la ciudad, pero tal vez tuviera algún hábito que lo había dejado sin blanca.

—No, Gin, estoy llorando mis pérdidas.

Y entonces lo soltó todo, lo solo que estaba sin sus chicas, porque no solamente había perdido a Peg, sino que le habían quitado a su hija menor, Anna, que ahora vivía en Inglaterra con nuestro hermano Gerald. Dijo que en Nueva York se sentía completamente desprovisto de amigos y abandonado, que ya no aguantaba estar solo en el *loft*, y por fin me preguntó si podía venir a vivir conmigo durante una temporada. A mí ya se me había ocurrido que podía ser aquello lo que quería. Yo deseaba decir que sí pero algo me lo impedía, y creo que ese algo estaba relacionado con la intuición, o más bien con el presentimiento, de que en Port Mungo se había alejado mucho del ámbito de la civilización y ahora tenía mucho que ocultarme. Me rompió el corazón que acudiera a mí tan necesitado, y yo estaba preparada para dar mucho, pero no todo, no, tenía que mantenerme a cierta distancia de él, y se lo dije. Le ayudaría con sus problemas si él quería, pero no podía dejarle ir a mi casa.

—No puedes dejarme ir a tu casa.

Lo dijo igual que si estuviera hablando con un perro.

—No.

Él asintió y lo aceptó sin discutir. Creo que notó en mi tono y entendió que yo ya no era la hermana fascinada, obediente y dócil que había sido en el pasado, y finalmente me dijo que sí, que aquello era justamente lo que necesitaba, que lo ayudara con sus problemas, y me sonrió, y la sonrisa creó tales arrugas y hendiduras en la carne tensa de su cara huesuda que me di cuenta de que hacía tiempo que no sonreía a nadie. Ver aquello me enterneció, y le devolví la sonrisa. Y allí estábamos, Jack y Gin, como en los viejos tiempos.

Nos emborrachamos y hablamos de Peg, también de Vera, la pintora Vera Savage, la madre de sus chicas. Él lloró un poco y yo hice lo que pude para reconfortarle. La profundidad de sus emociones me impresionó, pero había malgastado gran parte de sus fuerzas y le quedaban pocos recursos para lidiar con su pena. Nos separamos amigablemente después de hacer varios buenos propósitos. Le dije que se fuera directamente a casa y que no

deambulara en plena noche. Él dijo que sí, pero yo no lo creí. En estado de vigilia, la voluntad de Jack era feroz, pero ahora se encontraba débil y borracho, y la bebida es lo que más deshace la voluntad. Pero cuando a la mañana siguiente llegué a la calle Crosby, él tenía una mirada despierta y estaba espabilado, y había dormido, o eso me dijo, como nunca en los últimos meses. Me alegró saber que todavía me quedaba alguna influencia sobre él. Nadie más podría haberlo apartado de la trayectoria que estaba tomando, por mucho que al parecer yo lo asfixiara.

Así que pusimos orden en el *loft*, organizamos un poco su mesa de trabajo y hablamos de lo que quería hacer. Sus ideas eran más bien oscuras y lúgubres, pero eso no importaba. Lo que necesitaba era el trabajo en sí, y si su breve temporada en lo que él consideraba el infierno era el motor de la creatividad renovada, pues que así fuera. Yo me marché moderadamente confiada en que estuviera una vez más en el buen camino.

Volví a visitarlo al día siguiente, y seguí yendo varios días, y lo vi reanudar concienzudamente sus viejos hábitos, las largas horas de trabajo diario; es decir, la inmersión cada vez más profunda. Había doblado un recodo, y una vez empezó a trabajar ya no volvió a hundirse tan bajo como en las primeras semanas. Por supuesto, nunca se recobró como era debido. Hasta el final de su vida a Jack le quedó en el carácter un ruido que, aunque los años suavizaron hasta convertirlo en una especie de zumbido melancólico, había empezado como grito compungido: lo había creado la muerte de Peg y fue la muerte de Peg lo que lo mantuvo allí. Pero la muerte de Peg no le impidió trabajar; y trabajar, para Jack, generaba una especie de resistencia física que disipaba lo peor del dolor.

En cuanto a qué era lo que pintaba, resultaba inquietante por lo fuertemente impregnado que estaba de lo que a mí me parecía el residuo emocional de la pérdida. Los tonos y los valores eran pesados, emplastados sobre urdimbres irregulares de pinceladas negras, y la impresión dominante era de calor, de enfermedad, de oscuridad y de podredumbre. Él se refería a aquellas como sus «pinturas de la malaria», y ciertamente despertaban en el espectador

ideas de pantanos fríos y húmedos, infestados de enfermedad humeante y cosas por el estilo. A mí me pareció que carecían de la fuerza de las pinturas de Port Mungo, que lo que antes era nítido se había vuelto sombrío, pero por supuesto no es lo que le dije.

Cuando paraba de trabajar y se alejaba del lienzo y se dejaba caer en el sofá, me hablaba de Port Mungo, y las reflexiones le salían tan inconexas y fragmentadas que yo habría creído que estaba psicótico si no hubiera entendido el estado en que le ponía el acto de pintar. Recuerdo que me habló de la noche en que una Vera colérica agarró un cuchillo de cocina y atacó no a Jack, sino su cama, rasgando y desgarrando las telas mosquiteras, apuñalando el colchón y haciendo jirones las sábanas, y aquella locura no agotó su furia sino que k inflamó, y luego fue a por sus lienzos, y él tuvo que desarmarla, y aquella, dijo, no fue la primera vez que ella atacaba su obra, ni mucho menos. A Peg la despertó el ruido y se puso a chillar; era todo por el alcohol, por supuesto. Yo estaba horrorizada, quería saber qué pasó a continuación. Él me dijo que había tenido que echarla de la casa. Ella se pasó una hora aporreando la puerta cerrada con llave, pero él estaba tan furioso que se negó a dejarla entrar de nuevo, así que ella se fue a otra parte, probablemente con su amante…

Creo que fue aquel tipo de asuntos, originados en sucesos todavía frescos en su mente, lo que alimentaba la pasión evidente —al menos para mí— en las oscuras pinturas que pintó aquella primavera: su tempestuosa relación con Vera y, por supuesto, la muerte de su hija. Y creo que se estaba castigando a sí mismo, porque más de una vez, en plena madrugada, cuando la bebida había allanado el camino para que llegaran los pensamientos sinceros, hizo alguna insinuación al respecto. Yo intenté decirle que había hecho lo que había podido, que nadie habría podido hacer más, aunque de hecho yo no tenía ninguna prueba de esto, y dado el misterio que todavía parecía envolver la muerte de la chica, admito que de vez en cuando me imaginaba otras posibilidades, aunque no me tomaba ninguna en serio.

Un año más tarde ya estaba listo para exhibir los lienzos de Port

Mungo, además de algunos de la calle Crosby, las llamadas pinturas de la malaria. Vinieron varios galeristas al *loft* y el otoño siguiente llevó a cabo su exposición en la galería de Paula Cooper. Vendió todos sus cuadros. Fue un éxito de crítica. Qué orgullosa me sentí. Jack Rathbone estaba en el mapa, y si en los años venideros permitió que su estrella decayera, fue decisión suya, tal como él decía. De hecho todo era decisión suya, todo lo que hacía, aunque ahora parece que yo soy la única que se acuerda de ello. No era un hombre que perdiera el norte moral, tal como parece creer Vera, y ciertamente no era un hombre de los que se quitan la vida. Es impensable. Sería una burla de todo.

Un último incidente de este período, que para mí transmite el dramatismo de su fracaso tal vez con más nitidez que ningún otro —me refiero al fracaso de Jack y Vera y a la culminación de aquella crisis en la tragedia de la muerte de su hija—, llegó en el verano sofocante de 1982. En aquella época si uno vivía en el SoHo tenía que ir a hacer la compra a Chinatown, y mi hermano había adquirido una bicicleta negra y grande con una cesta en la parte delantera y un par de alforjas detrás. Su edificio tenía una empinada escalera de peldaños metálicos, y un día de aquel mes de agosto Jack llegaba bamboleándose sobre los adoquines con sus compras cuando vio a una mujer sentada junto a una maleta en lo alto de su escalera abanicándose enérgicamente con un periódico.

Pobre Vera, Port Mungo no la había tratado bien. El sol tropical había destruido lo que antaño había sido una tez de porcelana, y además llevaba una temporada luchando con el alcoholismo. Más adelante, sin embargo, Jack me contaría que Vera había mantenido encendida la llama que él había visto por primera vez en Londres cuando era un muchacho de diecisiete años y ella una mujer de treinta, y eso, me dijo, a pesar del hecho, o tal vez, perversamente, debido al hecho de que la vida le había dado tantos golpes. Al oír aquello, yo me di cuenta de que la carga sexual entre ambos no estaba muerta ni mucho menos, ¡ni siquiera estaba dormida! Vera

bajó las escaleras, él la abrazó y la bicicleta cayó dando tumbos hasta la calle de forma que la comida se desparramó por todas partes: huevos rotos, leche derramada, manzanas rodando por la alcantarilla. Y los huevos, me contó, empezaron a freírse sobre la acera de tanto calor que hacía.

Subieron siete pisos en la penumbra polvorienta hasta el apartamento de Jack, doscientos treinta metros cuadrados de *loft* de techos altos y paredes de ladrillo con enormes ventanales que daban a la calle. Vera no hizo ningún esfuerzo por disimular su curiosidad, de inmediato se puso a husmear, una pintora en el espacio de otro pintor, un acontecimiento animal, una actividad canina. Tenía envidia, ¿y qué pintora no la tendría? Era un buen estudio. Se lo había encontrado yo, y yo sabía lo que necesitaba. No le faltaban paredes ni tampoco luz. Poco después estaban aposentados debajo del ventilador en lo que pasaba por ser la zona habitada por Jack, que comprendía un colchón maloliente y un sofá viejo subido de la calle. Ella le contó que ahora vivía al norte del estado pero que estaba de camino a Londres, donde alguien le había conseguido una exposición.

—Pero creo que me voy a mudar aquí —dijo ella.

—Y una mierda.

Aquello le permitió vislumbrar a la Vera de antes, la mujer curtida que lo había sacado de Inglaterra y le había enseñado a pintar. La madre de sus chicas.

—Te doy tres noches en el sofá.

—¿A eso lo llamas un sofá?

Fue una ocasión agradable, una ocasión feliz, pero estuvo fuera del tiempo, me contó Jack más tarde, fuera de todo, fue una burbuja dentro de la cual se entregaron a una reunión que no se podía aguantar, ni siquiera prolongar más allá de aquellos cinco días y noches. El tiempo se volvió cenagoso, tropical, lento como el río Mississippi: dormían hasta mediodía y se quedaban despiertos hasta las cinco de la mañana porque se estaba más fresco de madrugada. La ciudad se asfixiaba y apestaba, había una humedad inmóvil y pesada, un silencio en el que parecía que ellos eran las únicas almas

vivientes. La gente dice que Manhattan cancela la distinción entre dentro y fuera, pero creo que esto no era cierto en el caso de Jack porque era un artista. Cuando cerraba la puerta no estaba en Nueva York, sino en el interior de su propia cabeza, de sus propias tripas, como diría él, y el placer, cuando era más joven, residía en abrir la puerta y salir a mezclarse con la humanidad rugiente. Tenía dos ventiladores de pie a cada lado del colchón. En aquel colchón comían, dormían y tenían relaciones sexuales con frecuencia, y a medianoche salían del edificio para sentarse en algún bar a beber cerveza. A menudo hablaban de Peg, y después de haber llorado tanto a solas por su hija muerta, a Jack le sentaba muy bien llorar en brazos de Vera. Hablaban de Port Mungo y de Anna, la hermana menor de Peg, que ahora tenía ocho años. Llevaba tres años viviendo con la familia de Gerald —que tenía mujer y tres hijos, todos mayores que Anna—, y Vera estaba planeando visitarlos. Así es como pasó el tiempo. Y en aquel intervalo tranquilo y silencioso, el frenético ímpetu creativo de Jack perdió gas hasta detenerse, y brevemente, a través de Vera, se puso en contacto, si no real sí al menos espiritual, con la familia que había perdido.

Vera hizo su proposición la noche antes del día en que tenía que irse a Londres. Creo que sabía que no tenía ninguna posibilidad, pero tenía que hacerla de todas maneras. Así era Vera, si se le ocurría una posibilidad de algo jamás se la guardaba, el hecho de que se le hubiera ocurrido exigía por lo menos un intento. Y todavía hoy es así. Así que le dijo a Jack que iban a volver a empezar juntos, no como antes sino de una forma nueva, de una forma mejor. Comprarían una granja al norte de la ciudad y harían dos estudios grandes, los dos con vistas al río: Mungo del Hudson. ¿Qué le parecía?

—¡Pero es que no quiero vivir en el valle del Hudson!

—Pues viviremos en Nueva York. Viviremos aquí.

Él la miró con cariño. No la acusó de ir detrás de su *loft*. Ella lo decía en serio y al mismo tiempo sabía que no tenía ninguna posibilidad.

—No, cariño —dijo él, y aquello le costó horrores.

Se tendría que haber enfadado con ella por obligarle a decirlo, pero ya se esperaba que lo hiciera, tenía que hacerlo, lo había sabido en el mismo momento en que le dijo que podía dormir en el sofá. No la acompañó al aeropuerto, ella no le dejó. No habían dormido. Él salió a la escalera de incendios y la vio salir del edificio. Ella lo miró, protegiéndose los ojos del sol matinal con la mano. Se quedó en medio de la calle y le dedicó una pequeña floritura parecida a la que él había visto por primera vez en Charing Cross Road a los diecisiete años, haciendo un pase con su sombrero panamá muy cerca de la acera: una cita, sí, del *Libro de los tiempos mejores*. Aquello le puso triste. Luego ella se alejó por la calle con su maleta, aquella mujer ajada, vestida con una falda ajustada, ya pasada la cincuentena, muy sola, sin un penique, a punto de coger un autobús al aeropuerto para ir a una exposición en una galería ignota de Londres. Jack pensó: Ya hace mucho tiempo que dejó de ser una promesa y su talento está totalmente agotado. ¿Qué va a ser de ella? ¿Qué les pasa a los pintores a quienes se les acaba el talento, a los pintores quemados? Se quedó en la escalera de incendios viendo cómo se alejaba por la calle. Vera lo había perdido todo, todo salvo la vista. Seguía teniendo su vista, y cuando él le sacó sus lienzos, el trabajo que había hecho desde su regreso a Nueva York, ella había hablado con mucha generosidad de sus resultados. Había mucho de ella en aquellos cuadros, era cierto, pero él, que había llegado hacía poco a la ciudad y estaba empezando a conocer el éxito, se había henchido y se había llenado de júbilo al oír las alabanzas de Vera como no lo había hecho ante los elogios de nadie más. Al meditar sobre esto más adelante, me di cuenta de que él pintaba para ella, solamente para ella, y que el juicio y la aprobación que importaban eran los de ella.

Hace diez años que Jack se marchó del *loft* de la calle Crosby y se vino a vivir conmigo a la calle Once Oeste, por sugerencia mía. Durante sus últimos años en Nueva York lo vi cambiar, pero los cambios fueron superficiales. Cierta timidez agreste, aquella famosa

cualidad *farouche*, se fue templando un poco, y empezó a guardar sus energías, a reservar lo mejor de sí mismo, para el estudio. Dejó de salir y su aspecto se volvió característicamente extraño. Empezó a parecer una especie de apache urbano: llevaba el pelo plateado y atado con pañuelos negros, iba vestido con ropa holgada, toda de color azul oscuro y negro, que ondeaba en torno a su cuerpo larguirucho, y tenía la cara larga y huesuda quemada y erosionada por los trópicos, todavía más descarnada y tensa y aguileña que en el pasado. Dejó de beber salvo por el vino y su cóctel de las seis, y consiguió dejar de fumar. Cambios superficiales, tal como digo. Lo que permaneció constante fue el regreso diario al estudio, la irrevocabilidad de la puerta al cerrarse.

En sus últimos años, por tanto, mi hermano vivió como un recluso y mantuvo hacia el mundo una actitud de indiferencia e incluso de hostilidad abierta. De día pintaba y yo no lo molestaba. Su estudio estaba en la planta de arriba de la casa, con una ventana desde la que se veía el jardín, uno de esos jardines estrechos de ciudad condenado a la penumbra perpetua porque estaba encajonado entre edificios más altos que impedían que llegara la luz. Yo lo dejaba crecer a su aire, como un jardín ruso, aunque por supuesto a menor escala. Pensaba en él como en un pasto. Pero Jack estaba lo bastante arriba como para recibir buena luz del norte, y también tenía vistas a la calle, y cuando cerraba la puerta detrás de sí no sonaba ningún teléfono y no oía más voz que la suya. Allí podía pensar. Recuerdo haberle comentado una vez esto y él dijo «¿Pensar? No, no es pensar», y todavía recuerdo la ferocidad de su tono, todavía veo cómo enseñaba el colmillo, «es sumergirse en unas regiones de la mente», y llegado aquel punto hizo una pausa, lo recuerdo, entrelazó los dedos de la mano y apoyó la barbilla en ellos, con el ceño fruncido, luego añadió con solemnidad: «Donde me someto a imperativos ajenos a todos los mundos salvo el arte».

Aquellas palabras portentosas resonaron unos segundos en el aire, y luego, con una risa parecida a un ladrido, las dispersó a los cuatro vientos. No era un hombre pomposo.

Pero mi hermano invirtió gran parte de su vida en crear

precisamente las condiciones en que podía ocurrir aquella «inmersión». Y lo hacía a pesar de las exigencias de otra gente, me refiero al clamor de la responsabilidad doméstica y de las demandas de intimidad. Ahora creo que pagó un precio terrible por su alejamiento diario, pero también sé que para él era igual de necesario que el oxígeno. Si se le privaba del mismo durante demasiado tiempo, se convertía en una pesadilla. Necesitaba sumergirse, decía, quedar inmerso, a fin de acercarse a un entendimiento primitivo de lo que pretendía. Pero ¿qué pretendía? Es imposible saberlo con exactitud, aunque una vez Jack me dijo que creía que el arte era principalmente un vehículo para la exteriorización de heridas psíquicas. Ciertamente, gran parte de su actividad era un intento de controlar el desorden suscitado por la confusión emocional que había experimentado —la pérdida y el dolor, la culpa, el fracaso y la ira—, de controlar todo eso, sí, y al mismo tiempo encontrar un poco de verdad. Supongo que eso es también lo que yo busco.

En cuanto a la mecánica de nuestros días, a las seis nos reuníamos en la planta baja y hablábamos. Así pasábamos las veladas, Jack y yo, después de que él terminara en el estudio, yo preparaba un cóctel para los dos, nos sentábamos en el enorme salón y hablábamos, principalmente sobre el pasado. Digo el pasado, pero debería decir el pasado de Jack, porque a él le habían pasado muchas más cosas en la vida que a mí. De hecho, ¡el acontecimiento más interesante de mi vida era Jack! Él había viajado más que yo, había llegado más lejos en la vida y ciertamente había sufrido más. En resumen, tenía más recuerdos que yo. Yo había oído muchas veces casi todas sus historias, pero él siempre conseguía interesarme de nuevo, y en ocasiones incluso lograba hacerme oírlas como la primera vez, lo cual provocaba en él una especie de sarcasmo afectuoso. Le gustaba decir que había conocido a muchas mujeres como yo, mujeres del tipo bohemio, diletantes, decía, turistas, temerosas de tener experiencias pero al mismo tiempo llenas de curiosidad por la vida: mujeres que prefieren pensar en la vida que ensuciarse para vivirla realmente.

Aquello me dolía, pero yo no discutía con él porque había un núcleo de verdad en lo que decía. Soy una mujer inglesa alta, flaca y desgarbada, bebo demasiado y, sí, supongo que soy más bien… bueno, poco apasionada, distante, engreída, incluso esnob, me han llamado todas esas cosas, además de fría, estirada e intocable, aunque quienes me consideran intocable nunca me han visto cuando era perfectamente tocable, ¡eso sí que no! También debería decir que tengo unos ingresos independientes que siempre han cubierto bastante bien mis necesidades y también, debo decirlo, las de Jack. Razón por la cual siempre me impresionó que siguiera trabajando hasta el final. No con el mismo fervor de su juventud, claro está, ni tampoco con la intensidad sostenida de sus años intermedios, pero sí que trabajaba, trabajaba todos los días, y yo me tomaba bastante interés por su obra, en la medida en que él me dejaba. Admito que en parte me movía la preocupación por su salud. Le atormentaba la artritis, y aunque solía ser capaz mediante la simple fuerza de voluntad de no hacer caso ni del dolor sordo y continuo que le producía ni de las punzadas esporádicas, la restricción que todo aquello imponía a los movimientos de sus nudillos era algo muy duro. A veces resultaba debilitador. Nos dijeron que la causa no se sabía con certeza, pero que podía ser una reacción alérgica sostenida a sus propios tejidos, lo cual resulta irónico, por no decir otra cosa. Curiosamente, su vieja medicina para la malaria de Port Mungo le controlaba la inflamación cuando se ponía muy mal.

Yo tengo unas manos perfectamente saludables, de hecho mis manos son lo mejor que tengo. Solía decirle a Jack que si hubiera alguna forma de hacer un intercambio de manos, se las cambiaría de inmediato.

2

Probablemente sea cierto de la mayoría de niños que no son conscientes de la naturaleza de su educación hasta mucho después, cuando pueden mirar hacia atrás y verla con cierta objetividad. Ese nunca fue mi caso ni el de Jack. Nacimos en una buena familia, y ya de niños supimos que estábamos teniendo una infancia privilegiada, y también que resultaba una infancia excéntrica por su falta de estructura, sobre todo porque nuestro padre, hablando emocionalmente, estaba casi del todo ausente. Mi madre murió cuando yo tenía tres años y Jack era un bebé, así que ninguno de los dos teníamos ningún recuerdo de ella. Mi padre nunca se volvió a casar y nunca pudo hablar de aquella «mujer perfecta» sin ponerse sensiblero y lloroso, algo que a Jack y a mí nos parecía vergonzoso y un poco ridículo. Gerald era cinco años mayor que yo, pero nunca lo veíamos porque siempre parecía estar fuera, en la escuela o de viaje.

Cuando pienso ahora en mi padre me avergüenza el poco aprecio que le tenía de niña. Puede que fuera un hombre distante, pero también era amable, gentil y tolerante, y tras su muerte me sorprendió ver cuánto le querían quienes lo conocían. A mí me tenía un afecto especial, supongo que porque era su única hija, pero no recuerdo habérselo devuelto hasta mucho después, esclava como era yo de Jack, que no tenía más que burlas para el viejo. Creo que a los niños les pone incómodos la tristeza, y ciertamente es el caso de Jack.

Fue una flaqueza de mi padre no enviarnos a Jack y a mí a la escuela, sino emplear a una serie de tutores privados para nosotros,

la más memorable de los cuales fue una joven que tenía el inverosímil nombre de Helen Splendour. La señorita Splendour nos enseñaba literatura alemana e historia de Irlanda, aunque su verdadero mérito fue despertar en nosotros la pasión por el arte. Era una mujer pequeña y flaca que llevaba medias marrones de estambre, ropa de *tweed* de colores terrosos y que insuflaba una solemnidad intensa a todas las actividades que promovía. Le interesaba la historia de nuestra familia, de modo que se convirtió en uno de nuestros deportes más amados —mientras paseábamos por las playas desiertas de Suffolk en días borrascosos de otoño para luego sentarnos temblando sobre las dunas y hacer estudios en acuarela del cielo— ver quién de los dos era capaz de inventarse y contarle la historia más extravagante sobre nuestros antepasados, muchos de cuyos retratos colgaban en las galerías polvorientas de nuestra casa.

Fue Jack quien se inventó la Maldición de los Rathbone. Se trataba de un viejo maleficio que él aseguraba que había afectado a generaciones sucesivas de nuestra familia durante varias centurias. Jack tenía una imaginación sexual precoz cuando era chico y siempre conseguía que la señorita Splendour se ruborizara con historias de voraces Rathbone de apetitos desatados y afectados por una carencia absoluta de fibra moral, cuyas hazañas eran toleradas por la fortuna de la familia y su posición en el condado. Él nos describía una brutal desfloración en un establo o en el bosque y las consecuencias catastróficas que le seguían, y la idea de que las mujeres del lugar hubieran sufrido semejantes brutalidades hacía temblar de gozo a la señorita Splendour.

Por las noches nos tumbábamos frente al fuego en el suelo del aula con libros de reproducciones de la biblioteca de mi padre extendidos sobre la alfombra. Recuerdo que nos encantaba Hogarth por sus caricaturas y Blake por su pulga. Durante un breve período veneramos a los prerrafaelitas por encima de ningún otro. Luego descubrimos a los expresionistas alemanes: un cuadro de Kokoschka nos producía un placer especial, *Asesino en busca de mujeres*, y decidimos que lo habíamos encontrado, que aquella era nuestra

vocación, que un día estudiaríamos bellas artes en Londres y viviríamos vidas poco ortodoxas y nos convertiríamos en pintores de verdad. Y a medida que iban pasando los años de nuestra infancia el sueño no se desvaneció, sino que se fue fortaleciendo, espoleado por la determinación de Jack y por el apoyo entusiasta de la señorita Splendour.

Todos los veranos mi padre nos llevaba al oeste de Irlanda, donde él realizaba su peregrinación anual a la tumba de William Butler Yeats. Íbamos nosotros dos solos, ya que Gerald siempre estaba en algún viaje de la escuela al continente, así que guiados por la señorita Splendour, con sus recios zapatos bajos de cuero marrón y sus medias marrones de estambre, subíamos las colinas de Corraun y de Achill, nos acomodábamos en los salientes rocosos azotados por el viento y desde allí intentábamos distinguir la línea de la costa, la bahía que se abría más allá y la montaña sagrada de Croagh Patrick a lo lejos. Jack tenía un verdadero talento, aquello fue obvio desde el principio, mientras que mis habilidades eran más modestas. Pero bajo la mirada inteligente de la señorita Splendour me volví competente, más o menos, en los bocetos y las acuarelas.

Un verano mi padre le compró una barquita con motor fuera borda a un pescador del lugar. Todavía no he olvidado su aspecto, o mejor dicho su olor, porque siempre que pienso en aquella barca parece que me vienen de inmediato a las narices gases de petróleo, algas y humo de turba. Había una condición bajo la cual podíamos usar la barca, que era que Jack nunca podía ir en ella sin mí. Se conocía que Jack era temerario, mientras que yo era sensata. Había una estrecha playa de guijarros a menos de un kilómetro de la parte trasera de la casa y allí era donde teníamos la barca, encadenada a un árbol.

Recuerdo un incidente de aquellos años con una claridad que ahora contemplo con recelo, porque temo que pueda ser la síntesis de una serie de incidentes protagonizados por Jack, por mí y por la barca. Pero un día en que el cielo amenazaba con lluvias y el viento refrescaba desde el este, Jack, por razones perversas que él sabría, quiso salir con la barca, pero la señorita Splendour dijo que no era

buena idea y yo la apoyé, porque a menudo Jack llevaba estúpidamente la contraria por pura frustración. Todavía recuerdo a los tres de pie en la playa debajo del cielo oscuro y los goterones de lluvia y a Jack diciendo con altanería que iba a salir con la barca sin importarle lo que dijera nadie, y a la señorita Splendour pidiéndole en tono emocionado —¡prácticamente llorando!— que no lo hiciera y llamándolo maldito idiota. Pero él no le hizo caso. Arrastró la barca hasta la orilla del agua mientras la señorita Splendour trataba de detenerlo y yo me limitaba a mirar en un estado de consternación creciente. Pronto Jack tuvo la barca en el agua, y mientras él arrancaba el motor yo eché a correr sobre la espuma y me subí con él, redoblando así la aflicción de la pobre mujer.

En la bahía había una isla a un kilómetro y medio aproximadamente de la orilla sur de Achill llamada la Isla Fantasma, sin nada más que una pequeña granja abandonada y sin tejado donde encendíamos un fuego y nos poníamos en cuclillas para fumar puros robados del estudio de mi padre. Aquel día en particular zarpamos bajo la llovizna y llegamos a la isla sin percances. Una hora más tarde, sin embargo, estábamos encogidos junto a las cenizas empapadas de la fogata, con los puros apagados y calados hasta los huesos por la lluvia cuyas gotas caían como clavos por entre las vigas. Jack levantó la vista hacia las nubes negras, que ahora volaban bajas, y declaró sin un asomo de duda que iba a escampar enseguida.

Pasó una hora, o lo que parecía una hora, y para entonces ya empezaba a oscurecer. Jack dijo que la tormenta casi había terminado, y era cierto que el viento parecía estar amainando, así que avanzamos como pudimos por las rocas y arrastramos la barca hasta el mar. Casi de inmediato nos encontramos dando sacudidas y zambulléndonos en un agua negra y picada. Yo estaba sentada en la proa, congelada hasta la médula de los huesos y sintiéndome más desgraciada de lo que me había sentido nunca. A través de la lluvia veía la casa al otro extremo de un kilómetro y medio de agua, un edificio largo, bajo y encalado, parcialmente oculto tras una cortina traslúcida de lluvia y con humo gris saliendo en sentido horizontal

de las chimeneas. Jack tiró de la cuerda y maldijo con furia, pero el motor se limitó a chisporrotear mientras el bote se bamboleaba impotente entre las olas.

Luego, con un rugido y con un eructo de humo, el motor arrancó y empezó a resoplar, y Jack gritó que ya había pasado lo malo, y todavía puedo verlo, erguido en la popa, inflamado de emoción, con el pelo pegado al cráneo y la cólera de hacía un segundo ya olvidada por completo. Así que me incorporé y, como él, intenté creer que estábamos teniendo una aventura grandiosa, y durante un rato casi lo conseguí. Pero a Jack ni siquiera le hacía falta intentarlo.

El mar se fue encrespando todavía más a medida que nos alejábamos de la orilla, pero entre el viento y la lluvia yo ya no oía los resoplidos del motor, y como nuestro avance era prácticamente nulo, y las olas negras nos venían desde todos los lados y Jack tenía que cabalgar sobre ellas para que no volcáramos, ya no tenía ni idea de si se había calado. Entonces llegó una ola enorme, recuerdo que me subió a la garganta un pánico repentino, cerré los ojos y me asomé por la borda que se sacudía salvajemente, rezando a Dios para que nos llevara a casa sanos y salvos, pero de alguna forma conseguimos subir a la pared de agua y caer a plomo por el otro lado. Yo sabía que iba a vomitar y así fue, vomité violentamente, y no fue solamente por el movimiento de la barca sino también por puro terror. Experimenté una sensación horrible de asfixia, el pelo me tapaba la cara, mi estómago sufría arcada tras arcada hasta quedar completamente vacío, los ojos me lloraban, me salía agua de la nariz… Y en medio de todo aquello me di cuenta por encima del rugido del viento de que Jack se estaba riendo a carcajadas, ¡y era porque yo estaba vomitando! Y cuanto más vomitaba yo, más fuerte se reía él, estaba como loco, chorreando agua y soltando sus risotadas estridentes al cielo, jamás he podido olvidarlo. Luego empezó a cantar.

Tardamos dos horas en cruzar un trozo de agua que normalmente recorríamos en quince minutos, y más tarde Jack declaró que de haberse apagado el motor la corriente nos habría

arrastrado rápidamente al Atlántico. Dijo que había pasado la mejor tarde en lo que llevaba de vida. Yo recuerdo que mientras nos acercábamos a la playa de detrás de la casa vimos la figura pequeña y mojada de la señorita Splendour esperándonos en la orilla, y que nunca había visto nada tan patético en mi vida.

Tengo otro recuerdo de aquella época que considero que tengo que incluir aquí. Una tarde subí las escaleras de la casa para ir a buscar un libro, y mientras caminaba por el pasillo oí voces dentro del aula, aunque no se veía luz por debajo de la puerta. Cuando la abrí vi a Jack sobre la alfombra a oscuras, apoyado en las manos, con las piernas extendidas delante de él, y a la señorita Splendour a su lado, apoyada en un codo, con unos mechones de pelo sueltos del moño pulcro y prieto que llevaba en la parte de atrás de la cabeza. Se giraron hacia mí y la señorita Splendour se incorporó de repente, asustada y alarmada, y tenía razón al estarlo: mi hermano tenía el pene fuera de los pantalones, enfáticamente erecto, y estoy bastante segura de que un segundo antes de que yo abriera la puerta la señorita Splendour lo había tenido en la mano o en la boca o en ambos. Era enorme, eso sí lo recuerdo del instante en que lo vi cuando entré a coger mi libro. Al salir del aula di un portazo muy fuerte detrás de mí.

La señorita Splendour nunca me dijo una sola palabra sobre lo que yo había visto aquella noche, y al día siguiente se comportó con su habitual energía briosa y jovial, como si no hubiera pasado nada. De hecho, nos dejó al cabo de unos meses, aunque nunca pude averiguar si ambos sucesos estaban relacionados. Por otro lado, Jack estaba encantado de hablar de ello. Por entonces él debía de tener unos catorce años y yo unos dieciséis. Le dije que no quería saber nada, pero aquello solamente pareció incitarlo, y con una insistencia sonriente y diabólica me preguntó qué había pensado yo al abrir la puerta y verlo allí junto a la señorita Splendour con el miembro fuera. Yo le dije que me parecía una estupidez como una casa. ¿Qué habría pasado si en lugar de mí hubieran sido papá o la señora Croke? La señora Croke era nuestra ama de llaves. Jack soltó una risotada ante la idea de que la vieja señora Croke lo encontrara en

compañía de la señorita Splendour y con el miembro fuera.

—A ti te parecerá divertido —le dije—, pero a mí no.

—Eso es porque eres una chica.

—¿Y qué?

Aquello no me lo pudo responder. Pero lo que estoy intentando sugerir es que la curiosidad sexual de mi hermano, o, mejor dicho, su apetito sexual, aunque se hubiera iniciado a una edad temprana, seguía teniendo una cierta naturaleza abierta, sincera y saludable, al menos en el seno de nuestra relación. No había nada furtivo en ello. Jack siempre me enseñaba sus dibujos eróticos, que eran ciertamente muy gráficos, y hablábamos de sexo igual que podíamos hablar de lo que habíamos cenado, tal era la cómoda intimidad de la que gozamos durante nuestra infancia, y que duró hasta el día en que se escapó con Vera Savage. Y nada de todo aquello nos cohibía. Éramos hermanos, Jack y Gin, ¿por qué íbamos a ocultarnos nada? Eso llegaría más tarde.

En aquella época, Jack estaba entregado concienzudamente a ser artista, y no era en absoluto una ambición que careciera de realismo. Su temprana promesa mostraba todos los indicios de ir a madurar en forma de un talento sólido, y el arrojo de su carácter era evidente en la forma en que a veces prácticamente atacaba el lienzo con el pincel cargado de pintura. Pero también podía ser lento y reposado, como si el acto de pintar acallara o aliviara las emociones de su corazón joven y turbulento. Entretanto mi entusiasmo iba decayendo, aunque no se lo dije a nadie, ni siquiera a Jack. Yo había reparado en que él era mucho mejor artista de lo que yo sería nunca, pero no quería quedarme atrás. Supongo que en cierto modo estaba enamorada de él. Estábamos impacientes por ir a Londres y mi padre, después de haberse resistido durante un tiempo a nuestros planes, por fin cedió, aliviado, creo yo, por poder librarse de nosotros, ya que nuestras varias escapadas alcohólicas nos habían convertido en un problema para él. Nos dio una asignación bien generosa que a mí me tocaba administrar como me pareciera conveniente, lo cual hizo despotricar a Jack, como es natural, pero de nada le sirvió.

Luego llegó Londres y la Saint Martin's School. Habíamos pasado una parte tan grande de nuestra infancia teniéndonos solamente el uno al otro a modo de compañía que me daba reparo lo que el resto de alumnos pensara de nosotros. Eramos dos jóvenes altos y narigudos, con bastante aspecto de pájaros, de cigüeñas pálidas, pensaba yo. Teníamos el pelo del color de la arena mojada, hablábamos con acentos guturales de la campiña y, a pesar de nuestras mejores intenciones, despedíamos un aire de arrogancia desdeñosa que sospecho que a le gente le resultaba bastante desagradable. Jack se propuso cambiar aquello. Tenía intención de conquistar la metrópolis, y gracias a su indumentaria y a su conducta pronto eliminó cualquier impresión de superioridad. Elaboraba opiniones deprisa, las formulaba a voz en grito, se emborrachaba a menudo con cerveza, y al cabo de unos pocos meses ya había reunido a su alrededor una especie de círculo. En cuanto a mí, yo había decidido poco después de nuestra llegada a la capital que el mejor papel que podía jugar en aquel drama de conquista era el de la hermana sabia y silenciosa. Lo acompañaba a todas partes y, siempre vigilante, no perdía la ocasión de murmurarle un consejo al oído. Me vestía con discreción y fingía ser inescrutable como una lechuza, confiando en que así delimitaría para mí una posición definida e inexpugnable en su séquito.

3

Cuando yo la conocí, Vera Savage era una artista ya establecida de treinta años y la única de su generación que ya había expuesto obras en Estados Unidos. Jack afirmaba que dos de sus pinturas eran obras maestras: una se llamaba *El espíritu del Blitz*, un cuadro cáustico e irreverente que había causado una especie de escándalo al exponerse por primera vez. El otro, *El vándalo a las puertas*, era notable ya por su tamaño enorme. Ambos cuadros eran figurativos —lo cual constituía una rareza de por sí en pleno apogeo de la abstracción— y ambos estaban ejecutados en tonos estridentes, llenos de contrastes y dotados de una energía chillona e insolente que no debía nada a la discreción pictórica, al decoro lineal, a la contención tonal ni a ninguna de las demás cualidades defendidas por el arte inglés. Aunque de hecho Vera no era inglesa, era de Glasgow. Pero Jack había declarado con rotundidad que aquella era la única forma en que se podía seguir pintando. Era 1957 mi hermano tenía diecisiete años y Vera Savage venía a la Saint Martin's School a darnos una conferencia sobre arte moderno.

Así que allí estábamos, en la tarde húmeda de un jueves, esperando inquietos en la acera de enfrente de la facultad con otros alumnos cuando oímos varias exclamaciones, hubo una especie de tumulto, una refriega, y pudimos vislumbrar a una figura sonriente y desmelenada vestida con medias negras y un vestido de fiesta gastado que entraba en el edificio escoltada y tambaleándose sobre tacones de aguja. A Jack le gustó de inmediato su aspecto, estaba claro, y también el porqué: vestía como una prostituta. Allí estaba en

el estrado, una mujer gritona y pechugona con un vestido ajustado y una gruesa capa de base de maquillaje. Tenía una mano apoyada en la cadera y agitaba la otra en el aire mientras nos hablaba con una especie de bravuconería ronca y nerviosa, y yo recuerdo que me pareció una mujer dogmática y no muy bien definida, como si no estuviera del todo sobria. Tenía el pelo del color del carbón, los labios escarlata y le faltaba un diente, cuya ausencia le confería un aspecto nítidamente amenazador cuando sonreía. ¿Y de qué nos habló? He olvidado la mayor parte, pero sé que nos habló de lo absurdo que era estudiar bellas artes, lo cual le valió una ovación, luego nos habló de la inspiración, y nos dijo que viajar, beber, el color negro y las masas de agua —la pasión— eran la clase de cosas que la inspiraban a ella. Y que como artistas era nuestro deber encontrar lo que nos inspirara a cada uno. También nos dijo que teníamos que ser capaces de trabajar en cualquier parte. Su estudio, nos dijo, era una sala de operaciones en desuso situada en el sótano de un antiguo hospital para enfermos infecciosos. También declaró que un artista de verdad dejaría morir de hambre a sus hijos antes que trabajar en otra cosa que no fuera su arte, y al oír aquello Jack se levantó de un salto y se puso a aplaudir, lo cual provocó risas en toda la sala. Después de la conferencia Vera nos buscó y nos pidió que nos uniéramos al grupo al que estaba llevando al *pub* de al lado. Siete semanas después Jack se escapó con ella a Estados Unidos.

Siete semanas. En siete semanas lo abandonó todo: a su familia, su casa, y también lo que yo consideraba la vida bohemia que llevábamos en un piso desordenado de Kennington, donde montábamos fiestas locas —o por lo menos a nosotros nos parecían locas—, nunca lavábamos los platos ni hacíamos la cama ni barríamos el suelo. Creo que la noche que conocimos a Vera, Jack no durmió ni un minuto. Se encontraba en algún momento de la velada sentado al lado de ella en el fondo del *pub*, y después de decir algo que llamó la atención de ella, y después de permanecer luego sentado con la cabeza gacha y la mirada en el suelo mientras ella hablaba enérgicamente con él, para mi horror Jack le cogió la cara con ambas manos, pronunció alguna clase de bendición sobre Vera y

la besó en la frente. Luego soltó un grito.

A ella le hizo gracia aquello. Lo cogió rápidamente del pelo y le devolvió el beso, le dio un beso enérgico en los labios con la boca abierta. Jack se ruborizó, pero no de vergüenza, sino de una especie de excitación descarada, luego miró a su alrededor y encontró mi mirada, regocijándose en su propia audacia. Yo estaba de pie en un margen del grupo, bastante sobria y mirándolo con consternación palpable. Los dos se pasaron el resto de la velada hablando en voz baja, soltando de vez en cuando carcajadas estruendosas y bebiendo mucho. La última vez que vi a Vera Savage aquella noche ella estaba en medio de Charing Cross Road y le dedicó a Jack una reverencia acompañada de abundantes florituras barrocas de la muñeca. Él le iba diciendo a voz en grito que la vería al día siguiente mientras yo me lo llevaba a rastras y hablando entre dientes.

A la hora de comer del día siguiente entramos en el *pub* y allí estaba ella, sola, esperándonos. O, mejor dicho, esperando a Jack. ¿Por qué? Detrás de una fachada de estudiada excentricidad él seguía siendo en gran medida un serio estudiante de bellas artes, y su reducida experiencia del mundo le otorgaba apenas una mínima pátina de sofisticación con la que esconder las profundidades de su ignorancia interior. Pero era ambicioso, y atrevido, y se tomaba a sí mismo extremadamente en serio, y tal vez era eso lo que a ella le atraía. Un par de días más tarde, cuando Vera vio el trabajo de mi hermano y al parecer le gustó, la historia se consolidó. Creo que ella reconoció un eco de su propio estilo, aunque inmaduro y sin formar, y se sintió halagada. En cuanto a Jack, estaba enamorado, me lo había dicho la noche anterior. Había sucedido en el *pub*, dijo, y aunque nunca había experimentado una emoción semejante en su vida, no albergaba ninguna duda acerca de lo que aquello significaba. Y conocía el momento exacto: en un momento dado de la conversación, de hecho justo antes de que él le plantara un beso en la frente, ella le había puesto la mano sobre la suya durante varios segundos, y aquello había bastado. Yo sabía que tenía más que ver con el aspecto chabacano y putesco de la mujer, y con el hecho de que ella pintaba como él quería pintar, pero también me daba cuenta

de que no importaba la ropa de fulana, no importaba si olía a colonia barata: cuando Vera Savage se excitaba, lo cual sucedía a menudo, ya que obtenía la excitación por medio del alcohol, parecía poseer una fuerza vital que atraía irresistiblemente a los hombres. Jack no era ninguna excepción, de hecho reaccionó con entusiasmo inmediato a su vitalidad y sobre todo a su cháchara dudosa y a su conducta táctil y expresiva.

Aquel mediodía en el *pub* estuvimos los tres hablando con sobriedad. Ella llevaba el mismo vestido de fiesta viejo de la noche anterior, pero se había quitado el maquillaje y parecía mucho más joven, casi una jovencita, de hecho, con una piel tan pálida que se podían reseguir las venas de color azul claro que tenía debajo. Además, el acento de Glasgow era mucho menos fuerte, estaba claro que lo había modulado para adaptarse a la ocasión. Hablamos de pintura y me asombró descubrir, bajo la clara luz del día, y estando ella tranquila y sin un público delante, que carecía de dogmatismos, de hecho carecía de ninguna clase de convicciones. Pasamos una hora juntos, y tal como lo recuerdo ahora Jack la bombardeó a preguntas que a sus oídos debieron de sonar risiblemente ingenuas, puesto que él se aferraba a sus propias ideas con no poca intensidad y creía con todo el ardor de su juventud que había que limpiar el arte de todas las influencias corruptoras del pasado, aunque no recuerdo en qué consistían dichas influencias. Ella, por su parte, respondía a todas las certezas apasionadas de él con ligeros encogimientos de hombros y fruncimientos de ceño preocupados, descubría excepciones a todas las leyes generales que él proponía y parecía sentirse incómoda con cualquier cosa que oliera a teoría o a abstracción. Por fin se disculpó, «Lo siento muchísimo, Jack», le puso una mano sobre el brazo y le dijo que suponía que era una artista del tipo práctico, y que si una cosa funcionaba, funcionaba. Y que suponía que él debía de pensar que era muy estúpida, ¿no?

Aquello lo detuvo en seco. Lo hizo callarse de golpe. El hecho de que con su parloteo incesante hubiera hecho que Vera Savage se disculpara por su propia estupidez… Creo que en aquel momento echó por la borda todas las ideas que tenía sobre pintura y empezó

de nuevo haciendo tabla rasa, pues era lo bastante joven como para que aquel cambio fuera posible. Personalmente a mí no me pareció improbable que ella sí fuera muy estúpida, pero por lo menos ahora entendimos por qué en su conferencia de la noche anterior había evitado las generalizaciones y se había limitado a aludir a ciertos pintores, en especial a Kandinsky, y a lo que había aprendido de cada uno de ellos.

Y hasta allí llegamos aquel día. Casi como una idea de último minuto, mientras se levantaba de la mesa, nos dijo que iba a ir a una fiesta aquella noche y que si queríamos ir. Aceptamos la invitación y yo apunté la dirección en el dorso de un posavasos.

Fuimos a parar a una casita de una calle de mala muerte de Camden Town. Encontramos a Vera en una cocina llena de humo, rodeada de un grupo de hombres, y la mujer seria y reflexiva de aquella misma mañana había desaparecido. Aquella era Vera suelta en la ciudad, con la cara pintada y bastantes copas de más, y les estaba diciendo a voz en grito a aquellos hombres que Europa estaba acabada, que la guerra había terminado con Europa, que el futuro del arte ya no estaba en París, y ciertamente tampoco en Londres, no, estaba en Nueva York. Los hombres gruñían y resoplaban con expresión de burla, pero a pesar de todo el espectáculo resultaba impresionante, allí estaba ella, bamboleándose, con una chaqueta de piel de leopardo falsa echada sobre los hombros y un vaso en la mano, gritando que estaba harta de los ingleses y de sus modales hipócritas, que por lo menos con los americanos uno pisaba terreno firme, y algún gracioso, creo que fue un poeta llamado Julian, le dijo que si era verdad que pisaba terreno firme, ¿cómo era posible que se cayera tanto? Hubo un coro de risotadas, carcajadas estruendosas. A mí la escena me vivificó, y pensé que a Jack le pasaría lo mismo, pero él se mantuvo extrañamente al margen, reservado y sin sonreír en medio de la hilaridad generalizada.

Más tarde nos sentamos los tres en la repisa de una ventana del jardín trasero de la casa y Vera siguió hablando de Nueva York.

Ahora estaba en silencio, seria, llorosa, muy borracha. Se repitió a sí misma, llevó a cabo afirmaciones grandilocuentes, declaró que Nueva York era la más grande ciudad de la historia de Occidente y dio diversas razones por las que lo era. Jack la escuchó con atención. Luego la interrumpió impacientemente, le hizo preguntas sobre la ciudad, sobre el arte que se estaba produciendo allí, y se puso a cavilar todavía más mientras sopesaba las respuestas de ella. Luego le preguntó qué aspecto tenía Nueva York, quiso que ella le hablara de la arquitectura, y hubo más en esta vena, él preguntó incluso por el precio de las cosas. Cuando por fin abandonamos la fiesta, las calles húmedas de Camden Town, la chimenea industrial de ladrillo recortándose en negro sobre el fondo del cielo nocturno y la lluvia cayendo en ángulo oblicuo a la luz de las farolas, todo nos pareció tan gris y mediocre y acabado como había dicho Vera. Fue una noche importante, principalmente debido a aquella idea de Nueva York como foco vibrante y dinámico de energía incansable, de creatividad sin límites y de aspiración sin límites.

Vera me cogió la mano con las suyas y me dijo afectuosamente que íbamos a ser grandes amigas. A Jack lo agarró por las solapas del abrigo y durante unos segundos embarazosos se besaron ruidosamente en el umbral y él se dedicó a hurgar con las manos por debajo de la chaqueta de ella hasta que yo tosí ruidosamente.

Nunca olvidaré la conversación febril que tuvimos de camino a casa, una conversación que se prolongó durante la mayor parte de las treinta y seis horas siguientes. Fue trascendental y cambió el rumbo de todas nuestras vidas, no exagero. Cuando Jack se reunió dos días después con Vera, lo hizo a solas. Estaban en la parte trasera del Salisbury, en Covent Garden, sentados a una mesilla marrón con el barniz descascarillado y quemaduras de cigarrillo negras por toda la superficie. El *pub* estaba en silencio, era casi mediodía y descendía sobre ellos un haz de luz del sol lleno de volutas de humo. Vera estaba sentada agarrando con ambas manos un *gin tonic* grande y le dijo a Jack que estaba casada.

—Ya lo sé —dijo él.

Ella levantó la mirada soñolienta, los ojos rodeados de pintura de ojos corrida, diminutos dioses del humor bailando alrededor de su boca pintada.

—Lo sé todo sobre Gordon —dijo Jack.

Al parecer, aquel Gordon con el que estaba casada era una buena pieza. Nos habíamos informado un poco.

—No me importa él —dijo Jack—. Me importas tú.

Los dioses del humor permitieron que apareciera la sonrisa, y con ella el agujero negro en la dentadura, aunque solamente durante un segundo. Me di cuenta de que ella debía de haber oído aquello antes, de que era uno de sus juegos, como si le dijera a todos los hombres: muy bien, tú eres el que me va a llevar lejos de él, adelante, hazlo. La diferencia, me temo, era que Jack sí que era el que lo iba a hacer.

—Sé que no le quieres.

Parece que aquello suscitó una carcajada. Ella se reclinó en su silla y lo miró con expresión divertida y creo que también con no poco afecto. Creo que para entonces ya estaba encantada con él.

—Esto es lo que vamos a hacer. Vamos a tomar unas cuantas copas más y luego nos vamos a un hotel —dijo Jack.

—¿A hacer qué?

—¿A ti qué te parece?

Ciertamente él tenía ahora toda la atención de ella. Lo había planeado todo de antemano y lo había discutido conmigo hasta el último detalle. Ella se inclinó hacia delante, puso los codos sobre la mesa, entrelazó los dedos y apoyó la barbilla en ellos.

—¿Y qué vamos a hacer después de eso, señor Rathbone?

—Después de eso vamos a ir a una agencia de viajes del Strand y reservar pasajes para Nueva York.

No creo que ninguno de sus hombres hubiera empleado nunca una estrategia como aquella. Parece que Vera dejó escapar un chillido de sorpresa. Dio una palmada a la mesa. Estaba intrigada. En cierto sentido le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Era una artista fuerte, pero una mujer débil. El truco era saber cuál

era cuál.

—Pero he aceptado pasar seis meses en Inglaterra.

—Entonces me iré solo.

En aquel punto, Jack, ceñudo, se metió las manos violentamente en los bolsillos. Vera lo estaba mirando, entrecerrando los ojos y sonriendo al mismo tiempo. Estaba divertida, perpleja, y se sentía amenazada por aquel joven tan intenso. También se sentía tentada. Le gustaba cómo sonaba aquello. Era lo bastante descabellado para ella, lo bastante loco, resultaba dramático y Vera se aburría con facilidad. Y entonces llegó el *coup de grâce*. Jack se sacó del bolsillo un fajo de billetes de diez libras sujetos con una goma elástica. Lo tiró en la mesa y el fajo cayó sobre un área de la mesa iluminada por un haz de luz del sol lleno de humo.

—Esto tendría que bastarnos para unos meses.

Aquella mañana yo había retirado la mitad del dinero de la cuenta bancaria abierta por mi padre para mantenernos durante nuestro primer año en la facultad: la parte de Jack. Vera manoseó el grueso fajo de billetes. Más tarde mi hermano me dijo que al verla tocar el dinero supo que la había conseguido. No es que la estuviera comprando exactamente, pero sí que había tomado la decisión y había hecho los planes, ella solamente necesitaba mostrarse conforme y la aventura estaría en sus manos, y sin costarle ni un penique. Arrastró su silla hacia atrás y se puso de pie. Se quedó de pie junto a la mesa, mirando a Jack, la luz del sol bañándola desde de la parte alta de la ventana del *pub*. Sus pechos —él modeló su redondez con las manos— le llenaban el cárdigan y dejaron a mi hermano aturdido por el deseo. Quería practicar el sexo con ella allí mismo, en el suelo, sobre el serrín, sobre la cerveza derramada y la ceniza de cigarrillo, y así se lo dijo. Dios bendito, qué joven tenía que ser para actuar con tanta osadía. Pero así era Jack. Me contó que ella se había mordido el labio cuando él le dijo aquello.

—¿Querías otra copa, cariño? —dijo ella.

Siguieron tomando copas —él podía seguirle el ritmo incluso en aquella época— y luego se fueron a un hotel. En aquella época tenías que ir a algún sitio sórdido si querías una habitación para un

par de horas y no tenías equipaje. Ella conocía un sitio al lado de Russell Square y prefería ir allí que a nuestro piso de Kennington o al viejo hospital de infecciosos. Cogieron el autobús y se sentaron en el piso de arriba, cogidos de la mano. Cuando terminaron en el hotel fueron a un *pub* que había en la esquina. Se estaban muriendo de hambre. Comieron empanadillas de cerdo —¡y, Dios mío, diría él más tarde, qué buenas estaban!— y estuvieron de un humor atolondrado, sentados uno junto al otro en un banco al fondo del local, el *pub* transformado en un teatro y los dos, dijo él, en el único público. La vida era una comedia que se representaba solamente para ellos. Estaban atontados por el amor, o al menos por el sexo, y ya embriagados por el plan americano, la cerveza y la ginebra carecían de la potencia de aquella felicidad feroz que había brotado entre ellos.

Porque les había ido bien en la cama. Jack me lo contó todo más tarde. Yo escuché con emociones confusas —era difícil no acordarse de la pequeña señorita Splendour aquella noche en el aula— mientras me describía con detalle la sala diminuta y ordinaria con las cortinas mugrientas de encaje en la ventana, y un ropero grande y oscuro al pie de la cama con espejos deslustrados en las puertas, y sí, les había ido bien. Despacio y con cautela al principio, los dos se encaramaron desde lados opuestos a una cama que olía a humedad y yacieron bajo sábanas baratas, cogidos de la mano. Vera susurró que aquello ya era bastante, que no necesitaban hacer nada más que aquello. Así permanecieron unos minutos, luego hubo alguna caricia incierta, luego un beso… y aquello los despertó. Aquello les agitó la sangre, y de alguna forma descubrieron la forma, o mejor dicho, sus cuerpos la descubrieron, ya que fueron sus miembros con sus maniobras nerviosas bajo las sábanas los que encontraron una horma para encajar, y el acoplamiento de sus cuerpos, convexo sobre cóncavo y muslo sobre muslo, los llevó sin dificultad y con un crecimiento repentino de la pasión al momento en que Jack apartó bruscamente la sábana y se puso de rodillas para quitarse la camisa, luego Vera hizo lo mismo de forma más recatada, y por fin todo se consumó. Después del acto permanecieron un buen rato agarrados y

gimoteando. Vera era en realidad una amante más bien reticente, me contó una vez Jack, con una libido más débil de lo que podía sugerir su personalidad, pero la cama, en sus primeros tiempos, sirvió para infundir en ellos aquella sensación de fusión que los apartó del mundo y los unió a la causa que los mandaría volando a través del Atlántico. Y esa causa era… ¡ellos contra Inglaterra!

Así que estaban sentados al fondo del pequeño *pub* situado junto a Russell Square, comiendo empanadillas de cerdo, bebiendo cerveza y hablando de Estados Unidos. Jack no flaqueó ni un instante. Más adelante contaría que lo había visto con toda claridad la noche de la conferencia, que por entonces había sabido ya que la quería a ella pero que nunca podría tenerla en Inglaterra. El plan se había formado aquella noche, dijo, y para cuando ella hizo su estúpida reverencia en medio de Charing Cross Road él ya estaba seguro de que irían a Nueva York.

Aquello no era estrictamente cierto, y yo estaba presente, pero así es como a Jack le gustaba recordarlo.

Fue un momento tenso para todos nosotros, aquellas últimas semanas en Londres mientras Vera se separaba como podía de Gordon el Terrible, tal como nos referíamos a él entonces, y esperábamos en un estado de incertidumbre ansiosa a que amaneciera el gran día, me refiero al Día P, el Día de la Partida. Mi posición era delicada: para explicarlo sin tapujos, me caía mal Vera, y la desaprobaba, pero no podía arriesgarme a que Jack se distanciara diciéndoselo. Y aunque cada día descubría más cosas sobre aquella mujer —Jack no hablaba de otra cosa, por supuesto—, nada de lo que vi u oí suscitaba mi simpatía, mucho menos mi afecto. Era más complicada de lo que parecía, aquello era algo que yo admitía, y estaba poseída por un talento poderosamente original, pero tenía poco control sobre su talento y no parecía querer controlarlo, de hecho a veces parecía decidida a tirarlo a la basura, porque ya por entonces su forma de beber tenía una naturaleza autodestructiva. Yo veía en ella vulnerabilidad y aislamiento, y por supuesto también los

daños causados por su educación, que había tenido lugar en una casa de vecinos de Gorbals, con un padre violento, una madrastra alcohólica y demasiados hijos en un espacio demasiado pequeño. Ninguno de sus daños profundos se manifestaría hasta más adelante, pero lo que me alarmaba era que tenía una veta impulsiva tan impredecible como la de Jack: se parecían demasiado, y lo que veían el uno en el otro era poco más, creo yo, que un reflejo de sí mismos. Y aunque yo confiaba en que debido a que ella estaba casada se echaría atrás de su acuerdo en el último minuto, no podía estar segura de ello.

El encuentro decisivo llegó diez días antes de la fecha de su viaje a Nueva York. Jack se había citado con ella en el Salisbury, que se había convertido en su lugar de encuentro, ya que estaba cerca tanto de la Saint Martin's como de los diversos locales que ella frecuentaba en el Soho. Vera llegaba tarde, treinta y cinco minutos tarde, él recordaba que estaba mirando el reloj de encima de la barra cuando ella entró por la puerta. Entró con una expresión adusta, él nunca le había visto aquella expresión en la cara: y era más que su cara, su cuerpo entero parecía haber sido aporreado con un tablón. Se dejó caer en la silla de delante de él y se pasó las manos por el pelo, suspirando y gimiendo mientras lo hacía. Jack fue a la barra y la invitó a una ginebra. Ella dio un trago largo, se lo quedó mirando fijamente y Jack sintió aprensión, no entendía qué estaba pasando.

—Bueno —dijo ella—. Está hecho.

Vera cerró los dedos en torno a los de Jack. Él no dijo nada. Luego ella le dijo que había ido bien. Se mordió el labio inferior, con la expresión de niña mala que ponía cuando había conseguido algo.

—¿Se lo has dicho?

—Ya lo creo, joder. Se lo he dicho.

—¿Y?

Ella contó que había sucedido en la cocina. Gordon había estado haciendo la cena. Después de que saliera a colación la palabra «divorcio» él rompió a llorar, pero cuando Vera lo repitió él se abalanzó sobre ella como un poseso y ella tuvo que sentarlo a la

fuerza en una silla. Luego él le tiró un plato.

—¿Qué? —susurró Jack—. ¿Te tiró un plato?

—Y yo le tiré un plato a él.

—Dios bendito.

Jack estaba estupefacto. No le daba miedo robarle la mujer a aquel tipo, pero le horrorizaba que se tiraran platos entre ellos. Y a mí también: estaba claro que nos había faltado imaginación cuando planeábamos todo aquello. Parece que hubo muchos platos rotos, gritos, insultos y llanto antes de que ella pudiera salir de allí, y Vera era de la opinión de que Gordon seguiría negándose a considerar siquiera la idea del divorcio, aunque no podía impedir que se marchara a Nueva York. ¿Cómo se lo iba a impedir?

—¿Sabe lo de Nueva York? —exclamó Jack.

Sí lo sabía. Aquello puso de inmediato a mi hermano en estado de pánico, pues temía que Gordon encontrara una manera de estropear sus planes. Fue precisamente por aquella razón que a mí me habían ordenado que no le dijera nada a mi padre, ni tampoco a mi hermano Gerald, que estaba claro que iba a montar un escándalo si se enteraba. Pero Vera se mostraba optimista acerca del potencial de Gordon para interferir. Le contó a Jack que su marido confiaba en que ella regresaría después de haber tenido su «patético escarceo», y que le había dicho que cuando regresara él la estaría esperando. Parece que aquel no era ni mucho menos su primer patético escarceo. Al parecer, Gordon también tenía escarceos, y creo que a Vera le divertía bastante estar en medio de aquellos dos hombres, ambos formidables por propio derecho, y que ella misma no sabía con certeza cuál de los dos se impondría al final. Sé que estuvo durmiendo con Gordon hasta el mismo día de marcharse.

En los días siguientes descubrí que Gordon había difundido la «atrocidad» de Vera por medio Soho y que Jack había adquirido cierta mala fama. Aquello era algo que mi hermano podía tolerar, e incluso disfrutar, siempre y cuando Vera pasara los últimos días en Londres sin vacilar o, Dios no lo quisiera, sin cambiar de opinión.

Fue un período de tensión atroz, y solamente mi apoyo incondicional le ayudó a aguantar. Mis recelos me los guardaba para mí misma. Él le había dicho a Vera que si ella no iba con él a Nueva York iría solo. Y lo había dicho en serio, pero la perspectiva de ir sin su amante lo llenaba de terror. Nuestro plan era que si ella no iba, entonces iría yo. Y yo no tenía ni la más remota idea de qué pasaría después de aquello.

Llegó el día de la partida y nos encontramos debajo del reloj de la estación Victoria. Él llevaba su maleta, el pasaporte en el bolsillo y su fajo de billetes de diez libras. Era una mañana húmeda y triste de octubre y mi hermano iba vestido con un impermeable negro con el cinturón apretado y el cuello vuelto hacia arriba. Llevaba un sombrero negro calado sobre los ojos, pero él mismo estropeaba el efecto quitándoselo cada cinco minutos para secarse la frente con el pañuelo y pasarse una mano temblorosa por el pelo. Allí estaba, fumando un cigarrillo, mirando a lo lejos, un joven alto, nervioso y de pelo largo llevando a cabo el primer gran gesto dramático romántico de su vida. Me acordé del *Gare Saint Lazare* de Manet, todo iridiscencia vaporosa, una frágil telaraña de cristal y hierro, figuras disolviéndose en el vapor. Y, Dios bendito, pensaba yo, como esto no termine pronto Jack también se va a disolver en el vapor. Tenían que ir en tren hasta Southampton y embarcarse en el *Queen Mary* a media tarde.

Yo me había vuelto fatalista. Estaba convencida de que ella no se presentaría y que a mí me tocaría viajar con Jack a Nueva York para afrontar un futuro cargado de incertidumbre, por decirlo de una forma leve. Lo miré mientras esperaba en el vestíbulo atestado de la estación, callado y abstraído en medio del gentío y del barullo, luego examiné la multitud en busca de señales de Vera. El enorme reloj avanzaba por encima de nuestras cabezas y la partida del tren de Southampton se hacía inminente. Curiosamente, además de alivio yo sentía una especie de tristeza. Entendía bastante bien mi propia resistencia a la partida de Jack, lo quería conmigo en Londres y odiaba apasionadamente a aquella criatura pintarrajeada de Glasgow que me lo estaba robando. Al mismo tiempo, recuerdo haber

pensado que Vera no encontraría con Gordon, ni ciertamente con nadie más, lo que iba a encontrar con mi hermano, pese a su inmadurez. Yo conocía la fuerza de Jack, conocía su ímpetu y sabía que ella lo necesitaba a él si quería crecer, florecer y realizarse como mujer y como artista, aunque yo no estaba segura de que ella entendiera esto, no estaba segura de que ella supiera que lo necesitaba, ni de que supiera que él le iba a solucionar el problema de su existencia. Qué desperdicio, pensé. Qué desperdicio tan triste y estúpido, qué forma de desperdiciar a Jack.

Luego oí un grito, el corazón me dio un vuelco y allí estaba Vera, con la chaqueta abierta ondeando, zigzagueando por entre la gente, chocando con un hombre con bombín y no deteniéndose a disculparse, y su amigo Julian corriendo detrás de ella con su maleta, y Jack echó a correr hacia ella y los dos se unieron en un abrazo en medio de la estación Victoria en la mañana húmeda de un martes, y todo fue de ellos, todo quedó extendido delante de ellos.

No había tiempo que perder. Unos minutos más tarde estaban los dos asomados a la ventanilla de su compartimento, yo y Julian en el andén, y todos hablábamos al mismo tiempo. Luego vino el silbato, las nubes de vapor se elevaron por el aire húmedo y el tren empezó a moverse.

Se desplomaron en sus asientos. El compartimento estaba lleno, con cinco personas a cada lado, pero ninguno de los presentes permitió que les apareciera en la cara un asomo de interés humano ni que sus miradas se cruzaran con las miradas de los amantes: ciertamente era el fin de Inglaterra. Sin volverse hacia ella, mi hermano le dio un puñetazo a Vera en el brazo y murmuró: «Bestia». Él supo que ella estaba sonriendo porque la mujer de delante volvió bruscamente la cara hacia la ventana y se quedó mirando rígidamente las calles húmedas y deprimentes del sur de Londres.

Una semana más tarde estaban en Nueva York.

Su primera visita a la ciudad no fue feliz, y sin embargo aquel

hombre obstinado y nada sentimental que era mi hermano nunca fue capaz de pensar en Manhattan más que con un afecto ciego y lleno de gratitud, y en su imaginación lo siguió viendo como un lugar de refugio para amantes huidos. Estaban en la cubierta con el resto de pasajeros cuando vio el *skyline* erigirse delante de sus ojos a través de una película de lluvia, una densa masa de rascacielos anticuados y apiñados en la punta de una isla mítica. Estaban en la barandilla, envueltos en sus abrigos, mientras Vera le explicaba que las calles iban del este al oeste, y las avenidas del norte al sur, y que el puente de Brooklyn cruzaba el East River, y que el metro costaba diez centavos —o tal vez fueran cinco— y más cosas por el estilo, pero al cabo de un rato llovía demasiado para que estuvieran en la cubierta, así que bajaron al bar para la última copa del viaje.

Desembarcaron en la calle Cuarenta y dos y bajaron del barco a una enorme nave húmeda y sombría con vigas de acero, en medio de un alboroto de voces, multitudes de hombres y mujeres deambulando, maletas y baúles amontonados por todas partes y lacónicos funcionarios norteamericanos. Tras pasar las aduanas se encontraron a sí mismos y a sus equipajes en un muelle del West Side justo cuando la lluvia estaba amainando y las nubes escampaban. El sol descendía sobre la orilla de New Jersey en medio de una neblina de colores grises y rojos ahumados y ellos tenían un lugar al que ir, un hotelito de la calle Veintiséis llamado el Madison donde Vera ya se había alojado en su visita anterior. Encontraron un taxi y salieron pitando hacia el este. Los rascacielos del Midtown se recortaban sobre el cielo crepuscular con todas las luces encendidas, símbolos de esperanza, supongo, o de aspiración. De poder, de gloria y de éxito, y Jack me contó que durante aquellos minutos en el taxi experimentó una emoción intensa, tan intensa que lo excitó sexualmente, y junto con ella le llegó la intuición más poderosa que había sentido nunca de que tenía a su alcance la grandeza. Y no pudo ver ninguna razón terrenal por la cual, con Vera a su lado, no pudiera lograr todo lo que sabía que tenía talento para lograr.

4

A mi hermano nunca se le hubiera podido considerar nostálgico, pero había más que una pizca de añoranza en él cuando hablaba de sus primeros días en Estados Unidos. Fueron gloriosos, decía, se acordaba de su sabor, del sabor de aquellos días, como si fueran una pieza de fruta que acabara de morder y su jugo todavía le empapara los labios. Todo lo que veían y hacían parecía amplificar el placer escandaloso que sentían el uno por el otro, una pareja de pintores jóvenes y atrevidos, ruborizados por la llama de su nuevo romance y sacudiéndose de las botas el polvo de la vieja Europa. ¡Se habían salido con la suya!, esa era la sensación que tenían. Bajaban por la Quinta Avenida en plena noche, contaba él, con los cuellos de los abrigos subidos para protegerse del viento, la ciudad latía a su alrededor como un corazón vivo, y de los bares y restaurantes que había en cada manzana emanaba una luz cálida. Atravesaban las puertas de alguna taberna llena de humo con relucientes pasamanos metálicos y paneles de madera oscura, con la máquina de discos al fondo y grandes espejos detrás de la barra, de forma que cada botella tuviera su doble, y encontraban a gente que recordaba a Vera de su primera visita y que además la recordaba con afecto. ¿Cómo iba a ser de otra forma? Con su charla incesante y aquella risa salvaje que dejaba al descubierto su dentadura incompleta, ¿cómo no iba la gente a querer acercarse, decía Jack, y compartir la luz de aquel espíritu abundante?

La abundancia de alcohol fue la tónica de sus primeras noches en Nueva York, me contó irónicamente, y de las muchas que

vendrían después, porque no importaba con quién estuviera Vera, tenía más para ofrecer que nadie, y no se contenía. Al contrario, se entregaba a ello con tesón, y cuando estaba apoyada en una barra con un vaso en la mano podía ser el centro de cualquier grupo. ¡Cómo le encantaba contar la historia de cómo había abandonado a Gordon y había dejado Inglaterra, todo por amor a su hermoso muchacho, que se la había llevado con tanta decisión y con tanta galantería! Y el público aplaudía cuando ella levantaba su vaso y declaraba que Jack Kathbone era el último de los grandes amantes, el último romántico verdadero, y Jack, el pobre Jack, la abrazaba con fuerza, desconcertado y embriagado por la situación. La conversación y las copas se prolongaban hasta la madrugada antes de que él se pudiera ir a casa con su genialidad, y aunque a la mañana siguiente nadie era capaz de recordar mucho de la conversación, lo que perduraba era la sensación privilegiada de estar disfrutando de unos placeres raros y elevados, es decir, de estar de juerga con unos artistas cuyos ingenios estaban a pleno gas y cuyas lenguas estaban desatadas y habían recibido alas.

Pero a medida que pasaban los días —cada uno de ellos idéntico al anterior, una ronda interminable, o eso parece, de bares y fiestas entre individuos a los que más tarde llegó a considerar fraudes y perdedores—, Jack dijo que se dio cuenta de que la emoción inicial se apagaba, y de que se apagaba porque el hecho de que ninguno de los dos hubiera pintado nada todavía le empezaba a provocar una intranquilidad profunda. Yo entendía aquella impaciencia, claro que sí, y también su frustración, porque sabía lo muy ambicioso que era, y nunca se me ocurrió poner en duda su versión, supongo que porque confirmaba lo que yo ya sospechaba de Vera, que era una puta y una borracha y una perezosa. Con el tiempo mi opinión sobre ella cambió, e incluso llegó a caerme bien. Y después de la muerte de Jack me apoyé mucho en ella, cuando durante una temporada ella era el único puntal en una casa de mujeres destrozadas. Pero en aquellos primeros días yo no sentía más que desprecio, un desprecio que era la simple máscara de mis celos. Un tipo llamado Herb que estaba a punto de marcharse a Ciudad del Cabo les había prometido

un estudio con una cama. Se lo iba a dejar a cambio de nada, lo cual era importante dado lo escaso de los recursos de ellos, pero noche tras noche se lo encontraban en algún bar del Village y el tipo siempre tenía una razón para quedarse unos días más.

Jack estaba convencido de que aquel tipo era el amante que Vera había tenido en su visita previa, y que la razón de que no se marchara de la ciudad era precisamente que Vera estaba allí, pero eso implicaba que tenían que quedarse en el Madison, donde no podían trabajar. Y así pues, mientras se pateaban las calles de la ciudad de día, mi hermano empezó a ser consciente de que, aunque él se iba poniendo cada vez más nervioso, a Vera no le preocupaba el que no hicieran nada. Todas las mañanas Jack se levantaba temprano y con resaca y se quedaba tumbado en la cama bullendo de impaciencia, pues cada vez tenía más claro que si continuaban de aquella manera se les iba a acabar el dinero muy pronto y, lo que era peor, que a Vera no le importaba, que le parecía bien esperar a que llegara aquel día, y que no le preocuparía la cuestión hasta que llegara aquel día. Lo cual significaba que la responsabilidad de asegurarse de que no se arruinaran era de él, pero sin que ella tuviera nada que ver. Aquel parecía ser el trato. Él había creído que el trato era que montarían un estudio juntos y trabajarían codo con codo. Vera estaba ciertamente viendo arte, y hablando de arte, pero no estaba creando arte. Decía que necesitaba cargar las pilas.

Él le preguntó cuánto iba a tardar aquello, y por lo que me contó más adelante me imagino que estaban en la cama cuando tuvieron aquella conversación, que era casi mediodía y que se habían ido a dormir tarde. Otra vez.

—Tardará lo que tarde —dijo ella.

Me la imagino apoyada en el codo, lamiéndose los labios resecos, gimiendo, apartándose el pelo de la cara, cogiendo un cigarrillo. Jack no estaba seguro de si había que esperar aquella conducta de una artista como Vera Savage, y por tanto aceptarla, o bien si había que resistirse a ella y desafiarla. Todos sus instintos le decían que no estaba observando ninguna gestación creativa sino una simple pérdida de tiempo. Y se lo dijo. Ella se volvió hacia él,

con los ojos entrecerrados, y cambió la expresión de su cara. Estiró el brazo, le cogió la mandíbula con los dedos y se la movió en dirección hacia la luz, hacia la luz escasa que tenían en aquella sala diminuta con su único ventanuco, y a mi hermano le cayó el pelo claro sobre la frente.

—Mírate —susurró ella, y lo hizo con una ternura increíble y con lágrimas asomando a los ojos.

¿Cómo reprenderla por su holgazanería en aquella situación? A pesar de todo, Jack lo intentó.

—¡Cariño, tenemos que trabajar!

Ella no le soltó la mandíbula. Luego se puso a horcajadas encima de él.

—Tú tienes que trabajar. Anda pues, trabaja.

Luego ella se dejó caer sobre él, cerró los ojos y levantó la barbilla.

—No solamente yo —dijo él, o lo murmuró, mejor dicho, porque había perdido el control de la conversación.

O así es como yo lo imaginé. Me imaginé que lo intentaría más tarde, cuando estuvieran ambos en la calle. Tendrían ocasión de una conversación más seria cuando tuvieran la ropa puesta, ¡pero había tantas distracciones! ¡Estaba el nuevo Museo Guggenheim, aquella extraordinaria espiral ascendente en la Quinta Avenida, estaba Central Park, el parque, sí, con toda su espesura y su agua y su silencio en el corazón de tanta congestión y tanto barullo! Ya le hablaría en serio cuando estuvieran en el parque.

Así que hablaron en serio cuando estuvieron en el parque. Entraron por la calle Ochenta y seis y pasearon hacia el sur envueltos en sus abrigos, con las manos hundidas en los bolsillos, y Vera permaneció cabizbaja y con el ceño fruncido mientras él formulaba los pensamientos que lo despertaban todos los días al amanecer y proyectaban una sombra cada vez más larga sobre su felicidad. Y ella asintió, y se mostró de acuerdo en que sí, en que era hora de ponerse a trabajar, y dijo que lo entendía, sí, que él estaba ansioso por ponerse manos a la obra, y que sí, aquella misma noche tomarían una decisión sobre el estudio de Herb y que, si no salía

bien, buscarían otro lugar. Y en aquel preciso momento un perro peludo y grande echó a trotar hacia ellos y Vera soltó un chillido de alegría y se puso de rodillas para hacerse amiga de él. Y entonces Jack vio que nada de lo que estaba diciendo significaba nada para ella. Vera intentaba darle algún sentido a lo que decía, intentaba compartir el ansia por trabajar de él, pero simplemente no le salía.

Aquello dejó estupefacto a Jack. Tuvo que pararse y sentarse en un banco. Se sentaron debajo de un árbol, las hojas muertas caían a su alrededor. Era un día fresco y neblinoso y el parque estaba vacío. Se sentaron fumando junto a la Fuente de Bethesda y él no fue capaz de explicar lo estupefacto que le había dejado lo que acababa de ver en ella. Ya no la conocía. Le resultaba un misterio su forma de trabajar. Fuera cual fuera su proceso de trabajo, no se parecía en nada al de él. Y no sabía qué podía significar aquello para ellos.

Jack me dijo que entonces comprendió que la idea de ellos dos viviendo como era debido y trabajando juntos solamente se haría realidad si él la hacía realidad. Sabía que él era capaz de entregarse a largos períodos de trabajo continuado, pero quería que ella trabajara a su lado, en un estudio adyacente, y que se reunieran al final de la jornada para hablar de lo que habían hecho, para criticarse, para aprender, para darse ánimos, para desarrollarse. Aquella había sido la idea, pero ahora él veía que había estado engañado. Ella no conocía los largos períodos de trabajo continuado. Jack no sabía cómo había llegado a ser pintora, pero ahora sospechaba, y le resultaba impresionante, que la clave no había sido el trabajo duro, sino más bien una especie de talento innato: que le había resultado fácil. Pero lo que estaba claro que no le resultaba fácil era conseguir la voluntad para ejercitar aquel talento, y Jack no sabía cómo ponerla en marcha.

Al ver aquello, al ver la ruina del sueño que los había llevado a abandonar Inglaterra y los había dejado en una ciudad donde él era un extraño, con una mujer que ahora sentía que no conocía en absoluto, se hundió durante un par de días en algo parecido a la desesperación. Una nube negra lo seguía, y yo sé muy bien por experiencia propia que cuando mi hermano tenía una nube negra

siguiéndolo no era posible que nadie se lo pasara bien. Al parecer, Vera no entendía lo que le pasaba. Daba por sentado que le preocupaba el dinero. E intentó tranquilizarlo. Le dijo que siempre podría conseguir dinero de Londres si lo necesitaba. Él le preguntó cómo. De Gordon, dijo ella, y Jack levantó la cabeza y soltó una risotada hueca y lúgubre.

Aquella noche estaban en un bar como de costumbre y Jack seguía profundamente absorbido por su situación. ¿Qué podía él decirle cuando ella le preguntaba qué era lo que pasaba? ¿Que el problema era ella, que el futuro que ella había parecido prometerle era una ilusión? Ella lo habría negado de forma vehemente. Ella habría reafirmado apasionadamente su compromiso con la idea de una sociedad de artistas —el Estudio Americano—, una idea formulada por primera vez una noche en la parte de atrás de un *pub* del Soho y adornada durante las semanas siguientes. Pero ahora Jack temía que el Estudio Americano nunca fuera a materializarse, no bajo la forma en que él se lo había imaginado, y aquel miedo lo dejó a la deriva, sin saber adonde ir a continuación ni qué hacer. ¡Por Dios bendito, solamente tenía diecisiete años!

Fue una noche extraña y violenta en Nueva York. Como si por las calles circulara un espíritu, o una banda de demonios. Allá donde fueran había energías ruidosas y discordantes. Policías gritando, multitudes intranquilas, tráfico embotellado. Sábado noche, luna llena, locura en la ciudad: en un bar un hombre furioso se enzarzó en una pelea con un desconocido y cuando intentaron echarlo arrancó la puerta del baño de sus goznes y la tiró por encima de la barra, arrasando con botellas, vasos y espejos, y todos tuvieron que salir corriendo.

Una hora más tarde, en otro bar, el amigo de Vera, Herb, se volvió hacia Jack, irritado por su silencio.

—¿Qué estás haciendo aquí, tío? —gritó para hacerse oír por encima del barullo de las conversaciones y de la máquina de discos, y en un tono lo bastante hostil como para que el resto de la mesa guardara silencio y se los quedara mirando con interés. Todos conocían la historia de Herb con Vera. Jack se encogió de hombros.

Estaba ardiendo, me dijo, de rabia y de vergüenza, pero lo único que hizo fue levantar primero su vaso y luego su cigarrillo, como diciendo: Nada, estoy bebiendo y fumando, igual que tú.

—Sí, pero ¿qué estás haciendo? O sea, ocupas espacio, pero ¿eso es todo? No me das nada, tío, eres como una planta.

—Cállate, Herb —gritó Vera.

—Una planta de interior.

Herb se giró sonriente hacia la mesa.

—Es mejor ser una planta que ser tú, Herb —gritó Vera, pero ya era demasiado tarde para Jack.

No se le había ocurrido que se esperara nada de él allí. Aquella gente era mayor que él, eran norteamericanos, conocían a Vera de antes, sus conversaciones no le dejaban espacio para entrar. No era un artista, todavía no, no era norteamericano y no tenía nada que aportar. Les invitaba a copas y daba por sentado que su posición se entendía. Y ahora aquello. De repente la cólera alcanzó un punto crítico y Jack se abalanzó sobre Herb blandiendo ambos puños con ferocidad. Su estado de ánimo ya había sido brutal antes de aquello. Durante varias semanas su existencia solamente había tenido sentido en relación con Vera. Los amigos de ella lo desconcertaban, odiaba al maldito Herb, estaba seguro de que seguía habiendo algo entre aquel tipo y Vera, y aquello lo carcomía. Sentía que no tenía un suelo firme bajo los pies ni nada familiar a que agarrarse. Me necesitaba, pero obviamente me había dejado atrás. Y ahora aquello. Herb se escabulló de él y se quedó jadeando y gruñendo y gritándole que se tranquilizara, joder, que se controlara, y Jack volvió a apoltronarse en su silla y se secó la parte de la cara donde se había derramado cerveza durante su breve asalto. Luego empujó su silla hacia atrás y en el silencio repentino que se había hecho las patas chirriaron sobre los tablones del suelo de la taberna. Y sin decir una palabra salió a la noche.

Pasó varias horas caminando por las calles, sin pensar en nada más que en lo agradable que resultaba el aire frío sobre la piel y todavía bullendo de rabia y celos. No sabía que Vera había salido corriendo detrás de él pero no había podido ver por dónde había ido

porque él había salido demasiado deprisa, ni tampoco se había enterado de que ella lo había estado llamando a gritos en medio de aquella ciudad furiosa y llena de estruendo. Deambuló por las calles de la ciudad con un torbellino de pensamientos en la cabeza, solo en aquel lugar extraño, y es que Vera formaba parte de un mundo que no tenía sitio para él y que lo rechazaba. Deambuló por las calles y dejó que la rabia y la tristeza se acumularan y bulleran sin barreras.

A medianoche se encontró a sí mismo en Battery Park, sentado en un banco, fumando un cigarrillo, mirando el puerto donde solamente unas semanas antes había estado en la cubierta de un barco de pasajeros y había sentido la promesa ilimitada de la ciudad. La noche era fría y luminosa. La crisis lo tenía atenazado y se veía obligado a tomar una decisión, regresar o continuar. Regresar era impensable. Pero ¿cómo continuar? Tenía que irse de Nueva York. Pero tenía que irse de Nueva York con Vera. Y aquella idea tan simple le aportó todas las respuestas que necesitaba. Acababa de decidir no abandonarla.

Creo que aquella noche tomó otras decisiones, o más bien que en su mente cristalizaron ciertas ideas. Me dijo que había esperado al alba, a que la primera luz del amanecer tocara la Estatua de la Libertad y disipara la niebla que flotaba sobre el agua. Dijo que no era la primera vez en su vida en que la madrugada parecía haberle abierto avenidas nuevas en la mente, algo relacionado con el estado de tensión nerviosa, con la febrilidad que provoca el no haber dormido, algo que ver con la sensación de tener un mundo nuevo delante, un mundo dormido, con espacio para que uno pensara no de forma contenida sino con libertad, con espacio para los movimientos expansivos y para la perspectiva amplia. Y mientras miraba el puerto, Jack encontró por fin cierta claridad. Dijo que entendía que le esperaban años de anonimato mientras se convertía en pintor. Que sufriría humillación y abandono, pero que aquello lo podía soportar: desarrollaría la piel dura de un rinoceronte y se volvería inmune a las opiniones ajenas. Era mucho mejor, pensó, pasar aquellos años en otra parte. Regresaría a Nueva York pero solamente cuando tuviera algo que ofrecer a Nueva York, regresaría

como pintor maduro con una obra. Aquella ciudad no era un lugar para aspirantes, para principiantes. Nueva York ya estaba lleno de aspirantes y de principiantes, y todos parecían ser compañeros de juergas de Vera. Si se quedaba se estancaría, se volvería un borracho y un perezoso y se engañaría a sí mismo haciéndose creer que era un artista cuando no era nada parecido. Necesitaba rigor, necesitaba rutina, necesitaba un lugar donde pudiera vivir con poco dinero y trabajar sin distracciones. Y, por encima de todo, necesitaba a Vera a su lado.

Y luego, mientras otro haz de lucidez le llegaba flotando con la luz del sol, sintió de pronto, y con asombro creciente —y todavía era lo bastante joven como para que fueran posibles aquellos cambios repentinos y dramáticos—, que la paranoia se estaba disipando, que el nudo de sospecha sexual que había tenido en el estómago, y que lo había estado preocupando hasta extremos obsesivos, se estaba disolviendo. Que todo eran imaginaciones suyas, por supuesto, y que tenía que comunicarle aquello a Vera sin demora, barrer con todos los malos sentimientos, sentarse y hablar con ella, sopesar sus opciones y trazar un plan.

Cuando regresó al hotel ella lo estaba esperando en un estado de gran agitación. Se abrazaron y ella le dijo que llevaba horas recorriendo el Village, igual que Herb, pero que ahora ya no importaba, que nada importaba, y se dejaron caer en la cama, ella lo rodeó con las piernas y reaccionó con alegría al amor recién nacido en algún manantial secreto en el interior de él durante las horas en que había estado a solas en el puerto. Después no durmieron, se quedaron sentados hablando, y a aquello lo llamó él la Ascensión. Más adelante hizo una pintura inspirada en aquella noche larga y oscura del alma, tal como él la consideraba: *La Ascensión*, probablemente el más crudo de los que yo veía como sus cuadros fálicos.

Hablaron del futuro y él le dijo que tenía que irse de Nueva York, que ya no podía vivir la vida que estaban viviendo. Que tenía que seguir adelante, y que ella podía ir con él si quería o podía quedarse donde estaba y ahogar su talento en *whisky*. Hila no

discutió. El sexo la había amansado.

—¿Adónde quieres ir?

Él le dijo que quería ir al sur.

—¿Muy al sur?

Tan al sur como tuviera que ir, hasta que encontrara un sitio donde pudiera trabajar. Él le dijo que lo que más quería en el mundo era que ella lo acompañara. Le suplicó que lo acompañara.

Más tarde fueron a una cafetería de la manzana. Vera llevaba gafas oscuras. Más allá de la ventana de cristal cilindrado caía una lluvia plácida. Ahora estaba más despierta y le preocupaba aquel ultimátum que él le había puesto antes, mientras ella estaba reblandecida y conmovida por el sexo. Arrancó los motores de su inconformidad. Oxidados y resoplando al principio, pronto ella retomó su tesis y él le permitió que la desarrollara. El argumento central era que él le estaba pidiendo que les diera la espalda a sus amigos y a todo lo que era familiar para ella. Primero Londres y luego aquello. ¿Qué problema había con Nueva York?

No había ningún problema con Nueva York, le dijo él, el problema era la forma en que ellos vivían en Nueva York: se pasaban la mañana en la cama, dijo, luego se dedicaban a pasear durante tres o cuatro horas por la ciudad y por fin llegaba la hora de los cócteles.

Ella se quitó las gafas de sol y se frotó los ojos. Se quejó de que la quisiera arrastrar lejos de la civilización. Dijo que la estaba llevando a las profundidades de una selva de la que ella nunca encontraría la salida. Pero Jack sabía, y me lo dijo más adelante, que aunque ella gruñera y divagara al mismo tiempo estaba estudiando fríamente su propuesta y que, incluso mientras discutía, los planes de ir al sur la estaban empezando a excitar, porque siempre estaba abierta a la idea de marcharse, ella era mucho más dada a correr mundo que él.

—¿Y adónde quieres ir, Jack?

Ahora estaba despierta del todo, había bebido bastante café y ya estaba enganchada a la conversación. Él se encogió de hombros. Contestó de forma tranquila y escueta.

—A México.

—¡A México!

—A Cuba, a Honduras.

Ella se había vuelto a poner las gafas y él no le podía ver los ojos. Pero Vera se acarició el interior de la boca con la lengua mientras cogía los cigarrillos y murmuraba los nombres. México, Cuba, Honduras… ¡poesía para sus oídos!

—Navegaremos hasta allí —dijo él.

—Iremos en barco, sí.

—Buscaremos un pueblo en la costa.

—Un pueblo fluvial.

¿Es así como fue la conversación? Puede que se sugiriera un pueblo fluvial o puede que no, y puede que Vera fuera así de fácil de convencer o puede que no. Pero sí se dio cuenta deque sin Jack estaría hundida. No tenía ni planes ni dinero ni nada. Y seguía muy enamorada de él. Y así, de aquella forma, o de una forma similar, es como tomaron la decisión. Cogerían sus cosas y se irían al sur. Ella se emocionaría más adelante, de eso se acordaba muy bien Jack, decidiría que aquel era uno de los momentos de mayor dramatismo en la vida de una artista, un momento de sacrificio heroico, un momento de esos en que una mujer levantaba la mirada y vislumbraba su destino, entendiendo, sí, lo que era necesario hacer, sin importar el precio, al servicio del Arte. Ella lo llamó «La Partida de Manhattan». Y entre copa y copa describió para el grupillo habitual el lienzo épico que planeaba pintar, una enorme composición llena de color, de movimiento y de figuras alegóricas en el mar y en el cielo, con Manhattan convertido en una especie de corazón radiante en el centro de la composición del que se alejaba una gran nave blanca con cuatro chimeneas inclinadas. Y en la barandilla del barco estaban ella y Jack a solas, con la vista puesta en un futuro donde solamente reinaría el Arte y nada más que el Arte, y en el muelle sus amigos lloraban y bailaban…

Cómo se rieron de ella. Que se ponga en ridículo, pensó Jack, que se convierta a sí misma en una figura irrisoria, la mujer que se marchó de Manhattan para poder pintar en paz.

Pero que me deje llevarla a ese plácido pueblo fluvial, y allí

empezará a pintar cuadros importantes. Y, lo que es más, yo también los pintaré. No, ella no lo dejaría marcharse solo, no se perdería una aventura como aquella, y además Vera Savage era una mujer dotada de un espíritu verdadero, de una llama vieja y profunda de aquel fuego inagotable. Y Manhattan… Manhattan podía esperar. Manhattan no se iba a marchar a ninguna parte.

Se pasaron la mayor parte del año siguiente yendo de un lado para otro. No se marcharon de Nueva York en una enorme nave blanca con cuatro chimeneas rojas, sino que cogieron el tren a Miami. Creo que atravesaron alguna clase de crisis sexual, Vera me lo contó años más tarde, la primera infidelidad, sin contar a Gordon, a quien Vera nunca contaba. Capearon la tormenta gracias a mis buenos oficios: el dinero les llegó al día siguiente y llegó como una bendición del cielo, porque les permitió trasladarse y, lo que es más importante, comprarse ropa apropiada para el nuevo clima.

Después de eso los imagino en La Habana —antes de la revolución— viviendo en un apartamento en lo alto de un edificio ruinoso de color azul claro con un balcón desde donde si se asomaban lo bastante podían ver el Caribe golpeando el malecón. Había un patio cubierto, un lugar de sombras frescas moteadas de luz del sol antes de salir al bochorno de la calle, con abundantes buganvillas subiendo por las paredes descascarilladas, todo ello un estudio en texturas y tonos que pronto Jack se puso a intentar pintar, con el apoyo activo de sus vecinos, que enseguida le cogieron apego al joven «gran pintor», a él y a su «pirata».

Dormían en una cama enorme debajo de un cabezal de madera noble oscura y labrada y mantenían las persianas abiertas para dejar entrar toda la brisa que pasara por su estrecha callejuela, la calle de Placencia. Jack se acordaba de la enorme luna resplandeciente que bañaba su cama de color plateado y de que siempre, me contó, siempre había cerca alguna conversación estridente y rápida salpicada de gritos, de risas, de llanto o de chillidos, o bien una radio emitiendo música de baile, o bien un tranvía resonando en la calle.

Y durante una temporada fueron felices. Yacían apoyados en las almohadas, fumando puros, escuchando la noche, luego se quedaban dormidos y soñaban con pintar. Se levantaban temprano y a las ocho ya estaban trabajando.

Vivieron varios meses en el apartamento cercano al malecón. Él me contó que trabajaba duro y avanzaba deprisa. Vera también estaba trabajando y él la observaba con atención. Al principio pintaba sin interrupción, a todas horas, durante días seguidos y noches seguidas. Pintaba lo que veía en las calles de la Habana con pulso libre y suelto sobre restos de lona para velas de barco que conseguían a bajo precio en las fábricas de tela de La Habana Vieja, usando pinceles grandes y pigmentos en polvo de brillantes colores primarios que ellos mismos mezclaban en cubos. Edificios coloniales ruinosos bañados en luz del sol, con la hierba devorándoles los tejados. Palmeras altísimas y coches enormes con alerones pasando entre ellas. Plazas y fuentes y estatuas, bulevares enormes, habaneros alegremente vestidos y reunidos en las esquinas para compartir una botella y bailar. Mujeres gritando asomadas a las ventanas, cargando alimentos en cestas. Campesinos maltrechos dormidos en bancos de la calle. Loros, calaveras, campos de cañas de azúcar meciéndose bajo la luna, dioses del sol, camiones cisterna oxidados y cines de estilo barroco que pasaban películas con estrellas de Hollywood, todo ello encontraba lugar en los lienzos de gran tamaño de Vera.

Así que él aprendió de ella aunque ella no le enseñara, y daba igual que no lo hiciera porque de todas formas Vera no sabía explicar lo que hacía. Es un misterio, Jack, le decía ella, el arte es un misterio, ¿de acuerdo? Y se ponía un dedo en el pecho y otro en el ojo. Aquel gesto gnómico iba seguido de un silencio solemne y luego de una risotada cavernosa. Se marcharon unas semanas antes de que Batista escapara del país y se perdieron el espectáculo de Fidel Castro entrando a la ciudad después de un viaje triunfal a través de toda la isla, así como su vehemente alocución ante una multitud de medio millón de personas delante del palacio presidencial. Al parecer aquello convirtió a los cínicos en románticos y a los románticos en fanáticos, y yo misma casi desearía haber

estado allí. ¿Fue aquella la razón de que se marcharan? ¿Se debió acaso al deterioro de la situación política, a la escalada de violencia, al antagonismo cada vez más radical de la gente de Cuba hacia la opresión brutal que llevaban tiempo soportando?

Pero no, era todo mucho más banal que eso. Jack me dijo que fue porque Vera ya no lo aguantaba más. Después del mes aproximado de productividad vino un período de inactividad en que ella se pasaba el día en el sofá de su estudio, fumando puros y mirando al techo. Luego empezó a salir. Pronto prefirió la calle al estudio y la noche al día, todo fue así de tristemente predecible. En aquella época estaban sometidos a un gran estrés, relacionado en parte con el dinero, en parte con la irritabilidad que provocaba el beber sin parar todos los días y en parte con el daño que estaba provocando la ociosidad de Vera.

—¿Daño? —dije yo, captando un matiz extraño en su tono.

Jack asintió. Él trabajaba todos los días en sus lienzos, y en el apartamento vacío la ausencia de ella le iba haciendo daño de forma inconsciente. Él evitaba pensar en ello y dedicaba todos los recursos de su voluntad a permanecer concentrado en el trabajo que tenía entre manos. A mediodía metía los pinceles en una jarra de aguarrás y se secaba las manos con un trapo, se ponía su chaqueta de algodón y su sombrero de paja y bajaba las escaleras de piedra llenas de ecos a los soportales de abajo a comprar cigarrillos, sabiendo que en realidad estaba bajando a ver si estaba por allí Vera, para asegurarse de que no estaba en una habitación con un hombre. Si no la encontraba no iba a ser una tarde feliz en el estudio, y él estaría furioso para sus adentros hasta que oyera los pasos de ella en las escaleras. Entonces se pelearían.

—¿Cómo que os pelearíais?

Pero no había forma de sonsacarle, no me quería contar si sus peleas eran simplemente verbales, los mismos gritos y chillidos que oían todas las noches procedentes del resto de apartamentos del edificio, o si la cosa iba más allá, si había violencia física.

Luego llegó la noche en que oyeron disparos cercanos. Durante varias semanas a Jack le había resultado cada vez más difícil

controlar sus sospechas sobre Vera, y su trabajo se estaba resintiendo de aquello. Ella se negaba a hablar de lo que hacía en las horas que pasaba lejos del apartamento. Le decía que aquella no era forma de vivir, aquel intento de controlar los movimientos del otro a cada momento del día o de la noche. Su argumento era: ¿Por qué no puedes confiar en mí? Él intentaba refrenar los pensamientos celosos, pero en cuanto conseguía vaciar la mente la vocecilla empezaba de nuevo. Tenía miedo de volverse loco.

¡Pero no estaba loco! ¡Aquellas ideas aparecían por algo! Jack iba captando señales sin darse cuenta de que lo eran, tenía que ser así, de alguna forma sutil ella le estaba confesando lo que hacía, lo que pasaba era que él no podía identificar las señales, pero el mensaje llegaba de todos modos, y a él le parecía que probablemente fuera algo tan sencillo como la forma en que ella lo tocaba, o tal vez la forma en que ella no lo tocaba, un retraimiento apenas perceptible pero elocuente en su actitud física hacia él que solamente podía ser consecuencia de una atención sexual dividida.

Se preguntó por qué aquello era tan importante, pero no encontró ninguna respuesta, era importante porque lo era, y en aquel sentido él no era en absoluto displicente, su compromiso con aquella unión era lo bastante arrebatado como para que le fueran indiferentes los devaneos sin importancia de los cuerpos. Pero también se le ocurrió que, si ella era realmente inocente, entonces sus sospechas constantes pronto la pondrían en brazos de otro hombre y acabarían creando la misma situación que él estaba intentando evitar desesperadamente. ¿Con quién podía hablar de aquello? Con nadie. A mí me había dejado atrás. Y recuerdo haber pensado que debió de ser simplemente aquello —me refiero al aislamiento de Jack en medio de una gente para quienes Vera era la atracción principal y su insistencia obstinada en pasar largas horas a solas todos los días en su estudio— lo que suscitaba en su mente aquellos celos y sospechas, o por lo menos creaba una especie de condición mórbida del espíritu bajo la que podían florecer aquellas emociones.

Llegó a odiar La Habana. Llegó a ver su vida fácil y disipada

como el enemigo de su vínculo con Vera y de su propio trabajo.

Luego llegó el tiroteo en medio de la noche. Los despertó. Supieron lo que era, no se podía confundir con fuegos artificiales ni con detonaciones de tubos de escape. Jack salió al balcón, Vera lo siguió y le dijo entre dientes que tuviera cuidado. Él permaneció con las manos sobre la balaustrada y miró en todas direcciones, pero no había nadie a la vista. La luna estaba baja sobre el mar al final de la calle. Regresó adentro y los dos se quedaron sentados en su estudio, fumando, esperando más disparos o lo que fuera que iba a suceder. Nada. Los ruidos habituales de la madrugada de La Habana. El mar, los árboles, los insectos. Vehículos por calles lejanas. Pero ni una voz.

Por fin Vera se levantó y se quedó de pie junto a la mesa, con el ceño fruncido, sirviendo una copa para cada uno. Con un puro entre los dientes. Tenía el pelo húmedo por el calor de la noche y los hombros desnudos bañados en luz de luna.

Jack dijo que odiaba las armas de fuego.

—Las consiguen de Rusia —dijo ella.

—¿Dónde has oído eso?

—Me lo ha dicho alguien.

Y de nuevo la misma vocecilla amarga, aferrándose a aquella referencia oblicua a la vida de ella allí fuera en la ciudad, aquella vida de la que él no sabía nada.

—Tienes muchos amigos.

Jack sabía lo que estaba haciendo al decir aquello, odiaba lo que estaba haciendo, pero no parecía tener opción. ¿Qué era lo que buscaba? ¿Intensificar la crisis, llevarla a un punto de ruptura, acabar con aquello y resolverlo de una forma u otra? ¿Era eso?

—Oh, por Dios, Jack, no empieces.

Pero ya había empezado, y al cabo de diez minutos ella ya estaba vestida y se había lanzado a las calles oscuras y peligrosas, y él no la vio hasta la mañana siguiente, momento para el cual él ya sabía que había terminado con La Habana.

Así que dejaron La Habana, y con ellos viajaba el baúl maltrecho de remaches metálicos en el que habían guardado sus cosas de

pintar, sus cuadernos de dibujo, sus diarios, su ropa y sus libros, así como un par de botellas para un caso de emergencia. Los lienzos de Vera los enviaron a Londres. Me los imagino en un viejo y humeante barco de cabotaje con remaches oxidados y parches soldados en el casco. Los dos apoyados en la barandilla, con gafas de sol y sombreros panamá, de camino a la siguiente isla, al siguiente pueblo de la costa. Para cuando me lo explicó a mí, las experiencias de Jack, rememoradas desde la placidez alcohólica, ya se habían transformado a través de sutiles gradaciones en el recuerdo afable y más bien sensiblero de sí mismo como un hombre muy joven que deambulaba por el Caribe con una mujer difícil a quien le unía una historia de amor tórrida y complicada. El barco de vapor eructaba humo negro y oleaginoso a la luz del sol y el capitán estaba de pie sobre el puente intentando cazar delfines con un rifle. Al oeste el manglar daba paso a playas de arena, un telón de fondo ininterrumpido de palmeras con montañas a lo lejos y de vez en cuando, apenas visible a través de un mar neblinoso y resplandeciente, un puñado de cabañas de madera sobre pilones, un embarcadero destartalado y el leve hedor de las algas secándose al sol. Ya era entrada la tarde cuando se enteraron de que iban a atracar durante un par de horas, y la idea de una cantina fresca y unas botellas de cerveza helada fue muy bienvenida.

—Tú ya tenías una idea —le dije yo— de lo que estabas buscando.

—Oh, sí.

Port Mungo: un pueblo fluvial antaño próspero y ahora en decadencia, marchitándose y humeando entre los manglares del golfo de Honduras.

5

Yo visité solo una vez el lugar. Pasé diez días allí. En los muelles vi bares toscos construidos con bloques de cemento, atendidos por chinos malcarados y cuyos clientes eran prostitutas y hombres de aspecto rufianesco procedentes de los barcos. Recuerdo calles y callejones polvorientos, y también canales, que apestaban, ya que eran cloacas abiertas y que desembocaban en el río, visible desde prácticamente cualquier sitio donde uno mirara, resplandeciendo al sol detrás de las cabañas sobre pilones, o bien desde el final de un callejón donde los pollos picoteaban la tierra y un muelle desplomado ocupaba unos metros de la ribera. Tengo un recuerdo nítido del mercado al aire libre, donde vi a un hombre abrir en canal a una iguana viva con un machete, y es que la carne de aquel reptil era una exquisitez local. Había moscas por todas partes, ruido, sangre, el hedor de la carne sacrificada mezclada con la fragancia de la papaya y el mango.

No voy a fingir que no me quedé destrozada cuando él me dejó. ¿Acaso no es todo hombre un héroe para su hermana? Ciertamente Jack era un héroe para mí, y yo había mantenido su imagen diligentemente brillante como una baliza luminosa ante mis ojos, la imagen de un hermano resuelto a perseguir sus ambiciones. No puedo estar del todo segura de lo que pasó en Nueva York. Gran parte de lo que me contó después me lo desmintió Vera, aunque sé que se les acabó el dinero en cuestión de semanas y que se trasladaron al sur, y lo sé porque tuve que enviarles fondos a un banco de Miami Beach. Supongo que yo era una tonta, pero me

pasé años pensando constantemente en él, con una devoción alimentada por sus muy esporádicas cartas, normalmente unas líneas garabateadas en papel cebolla, salpicadas de manchas de bebida y quemaduras de cigarrillo y con los márgenes llenos de dibujos. ¡Cómo adoraba yo aquellas cartas! Las respondía extensamente, y a todo hombre que mostraba algún interés por mí yo lo sometía a una rigurosísima comparación con Jack, y por supuesto nunca ninguno de ellos se le acercaba siquiera.

Yo llevaba más de diez años sin ver a mi hermano. Entretanto habían pasado muchas cosas. Después de que Jack dejara Inglaterra yo había vuelto a relacionarme con mi padre, y cuando murió me sorprendió lo profundamente que me afectó su pérdida. Me dejó la gran mayoría de su patrimonio a mí. Jack no recibió nada, ni tampoco, para su asombro, Gerald, que en aquella época ya ejercía la medicina y había montado una próspera consulta no muy lejos de Londres donde vivía con su mujer y sus hijos. Yo sabía exactamente lo que quería hacer. Vendí la casa de Suffolk y un año después me mudé a Nueva York. A mí también me había intoxicado la descripción de la ciudad que había llevado a cabo Vera aquella noche ya tan remota en Camden Town, y con cada visita que yo hacía a Manhattan —después de que Vera y Jack se trasladaran al sur, por supuesto— mis sentimientos hacia el lugar se iban fortaleciendo. Compré la casa de ladrillo en la calle Once Oeste y pronto establecí la clase de existencia tranquila y libresca que siempre había querido. Tuve una serie de historias de amor desganadas, pero durante todo aquel período Jack nunca se apartó de mis pensamientos, ni tampoco se ausentó del centro de mi corazón. Intenté que me invitaran varias veces a Port Mungo, sobre todo cuando me enteré de que tenían una criatura, una hija —Peg—, pero Jack siempre me daba excusas. Luego llegó una carta en que su necesidad de mí era tan pasmosamente evidente que aquella misma mañana empecé a hacer los preparativos para mi viaje.

Así que llevé a cabo el largo, caluroso y arduo viaje al sur, que culminaría en una lenta travesía de cuatro horas en *ferry* por la costa. Yo estaba muy nerviosa, y al mismo tiempo atolondradamente

emocionada por la idea de volver a ver a mi hermano largo tiempo perdido. Vino a buscarme al muelle donde atracó mi barco. Tenía casi treinta años, y lo que yo vi acercarse era un hombre descuidado y quemado por el sol con una camisa y unos pantalones de lona descoloridos, con el pelo largo decolorado irregularmente por el sol y recogido en una cola de caballo. Me saludó a su estilo familiar —abrazándome con rigidez— mientras Peg, descalza y con la piel morena, se escondía detrás de él y me miraba fijamente con unos ojos oscuros y salvajes. Jack me habló en voz baja mientras me tenía abrazada.

—Gin, es maravilloso que hayas venido. Es un viaje repugnante.

—Te he echado de menos —le dije. Y luego, para mí misma: Más de lo que nunca imaginarías.

Avanzamos lentamente en medio del calor feroz, con Peg empujando la carretilla en la que iban mis bolsas, por calles polvorientas, entre barracas torcidas, hacia el distrito de los almacenes. Todo el mundo parecía conocer a Jack y a Peg y mostraba gran interés por mí. Jack sonreía mientras miraba cómo yo daba la mano a ancianos negros con ojos legañosos y dientes de oro. No entendí una palabra de lo que se decía hasta que Peg me lo tradujo con timidez. Al final paramos en una enorme estructura de madera destartalada construida junto al río. Aquella había sido al parecer su casa desde el día en que Jack y Vera llegaron al pueblo.

Más tarde nos sentamos en la terraza que daba al río y estuvimos bebiendo ron. Vimos ponerse el sol sobre las montañas del oeste mientras el Mungo se volvía negro, con su superficie atiborrada de insectos parpadeantes y de destellos plateados. Salpicaban el silencio ruidos tanto humanos como animales. En la orilla opuesta vi niños chapoteando en los bajos, y detrás de ellos, sobre el fondo de la puesta de sol, cabañas desvencijadas con tejados de hojalata y chimeneas torcidas de las que se elevaba humo de madera en dirección a la selva tropical de detrás. Jack se enorgullecía curiosamente de aquel lugar primitivo al que había llegado, y sobre todo de aquel enorme granero de paredes combadas que era su casa. Antiguamente había sido un almacén de plátanos, aunque se

encontraba vacío al llegar ellos. Los edificios que quedan vacíos en los trópicos se deterioran deprisa, me contó él, pero era un sitio grande, y además tan barato que les quedaba suficiente dinero de mi último envío para poder pagar el alquiler con opción a compra durante varios años. Era más una ruina que otra cosa, de eso no había duda. Pero era una ruina suya, y había sido allí, me dijo, donde había aprendido a pintar como era debido. La calle sin asfaltar que había delante se llamaba Pelican Road, y aquel era el nombre que la casa había acabado por adoptar.

Habían encontrado a una mujer llamada Radiance que cocinaba para ellos y ella había traído a tres de sus hijos para que limpiaran la casa de arañas, escorpiones y otras criaturas desagradables que se habían ido aposentando allí. Todos se habían puesto manos a la obra con escobas y fregonas, y más tarde con cubos llenos de cal, que echaron por encima de los tablones descoloridos a fin de darle la mayor luz posible al interior del edificio. Cambiaron los tablones podridos del suelo, instalaron una cocina sencilla y colgaron hamacas. Trajeron unos cuantos muebles y todas las lámparas de aceite que pudieron conseguir, y al cabo de unos días el lugar ya era más o menos habitable. Una cama grande de madera de teca llegó por el río, luego la metieron desmontada en la casa y la volvieron a montar en el piso de arriba.

Desempaquetaron los rollos de tosca arpillera y la pintura en polvo que habían adquirido en La Habana para abastecerse durante un año y medio, y por fin salieron los dos a la terraza, bajo la luz del sol. Se asomaron al río, al puerto y al mar que se extendía más allá, entrechocaron las botellas de cerveza y brindaron por su suerte extraordinaria. Y así empezó su época de Pelican Road, el viejo almacén de plátanos que sería el hogar de mi hermano durante casi veinte años.

Todo esto me lo contó Jack en tono tranquilamente satisfecho, y yo me di cuenta de que él consideraba la adquisición de aquel lugar destartalado un verdadero logro. Aquello me preocupó. Le pregunté si Vera estaba tan orgullosa del sitio como era obvio que lo estaba él, y él dijo que la recordaba cruzando los suelos enormes con pasos

rotundos, mirando las vigas oscuras, pasando la mano por lo que parecían acres enteros de paredes, y declarando que allí podrían trabajar diez pintores sin estorbarse entre ellos. Al parecer, a ella le gustaban los trópicos, y por lo menos durante un par de años le apeteció vivir en aquella casa hecha polvo que se bamboleaba precariamente junto al río.

Y yo no vi ni rastro de ella.

Todo aquello me lo contó mi hermano aquella primera tarde, en un tono, como digo, de profunda satisfacción. Sin embargo, a mí me interesaban cuestiones más personales. Los cambios que había experimentado Jack eran dramáticos. El más asombroso era la ausencia de aquella energía incansable que en Londres había resultado tan irresistible, y no solamente para mí. Parecía haber sido sustituida por una especie de introspección abstraída; de hecho, parecía que toda la energía extravagante con que antaño emprendía las cosas se hubiera vuelto hacia su interior. ¿Por qué me tenía que sorprender aquello, ya no digamos entristecer? La última vez que yo lo había visto era un muchacho —un muchacho fuerte, espléndido y resuelto, pero un muchacho a pesar de todo— y ahora era un hombre. Y si antes había sido un romántico, supuse que ahora sería un realista, o tal vez un cínico: Vera era la responsable de aquel cambio. Los dos pasamos un rato en silencio. Algo gritó en la selva. Luego él habló otra vez, y su estado de ánimo había cambiado.

—Normalmente estoy bien solo, pero esta vez estoy deprimido, joder. Se ha vuelto a marchar.

Vi que le subía a los labios la autocompasión pero que él se la tragaba enseguida. Esperé más pero aquello fue todo. Por supuesto, a mí me resultaba imposible decir que yo ya había sospechado que aquello pasaría, que yo había visto con claridad la clase de mujer que era Vera en aquellos primeros días vertiginosos en Londres. Así que le hice la pregunta que me había rondado por la cabeza desde que me bajé del *ferry*. Le pregunté por qué, de todos los lugares perdidos de la mano de Dios que había en el mundo, habían elegido aquel.

Jack se encogió un poco de hombros, se rascó la cabeza y enseñó un poco los dientes. Oh, uno se acostumbraba, al final incluso te

llegaba a gustar, y, además, tenía un buen lugar de trabajo y Peg era feliz. Y tenía amigos, sí, no gringos sino nativos. Le gustaba la tranquilidad de los criollos, su franqueza y su generosidad, que les había permitido sobrevivir al principio de su vida allí. Parece que aquella había sido otra de sus decisiones impulsivas. Al ver por primera vez los muelles amodorrados, los botes de pesca y las casas de madera pintada asomadas al verde y lento Mungo —hizo un gesto despectivo con la mano en dirección al río y también, creo yo, al idiota romanticismo de su juventud—, Jack me contó que el lugar les había transmitido vibraciones, así que se habían bajado del barco de vapor y habían hecho que les bajaran el baúl al muelle. Y el resto, y aquí hubo un ladrido sardónico, ya era historia familiar. La maldición de los Rathbone.

Estaba claro que mi hermano tenía una maldición, recuerdo haber pensado, pero no una maldición familiar, sino provocada por la mujer en la que había invertido su destino. A medida que hablaba iba quedando claro que Vera era una alcohólica crónica, tal como hacía tiempo que yo sospechaba, y que su hábito había empeorado durante los años en Port Mungo. Jack también me dio a entender que ella le era infiel a menudo, y yo vi que aquello le hacía más daño que la bebida. El daño que ella le había hecho se le podía ver en la mirada, en el cuerpo, en los andares y en la postura de la espalda: era un hombre encorvado y demacrado, mientras que en el pasado había sido un hombre de espalda recta y actitud feroz. Pero tenía su trabajo —en aquel momento oí también el placer tranquilo en su voz—, y tenía a su hija. Peg había nacido un par de años después de que llegaran a Port Mungo, y cuando Jack hablaba de la chica lo hacía con tanta ternura que yo sabía que su vida estaba bendecida por lo menos en aquel sentido, que el placer que la niña le había dado compensaba en cierta medida todo el dolor provocado por Vera.

¿Y la vida sexual de mi hermano? En respuesta a las infidelidades de Vera, ¿había él buscado… alivio en otras partes?

Y entonces descubrí otro cambio en mi hermano. Diez años antes habría emprendido, y con brío, un relato de sus aventuras.

Ahora se mostró reticente. La cuestión lo trastornaba, y yo no insistí. Pero continué preocupándome por ello, ya que mi hermano tenía un impulso sexual muy poderoso, y a mí me resultaba inconcebible que ahora canalizara toda su libido en su trabajo. Me pregunté a mí misma si tendría una amante sobre la que no estaba diciendo nada, porque no me habría sorprendido lo más mínimo. Las chicas de Port Mungo eran criaturas bonitas, las que yo había visto, jóvenes bellezas esbeltas, de ojos verdes y delicada piel morena, y poseían una encantadora elegancia física. ¿Acaso no desearía cualquier hombre blanco a una de aquellas tímidas criaturas para sí? ¿No desearía instalarla en una cabaña sobre pilares en la otra punta del pueblo y tenerla allí lista para recibirlo siempre que notara un cosquilleo en la rabadilla? Se lo sugerí pero Jack dijo que no. Negó con la cabeza. No le interesaban las chicas del lugar.

Dejé que aquella afirmación flotara unos segundos en el aire. Entonces, ¿se trata de una de las gringas? Él soltó un resoplido de burla a modo de respuesta. ¿Las has visto, Gin? Ninguna de ellas tiene menos de sesenta años. Pieles como de rinoceronte y maceradas en alcohol. También yo estaba macerada en alcohol en aquella época, lo mismo que él, pero dejé el tema en paz, y lo que Jack hacía para obtener sexo siguió siendo un misterio. Tal vez, pensé más tarde, sí que había experimentado una especie de conversión damascena. Tal vez a la vista de las infidelidades repetidas y flagrantes de Vera él había decidido actuar en la dirección contraria al *ethos* de ella, casi a modo de reprimenda. Es decir, serle fiel y ser célibe en su ausencia. Tal vez su propia infidelidad en Miami Beach, al principio de sus viajes, lo había traumatizado lo bastante como para no volver a ir detrás de otras mujeres, y Jack era uno de esos escasos hombres que solamente cometen un error sexual en su vida y deciden volver al redil para siempre.

De hecho, ahora creo que a pesar de su vida salvajemente inconformista mi hermano sí que poseía la fibra moral necesaria para controlar sus apetitos y sublimarlos en forma de arte. Y también creo que nunca repitió la torpe equivocación sexual que

había cometido al principio de su relación con Vera.

Ella me lo contó una vez. Fue mucho después, mientras ella llevaba a cabo una de sus visitas periódicas a Nueva York, y por alguna razón las dos nos quedamos solas después de la cena, sentadas a la mesa de la cocina con un par de botellas y un cenicero atiborrado. Con el tiempo se había desarrollado una intimidad cautelosa entre nosotras, y yo había relajado en cierta medida mi adusta desaprobación hacia ella. Supongo que los años te dan una perspectiva más compleja de las cosas. No recuerdo cómo llegamos al tema, pero recuerdo la mirada maliciosa que me dirigió y la forma en que levantó la ceja, como diciendo: así que es eso lo que buscas. Y luego emprendió su historia. Sucedió en Miami Beach, dijo ella, llenando su copa por enésima vez y encendiendo todavía otro cigarrillo. Expulsó el humo en dirección al techo. Estaban alojados en una casa de huéspedes barata a una manzana de Ocean Drive, me dijo, eso fue después de abandonar Nueva York, claro. Estaban esperando a que yo les enviara dinero para poder llegar hasta La Habana. A Jack no le iba nada bien, me contó ella, y me describió no al hombre temerario que yo había conocido sino a un joven perdido y asustado, perdido en el mundo y sin saber adonde ir, aferrado a su amante porque la necesitaba pero al mismo tiempo odiando su propia dependencia y resistiéndose a ella. En Miami Beach era infeliz. Hacía demasiado calor y no podían permitirse comprar otra ropa que la que habían traído de Londres. Tampoco podían pagar nada mejor que un cuartucho de mala muerte y alejado de la playa, con un cuarto de baño al final del pasillo que compartían con varios viejos. Su ventana daba a un callejón donde se pudría la basura, pero no podían cerrarla para protegerse del olor porque necesitaban que corriera algo de aire.

Ella se contentaba con matar el tiempo leyendo, me dijo, viejas ediciones de bolsillo o cualquier revista o periódico que pudiera gorronear. Se tumbaba en la cama en ropa interior, en medio de aquel calor rancio y pesado, y se pasaba horas leyendo y fumando.

Jack caminaba por la habitación y por fin inventaba alguna misión que cumplir, la compra de cigarrillos o bien otro viaje infructuoso al banco a ver si les había llegado el dinero.

Ella no compartía su nerviosismo. Era como una gata, me contó, lánguida durante horas, indiferente al paso del tiempo, incluso le gustaba el calor. Pero a Jack no. A Jack le irritaba. Odiaba el calor, el estancamiento, la parálisis. Y de pronto lo vi como una especie de crisálida, como una criatura que esperaba impacientemente el momento de salir de su capullo. Vera se acordaba de una tarde en que se quedó amodorrada y Jack entró sin hacer ruido en la habitación y fue al tocador. Él estaba sudando mucho. Tenía la camisa pegada a la espalda. No se dio cuenta de que ella estaba despierta. Vera yacía en la cama en la cálida penumbra y con los ojos medio cerrados lo vio en el espejo del tocador, silencioso, ya que estaba actuando de forma furtiva, lo cual como es natural despertó la curiosidad de ella. Jack se había desabrochado varios botones de la camisa y se estaba inclinando hacia delante para examinarse el cuello en el espejo. De repente se quedó quieto, consciente de que ella lo estaba observando. Sus miradas se encontraron en el espejo. Por encima de sus cabezas el ventilador de madera giraba pesadamente, sin ningún efecto palpable.

—¿Qué estás haciendo, Jack?

—Creo que me he quemado —dijo, abotonándose otra vez la camisa.

—Déjame ver.

—No, no pasa nada. Vuelve a dormir. No quería despertarte. Voy a salir otra vez.

—Pues dame un beso.

Aquello provocó una alarma considerable, pero ¿qué podía hacer él? Confiar en su suerte. Y resultó que no era su día de suerte. Vera olió a colonia barata antes incluso de que él llegara a la cama. Ella no había esperado aquello de él y no tenía ni idea de qué hacer al respecto. Se limitó a decirle, con la primera chispa de incredulidad furiosa, que había estado con una mujer. Ahora estaba sentada en la cama y completamente despierta.

—No, no es verdad —dijo él.

Ahora la habitación olía a una colonia que no era la de ella, así que el hecho de que él lo negara no solamente era inútil sino también insultante. Se sentía insultada y con razón, y al mismo tiempo tenía una sensación cansina y tediosa de que la pelea que estaban a punto de tener no era distinta de las decenas de miles de peleas por infidelidades que estaban teniendo lugar en Estados Unidos en aquellos mismos momentos. Vera había creído que ellos eran distintos. Había creído que no tenían secretos el uno para el otro. Y ahora aquello. Colonia vulgar y mentiras vulgares. De pronto se sintió desesperadamente triste. Jack se sentó en la cama, hizo una especie de ruido que pretendía tranquilizarla y la tocó. Ella se incorporó llena de rabia y al momento siguiente él se marchó, dejándola sola con su corazón roto y sin un solo amigo en aquella ciudad en tonos pastel.

Vera estaba sentada a la mesa de mi cocina, mirando su copa de vino. Luego levantó la vista en dirección a mí y dijo algo curioso. Me dijo que se sintió como si hubiera perdido la virginidad. Yo entendí exactamente a lo que se refería.

Cuando él regresó un par de horas más tarde la encontró maquillándose delante del espejo. Venía dispuesto a afrontar el chaparrón y a aceptar su castigo como un hombre. Le había comprado una botella a Vera para aliviar el dolor. Había preparado un discurso. Lo que no esperaba de ninguna forma era la indiferencia glacial de ella, su negativa tácita a participar en un escabroso guión de culpa y reconciliación, y tampoco sabía qué hacer en relación con la evidente intención de salir que tenía Vera. Ella se regodeó en silencio en la confusión de él. Durante una hora se había permitido a sí misma sentirse totalmente ultrajada por aquella calamidad. Luego se había levantado de la cama convertida en una mujer distinta, iniciada, o eso me dijo, en las costumbres del feo corazón de Jack Rathbone. Solamente le quedaba poner en práctica su decisión y hacer exactamente lo mismo que él le había hecho a ella. Él intentó acompañarla cuando ella abandonó la habitación y fue entonces cuando ella le mostró un desprecio verdaderamente

venenoso. Le dijo que no lo quería con ella y que iba a salir sola. Él intentó preguntarle adonde iba y ella fue capaz sin pronunciar una sola palabra —¡ni una palabra, Gin!— de transmitirle la idea de que había perdido el derecho a hacer aquella clase de preguntas. Le dijo que no la siguiera y se marchó.

Después todo resultó deprimentemente fácil. En un bar de Ocean Drive se sentó al lado de un hombre plausible y le pidió fuego. Él le preguntó si podía invitarla a una copa. Estaba empezando a oscurecer. Las palmeras de la playa eran negras sobre el fondo azul cada vez más oscuro del cielo. Las olas susurraban en la playa, enormes coches descapotables recorrían la carretera y de la playa venían ráfagas de música. Ella estaba sentada en un taburete de una coctelería situada junto al vestíbulo de un hotel de color turquesa, una mujer con el corazón roto, decidida a seducir a un hombre para demostrar algo.

Y lo hizo. Y la verdad, me contó, dedicándome una amplia sonrisa con una muesca en medio, es que le gustó. Y mucho. Para ella era una clase completamente nueva de norteamericano. Era viajante. Se llamaba Richard. Venía de Long Beach, California, y trabajaba en el ramo de los bañadores. Mientras estaban acostados el uno junto al otro después de hacerlo, fumando, él le enseñó fotos de sus hijos. Quería verla otra vez, pero ella le dijo que no, que aquella era la primera y la última vez. Pero dejar la habitación de aquel hombre no resultó fácil. Tres veces intentó vestirse, y solamente la última lo consiguió. Él bajó con ella en el ascensor y se tomaron un último Martini en el bar. Vera me contó que no tenía ni idea de sobre qué hablaron, aunque el tipo le estuvo haciendo cumplidos, y es que debió de considerarse muy afortunado por haberse llevado a una mujer tan atractiva con tanta facilidad.

Vera iba caminando a medianoche por Ocean Drive en dirección al cuchitril de su casa de huéspedes cuando una figura salió de entre las sombras y pronunció su nombre. Jack había estado deambulando por las calles en su búsqueda. Estaba sobrio, completamente abatido pero sobrio. Ella nunca había visto nada tan patético. Mi hermano nunca le había parecido tan joven, y se le

ocurrió que ella se lo había pasado mucho mejor con su infidelidad que él con la suya, lo cual la hizo sentirse generosa, pero no lo bastante generosa como para tolerar algo parecido a un interrogatorio. Él tendría que usar la imaginación.

—¿Quieres pasear por la playa? —dijo él.

Ella intentó mostrarse distante, fingir una especie de desapego condescendiente, pues todavía se sentía la parte agraviada. Se preguntó a sí misma: ¿Acaso importa el sexo? ¿O es completamente irrelevante? El sexo no importa, pensó, pero sí importan sus efectos. Se permitió a sí misma saborear su reciente encuentro y sonrió para sus adentros. Y Dios, pensé yo, ¡no podía quedar gran cosa para la imaginación de Jack! Pero ella no consiguió mantenerse firme. Aquel chaval hecho polvo que tenía al lado, me contó, acabó por conmoverla. Ella se volvió hacia él y allí junto a la orilla se abrazaron como las almas perdidas que eran. Luego chapotearon en la espuma con los zapatos en la mano. Jack había preparado un nuevo discurso, uno sincero, uno de verdad. No lo haría nunca más, le dijo, lo decía absolutamente en serio, y a ella le quedó claro que nadie le había replicado a Jack de una forma tan brutal y que aquello le había llegado al alma. Que estaba aterrado ante la posibilidad de perderla y que nunca más la iba a menospreciar.

Vera escuchó todo aquello mientras caminaban por la arena mojada, con bocinas de coches y música flotando vagamente por la playa, y Jack se estuvo esforzando, reuniendo toda la firmeza moral que ella creía que él tenía dentro. A ella, sin embargo, no le importaba la firmeza moral, simplemente estaba aliviada de que hubiera terminado aquel día terrible y de que volvieran a estar en paz.

Yo le pregunté si ella creía que él había dicho en serio lo que había dicho, que nunca más le volvería a ser infiel. Ella se encogió de hombros. Me dijo que suponía que él lo debía de haber dicho en serio. Que nunca se lo había pensado, y tampoco se lo pensaba entonces, es decir, la noche en que me lo contó sentadas a la mesa de la cocina. Y yo pensé: Puedes encogerte de hombros, Vera Savage, pero alguien que mantiene una promesa así cuando su pareja

es alguien tan desenfrenadamente infiel como tú has sido, ¿qué clase de moral es esa? Una moral de una clase superior, ¿verdad? Y es por eso que creo que Jack me contó la verdad cuando yo le pregunté por su vida sexual en Port Mungo. Creo que había decidido no imitar a Vera en su promiscuidad y creo que se aferró a esa decisión.

El dinero les llegó al día siguiente. Habían dormido bien, como niños huérfanos abrazados en la noche, y por la mañana se sintieron patéticamente agradecidos de encontrarse en la misma cama. La llegada del dinero fue como una bendición del cielo.

Dos días más tarde se trasladaron a un pequeño hotel en La Habana. Mientras caminaban por las calles con su nueva ropa ligera para el trópico, Estados Unidos les debió de parecer una pesadilla, una larga noche de excesos en Nueva York seguida de una resaca diabólica en Florida. Pero lo habían conseguido, estaban juntos y tenían un plan. Y sus corazones estaban alegres mientras paseaban cogidos del brazo por la ciudad vieja, Vera con un puro enorme entre los dientes, saludando a los ancianos, a los niños y a las prostitutas en su terrible español, y Jack pensando en estudios y ya en busca de uno.

Mi hermano no me habló ni una sola vez de su infidelidad en Miami Beach, aunque muchas veces insinué delante de él que estaba al corriente. En cierto modo creo que era una especie de monje.

Las conversaciones que Jack y yo teníamos todas las tardes cuando el sol se ponía se convirtieron en uno de los escasos momentos felices de los días que pasé en Port Mungo, mientras bajaba el nivel del ron de una serie de botellas que él iba sacando del armario de la cocina. Era el principio de la temporada de huracanes, y para mi tercer día allí el aire se había vuelto opresivamente bochornoso y estaba cargado de electricidad. Yo ansiaba que una tormenta aliviara las tensiones de la atmósfera. Había montañas al norte, al sur y al oeste de nosotros, y por las noches la luz resplandecía y parpadeaba sobre aquellas barreras lejanas y verdes. El clima se volvió insoportablemente caluroso y yo sentía que el sudor me afloraba

constantemente a la frente y debajo de la camisa. Luego la tormenta cruzó el golfo y los furiosos puños y nudillos de las negras nubes de tormenta vomitaron potentes descargas que iluminaron el cielo y centellas resplandecientes que bajaban zigzagueando y crepitando hasta el mar. Los árboles de la otra orilla del río se agitaban en medio de la ventisca, con las hojas anchas abrazándose lánguidamente entre ellas, y por fin llegó la lluvia bendita.

Yo sentía curiosidad por el embarazo de Vera y le pregunté a Jack cómo había reaccionado ella ante la perspectiva de la maternidad. ¿Había sido feliz mientras esperaba a su hija? Mi hermano hizo una mueca burlona. No me iba a agobiar con una narración detallada, me dijo, solamente me diría que andar como un pato y cargada con una criatura en un clima tropical era algo que ponía a prueba la fortaleza de cualquier mujer. Por no hablar, no hacía falta añadirlo, de una mujer como Vera. Me contó que trasladaron la enorme cama de madera de teca a su estudio, y que cuando llegó el momento Peg nació en medio de un desorden de pinceles y cazos y jarros de aguarrás. Una de las primeras cosas que vio el bebé al nacer fue un lienzo inacabado cuyo tema era la fertilidad. Una fertilidad dolorosa, pesada y sucia.

El médico local era un inglés llamado Johnny Hague. Estar tumbada de espaldas con la camisa desabotonada y con los dedos fríos de aquel hombre palpando delicadamente su vientre abultado era uno de los pocos recuerdos agradables, según Jack, que Vera afirmaba haber tenido en aquella época. Capté algo en su tono de voz. Estaba sentado con el cuerpo inclinado hacia delante, los codos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha, mirando en dirección a la terraza de forma que yo no podía ver sus rasgos. Luego levantó la cara bajo la luz de las lámparas y con expresión funesta, y mirándome fijamente, habló con una mueca de resentimiento y de asco.

Yo entendí lo que me estaba contando.

Hubo un silencio.

Al parecer ella perdió interés bastante deprisa en su maternidad. Jack había imaginado que una criatura los uniría, pero al cabo de

unos pocos meses ella volvió a sus viejas manías.

¿Qué viejas manías?

Ella desarrolló el hábito de deambular a primera hora de la mañana hasta los muelles, y si había algún barco fondeado en la costa se pasaba el día fuera y regresaba borracha como una cuba. Antes de que naciera Peg él había estado haciendo avances, me dijo. Su hábito de beber era de una magnitud menos grandiosa que en el pasado y tenía unos efectos menos apocalípticos, y Vera incluso había empezado a manifestar un entusiasmo cauteloso por la moderación relativa que él estaba imponiendo en sus vidas. Pero después de que Peg naciera, de repente ella empezó a ver a Jack como un hombre amarrado a un bebé, y por tanto menos capaz de supervisar sus actividades. Aquello le provocó una risotada amarga a mi hermano mientras me lo estaba contando, pero la verdad es que no resultaba nada cómico, nada cómico en absoluto. La primera vez él apareció en la puerta de un bar de los muelles con Peg dormida en brazos. ¡Y, por Dios, qué sorpresa se llevó ella! Estaba bebiendo cerveza con los marineros, y ser sacada a rastras del bar fue el precio a pagar por haber dado por sentado que él no podría ocuparse al mismo tiempo de Peg y de ella. Pero salió del bar, tuvo el bastante sentido común como para no desafiarlo, y después de una pelea terrible se sumió en un humor de perros durante varios días.

Y regresó al trabajo, se encerró en su estudio, hasta que una noche a la hora de cenar, cuando ya oscurecía, a la luz de las lámparas de queroseno, Jack le puso una botella de ron delante y le sugirió que lo celebraran.

—¿Que celebremos qué? —dijo ella, que todavía se mostraba malhumorada, a pesar de que el corazón le debió de saltar de alegría al ver una botella de ron y a Jack en actitud amistosa.

—A Dios y a toda su creación.

—Oh, vete a la mierda, Jack. ¿Por qué no me puedes dejar en paz?

—¡Ya te dejo en paz! Tómate tu copa y no causes problemas.

Así que se tomó una copa, y ahora cuando estaba con él bebía como una persona normal, sabía que él no toleraría que bebiera

como una cosaca. Luego se puso a hablar de lo que estaba haciendo en el estudio y por fin Jack empezó a ver a la Vera real, es decir, a la pintora, no a la borracha. Tenía el pelo acartonado de nadar en el agua salada del mar y llevaba una semana sin cepillárselo a modo de protesta por ser sacada a rastras del bar. La pechera de su camiseta estaba manchada de pintura. Pero por muy sucia que estuviera, tenía aspecto de artista, mientras que unas cuantas noches antes, en los bares, simplemente había tenido aspecto de puta y de persona despreciable.

Bajaron al estudio de ella y Vera fue de arriba para abajo por entre varios lienzos, hablando en tono rápido y apasionado sobre lo que creía estar haciendo. Cuando se quedaba sin palabras él acudía con sus preguntas y pronto la encauzaba de nuevo, y durante todo aquel rato vio que ella estaba trabajando en vez de perderse en el alcohol, y supo que aquello era gracias a él.

Pero a medida que pasó el tiempo su influencia se fue debilitando. Vera se fue poniendo más y más nerviosa, y un día anunció que si no salía de Port Mungo se iba a volver como una cabra. Jack no se sentía ciertamente complacido por el espíritu con que fue pronunciado aquel ultimátum —hostil, desafiante— y respondió con furia. La pelea subsiguiente solamente reafirmó la decisión de ella de marcharse, y se separaron con amargura. Vera había hablado vagamente de «echar un vistazo a México», aunque él tenía la fuerte sospecha de que lo que quería era regresar a La Habana y ver si se lo podía pasar tan bien con Fidel como antes de la revolución.

—¿Qué edad tenía Peg?

—Unos dos años.

—¿Le tenía Vera cariño a su hija?

—Estaba resentida con ella por toda la atención que recibía.

Nos quedamos en silencio reflexionando sobre aquello. Hubo varios destellos en el horizonte y un trueno lejano. Seguíamos en la terraza con nuestro ron. Algo me picó en el tobillo y me di una palmada con gesto distraído.

—¿Es que no tiene ningún instinto maternal?

Nuevamente Jack se inclinó hacia delante en su silla y se pasó la mano por el pelo, ceñudo y gruñendo ligeramente, supongo que debido a las emociones amargas que suscitaba la pregunta. Me miró y apartó la vista, luego dijo algo entre dientes. Menudo teatro. Por fin habló.

—Ninguno.

—Oh, Jack.

Me incliné hacia él y le cogí la mano. Él me agarró los dedos con fuerza durante unos segundos. Luego dijo que creía que no podría haberla conservado a su lado de no haberle sido ella infiel. No era una mujer infiel por naturaleza, dijo él, más bien su sexualidad estaba ligada a su dependencia emocional del hombre que Se hacía cargo de ella. Pero su lío con Johnny Hague creó un trastorno que dañó gravemente el tejido conectivo entre ambos. Ella se dio cuenta, y Jack suponía que de forma inconsciente, de que si destruía el vínculo sexual entre ambos podría destruir el poder que él tenía sobre ella.

Jack se quedó sentado a oscuras después de contarme aquello y se concentró en encender un puro.

—Tu poder sobre ella —dije yo.

—Por Dios, Gin. ¡Alguien tiene que controlarla!

6

Las revelaciones de Jack me escandalizaron pero no me sorprendieron, supongo que porque ya me había hecho una idea de Vera en Londres y porque mi antagonismo hacia ella, que yo, engañándome a mí misma, consideraba un análisis frío de su carácter, estaba de hecho contaminado por el resentimiento de la rivalidad: ella se había llevado al hombre que yo amaba. Absurdo e irracional, por supuesto… Yo era la hermana de Jack. Lo que teníamos no era un romance, pero sí era una relación de una naturaleza profunda y muy íntima, y tardé mucho tiempo en reponerme. Mi propio traslado de Londres a Nueva York un año después de la muerte de mi padre era en parte un intento de acercarme a él, y debo reconocer que me produjo un gran placer por entonces el pensar que yo había tenido razón acerca de Vera y que aquella mujer era una mala pieza. Era una mala madre, una amante infiel, una borracha, una derrochadora y una perdida. No me enorgullezco de aquello, pero por lo menos me permitió compenetrarme con Jack en su constante preocupación por averiguar qué había salido mal, por qué las cosas habían acabado en semejante desastre. Vera iba impacientándose más y más, dijo, hasta que llegaba un momento en que estaba más ausente que presente.

—Pero ¿por qué?

Jack dijo que suponía que era porque nunca sentía la obligación de quedarse en casa. Quedarse en casa cuando quería salir le parecía a Vera una especie de muerte, me contó, el estrangulamiento de un impulso vital, y aquello estaba completamente mezclado con la idea

que ella tenía de sí misma como artista, que era la única parte de su persona que le importaba. Madre, amante, maestra, musa… no le importaba lo más mínimo su éxito en ninguno de aquellos roles, ninguno de ellos tenía nada que ver con lo que ella creía que era su meta. Cualquiera podía ser una buena madre o una buena amante, aquel era su argumento, pero nadie podía ser la artista que ella era, nadie podía hacer las pinturas que ella tenía talento para hacer. Por tanto cualquier cosa estaba justificada si estaba al servicio de la obra, y si aquello quería decir que irse para recorrer Chiapas a pie avisando un par de días antes podía estar al servicio de su obra, entonces las penurias que sufrían aquellos a los que dejaba atrás no tenían ninguna importancia.

—Pero ¿ella te quiere?

Bajó la mirada, negó con la cabeza. Un silencio agarrotado.

—Solamente Dios lo sabe, Gin. A su manera.

—¿Y qué pasa cuando ella vuelve de uno de sus viajes?

Estábamos en la terraza, ya había anochecido y estábamos contemplando el Mungo. Los relámpagos brillaban en las montañas lejanas de Guate. De repente Jack se animó. Su táctica era: ¡no tan deprisa, señorita! Él no tenía tiempo para su filosofía de bar, si ella quería volver a su casa tenía que ganárselo. Vera gritaba y se enfurruñaba, se negaba a admitir que hubiera hecho nada mal, insistía en que nunca había prometido ser otra persona que quien era, intentaba usar el argumento de la santidad del artista, pero de nada le servía, al final sabía que lo único que le funcionaría sería una disculpa sincera y sostenida y, hasta que encontrara el camino al lugar de su interior donde podía brotar un remordimiento sincero y sostenido, su vida sería un infierno, Jack se encargaría de ello.

Así que se encerraban en Pelican Road y al cabo de un par de días ella se veía obligada a reconocer lo que Jack había sufrido en su ausencia. Mi hermano no cejaba. Decía que se dedicaba a erosionar la negación psicológica de ella como si fuera una hoja de papel de lija industrial. Ninguno de los dos tenía mucho tiempo para dormir, había muchos gritos, e incluso —ahí es nada— se tiraban platos. Ella amenazaba con marcharse de nuevo y no regresar nunca y él le

decía que adelante, que se marchara. ¿Acaso pensaba ella que era la única mujer que él podía obtener si quería una? A fin de cuentas, ¿para qué quería una mujer? Era alguien con quien beber y alguien a quien llevarse a la cama, de otro modo no era más que una distracción del trabajo.

Vera podía entender aquella clase de argumentos, por supuesto. Se gritaban sus eslóganes existenciales y vociferaban sus manifiestos de autosuficiencia artística, pero en realidad no eran más que bravuconadas, aunque Jack lo sabía mejor que ella. Y era ella la que volvía a él. Le necesitaba. Y aunque antes él la echaba muchísimo de menos cuando ella se largaba, había aprendido a vivir solo, no le había quedado otro remedio.

Cuando Jack dijo aquello, yo levanté una ceja con expresión escéptica. No solamente no había aprendido a vivir sin ella, sino que su última ausencia lo había sumido en una angustia tan grande que se había visto obligado a mandarme a buscar. Incluso su tono de voz desmentía lo que estaba diciendo, pues fue con una sonrisa en la cara y con una especie de nostalgia cariñosa en la voz que me habló de los regresos de Vera, como si en realidad él disfrutara de aquellas siniestras peleas. Yo di por sentado que aquello quería decir que él siempre se alegraba de volver a verla, lo cual me resultaba incomprensible. ¿Qué justificación podía haber para querer a una mujer que se comportaba así?

Después de la pelea, el sexo. Destrozados por dos noches en blanco de insultos directos al ego disparados en ambas direcciones a través de un campo de batalla de vajilla y botellas de cerveza rotas, al parecer se lanzaban el uno sobre el otro con un apetito voraz. Creo que ella le trepaba encima como una rana trepando por la rama de un árbol, Jack me lo insinuó, y varios dibujos clavados con tachuelas a la pared de su estudio sugerían que eso era lo que pasaba entre ellos. Un par de días en la cama y luego, todavía doloridos por las heridas recibidas, regresaban más o menos a la normalidad. Era durante aquellas horas cuando ella le contaba dónde había estado, y era entonces cuando sacaba los cuadernos de dibujo polvorientos, las libretas de notas manchadas de tequila, las fotografías, los mapas y

las historias. Él me dijo que aquellos eran momentos felices. Puede que la hubiera odiado por abandonarlo, pero después se aferraba ansiosamente a los recuerdos que ella traía de sus aventuras. Luego él le enseñaba la obra que había creado mientras ella estaba lejos, ¡y cómo le gustaba oír a Vera hablar de sus pinturas! Vi que se le suavizaba la expresión nada más pensarlo.

—¿Y luego qué?

Luego ella se acordaba de Peg y se iba a buscarla, desgarbada, descalza, una mujer desarraigada, con el pelo escapándosele del pañuelo que llevaba en la cabeza y con unos pantalones de cañamazo y una camiseta desteñida que le daban todo el aspecto de marinero recién desembarcado de un barco pirata. Solamente le faltaban un loro en el hombro y un aro en la oreja. Mi hermano me explicaba aquello con una sonrisa atontada y cariñosa. Ella se marchaba por la arena blanca con una botella de cerveza en la mano y, a pesar de todo, me decía, él la amaba.

Yo dejé pasar aquello sin hacer ningún comentario.

Así que Jack crió a Peg prácticamente solo. Al mismo tiempo emprendía su obra con una disciplina feroz, y así se inició una pauta: él entregaba cada vez más de sí mismo a su pintura, ella iba y venía y pintaba menos con cada año que pasaba y Peg crecía como un espíritu libre y salvaje. Sin trabas.

Tengo recuerdos nítidos de Pelican Road. Por supuesto, yo tenía mucha curiosidad por conocer a Peg, ya que había leído mucho sobre ella en las cartas de Jack. Cuando estuve allí era una niña tímida de ocho años con los miembros largos y los rasgos estrechos y en punta de una verdadera Rathbone, y ya era todo un carácter. La primera tarde que pasé allí, después de lavarme y de apoltronarme luego en una vieja silla de mimbre en la terraza que daba al río, Peg se quedó en la puerta, observándome furtivamente, apoyándose alternativamente en un pie y en el otro y con el ceño fruncido.

—Eres muy blanca —dijo por fin.

Detecté un asomo apenas perceptible de acento inglés, pero

estaba sumergido casi del todo en la cadencia del dialecto. Pareció decidir que yo era inofensiva y se me acercó. Me tocó el pelo con cautela.

—Tía Gin…

—¿Sí, Peg?

Para entonces la niña ya había vencido su timidez, se encontraba medio sentada en mi regazo y me estaba manoseando los pendientes con sus dedos largos, morenos y sucios. Me preocupó que pudiera tener piojos en el pelo.

—¿Quieres ir al agua?

Pronunció «agua» en dialecto *patois*.

Jack apareció en la terraza con una botella de licor oscuro, el ron local.

—Querida, Gin no quiere ir al agua, de hecho creo que tampoco quiero que tú vayas al agua.

Se dirigió a mí y me dijo que hacía poco que un cocodrilo había matado a una criatura. Al oír aquello Peg se emocionó y con los dedos sucios y fuertes me giró la cara a la fuerza hacia ella y se puso a hablarme del chico al que había pillado el cocodrilo «¡al lado mismo de esta casa, colega!». Tenía la cara a centímetros escasos de la mía y los ojos como platos.

—Y el chaval —susurró— quedó hecho papilla.

—Peg, ¿por qué no te largas de una puñetera vez? —dijo Jack.

—Muy bien, Jack —dijo ella, en un tono fatigado que debía de haber aprendido de su madre—. Me largo de una puñetera vez. Nos vemos, tía Gin.

—Nos vemos, Peg.

Luego, de forma bastante deliberada, mirándome mientras lo hacía, cogió un cigarrillo del paquete de su padre, lo encendió y lo dejó colgando de la comisura de su boca mientras expulsaba el humo por la nariz. Pareció que Jack no se daba cuenta. Peg dejó la terraza caminando hacia atrás, con el cigarrillo todavía colgando de los labios, sosteniéndome la mirada y haciendo unos peculiares gestos serpenteantes con los dedos de ambas manos. Una vez estuvo en la oscuridad de la casa, echó a correr con un grito y oímos sus pies

descalzos aporrear las escaleras.

—Una niña notable —dije.

—Me preocupa que esté en esa barca.

Miramos el río lento y pesado, que en algunas partes reflejaba los últimos rayos del sol y que probablemente en aquel mismo momento albergaba cocodrilos hambrientos. Yo disfrutaba mucho mirando cómo mi hermano hacía de padre. Parecía que se le daba bien, con un estilo parecido al de nuestro padre: afectuoso, distraído, indiferente a cuestiones nimias como el fumar, vigilante de una forma más bien vaga, y me dio la impresión de que Peg no necesitaba más que eso. Aquella misma noche, al desvestirme para ir a dormir en el cuartucho que me hacía las veces de dormitorio detrás del estudio de Vera, me di cuenta de pronto de que había alguien de pie en la puerta. Las lámparas de aceite no daban más que una pizca de luz, y me asustó ver una figura inmóvil donde un segundo antes no había ninguna. Solté un ligero chillido. Era ella, por supuesto.

—Peg, ¿qué estás haciendo aquí?

—Quiero ver tu piel blanca.

Aquello me dejó estupefacta.

—Bueno, cariño, lo siento, pero para esas cosas soy muy pudorosa.

—¿No puedo mirar? A Jack no le importa.

—Me temo que no.

—Vale. Nos vemos, tía Gin.

—Nos vemos, Peg.

Y se fundió con las sombras. ¿Qué era lo que no le importaba a Jack? Aquello era otro mundo y yo no tenía ni idea de cómo vivían. Decidí no sacar ninguna conclusión precipitada sobre todo aquello.

Al día siguiente Jack me llevó a su estudio. Lo recuerdo muy bien. Toda su obra estaba allí junto con muchas cosas más, todos los trastos que había acumulado, además de la obra de pintores locales y otra gente de paso que había oído hablar del estudio de Jack Rathbone en Port Mungo y habían pasado a visitarle. Era un espacio enorme y cavernoso con las paredes de madera, con unas vigas muy altas y unos portones enormes que daban al muelle y a

través de las cuales se reflejaba una luz acuosa sobre el río. Un andamio de madera con ruedas permitía llegar a la parte alta de los lienzos más grandes. Entre las cantidades enormes de cosas que había allí recuerdo las mandíbulas de un tiburón montadas en una viga y el mascarón de proa de un viejo barco, la cabeza y el torso de madera de una diosa de pelo rojo. En aquella época el estudio de Jack era un centro de vida social. Los lugareños amarraban los botes en su muelle y se acuclillaban bajo la luz del sol, fumando y hablando en murmullos entre ellos mientras contemplaban su obra. Los niños trepaban al atracadero y se apiñaban chorreando y sonrientes en la puerta. Otra gente llegaba con objetos para el artista, con la esperanza de ganar unos centavos. Los hombres con los que Jack bebía pasaban de visita y de vez en cuando algún nativo entrecano del pueblo se acercaba al lienzo, lo miraba con atención y murmuraba un par de palabras sobre el color del mar, o sobre el plumaje de un churrinche tropical que sobrevolaba un volcán, o bien sobre la figura de una chica perdida enraizada en el tronco de una ceiba.

Me presentó a varios personajes que estaban sentados en su atracadero y luego me llevó a la parte trasera de su estudio y me enseñó la obra que había estado creando. Dios mío, qué cuadros tan extraños. Yute sin tratar o arpillera montada sobre palos nudosos, de dimensiones desiguales y con la pintura dotada de una textura grasienta, amontonada a borbotones en la superficie áspera. La imaginería era una respuesta primitiva, caótica, apasionada y cruda al mundo en que vivía Jack. Algunos cuadros medían dos metros de altura, y los colores, los verdes y los azules, los rojos anaranjados y los amarillos verdosos tenían una cualidad dura y ácida y de alguna forma todos tenían el mismo peso, como si entre ellos no circulara ni una gota de aire. Tal vez fueran mis sentimientos ambivalentes hacia el mundo de Jack lo que conformó mi reacción, me refiero a la selva, el sol, el río, las cabañas, el mar, las moscas, los árboles —la luz—, pero mientras cobraba conciencia de aquellos indicios de perplejidad, tuve el buen juicio de decir que era una pintura muy poderosa, aunque lo cierto era que yo no lo tenía nada claro. Más

tarde, por supuesto, me llegó a parecer heroico lo mismo que entonces me había parecido simple bravuconería: la ambición y el alcance de lo que había creado allí.

Años más tarde, a su regreso a Nueva York, Jack continuó trabajando con la imaginería que había desarrollado por primera vez en Pelican Road. Me contó que nunca habría trabajado de una forma tan, oh, grandiosa, de no haber vivido en Port Mungo. Allí encontró un reflejo de sí mismo, dijo, y el sentido de su vida como artista era el esfuerzo por plasmar directamente en el lienzo aquella identificación. Pensé en sus motivos recurrentes, las selvas tropicales y los ríos, las serpientes, los pájaros, los brillantes cuerpos míticos, y por mucho que llegara a admirar aquella obra nunca entendí realmente en qué sentido se veía a sí mismo en aquellas pinturas.

Fue después de que Vera regresara de otro de sus viajes alcohólicos —y de esto no me enteré hasta mucho más tarde, porque sucedió tres años después de mi visita— cuando la hermanita de Peg, Anna, fue concebida durante uno de aquellos apasionados reencuentros. Así que me perdí el espectáculo de Vera Savage, una mujer dolorosamente carente de instinto maternal, y ya cuarentona, dando a luz a su segunda hija. Jack no tenía ninguna esperanza de que su conducta cambiara, y no cambió. Una vez más él se responsabilizó de la pequeña cuando Vera, después de unas semanas escasas de criarla, se cansó de Anna y empezó a tratarla con lo que ella misma llamaba «desatención benigna». Jack reconoció aquello como la misma indiferencia a que había sometido a Peg, pero aquella vez ya no lo convirtió en motivo de discusión y se limitó a relevarla. Empleó a la misma ama de cría que había dado el pecho a Peg, una mujer corpulenta y tranquila llamada Dolores, y durante los quince primeros meses Anna vivió en su casa, junto con los siete hijos de Dolores. Durante aquellos meses era Peg quien pasaba varias horas al día con el bebé, y a menudo se la veía llevando a su hermanita al río en una carretilla para enseñársela a los pescadores. Jack me contó todo aquello sin ningún rencor. Me dijo que Vera no tenía la culpa

de que no le interesara ser madre. Era una suerte, me dijo, que él pudiera hacerse cargo. Y Dolores era un tesoro.

Era una curiosa figura, pues, mi hermano, aquel artista de impulsos feroces, aquel Gauguin tardío, estimulado por la riqueza de formas y colores del mundo natural de aquel lugar, así como por su fecundidad, su exuberancia y su violencia, y al mismo tiempo dando muestras de una solicitud maternal hacia sus dos hijas mientras su madre estaba ausente haciendo lo que le daba la gana, mayormente, por lo que parecía, bebiendo y persiguiendo hombres. Y más tarde se me ocurrió que tal vez se debiera a aquella inmersión continuada en la naturaleza y la maternidad que estaba perdiendo sus reflejos civilizados. Y ciertamente los estaba perdiendo, de eso no me cabía duda, y recuerdo varias ocasiones en que aquel hecho se me hizo perfectamente evidente. Una vez, hacia el final de mi estancia, estábamos sentados en la terraza al anochecer, tomando la primera copa del día, cuando oímos una serie de gemidos procedentes de la casa y unos pasos lentos e irregulares en las escaleras. Nos volvimos hacia la puerta. Era Peg, y al parecer había algo que le dolía mucho: siempre descalza, había pisado alguna clase de espina y no pocha apoyar ningún peso en el pie izquierdo. Salió a la terraza dando brincos y Jack le dijo escuetamente que se sentara en la terraza delante de su silla y que levantara la pierna izquierda. Luego se inclinó hacia delante para examinarle la planta del pie.

—¿No es más que esto? —le dijo, palpándole el talón, y Peg soltó un chillido—. Oh, no seas criatura.

Luego la agarró del tobillo flaco y moreno, y, agarrando el pie bien fuerte con la otra mano, acercó la boca a la herida y empezó a chupar. ¡Aquel pie estaba sucísimo! La niña había estado por todo el pueblo y solamente Dios sabía qué habría pisado. Me ofrecí para ir a buscar el desinfectante, pero Jack dijo que no hacía falta. Chupó ávidamente el pie sucio, chupó y escupió, y cada pocos segundos levantaba la vista y sonreía a su hija. Peg le devolvía la sonrisa mientras se meneaba sobre su trasero en la terraza. Al cabo de un par de minutos Jack se apartó un poco, le hurgó el dedo con una uña y le sacó la espina con los dientes. La sostuvo en alto para que la

viéramos, luego la tiró por encima de la barandilla y se secó las manos en los pantalones sucios de pintura.

—¿Ya estás bien?

—Gracias, Jack —dijo Peg.

¡Pero antes de que se marchara cojeando él la hizo ponerse de espaldas a la barandilla y le orinó en el pie! Para desinfectarlo, dijo. Luego se volvió a sentar, sonriéndome, mientras se subía otra vez los pantalones.

Le encantó mi soplido de desaprobación, y yo estaba a punto de decirle que se había vuelto un hombre primitivo cuando hubo un grito procedente de la escalera.

—¿Qué pasa ahora? —gritó él, en dirección a la casa.

—¡Ha venido mamá!

Port Mungo gozaba de un gran establecimiento, una reliquia destartalada de la antigua gloria del pueblo que, a pesar de su pintura descascarillada y del moho que lo invadía —el sótano se inundaba todos los años—, conservaba algunas de las viejas instalaciones; en concreto las enormes habitaciones del piso de arriba a las que llegaba la brisa del mar. Por aquella razón el hotel Macao era frecuentado por aquellos lugareños a los que a media mañana o al atardecer les gustaba beberse su ron en la comodidad relativa de las amplias sillas de ratán, bajo vetustos ventiladores de techo, en la compañía espectral de magnates bananeros muertos que paseaban por las terrazas del brazo de orgullosos fantasmas de exóticas mujeres criollas.

Jack y Vera me llevaron allí la tarde que ella apareció en Pelican Road después de varios meses de ausencia. Al oír Jack el grito de Peg se levantó de su silla y bajó las escaleras en un segundo, gritando él también por el camino. Yo me quedé esperando en la terraza, para no molestar. Un minuto más tarde Peg apareció en lo alto de las escaleras.

—Mamá dice que por qué no bajas a saludar, vaca maleducada.

Así que bajé. Y allí estaba ella, sentada con las piernas cruzadas

en su estudio en medio de un montón de bolsas y cestas, hurgando en el interior de una mochila raída. También había un joven negro en vaqueros cortados meciéndose sobre las piernas y liando un porro, y Jack de pie junto a la mesa sirviendo ron en los vasos. Al entrar yo en el estudio Vera se giró, sonriente.

—¡Aquí está! —gritó al verme, y se levantó del suelo—. Se quedó delante de mí con una sonrisa amplia, los brazos abiertos y el mismo hueco entre los dientes: la Vera de siempre, pero más, aquella fue mi primera impresión. Ya cuarentona, y se le notaba, porque eran evidentes los estragos del clima y de la bebida, pero de alguna forma, al mismo tiempo, estaba radiante. Tenía bastante de madre Tierra *hippy* —el pañuelo de colores de la cabeza, las ropas holgadas de algodón—, pero más, creo yo, de reina gitana, pues ahora tenía la piel profundamente tostada y llevaba un montón de adornos de plata. Me cogió en brazos. Su presencia física era abrumadora, y me encontré a mí misma abrazándola con fuerza y saboreando los olores que emanaban de ella: aceite de pachulí, marihuana, cítricos y no sé qué más. Yo no quería soltarla. Cuando nos separamos se me quedó mirando a la cara con ojos brillantes y me dijo que lo que yo había hecho era hermoso, venir desde Nueva York para ver a mi hermano.

—¡Y a mí! —gritó Peg.

—Y a mi Peg —dijo Vera, cogiéndome las manos y apretándolas con fuerza. Luego me soltó las manos de golpe y se giró.

—¿Dónde está el ron, Jack?

Creo que aquel no fue un regreso típico, por la sencilla razón de que yo estaba allí. No vi nada del resentimiento y nada de la animadversión que de acuerdo con Jack solía acompañar aquellas reuniones. Todo era muy cálido y jovial y mi hermano no tenía tanto aspecto de severo padre de familia como de vieja gallina clueca bajo cuya ala acababa de regresar un polluelo perdido. Pronto subimos todos a la terraza, incluido el tipo negro, que no se me ocurría quién debía de ser. Peg estaba sentada en el regazo de su padre y miraba fijamente a Vera mientras Jack le hacía preguntas sobre su viaje, y a medida que ella contaba sus historias empecé a

formarme una imagen muy distinta de la que me había transmitido Jack. En lugar de la criatura irresponsable e insensata que él había descrito vi a una mujer dotada de una curiosidad genuina por el mundo que se extendía más allá de aquel oscuro pueblo fluvial, y se trataba de una curiosidad de artista, porque era una artista la que estaba explicando lo que había visto. Y también vislumbré su valor a la hora de partir hacia aquel mundo —algo nada sencillo para una mujer sola, y más en América Central— a fin de conocerlo mejor. Yo no tengo nada de exploradora, ni siquiera soy buena viajera, soy una mujer a quien le gusta sentarse en una habitación de una ciudad —preferiblemente Nueva York— con un libro en las manos, y viajar con la imaginación. Así que lo que hacía Vera, lo que llevaba años haciendo, me resultaba impresionante.

¿Y qué pasaba con Jack? Había cobrado vida con el regreso de Vera, se había reanimado por primera vez desde que me bajé del *ferry*, y de pronto me vino la idea de que a pesar de toda su dedicación, su capacidad de sacrificio y su seriedad y, oh, la grave nobleza de sus esfuerzos artísticos, la semana anterior se había pasado todos los días de sol a sol en su estudio. Solamente aparecía brevemente a la hora de comer, con las manos manchadas de pintura, y sin nada que decir más que un par de gruñidos, y eran necesarios un par de vasos de ron al atardecer para arrancarle una respuesta humana. Me imaginé aquello todos los días, durante meses, durante años, y de pronto entendí por qué Vera se marchaba. Y con aquel descubrimiento mi comprensión moral de aquel hogar se desplomó y vi la formidable disciplina de Jack como una especie de energía negativa enquistada, silenciosa e introvertida que debía de haber sangrado la vitalidad de una mujer como Vera y haberla vuelto loca de frustración. ¡No era de extrañar que se pelearan! No era de extrañar que ella se marchara de casa durante meses enteros y tuviera amantes, ¿cómo si no iba a vivir con mi hermano, cuya única conversación en la vida —y esto lo había visto con mis propios ojos — era consigo mismo? Una de las pinturas que me enseñó se llamaba *Narciso en la selva*. Por fin yo entendía cuál era su tema. Era un autorretrato.

Vera se cansó pronto de estar en la casa y quiso salir. Quiso ir al Macao, así que después de la cena los tres partimos hacia el pueblo. Cerca del muelle cogimos una calle de grandes casas de madera que con sus soportales y sus escalinatas debieron de haberse parecido en el pasado a las mansiones de las plantaciones del Sur norteamericano. Cada uno de aquellos edificios, ahora destartalados y descascarillados, cobijaba a numerosas familias. Había cuerdas de tender la ropa y hamacas de un lado a otro de los mismos porches donde antaño se habían sentado hombres ricos fumando grandes puros y reflexionando presumiblemente sobre el precio de los plátanos. Cerca del final de la calle, un poco apartadas del malecón, las lámparas del hotel derramaban su luz sobre el agua. Subimos las amplias escaleras hasta unas puertas dobles abiertas de par en par. Entramos en el vestíbulo y oímos voces en el bar a nuestra izquierda y el tintineo desganado de un piano.

Nuestra aparición despertó a la concurrencia. Varios hombres corpulentos se levantaron con gran esfuerzo del fondo de sillas de mimbre y sillones de ratán y esgrimieron sus puros en nuestra dirección. Varias mujeres resecas agitaron sus abanicos. Hubo exclamaciones campechanas de bienvenida mientras cruzábamos la sala hasta el bar: aquel era el elemento burgués de Port Mungo, y había visto tiempos mejores. Y ahí estaba Héctor, el camarero, vestido con una camisa blanca y corta, pasando ociosamente las páginas de un periódico del mes anterior. Levantó la vista y apartó el periódico.

—Hola, jefe.

Me presentaron a Héctor. Era un hombre bajo y moreno con un bigote tan fino que parecía una hilera de pelos. Su sonrisa reveló varios dientes de oro. Jack pidió ron mientras Vera iba al otro extremo del bar, donde un hombre corpulento de pelo rojo y escaso estaba sentado mirando un tablero de ajedrez. Los dos se abrazaron cálidamente, luego el hombre se giró hacia mí y se levantó a medias de su taburete.

—Gin, cariño —dijo Vera en su voz tosca de obrero—, este es mi amigo Johnny Hague.

—Buenas tardes —dijo él.

Me giré hacia Jack para ver cómo reaccionaba ante el antiguo amante de Vera. Los dos se saludaron con la cabeza con expresión fría e inescrutable. Aquel Johnny Hague tenía un lánguido acento de clase alta, y no estaba tan sentado en su taburete como desplomado sobre él, sus largas piernas enfundadas en pantalones holgados de franela blanca y cruzadas a la altura de la rodilla. Vera estaba apoyada en él, con las manos sobre su hombro, sonriéndole, hasta que apareció la copa. Tuvimos una conversación educada. Era un tipo feo, con la barbilla grande, dentudo, la frente despejada y el pelo rojo y ralo peinado hacia atrás. Me dijo que dirigía el hospital. Trataba sobre todo casos de fiebre y heridas de machete. Por lealtad a Jack, intenté mostrarme indiferente hacia el hombre, pero él no pareció darse cuenta. Era bastante gracioso cuando hablaba de heridas de machete, y ciertamente a Vera la hizo reír. Dijo que vivía allí en el Macao, en el piso de arriba. Así tenía el bar a mano, dijo, y supuse que tenía razón. Luego me dijo que conocía a mi hermano. Yo no lo entendí.

—¿Se refiere a Jack? —dije.

—No, a Gerald. Estudiamos medicina juntos en el King's College. El King's College Hospital de Peckham. Le sigo escribiendo casi todos los años.

Jack no me había hablado de aquel contacto familiar.

—Extraordinario —dije.

Me preguntó si tenía alguna noticia de él y yo le conté los pocos detalles que conocía de la vida de Gerald. Yo estaba más animada de lo que pretendía estar. Vera le había pasado el brazo por los hombros al tipo y daba la impresión de que aquello le parecía normal a todo el mundo.

Entretanto, Jack había salido a la terraza y estaba fumando un puro. Así que salí con él y nos quedamos contemplando el mar. Yo estaba a punto de mencionar aquella extraña coincidencia, el hecho de que el médico local fuera un viejo amigo de Gerald, pero luego me lo pensé mejor y me puse a hablar de Peg. Después de verlas juntas por primera vez, le dije, veía mucho de su madre en ella. Jack

se despertó y entre soplidos burlones me contó que Peg llegaba a casa todas las noches a la hora de la cena, y cuando él le preguntaba qué había estado haciendo todo el día respondía o bien que nada o bien soltaba un torrente de historias tan embrolladas que apenas si se entendía nada, luego se quedaba rápidamente dormida a la mesa o algo le llamaba la atención en el jardín o en el río y perdía todo interés en la historia, todo lo cual era cien por cien Vera. Después se quedó callado y volvió a mirar adentro, donde parecía que Vera y Johnny se lo seguían pasando bien en el bar. De pronto mi hermano me dio una lástima tremenda. Siguiendo un impulso le sugerí que él y Peg vinieran a Nueva York. Que se quedaran un par de semanas conmigo, le dije. Veríamos exposiciones, iríamos a conciertos. Así ella tendría una idea de cómo era la ciudad.

—Mi querida Gin.

Se giró hacia mí desde la barandilla de la terraza y se me quedó mirando. En la oscuridad vi que le brillaban lágrimas en los ojos. De pronto se marchó al bar, acariciándome el hombro con los dedos al pasar junto a mí. Yo no me había dado cuenta de lo deprimido que estaba, tanto que un simple acto de amabilidad, de hermana a hermano, le podía afectar profundamente.

7

Muchos años después, cuando Jack estaba viviendo conmigo en Nueva York, me contó que siempre había sido un hombre celoso. Era toda una ironía, me dijo con una tos seca y alborozada, que el amante de Vera Savage padeciera de celos sexuales. Me mostré de acuerdo. Le dije que haberse embarcado en el viaje que ellos dos habían emprendido, agobiados por los sentimientos de sospecha y la posesividad, debía de haber sido una receta segura para el desastre, ¿no? Jack pensaba que sí. Pero cuando era más joven creía que aquellos sentimientos se pasarían, o más bien que la experiencia le libraría de ellos y lo dejaría templado como si hubiera pasado por un fuego feroz, pero no. Las cosas no se volvieron más fáciles. Y a partir de la observación de otros se dio cuenta de que los celos solamente morían cuando moría el amor. Un hombre celoso dejaba de ser celoso cuando perdía el interés. Otra ironía: él no podía perder el interés. No podía dejar de amar a aquella mujer, era algo que estaba fuera de su alcance, y Dios sabe que lo intentaba. El estilo de vida alcohólico de ella atraía a los hombres, me contó, por supuesto, y aunque era una mujer dura, y sabía cuidarse mejor que la mayoría, unos cuantos hombres se salían con la suya. Los más listos, los más elocuentes: a Vera siempre le había interesado cierta clase de hombres, me dijo, normalmente escritores, personajes locuaces que podían poner una idea a volar y elevar con ella la imaginación de una pintora. A los pintores les encantan las ideas, dijo Jack. Le entregarán su corazón sin vacilar a un hombre que pueda hacer volar una idea y luego controlarla en el aire como una cometa en medio

del viento.

Me contó que había aprendido a no hacer demasiadas preguntas sobre los viajes de Vera cuando ella se marchaba de Port Mungo. Resultaba demasiado doloroso, me dijo. Le bastaba con que volviera, aunque tardara un año entero, que es lo que pasó una vez. Al oír aquello, me asombró de nuevo la resistencia de los sentimientos que mi hermano parecía tener hacia Vera, y que no dejó de tener hasta el día en que murió. No se le había endurecido el corazón, como le habría pasado a cualquier otro hombre: ¿cómo era posible que tuviera la capacidad de seguir amándola a pesar de las palizas emocionales que ella le infligía? No lo sé. Pero sí sé que un amor así es lo bastante vigoroso como para mantener a un hombre con vida, razón por la cual el informe del examinador médico me resultó tan angustioso.

Pero siguiendo con el amor que se profesaban: de alguna forma la relación se acomodaba a sus estilos totalmente distintos de vida, en alguna parte encontraba el suplemento de fuerza necesario para permitir que floreciera el amor entre aquellas dos figuras improbables, una especie de monje y una bucanera. Gran parte de la carga recaía en él, por supuesto, ya que era el que quedaba abandonado cada vez que Vera decidía irse por ahí, pero Jack podía soportar aquello. Sin embargo, cuando ella se lió con Johnny Hague, él sufrió más de lo que había sufrido nunca. Le daba la sensación de que por lo menos Vera podría haberse comportado con mesura mientras estaba en Port Mungo, y lo dijo con una llamarada de indignación que parecía emanar directamente de la masa ígnea de rabia que se encendió en él al iniciarse aquel lío. ¿Qué clase de lío había sido? Supongo que uno de esos que ocurren de forma predecible entre gente blanca que vive en lugares calurosos con mucho tiempo libre y afición por la bebida. Yo había examinado brevemente al tipo en el bar del hotel Macao, y aunque su tarea, consistía en ser el hombre que esperara, y eso lo había hecho mejor que cualquier otro: es decir, había intentado ser un marido para Vera, en la medida en que aquella idea no era un absurdo. Había aprendido el oficio sobre la marcha, y suponía que haciendo balance

había habido tanta alegría en su historia como dolor. ¿Acaso era posible mejorar mucho eso?

No era algo en lo que yo hubiera pensado mucho. Contesté que probablemente no.

Ahora apenas importaba. Lo importante era que aquella era su decisión, y que él recordaba las circunstancias en que la había tomado, la noche en Nueva York en que se había ido del bar, había caminado por aquellas calles extrañas y se había sentado en un banco de Battery Park hasta el amanecer. Y había decidido que se quedaría con aquella mujer a pesar de todo, no necesariamente porque Vera lo quisiera sino porque lo necesitaba; no importaba que ella no lo supiera, porque si él no lo hacía tal vez no lo haría nadie, y en ese caso ella se hundiría.

Así pensaba mi hermano sobre aquella noche lejana en Nueva York, o así era, mejor dicho, como él reconstruía los sucesos de aquella noche, cuyo resultado, aseguraba él, había sido su extraordinaria lealtad a lo largo de los años: era el hombre a la espera.

Todo ello le dio mucho tiempo y numerosas oportunidades para presenciar cómo otros hombres se enamoraban de Vera, y también una amplia autoridad moral, ganada mediante el sufrimiento, con la que reírse de ellos. En algún momento, Johnny Hague había sido un joven médico idealista reacio a asumir la posición que su familia esperaba de él. No deseaba una cómoda vida profesional en Inglaterra, quería ejercer la medicina en un lugar donde su trabajo tuviera un valor completamente distinto. Pero los años en Port Mungo lo habían vaciado de idealismo y también habían explotado su debilidad y lo habían corrompido, habían ido minando su resistencia a la idea de usar las drogas de su dispensario para tratar su propia fatiga y su propio desencanto. Y resultó que funcionaban. Aliviaban la amargura con que ahora contemplaba el gran error que era su vida y permitían que ardiera una especie de romanticismo perverso en una mente que solamente estaba viva durante el resplandor nocturno de la embriaguez de morfina. Este era, pues, el antihéroe lisiado del hotel Macao, el mismo que había traído al

mundo a la hija de Vera y diez semanas más tarde se había llevado a la madre a su habitación en el piso alto del hotel y la había convencido para que traicionara a Jack allí mismo.

Jack estaba en el bar cuando ella bajó. Aquello me lo contó en un tono tan lóbrego que no pude preguntarle —aunque me moría de ganas— cómo había sido. Aquel contacto de los ojos, el fuego del conocimiento entre ellos, mientras ella bajaba las escaleras, entraba en el bar y lo veía allí, y él era consciente de que ella acababa de salir de la habitación de Johnny, de que solamente unos minutos antes —¿cinco minutos, diez como mucho?— ella había estado copulando. ¿Quizá inclinada hacia delante sobre la cama con la falda subida hasta la cintura, sonriendo a su amante por encima del hombro y él acometiéndola desde detrás? Ahora Jack se la quedó mirando mientras ella entraba en el bar: ¿cómo era aquello para un hombre celoso? Un momento muy primitivo, estaba claro, en el sentido de que por mucha… comprensión que hubiera, nada podía borrar el pecado que todavía ardía en la estela inmediata de su tórrida perpetración, allí en la atmósfera ampulosa y temblorosa del bar del hotel, y con el agravante de que Jack no era el único que sabía de qué habitación acababa de bajar Vera.

—¿Cómo fue?

—Fue verdaderamente horrible.

No me dio más explicación que esa y yo no se la pedí. Supongo que se fueron juntos a casa. ¿Acaso la pelea empezó mientras bajaban por Pelican Road o cuando ya estaban en casa? Creo que no empezó en el hotel, creo que de ser así él me lo hubiera dicho. ¿Acaso sus gritos despertaron a Peg? O tal vez no hubo gritos: Jack frío como el hielo, ártico y noble en su resentimiento callado y doliente, y Vera más ajena que nunca a la culpa y a los remordimientos y no dispuesta a empezar a disculparse a esas alturas. Pero no importa como uno lo imagine, fue un momento bajo para la pareja.

—¿Cuánto tiempo duró?

Años. Fue intermitente. La verdad es que no terminó nunca, no mientras los tres vivieron en Port Mungo. Johnny hablaba de

marcharse, pero por lo que Jack sabía no se fue nunca. A diferencia de Jack, parecía no saber cuándo era el momento de marcharse, y si lo sabía no tuvo valor para hacerlo.

—¿Intermitente?

Se interrumpía cuando Vera se marchaba y se reanudaba cuando ella volvía. Y mi hermano soltó otra risotada oscura y amarga. No, era más complicado. El sexo duró unos años y luego se extenuó. Se parecía bastante a cualquier otro de los líos físicos de aquella época, en los cuales los niveles fluctuantes de tolerancia de Jack exacerbaban las tensiones. Había veces en que los tres coexistían de forma más o menos amistosa, pero en otras ocasiones la rabia de Jack por la traición insensata de Vera envenenaba la atmósfera, todo dependía.

—¿De qué?

—De mi estado de ánimo —dijo Jack—. ¿Y de qué, Gin —dijo, ahora genuinamente divertido— dependía mi estado de ánimo?

—¿Del trabajo?

—Del trabajo. Así de sencillo.

—¿Y qué pasó —dije yo— después de que se acabara lo físico?

Hubo una pausa prolongada. Miradas largas y ciegas a la pared. Me dijo que entre ellos existía una amistad de la que Vera era incapaz de salir, aunque él creía que sí quería dejarla. Había encontrado algo valioso en aquella criatura frágil, en aquel hombre más bien patético atrapado en una existencia que él mismo había creado basándose en un error: el error, dijo Jack, de creerse adecuado al severo desafío moral de ser médico en una aldea tropical de mala muerte. No estaba a la altura de Port Mungo. El pueblo lo estaba destruyendo, se estaba comiendo su resistencia, y sus dificultades suscitaban en Vera una ternura que Jack aseguraba no entender. Port Mungo no lo estaba destruyendo a él, dijo, Vera no le mostraba a él nada del cariño y la amabilidad que le prodigaba a aquel tipo. Aquella era la queja de Jack, cuando conseguí sonsacársela.

—¿Y Johnny Hague nunca se sintió incómodo por lo que ella te estaba haciendo a ti?

—Oh, sí, al principio sí. Se mostraba muy puñeteramente

incómodo cuando el lío empezó. Pero Vera le ayudó a superarlo.

—¿Cómo?

—Le contó mentiras sobre mí.

—¿Qué clase de mentiras?

Hacerle hablar de aquello era como intentar sacar agua de las piedras.

—Que yo le pegaba. Y cosas peores.

Me quedé sin habla. ¿Qué podía ser peor que lo que acababa de decirme? Pero no dijo más, y aquello me preocupaba, porque no me podía imaginar qué querría decir con aquello de peor. Con todo, él la protegía. Parecía que todavía la amaba.

Al final Vera se cansó del tipo, y no lo mantuvo en secreto. Jack me contó que ella le rompió el corazón a aquel desgraciado y que él se alegró. Por supuesto, aquello cambió el equilibrio entre Johnny y Jack y dificultó los encuentros en el bar del Macao. Los dificultó, por supuesto, por lo que respectaba a los hombres. Vera seguía actuando de forma alegremente inconsciente, saludando a Johnny con el afecto que se usa con un viejo amigo con quien la relación nunca ha sido otra cosa que cordial. Tal como hizo la noche que yo estuve allí. A veces a Jack le ponían furioso las miradas que Johnny dirigía desde la otra punta del bar y amenazaba con ir allí y darle una paliza. A Vera le causaba una hilaridad desmesurada la idea de Jack convertido en camorrista de bar. Luego, cuando ella estaba fuera en uno de sus viajes, el médico le echaba a mi hermano unas miradas como diciendo: estamos los dos igual, colega.

Jack me dijo que Johnny le odiaba desde el momento en que Vera lo había rechazado, porque mientras que antes él podía alardear de la humillación de Jack, ahora era Jack quien presenciaba la suya. Pensé en nuestro breve encuentro y la verdad es que yo no recordaba a un hombre lleno de odio. Si había alguien lleno de odio, ese era Jack. Mientras reflexionaba sobre aquello sentí una punzada de duda y retrocedí mentalmente unos pasos para intentar ver las cosas un poco más claras.

Nada de aquello habría significado mucho, dijo Jack, bajo circunstancias normales. Los pueblos pequeños estaban llenos de

aquellas hostilidades enconadas y ellos eran miembros de una comunidad irritable: la banda de gringos que se habían quedado después de que se marchara el barco bananero. No, lo que distinguía aquella hostilidad en concreto, me dijo, y lo que hacía que dejara de ser un antagonismo inofensivo para convertirse en algo con un potencial mucho mayor de daños malintencionados, era el hecho de que Johnny era un hombre débil, un hombre deshonesto, un hombre vengativo, con las facultades completamente trastornadas por su adicción a las drogas.

8

Él se trajo a Peg a Nueva York, y durante tres semanas vivieron conmigo en la casa. No olvidaré el momento en que los recibí en el aeropuerto, en que los vi aparecer en el vestíbulo de llegadas, en medio de una multitud de viajeros hacia los cuales sus familias echaban a correr entre gritos de alegría. Yo no eché a correr. Me los quedé mirando unos segundos antes de dar un paso. Eran una pareja ciertamente desgarbada, Peg con unos vaqueros remendados, una camiseta holgada y unas zapatillas desgastadas de lona, cargada con una maleta desvencijada que reconocí como una de las viejas maletas de Jack. Ahora tenía once años y ya no era tan niña. Tenía un aura distinta, originada, creo yo, en la consciencia de su condición incipiente de mujer: la niña larguirucha y desgarbada de Port Mungo estaba en pleno proceso de convertirse en una chica alta y esbelta como un cisne, con unos rasgos delicados y una mata caótica de pelo azabache. También la distinguían sus carcajadas cristalinas, como la que soltó cuando me vio acercarme en el vestíbulo de llegadas. Ciertamente había ganado en confianza.

Su padre no era un personaje menos notable. Descarnado y tostado por el sol, llevaba una camiseta de algodón descolorida, pantalones caqui, sandalias y pulseras mayas en las muñecas. Estaba tan moreno como su hija, y su cara y su porte lo hacían parecer un miembro de una secta de misioneros recién regresado de la Amazonia. Pero no era ningún misionero.

Puede que fuera duro y serio, pero no había piedad en él, iba soltando palabrotas mientras hurgaba en su bolsa en busca de

cigarrillos, y en los pocos momentos que pasé observándolo, intentando verlo con los ojos de alguien que no lo conociera, me quedé repentinamente impresionada por la persona en que se había convertido. Sentí amor, admiración —e incluso envidia— al reconocer que había permanecido fiel a sus convicciones y se había convertido en artista. De pronto mi plácida existencia parecía algo seguro y cauteloso, completamente carente del fervor que ardía en aquel hombre alto y ceñudo que permanecía ajeno a todo en el vestíbulo de llegadas del aeropuerto de La Guardia y encendía un cigarrillo mexicano arrugado, apestoso y sin filtro.

Era mayo, el clima era templado y agradable y cogimos un taxi a la ciudad. Peg tuvo la cabeza asomada por la ventanilla durante todo el trayecto. Jack no decía nada. Seguramente debía de estar pensando en la última vez que estuvo en Nueva York, cuando él y Vera estaban recién enamorados, y aquello solamente podía entristecerlo. Había veces, me dijo más tarde, en que se moría de añoranza por ella. ¿Dónde estaba ahora Vera? Jack no lo sabía. Le había llegado una postal de Ciudad de México y eso era todo. La casa de la calle Once Oeste es una casa estrecha de piedra rojiza en una manzana tranquila, con una escalera empinada que sube hasta la puerta principal, tres pisos y desván. Es una casa que me encanta porque se ha convertido en mi refugio y mi santuario, y al final también lo acabó siendo de Jack. Aquella era la primera vez que él la veía, y entró rodeándome el hombro con el brazo, con bastante cara de aprensión, y Peg detrás de nosotros forcejeando con la maleta. ¿Y qué vio? Suelos pulidos, unos cuantos posters enmarcados, alfombras mexicanas, cojines de gran tamaño, flores, helechos, libros por todas partes, muebles de mimbre, mucha luz y gatos. Y restos de olor a incienso.

—Hay muchas alfombras.

—Me encantan las alfombras —dije a la defensiva.

No dijo nada más, pero por primera vez dejé de estar convencida de mis alfombras. Entretanto, Peg había ido directa a la nevera y había encontrado el helado. Le enseñé el jardín que había detrás de la casa pero no pareció impresionada. Quería ver el río, así que le

prometí que antes de cenar iríamos andando hasta el Hudson.

Fue una visita feliz. Fuimos al museo de Historia Natural, a Central Park, al zoo del Bronx y al Empire State. Jack nunca había cogido el *ferry* que iba a la Estatua de la Libertad, aunque ciertamente tenía una fuerte asociación con la estatua, ya que había pasado horas mirándola desde un banco de Battery Park. Fuimos a los museos de arte y fui consciente de la intensidad con que inspeccionaba las obras norteamericanas recientes. Más tarde me habló en tono despectivo de casi todas ellas. No era un buen momento para los pintores, me dijo. No era propicio. Pero le impresionó profundamente el trabajo de Rothko. Aquellas pinturas grandes y lúgubres atrajeron su atención durante largos minutos, y su concentración fue tan feroz que no me atreví a hablarle mientras él las contemplaba con el ceño fruncido y me llevé conmigo a Peg para que nadie le molestara. Después intenté descubrir qué le habían parecido, pero no me lo quiso decir, y solamente mucho después, cuando ya se había mudado a la ciudad, me dijo una noche después de varias copas que Rothko le había dado una lección de humildad. Nunca le oí decir nada parecido sobre ningún otro artista contemporáneo.

Una noche durante aquella primera visita estábamos sentados cenando en un restaurante tranquilo del Village. Ya habíamos vaciado cuatro botellas de vino entre los dos. Peg se había quedado dormida en su silla. Yo le sugerí a Jack que vinieran a vivir a Nueva York, pero él me dijo que no, que eso no sucedería hasta que la obra fuera perfecta.

—¿Y ella? —dije, señalando a la niña dormida.

—¿Por qué iba yo a querer traerla?

—No se puede pasar la vida entera allí.

—¿Por qué no?

A Jack no le parecía un problema. Pensaba que si alguna vez Peg quería mudarse a una ciudad ya averiguaría cómo hacerlo por sí misma. Pero, de momento, ¿para qué trastornar la vida de la chica? Y en cuanto a él, cuando llegara el momento lo sabría. Le parecía que aún tardaría cinco años más. Pero sabía que al final tendría que

volver. ¿No era aquel el sentido de Port Mungo, pintar en paz hasta que la obra fuera perfecta y entonces llevarla a Nueva York? Aquel había sido siempre el plan.

Nos quedamos en silencio, fumamos, estábamos cómodamente borrachos. A mí me sorprendió la claridad diáfana de aquel compromiso. Ni siquiera su propia comodidad, ni al parecer el futuro de su hija, cambiarían el curso que él había elegido. Tal vez, después de todo, sí que fuera una especie de misionero: un sacerdote del arte.

Un par de días antes de que se marcharan le pregunté si tenía todo lo que necesitaba. Él pensó que me refería a material artístico. No, dije yo, y le pregunté si había comprado algo de ropa. Ahora sonrío al pensar en ello. La pregunta lo dejó pasmado. Creo que la idea de gastar dinero en ropa simplemente no se le había ocurrido. Era un hombre muy frugal, pero es que tenía que serlo. No tenía más fuentes de ingresos que la asignación que yo le daba, aquel suero, tal como él la llamaba sarcásticamente. Tal vez, le dije, podríamos ir a Bloomingdale's. Una idea brillante, ¿por qué no se le había ocurrido a él?

Yo sabía que mi hermano se estaba convirtiendo en un verdadero excéntrico. Fuimos a Bloomingdale's y le compré vaqueros y camisas. Él solamente quería ropa, me dijo, que aguantara las manchas de pintura. Peg vino con nosotros, desapareció enseguida en un probador con una minifalda y algunos otros artículos y cuando salió de nuevo Jack y yo nos quedamos pasmados: solamente tenía once años, pero estaba a punto de convertirse en una mujer. ¡Y menuda actriz estaba hecha! En lugar de sentirse tímida o insegura con aquella ropa tan poco familiar, se puso a pasearse con afectación por delante de nosotros, haciendo mohines y pavoneándose y meneando aquel trasero diminuto, y no fue la primera vez que me asombraba lo mucho que se parecía a su madre, aquella actuación era cien por cien Vera.

Volvieron a visitarme un año más tarde y aquella fue la última vez

que vi a Peg. Qué triste fue aquella vez. Su breve momento de gracia se había desvanecido. Se había convertido en una adolescente desgarbada y huraña. En su casa las cosas seguían igual de inestables. Vera seguía tan desarraigada como siempre. Jack había llegado a aceptar que los defectos de ella eran irreparables y ya había perdido toda esperanza de que llegara a ninguna parte como artista. La había perdido, dijo, no tanto a manos del alcohol como de una especie de inquietud crónica, una incapacidad de quedarse en el mismo sitio durante más de un mes o dos. Incluso le costaba quedarse toda la noche en la cama, se despertaba de madrugada y se ponía a andar por la casa. Al final el insomnio le infundía la necesidad de una copa y de esa forma se cerraba el triste ciclo. Jack dijo que le parecía que tenía que ser alguna clase de desorden orgánico, pero que ella no hacía nada para remediarlo.

—No puedo echarla de casa —me dijo—. Le rompería el corazón a Peg. La chica adora a su madre. Quiere ser como ella. Ahora yo soy el villano.

Yo pude ver constancia de aquello durante el tiempo que pasaron conmigo. No fue una visita feliz. La tensión entre padre e hija fue palpable desde el momento en que fui a buscarlos al aeropuerto. Desde nuestro último encuentro Jack había decidido que tenía que regresar pronto a Nueva York o acabaría hundiéndose en una especie de estancamiento terminal y todo lo que había estado creando no importaría nada. En aquella época no se me ocurrió que le daba miedo Nueva York, pero, por supuesto, ¿cómo no iba a darle miedo? Tenía suficiente imaginación como para darse cuenta de que para un pintor como él, ya en la treintena, entrar en aquella que era la más competitiva de las escenas artísticas no iba a resultar fácil. Pero la idea de que pudiera haber cogido miedo trabajando en el anonimato de Port Mungo —y el anonimato trae consigo seguridad pero también engendra rigidez— no se me había ocurrido nunca, supongo que porque nunca me había imaginado que él tuviera miedo de nada. Ahora me pregunto si el agente incitador no sería Rothko.

Los sentimientos de Peg ante aquello eran menos complejos.

Simplemente no quería estar en Nueva York. Ahora tenía doce años y le estaban pasando demasiadas cosas en Port Mungo como para querer acompañar a su padre en aquel viaje. Pero imagino que Jack había insistido, supuse que porque no quería dejarla en casa sin supervisión, algo que pude entender bien después de ver cómo se comportaba la chica. Se emborrachó varias veces y ostentaba una bravuconería que yo reconocí como una copia de una de las actuaciones de su madre. Tenía mal genio, era maleducada tanto con su padre como conmigo, se negaba a cooperar, estaba de mal humor y era desobediente. Sus estados de ánimo eran erráticos. Durante los diez días que pasaron conmigo nunca supe si cuando bajara por la mañana iba a estar eufórica o deprimida. Yo tomé aquello por el estado convencional de alguien que estaba creciendo y me pregunté cómo lo llevaría Jack, teniendo en cuenta su concentración constante en su obra. Tener a aquella adolescente tan voluble bajo el mismo techo no podía ser fácil.

Y luego vi cómo lo llevaba. O, mejor dicho, vi una fea conversación entre ambos que entonces me pareció que se salía de lo normal, que debía de ser una reacción a un estrés inusual en una situación inusual y no un ejemplo de cómo se relacionaban normalmente entre ellos. Estábamos sentados una noche en un restaurante. Jack había estado callado durante la mayor parte de la cena, y Peg también. Los dos estaban preocupados, o enfadados, o las dos cosas, yo no sabía por qué y tampoco tenía unas ganas particulares de averiguarlo. Ya al principio de su visita había descubierto lo desagradable que resultaba intentar sonsacar la causa del malestar que alguno de ambos pudiera estar albergando en un momento dado. Intentarlo nunca despejaba la atmósfera, más bien lo contrario, y tampoco te agradecían tu esfuerzo. Así que habíamos comido en silencio y nos habíamos bebido varias botellas de vino, aunque esto último no había tenido ningún efecto perceptible en el ánimo de nadie. Cuando se llevaron el plato principal, Peg se puso en pie de repente. Jack la agarró de la muñeca.

—¿Adónde vas?

—Al Uptown.

—Me temo que no.

Peg intentó soltarse de la mano de su padre pero no pudo.

—Suéltame, papá, me estás haciendo daño.

Pero Jack siguió agarrando la muñeca de la chica, con una expresión que yo nunca había visto en él: unos rasgos rígidos, como de bronce, la mandíbula tensa y los ojos muy abiertos. Peg era una chica alta, ágil y fuerte, pero su padre era más fuerte que ella. Las cabezas de los clientes del restaurante se habían girado.

—Jack —murmuré.

—Cállate, Gin.

—¡Papá!

—No vas a ir a ninguna parte, vas a venir a casa.

—Me haces daño.

Entonces Peg dejó de retorcerse y de tirar. Se quedó quieta. Rígida. Se quedó de pie en silencio y mirando a su padre —el restaurante entero miraba fascinado aquel drama—, los dos como estatuas. La ventaja moral se decantaba de forma decisiva en beneficio de Peg: ya no era una niña rebelde, era la víctima del poder de su padre. Jack apartó de un manotazo la muñeca de la chica con cara asqueada y se giró.

Soltó un adjetivo ordinario.

Peg se quedó allí un momento más mientras la palabrota de su padre flotaba en el silencio que su conflicto había generado en la sala. Yo apenas podía creerme lo que acababa de oír. ¡Era Jack, mi hermano, el que había expresado aquel desprecio tan amargo por su propia hija! Peg dejó el tiempo suficiente para que todo el mundo que había oído a su padre registrara la magnitud de lo que él acababa de decir, luego agitó su mata de pelo negro y salió de la sala dándose aires.

—Pide la cuenta, Gin —dijo Jack.

Yo estuve a punto de decirle que la pidiera él y de salir detrás de la chica, pero no lo hice. No habría ayudado. Insisto, lo que dijo me pareció una aberración espantosa que le había salido porque estaba estresado y porque Peg se estaba portando mal. Pero más tarde pensé: ¿Y si aquello no era inusual? ¿Y si su relación se había

deteriorado hasta el punto de que aquellas feas luchas de poder ocurrían de forma rutinaria y Jack usaba la fuerza física para imponerse sobre la chica y le ladraba como había hecho en el restaurante? Se me ocurrió que tal vez yo acabara de vislumbrar la realidad de su vida en Port Mungo, donde las ausencias constantes de Vera habían creado una especie de infierno en el que mi hermano se permitía sus ataques de cólera a expensas de su hija.

Al día siguiente ella llegó a casa con la cabeza convertida en un desastre de mechones y trasquilones, después de que un chaval a quien había conocido en Washington Square Park le cortara su precioso pelo. Aquello me dejó horrorizada. En aquel gesto furioso hacia su padre vi un rechazo violento de su propia feminidad, como si estuviera extirpando aquella parte de sí misma que poseía la capacidad de amar. ¡Cuánta rabia había en aquel gesto horrible! Si ella hubiera sido unos años mayor, yo casi habría dicho que se trataba de un acto de sexualidad herida.

9

Fue pocos meses después de aquella visita cuando nació Anna. Yo intenté averiguar si el embarazo de Vera estaba teniendo algún efecto en Peg durante aquella época, tal vez contribuyendo a su rabia hacia el mundo y hacia su padre en concreto, pero Jack no estaba nada comunicativo, no le gustaba hablar del período que iba desde el nacimiento de Anna hasta la muerte de Peg. Siempre he pensado en lo desesperadamente triste que debió de ser para él perder a su hija antes de que pudieran superar aquella fase tan difícil del crecimiento de ella, y en lo predecible que era en cierto modo que él se sintiera responsable de su muerte, como si la cólera que había sentido hacia la chica hubiera acabado por infligirle un daño real.

Aquello me preocupó a menudo, en el decurso de los años, pero durante mucho tiempo pareció que iba a ser imposible averiguar lo que sucedió en los manglares, por lo menos para mí: un misterio, aunque odio la palabra. No existen los misterios, solamente la gente que oculta cosas: solamente los secretos. Y ciertamente las circunstancias inmediatas de la muerte de Peg eran un secreto, el secreto de Jack y posiblemente de Vera, y así seguirían las cosas a menos que uno de ellos decidiera divulgarlas. Al final Jack me lo contó, pero durante varios años, en nuestra época de mayor intimidad —en la madrugada y habitualmente bebiendo— podíamos hablar de cualquier cosa salvo de aquello. Él mencionaba su propia estupidez, el hecho de que no había podido evitar su muerte, siempre de una forma que me impulsaba a decirle que no se culpara a sí mismo, que él no lo habría permitido de haber podido

evitarlo. Pero jamás mencionó los detalles del suceso. Yo me preguntaba qué tendría que ocultar. No era por naturaleza un hombre que ocultara sus pensamientos, por muy complicados, absurdos o vergonzosos que fueran, ciertamente no ante mí, que le conocía mejor que nadie. ¿Me dolía aquel ocultamiento? Supongo que sí, y también me preocupaba en la medida en que me disgustaba la idea de que aquello se enconara en su interior, y soy lo bastante freudiana como para creer que la mente debe supurar los materiales tóxicos o bien estos la infectan. Yo daba por sentado que el silencio de Jack sobre Peg indicaba alguna clase de malignidad, o más bien alguna clase de culpa, aunque no sabía si se trataba de la culpa de él o de otra persona. Había habido alguna insinuación, si es que esa no es una palabra muy fuerte para las escasas frases entrecortadas en voz baja —nuevamente en la madrugada, bebidos, cuando la conversación derivaba en aquella dirección—, murmullos que él interrumpía en seco, con los labios sellados, y negaba con la cabeza. La desinhibición que causaba el alcohol en abundancia no podía con los poderosos motores de la represión que funcionaban en su interior.

Recuerdo que una noche nos quedamos sentados hasta tarde en la amplia sala del piso de abajo —él seguía en el *loft*, habíamos salido a cenar y habíamos vuelto a la calle Once para tomar una copa antes de ir a la cama— y la conversación discurrió hacia Port Mungo. Jack tenía la costumbre, cuando una conversación que había empezado a decaer llevaba a cabo un giro que captaba su atención, de abandonar su despatarramiento en el sillón o el sofá, incorporarse y sentarse inclinado hacia delante con los codos en las rodillas, la espalda doblada y la barbilla apoyada en la palma de la mano, la otra mano en alto, con un dedo extendido, o bien tamborileando con los dedos en la mesa. Creo que yo acababa de decir que el mayor problema que afrontaban los artistas en las ciudades era la luz, y de pronto él vio algo, se levantó de su sofá y habló como si estuviera respondiendo no a lo que yo había dicho sino a la cadena de asociaciones que aquello había suscitado en su mente.

—¡Era la luz!

—¿El qué?

—Lo que la despertó.

En aquel momento se dio cuenta de que estaba hablando no para sí mismo sino conmigo. Se frotó los ojos, se terminó la copa y se marchó poco después.

En tres o cuatro ocasiones dejó escapar comentarios igualmente poco claros, pero ninguno de ellos tenía sentido por sí mismo, ni tampoco ninguna combinación de ellos que yo pudiera aclarar. En otra ocasión —y aquella noche en concreto estábamos muy borrachos, he olvidado por qué, tan borrachos de hecho que he olvidado el contexto de la conversación— dijo que ella no lo había entendido, y lo único que supe al despertarme a la mañana siguiente era que aquello también se refería a la muerte de Peg, aunque no sé quién era el que no había entendido, ni tampoco creo que Jack lo hubiera dejado claro al decirlo. Una vez le pregunté si alguna vez me contaría lo que le había pasado a Peg.

—Alguna vez —dijo él.

—¿Y cuándo será, Jack?

—El día que me muera.

Abrió la boca al máximo y soltó una carcajada sulfúrica y parecida a un resuello. Así era Jack. Así era mi hermano. Pero es del todo imposible negarle a la imaginación su imperativo creativo. Yo pensé en los manglares del Caribe occidental y en lo que había visto de ellos durante mi visita a Port Mungo. Había un esquife viejo de tablones blancos amarrado al atracadero de Jack que este había comprado por poco dinero poco después de llegar a Pelican Road, y a bordo del cual él y Peg habían explorado la línea costera al norte y al sur del pueblo, así como los canales navegables del drenaje del Mungo y las lagunas interiores.

Un par de días después de aparecer en Port Mungo, Vera sugirió que Peg y yo saliéramos con ella en la barca. Jack, por supuesto, planeaba pasarse el día entero en el estudio. Así que partimos las tres al amanecer, cruzamos la bahía y salimos al mar abierto, donde Vera aceleró y la barca salió disparada hacia delante, creando una enorme estela detrás de nosotras y rompiendo la quietud temblorosa

de primera hora de la mañana. A mí me incomodaba bastante la velocidad de la barca, especialmente porque Vera tenía los ojos inyectados en sangre y se bamboleaba, y es que se había pasado la noche en blanco bebiendo. El sol estaba justo encima del horizonte, pasaron un par de pelícanos y Peg estaba inclinada sobre la proa, escrutando el agua en busca de delfines y manatíes. Veinte minutos más tarde, Vera volvió a acercar la barca a la costa. La estrecha franja de playa blanca y palmeras había dado paso a una densa muralla de mangles enredados. Nos acercamos deprisa hacia ellos, con la proa levantada y la quilla dando tumbos, y apenas unos segundos antes de entrar pude ver el canal que se abría delante de nosotras por entre el manglar. Las dos me miraban sonrientes, parecía que aquella era una vieja broma, y aunque yo no había abierto la boca, la mano que agarraba el asiento con los nudillos blancos les informaba de mi aprensión creciente mientras nos abocábamos a lo que parecía una destrucción segura.

El canal era estrecho y serpenteante, pero Vera tomaba las curvas a toda velocidad y nuestra estela creaba olas que rompían contra los mangles y hacían que las garzas reales y los ibis levantaran el vuelo y se alejaran aleteando perezosamente del dosel de raíces. Durante unos momentos infernales, una densa nube de mosquitos tapó por completo nuestro campo de visión y me hizo manotearme la cara como una demente, lo cual divirtió durante un buen rato a Peg. El canal se estrechó todavía más, Vera redujo por fin la velocidad, apagó el motor y de pronto la humedad descendió sobre nosotras como una manta cálida y mojada.

Fuimos a la deriva en silencio. Por todas partes yo veía raíces de mangles arácnidas y parecidas a pilones ramificándose desde los espesos haces de ramas antes de sumergirse en las aguas caldosas del pantano. Dentro del enredo de las raíces había movimiento, chillidos repentinos y de vez en cuando un chapoteo perfectamente audible cuando alguna criatura invisible se tiraba al agua. Peg iba sentada en la proa con las piernas colgando por la borda y se giró para ver si yo seguía aterrada. Yo había pasado bastante tiempo navegando con Jack, cuando éramos jóvenes, como para estar

acostumbrada a las aventuras náuticas temerarias, y Vera era exactamente igual de insensata en una barca que mi hermano en el pasado. De pronto salimos del manglar y entramos en una laguna, una masa de agua plateada, plácida y completamente inmóvil. Allí el manglar daba paso a marismas, una franja estrecha de playa de grava y un pequeño prado cenagoso con hierba y matorrales más allá. Peg exclamó con voz suave que habíamos llegado y se puso de pie. Cuando la proa tocó la playa de grava, ella saltó de la barca y la arrastró a un metro de la orilla, mientras Vera empujaba desde la popa.

La playa era bastante firme, pero cuando Peg llegó a la hierba los pies descalzos se le hundieron en limo negro. Sobre la laguna se había cernido una profunda quietud, intensificada y subrayada por los chillidos repentinos y el parloteo de las aves. Peg sacó varias botellas de cerveza de la nevera y abrió una para cada una de nosotras, luego nos dio los sándwiches que habíamos preparado la noche anterior. Nos zampamos jovialmente el desayuno y bebimos cerveza fría mientras el sol ascendía por un cielo de color azul claro y atravesado por tenues nubes blancas. Fue en aquel lugar, o en un lugar muy parecido a aquel, donde sería encontrado el cuerpo en descomposición de Peg, sumergido boca arriba en un enredo de raíces de mangle.

He aquí lo que finalmente me contó Jack sobre su muerte. Cuando Peg tenía dieciséis años, ella y Vera salieron una noche con la barca. Estaban las dos borrachas. Querían ir a un pueblo de la costa que había al norte porque Johnny Hague estaba bebiendo en un bar de allí y había insistido en que ellas también fueran. Jack sabía que era una idea estúpida y les dijo que no les daba permiso para ir. Ellas se rieron de él. Hubo una pelea en la terraza y al cabo de unos minutos él se llevó las manos a la cabeza y regresó adentro. Ellas salieron a la bahía y giraron hacia el norte. Era una noche nubosa.

Iban demasiado deprisa cuando chocaron con la barrera de coral. Vera perdió el sentido. Cuando despertó se encontraba sola en la barca, a la deriva en pleno mar abierto y sin tener ni idea de dónde

estaba ni de qué le había pasado a Peg. El motor se había calado pero la hélice no estaba dañada, y no tuvo problemas para arrancar de nuevo. Se pasó horas yendo en círculos y llamando a gritos a Peg hasta que apenas le quedó combustible. Mientras Jack me explicaba todo aquello yo la visualizaba a ella, asomada por la borda de la barca, cada vez más desesperada, gritando el nombre de su hija en medio de la oscuridad, pero sin recibir ningún grito de respuesta. Ya se estaba levantando viento cuando regresó a Pelican Road y le contó a Jack lo sucedido.

Volvieron a hacerse a la mar y pasaron varias horas más buscando. El clima empeoró. Vera ya no estaba segura de si el accidente había tenido lugar. Los pantanos de mangle al norte de Port Mungo cubrían muchos kilómetros cuadrados, formando un enrevesado laberinto de canales y lagunas, y la corriente podía haber arrastrado a Peg a cualquier parte. Cinco días más tarde la encontró un pescador de cangrejos. Durante aquellos cinco días Jack y Vera continuaron la búsqueda, junto con mucha otra gente de Port Mungo, pero cada vez más convencidos de que no iban a encontrar viva a la chica.

Jack decidió en el momento del accidente no decir nada sobre las circunstancias de aquel último viaje en barca, movido por la idea de que hablar no serviría de nada. A mí solamente me lo contó una vez, y por lo que yo sé solamente se lo contó a otra persona. Ni tampoco Vera admitió nunca estar involucrada en la muerte de su hija, de hecho lo negó vigorosamente. Por entonces dijeron que no sabían con quién había estado Peg la noche de su muerte, y es por eso que siguió siendo un misterio.

No es de extrañar que mi hermano no solamente sufriera por la muerte de Peg, sino que también lo atormentara su recuerdo y no encontrara paz. No creo que se liberara de la sensación de su propia culpabilidad durante el resto de su vida: él pensaba que alguien tendría que haber evitado que salieran aquella noche. Cuando vino a vivir a Nueva York me volví sensible a sus estados de ánimo respecto

a aquello, y vi por mí misma en qué medida Peg continuaba dominando su conciencia. Yo notaba cuándo ella se aparecía en su mente, casi la sentía moverse, y aunque él intentaba alejarla concentrándose en su trabajo, aquello casi nunca funcionaba con Peg. Yo nunca he tenido hijos, pero conozco el amor erótico, lo sé todo sobre el rechinar y los gritos profundos de las emociones enterradas vivas y, lo que es peor, la desesperación negra y absoluta que engendran: todo ello es pasajero. Todo lo cura el tiempo. Pero los sentimientos de Jack hacia su hija eran mucho más intensos, y después de su muerte aquellos sentimientos no se disiparon, a diferencia de los que provoca un amante; simplemente se fueron a dormir, ¿y por qué? Porque el amor que sentía por su hija estaba infectado por la culpa, y ambas emociones interactuaban como sustancias químicas inestables, produciendo virulencia y combustión.

Recuerdo haber visto una vez a mi hermano cuando esto sucedía. Se encontraba junto a la ventana del salón de la planta baja, mirando la calle que se extendía al otro lado. Así pasó varios minutos, en silencio, y yo estaba a su lado, pero él no estaba conmigo, estaba en otra parte, estaba en Port Mungo, cuando un taxi se paró de forma abrupta frente a la casa y provocó una ráfaga de bocinazos del coche de atrás. Se oyeron gritos lejanos mientras un joven gordo con una chaqueta de cuero entraba con dificultad en la parte trasera del coche. Jack regresó a la realidad. Chasqueó la lengua, se mostró irritado, como siempre que sus pensamientos volvían a emprender aquel ciclo absurdo. Soy yo, Jack Rathbone, y soy el que sigue aquí, vivo, ¿es que no puedo vivir un mes de mi vida sin que me hostiguen esos recuerdos lejanos? Aquella era la voz de su yo superior, que al ver a un gordo esforzándose por subir a un taxi había disipado bruscamente la ensoñación. Jack cruzó la sala, se dejó caer en un sillón y se puso a tamborilear con los dedos en el brazo. Expulsó a Peg de su memoria y por lo menos durante un rato, y por pura fuerza de voluntad, consiguió estar Ubre de ella.

Una vez me dijo que la había visto en Central Park. Finales de otoño en el parque: escolares, gente haciendo *footing*, algún turista y

dueños de perros. Jack tenía a Peg en mente porque en el período inmediatamente posterior a su muerte había adoptado el hábito de invocarla, y descubrió que no la echaba tanto de menos si daba por sentado que su hija estaba con él y tenía conversaciones imaginarias con ella.

Así que estaba caminando por el parque, teniendo una conversación mental con su hija muerta, cuando la vio en el camino delante de él. Una chica de andares desgarbados con una falda *hippy* raída, zapatillas de tenis gastadas, chaqueta tejana descolorida, las mismas piernas largas, la misma mata de pelo negro y enredado, y se puso a seguirla. A Jack le encantaba el parque. Lo conocía en todos sus estados de ánimo, y aquel día había niebla entre los árboles, las ardillas estaban ocupadas con las pilas de hojas muertas, había muy poca gente, los ruidos sonaban lejanos y los colores eran apagados, grises y marrones, los colores de Rembrandt. Parecía que la chica se dirigía al lago.

La estuvo siguiendo por el camino que lo bordeaba. Se mantuvo a cierta distancia, todavía dudando, pero más seguro a cada momento que pasaba de que era ella. Macizos de juncos marrones y resecos en los bajos, algunas ocas todavía, y flotando sobre el agua la misma niebla que había entre las ramas de los árboles de la orilla de enfrente. Más allá de aquellos árboles, las torres de la Quinta Avenida bajo un cielo gris y encapotado. Vio que un hombre tiraba un palo y que un perro se metía dando brincos en el lago y salía nadando para recuperarlo. Las ocas se elevaron graznando del agua. El perro regresó a la orilla, con el palo entre los dientes, y salió dando tumbos con el pelaje empapado y pegado a los costados.

Echó a correr para alcanzar a la chica y la llamó por su nombre.

No era ella, por supuesto, ¿cómo iba a serlo? La cara que se giró abruptamente para ver quién era aquella criatura desquiciada que la perseguía gritando era una cara picada de viruelas, de ojos negros, eslava. Jack dio media vuelta y se fue caminando con paso rápido en dirección contraria. Ya le había sucedido antes, me dijo, aquello de ver un fantasma, y sospecho que pudo volver a pasarle después.

10

Ahora hace poco más de un año que bajé las escaleras una tarde después de bañarme y descubrí un olor poco familiar en la sala de estar. Me serví una copa y cuando apareció Jack le dije que alguien había estado fumando. Recuerdo que no respondió de inmediato. Estuvo remoloneando junto al carrito de las bebidas, cogiendo con sus dedos largos y cuidadosos el cuello de la botella que yo había traído para él. Tal vez sí que el desinterés de Jack por su propio aspecto se hubiera acelerado, pero de forma ocasional, y sin intentarlo, conseguía cierta elegancia descuidada. Al cabo de varios días en su estudio estaba increíblemente sucio, y cuando por fin se daba cuenta se iba a su cuarto de baño, después descubría en su armario ropa limpia, doblada y planchada por mi asistenta doméstica, Dora. Entonces su apariencia se volvía elegante. Y ciertamente lo estaba aquella noche, mientras cavilaba con el vaso de vino que acababa de servirse en la mano y se lo llevaba a la nariz.

Cuando por fin se decidió, me contó que había pasado toda la mañana ocupado con lo que él llamaba el lienzo grande, una pintura empezada hacía meses pero todavía sin determinar. Estábamos a finales de octubre, de modo que de aquello hace un año, era una época húmeda y cruda, mala para sus articulaciones, y mi hermano no estaba precisamente de buen humor. Había dejado de trabajar a mediodía y había almorzado en la mesa de la cocina. Le había preguntado a Dora si había algún mensaje. Dora lleva muchos años conmigo. Y de qué forma extraña lo miró ella, una mirada llena de aprensión, una mirada que lo advertía de que tal vez no quisiera oír

lo que ella estaba a punto de decirle. Los dos conocíamos aquella mirada de Dora. Jack le pidió que le dijera quién había llamado.

—Anna.

Yo tardé un par de segundos en reaccionar.

—¿Tu Anna? ¿Anna Rathbone?

Él asintió.

Anna. La otra hija. A quien llevaba veinte años sin ver. Me contó que había cogido el teléfono y había permanecido sentado mirando a Dora y tapándose la boca con la mano como para evitar decir algo de lo que se arrepintiera más tarde.

Nunca conocí a Anna en Port Mungo, pero ciertamente la recuerdo de los horribles días inmediatamente posteriores a la noticia de la muerte de Peg. Por entonces ella tenía cuatro años. Viajó a Nueva York con Jack y se quedaron conmigo. Vera llegó unos días más tarde. Estábamos todos en estado de *shock*. Anna estaba callada y retraída, como un pequeño fantasma. Se sentó mirando por la ventana, agarrando una muñeca de trapo, con los labios fuertemente cerrados como si le hubieran prohibido bajo pena de muerte que dijera una palabra. Desde mi punto de vista, resultaba especialmente frustrante que Jack estuviera igual de poco comunicativo. Por lo visto había habido alguna clase de accidente. Habían descubierto el cuerpo de Peg en un manglar. Llevaba unos días desaparecida. La causa de la muerte estaba poco clara, igual que sus circunstancias. No había ninguna barca, así que no había indicios de cómo había llegado hasta allí, y el caso quedó abierto. Yo estaba segura de que Jack podía por lo menos sospechar qué había sucedido, pero cuando intenté hablar de ello con él me miró con expresión iracunda y abandonó la sala sin decir una palabra.

Las cosas no mejoraron con la llegada de mi hermano mayor. A Gerald se lo podía identificar al instante como uno de nosotros, quiero decir, como un Rathbone, pues era un hombre delgado y adusto, con pinta de ave rapaz, aunque a diferencia de nosotros ostentaba las señales de su éxito profesional: era imponente y grave,

llevaba un traje oscuro caro, tenía unos modales secos y graves y la costumbre de quitarse las gafas cuando quería fruncir el ceño. ¿Qué estaba haciendo aquí? Resultaba extraordinario, pero se había enterado de alguna forma de la muerte de Peg y había volado a Nueva York para hacerse cargo de la situación. Dando por sentado, supongo, que ninguno de nosotros era capaz de hacerlo. Parece que lo que más le importaba era el bienestar de la pequeña Anna. Siempre he creído que los niños son más duros de lo que parece, ciertamente esa es la actitud que tuvo nuestro padre hacia nosotros tres, y yo no veía por qué no iba Anna a superar el *shock* de la muerte de su hermana teniendo en cuenta que había un adulto o dos cuidando de ella. Jack era de la misma opinión. Estaba claro que Gerald no.

Estábamos en el amplio salón de la planta baja, que por entonces era muy distinto a como es ahora. Estaba mucho más lleno. Eramos nosotros cuatro solamente. Anna solamente pasó unos minutos con nosotros, hasta que quedó claro que aquella iba a ser una reunión tempestuosa y llamamos a Dora para que se la llevara arriba. Vera apenas tomó parte en el evento. Todavía no había dejado la bebida y tenía poco que aportar a discusiones sobre el bienestar de una criatura y cosas por el estilo, pues el único bienestar que le importaba a Vera en aquella época era el de ella misma: me refiero a su bienestar alcohólico. Y por primera vez me di cuenta de algo que se haría más palpable en su posterior período como abstemia, a saber: que los daños más graves se habían producido en la época en que bebía a todas horas. No me molesté en analizarlo en detalle, pero Vera ya no podía pensar con normalidad. Su memoria tenía lagunas. Su lógica no funcionaba. Le faltaban palabras, y sobre todo nombres propios. Así que Vera casi no tomó parte en la reunión, lo cual dejó a Jack solo en su lucha por Anna.

Él no estaba en mucha mejor forma que Vera, pero sí era capaz de un resentimiento furioso ante el hecho de que su hermano hubiera tenido la presunción de presentarse en Nueva York y decirle lo que estaba bien para su hija, y no perdió tiempo en decírselo. Fue entonces cuando sugerí que Anna fuera al piso de arriba.

—¿Cómo sabes lo que es mejor para ella? —dijo Gerald en tono frío—. Esta casa ni siquiera es tuya.

A mí me asombró su animadversión. Gerald era varios años mayor que nosotros. Nunca habíamos tenido una relación estrecha con él, pero que yo supiera no había pasado nada que justificara la hostilidad de su tono de voz. Jack no estaba fuerte, pero le respondió con ímpetu, le dijo que tenía una idea mucho más puñeteramente clara que Gerald, que este país ni siquiera era el suyo.

—Entonces tal vez la niña debería vivir en el mismo país que yo. Ser parte de una familia como es debido. La pequeña tiene todo el derecho del mundo a tener una educación respetable.

Creo que Jack hizo algún comentario burlón sobre los ingleses y su culto a la respetabilidad. Recuerdo que Gerald se tranquilizó. Esperó a que Jack terminara.

—Lo único que digo —dijo en voz baja— es que no hay nadie que esté cuidando de ella salvo una asistenta doméstica que se va a su casa a las cinco de la tarde.

—¿Y qué?

—Por Dios, ¿crees que eso es adecuado?

—Por Dios, esta es una casa donde la música, la conversación y los libros se toman en serio. Esa niña viene de una familia de artistas. En Surrey se asfixiaría.

La discusión continuó, y en un momento dado Gerald dijo que mi hogar estaba «desestructurado» y que era «sexualmente irregular», lo cual me indignó, aunque Jack no pudo contener una risotada. Al cabo de un rato las cosas se volvieron todavía más personales y Gerald estuvo a punto de sugerir que si Jack hubiera criado a su hija de otra forma tal vez no estaría muerta. Fue entonces cuando se pronunciaron las palabras «irresponsabilidad criminal».

—¡Por Dios bendito, Gerald! —grité, ahora yo también furiosa.

—Cállate, Gin —me dijo—. Tú no sabes nada de esto.

Aquello era cierto. A mí me tenía perpleja la impresión que me estaba dando Gerald de disponer de información sobre cosas sucedidas en Port Mungo de las que yo no tenía ni idea.

No es difícil imaginar la reacción de Jack a todo esto. Pero no

perdió el control. No le dio un puñetazo a su hermano. No se lanzó hacia él con una botella rota, que era lo que yo me temía, visto el estado en que se encontraba. En vez de eso se giró hacia Vera, y por primera vez en toda la tarde ella habló. Le dijo a Gerald: Ya basta.

Su silencio aquiescente hasta aquel momento pareció concederle cierta autoridad cuando decidió hablar. Se dirigió a Jack y le dijo que creía que Anna tenía que irse a Inglaterra con Gerald, por lo menos durante una temporada. Creo que Jack se dio cuenta entonces de que estaba derrotado. No tenía la suficiente fuerza para resistir la voluntad de su hermano, y creo que también reconocía que no estaba en condiciones de ser un padre para Anna. Pero se resintió intensamente.

Gerald no perdió tiempo. La reunión acabó poco después, él salió al vestíbulo y le dijo a Dora que por favor hiciera las maletas de Anna porque se marchaba. Fue una imagen patética, la criatura bajando en silencio las escaleras cogida de la mano de Dora, agarrando la bolsita que contenía sus escasas piezas de ropa y con la muñeca de trapo metida encima de todo. No tenía ni idea de lo que estaba pasando. Gerald se puso de rodillas y le habló en tono amable, le dijo que se iba a marchar con él, a vivir con su familia en su casa de Inglaterra. Jack, Dora y yo estábamos de pie en el vestíbulo mirando aquello. Gerald se incorporó y Anna miró a su alrededor, buscando a su padre. Jack dio un paso y ella corrió a sus brazos, él la levantó y la abrazó muy fuerte. Durante unos segundos interminables tuvo a la niña en brazos, hablándole en susurros, luego la dejó en el suelo y dirigiendo una mirada fría y triste a su hermano dio media vuelta y subió las escaleras. También estaba muy débil. Una caña rota, recuerdo haber pensado. Estaba dejando ir a su hija, renunciando a ella. De pronto la niña se echó a gritar —¡Papá!— y Gerald la cogió, se la llevó rápidamente afuera y bajaron las escaleras de la entrada. Aquello fue tremendamente angustioso para todos nosotros. Regresé a la sala de estar. Vera estaba de pie frente a la ventana. Fui a su lado y las dos vimos cómo Gerald paraba un taxi, ayudaba a entrar a la pequeña y entraba él detrás. Me di cuenta de que a Vera le caían lágrimas silenciosas por la cara.

—Querida —dije yo.

Ella se volvió hacia mí.

—¡Pobre Jack! —susurró.

Pasaron varios días antes de que Jack pudiera hablar sobre nada de todo aquello. Para entonces Vera se había marchado, sin dejar claro adonde iba pero prometiendo que se mantendría en contacto. Los sentimientos de Vera sobre la pérdida de su hija estaban emborronados por el alcohol. Le pregunté con delicadeza a Jack cómo le hacía sentir el haber perdido a Anna. Él decidió hacerse el duro. Se encogió de hombros y soltó un soplido. Pues bueno, la hemos perdido. Hemos perdido a una chica maja. Y entendí entonces sin necesidad de que me lo dijera que había decidido no intentar recuperar a la niña. Casi, parecía, con el objeto de intensificar su dolor: había perdido a una hija, ¿qué más daba si perdía a otra? Así que renunció a ella. Y cuando Gerald hizo las gestiones para adoptar formalmente a Anna, él no opuso resistencia. Yo no deseaba francamente que viviera aquí conmigo, pero me entristecía la idea de que la chica creciera en Surrey. Más adelante le dije a Jack que era posible que no la hubiéramos perdido en absoluto, porque si era realmente una de nosotros —quiero decir, una Rathbone—, entonces Surrey no conseguiría domesticarla.

El día en que Anna vino de visita, Jack y yo salimos a cenar al restaurante español de la esquina. Al *mâitre*, Luis, siempre le había caído muy bien Jack. Nos llevó enseguida a nuestra mesa, que estaba en un rincón íntimo, silencioso y oscuro del fondo. Nos encendió la vela. Nos trajo el vino. Por encima de nuestras cabezas había posters enmarcados de toreros. Jack se puso las gafas para examinar la carta. Yo conocía demasiado bien a mi hermano como para preguntarle directamente qué había pasado con Anna. En cambio, mientras examinaba mi carta, murmuré que me parecía que ella debía de querer hacer las paces con su pasado.

—Tú lo has hecho —le dije—. Pero ella no ha tenido ocasión.

—Eso no es responsabilidad mía —dijo él en tono cortante—.

Eso era cosa de Gerald. ¿Por qué no le contó él lo sucedido?

—Pues, querido, porque espero que él no lo supiera. Porque tú nunca se lo contaste. ¿A quién se lo contaste? Aparte de a mí.

Me llevé una servilleta larga y almidonada a los labios. La luz era tenue, los camareros pasaban a nuestro lado y hablaban entre ellos en voz baja. Todavía ceñudo, Jack se bebió un vaso entero de vino tinto y yo vi que la bebida estaba empezando a encender la llama de la cólera en él. Tenía que parar o por la mañana no podría trabajar. Continué secándome los labios y él me miró con unos ojos que resplandecían a la luz de las velas. Él me dijo en tono brusco que la chica no había hecho aquel viaje para verlos a él y a Vera. Al parecer llevaba varias semanas en la ciudad y estaba viviendo con una amiga en un apartamento del Bowery.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Nada. Trabaja en un bar.

—Supongo —dije— que estabas muy ocupado con su estructura ósea.

—Bueno —dijo—, la verdad es que sí.

Tuvo la elegancia de reconocer mi astucia con una sonrisa fugaz. Luego regresó a su mutismo. Yo estaba cada vez más impaciente.

—Jack, por el amor de Dios, toma otro vaso de vino.

—No —dijo él con firmeza—. En absoluto.

Pero, por supuesto, lo tomó, y entonces estuvo listo para hablar.

Anna había sido puntual. Con cara inexpresiva, Dora la había llevado al salón de la planta baja, Jack se había levantado del sillón que había junto a la ventana y se había dirigido a ella con los brazos extendidos. Llegado ese punto lo interrumpí, no me pude contener, quería saber cómo se había sentido él: ¿emocionado, aprensivo? ¡Se trataba de su hija! Sí, sí, todo eso, pero lo más notable, me dijo, era lo mucho que se parecía a su hermana.

—¿A Peg?

Él se quedó mirando su plato. Yo esperé más. No dijo más. Con el paso de los años, a Jack le incomodaba cada vez más hablar de sus sentimientos. Era un rasgo de la edad y también de la profunda tristeza que había llevado dentro desde la muerte de Peg. Así pues,

¿se parecía a Peg? Sí. Aunque mientras que Peg tenía la piel tostada por el sol, me dijo, y era, bueno, nerviosa, volátil —Gin, ya sabes cómo era—, al parecer Anna era muy distinta, era una criatura invernal del norte de Europa, con un carácter mucho más frío. Con todo, el parecido era considerable. Jack miró a otra parte con gesto distraído. ¿Qué estaba pasando en su intrincado cerebro? Le pedí que me dijera por favor qué aspecto tenía. Pues era alta como Peg, dijo, muy pálida, con el pelo negro muy corto, vaqueros negros y un jersey negro debajo de un abrigo de cuero. Tenía unas manos largas y blancas y en el dorso de la izquierda un tatuaje en tinta negra que representaba un escorpión.

Así fue como mi hermano describió a la hija a quien no había visto durante casi veinte años, y en su descripción yo también vislumbré vagamente la figura fantasmagórica de Peg, pero de alguna forma en negativo. Como si le hubieran absorbido todo el color y toda la vida.

No charlaron de temas insustanciales. Se cogieron las manos un momento largo y ella le dijo que llevaba años queriendo ir a visitarlo.

Jack le preguntó si se acordaba de la casa.

Ella dijo que sí.

—¿Te acuerdas de cuando Gerald se te llevó de aquí?

Ella dijo que sí.

—Esa fue la última vez que lo vi.

—Él me dijo que no tuvo otro remedio. ¿Es verdad?

Jack no contestó. Después me contó que no se había sentido capaz de explicarle cómo había sido todo aquello para nosotros por entonces —para mí, para él, para Vera y para Gerald, y también para ella, claro, una niña de cuatro años que vivía en una casa de artistas, todos todavía sumidos en un estado de *shock* profundo por la muerte de su hermana—, aunque lo haría si ella quería, y que le parecía que Anna lo había entendido.

—¿Y cómo es que no has venido a verme antes? —le preguntó Jack.

Pero ya sabía por qué. Después de adoptarla, Gerald había dejado muy claro que ella nunca más podría tener ninguna relación

con su padre, por razones que yo he desconocido hasta hace muy poco.

—¿Todavía me odia? —dijo Jack.

Qué dramatismo. Estaban de pie junto a la ventana en la sala de estar. Jack le hizo un gesto para que se sentara. Ahora se nota la enormidad de esta sala porque apenas hay nada en ella. Una buena alfombra de Oaxaca sobre los tablones desnudos del suelo, dos pinturas de gran tamaño, el *Narciso* de Jack y uno de los primeros lienzos de Vera, pinturas grandes y contundentes sobre un fondo de paredes altas y blancas, y el mínimo de muebles para hacer el espacio habitable. Después deque Jack se mudara a vivir conmigo, intenté guardar mis trastos en otra parte. Había un espejo grande en un marco de madera noble encima de la chimenea vacía. Era también una sala bastante fría, y eso nos gustaba, era bueno para la artritis de Jack.

Anna se sentó inclinada hacia delante con los codos apoyados en las rodillas, las manos colgando entre los muslos, temblando, con la bufanda negra colgando hasta el suelo. Clavó en Jack una mirada penetrante y ceñuda que carecía por completo de afectación. No se había quitado el abrigo. Tenía el pelo corto y de punta y se lo rascaba con una mano que podría haber sido la de Peg, me dijo, salvo por el escorpión. Llevaba cuatro aros diminutos y plateados a un lado de la oreja. Una frente blanca y amplia, de sienes altas, inmaculada y sin arrugas.

—Gerald murió —dijo ella.

—Sí, claro.

De alguna forma se le había olvidado. Yo recordé la rectitud de mi hermano mayor en aquella ocasión lejana y su cólera estridente hacia Jack. No había dirigido su cólera hacia Vera, a ella no se la podía considerar responsable de nada. Cuando Anna se pasó una mano por el pelo, Jack vio que tenía las yemas de los dedos manchadas de amarillo.

—Fuma si quieres —dijo él.

La tensión se había intensificado pero Jack no se dio cuenta hasta que de pronto se rompió al pedirle él que fumara. Ella le

dedicó una sonrisa, la primera sonrisa de verdad, más bien burlona, una sonrisa torcida de amigote —revelando unos dientes grises y descoloridos, uno de los colmillos mellado—, mientras buscaba en su bolsa de cuero y sacaba su tabaco y los papeles de fiar. Jack le trajo un cenicero. Se la quedó mirando un momento largo y luego se dio cuenta de que la estaba incomodando.

—¿Hace mucho frío aquí? —dijo él—. Me temo que ya no lo noto.

—Es el puñetero Ártico.

Ella encendió un cigarrillo liado de mala manera y se reclinó en su sillón. De pronto hubo una ráfaga de tos, ella se dobló hacia delante y Jack la miró alarmado, temiendo que su palidez significara acaso algo más siniestro que una simple falta de luz del sol.

—Lo siento —murmuró ella.

Ella se quitó de la lengua una hebra de tabaco y la examinó, luego se la limpió en los vaqueros. Igual que Peg, pensó él.

—¿Fue muy doloroso? Lo de Gerald, quiero decir.

—Fue un alivio. Tenía un tumor terrible. Fue peor para él, porque era médico y sabía lo que estaba pasando. Y lo decía, el cáncer es el cáncer.

Gerald le dijo cosas a Jack que nunca he olvidado, pero no eran asunto de Anna. La chica entendía que un abismo de desconfianza e ira había separado a los hermanos, pero aquello carecía de relevancia para ella. Ahora estaba aquí, con Jack, y apenas se molestaba en esconder la impaciencia que le producía aquella historia antigua.

Pero esto tampoco era cierto. Allí estaba pasando algo más. Jack se la quedó mirando mientras ella manoseaba su cigarrillo mal liado y luego echaba la ceniza al cenicero con unos golpecitos. Le gustaba la franqueza de la chica. Jack solía decir que a él también le impacientaban la imprecisión, la insinceridad y las evasivas, que él también apreciaba el jarro de agua fría de la sinceridad sin adornos.

—¿Por qué has venido? —dijo él.

—¿Adónde, a Nueva York?

—A Nueva York, a esta casa…

Él me dijo que ya sospechaba entonces a qué había venido, pero

que ella todavía no era capaz de admitirlo. Anna dijo que le había parecido que tenía que hacerlo.

—Ya era hora.

—¿Por qué ya era hora?

La chica volvió a mirar a la mesa. Estaba eludiendo algo.

—Es complicado —dijo ella.

Jack esperó.

—¿Te lo puedo decir más adelante? —dijo ella—. O sea, dentro de unos días. Es un lío de narices.

No hubo lágrimas, pero sí una expresión afligida, y Jack se inclinó para cogerle la mano. Regresó la sonrisa burlona, la barbilla levantada, Anna se pasó los dedos largos, blancos y manchados de tabaco por el pelo de punta, y todo ello mientras se sorbía la nariz y tosía. Él sugirió que fueran a comer juntos.

En el decurso de la comida quedó claro que ella había venido, tal como sospechaba Jack, para averiguar qué le había pasado a su hermana en Port Mungo. Al parecer aquel tema nunca se tocaba en casa de Gerald Rathbone. Empecé entonces a notar lo difícil que debía de ser para ambos, para aquella chica confundida que había venido a ver a un padre al que nunca había conocido, y lo que es más, que había venido con aquella pregunta grave y terrible para hacerle. Y Jack, no menos confundido, no menos desprovisto de lo que fuera que hacía falta para resolver aquel delicado encuentro con algo de elegancia. Y también con su incapacidad de mostrar calidez, a pesar del hecho de que estaba cada vez más complacido, a medida que se desvanecía la sorpresa de la presencia de ella, de volver a estar con su hija, él que ya daba por sentado que había perdido a sus dos hijas hacía veinte años. Y mientras sucedía todo aquello, aquellos dos personajes extraños y recelosos eran incapaces de expresar lo que sentían, de modo que se dedicaron a mantenerse a distancia como animales torpes y desconfiados hasta que por fin Anna carraspeó y llevó a cabo su propuesta. Y recuerdo cómo me miró Jack al contármelo, cómo sus ojos relucieron a la luz de las velas, una mirada casi zorruna, pensé. Y le pregunté qué había propuesto la chica.

Le había ofrecido posar para él. Ser su modelo.
—¿Y qué le has dicho?
—¿Qué crees que le he dicho?
—¿Has dicho que sí?
—Creo que le hace falta el dinero.

Anna se marchó poco después de las cinco. Jack dijo que la había mirado desde la ventana del salón mientras ella salía y bajaba la calle en dirección a la Séptima Avenida. Se había alejado bajo la luz crepuscular con el abrigo de cuero ondeando tras de sí, la bolsa colgada al hombro y el cuello envuelto en su bufanda. Treinta años nos separan, o más, pensó él, pero hay días en que yo también camino así por las aceras de Manhattan, en que troto por las calles como un lobo.

Luego se giró para contemplar la sala. El olor a tabaco flotaba en el aire y a él le gustó, me dijo, y eso que había llegado a molestarle tanto el humo de cigarrillos como a mí. Le recordó a los viejos tiempos cuando todo el mundo fumaba y los artistas fumaban más que nadie. Y le recordó a Peg, que ya fumaba a los siete años y que fumaba como un hombre, con el cigarrillo colgando de la comisura de los labios, con los ojos entrecerrados y la cara envuelta en humo azulado. Y entonces vi lo que nos esperaba. Al irrumpir de aquella forma en nuestra vida, y despertar el pasado, Anna Rathbone estaba despertando a su hermana. Y, una vez despierta, Peg arrasaría de forma inevitable el más frágil de los órganos, me refiero al corazón de su padre.

11

Hasta hace diez años, cuando vino a vivir conmigo y aceptó por fin que la rutina y la moderación eran la única forma en que podía conseguir una vida productiva, mi hermano vivió en un estado de equilibrio precario. A los períodos de trabajo duro les seguían períodos de disipación. Viajaba mucho pero nunca daba la impresión de que aquella vida le satisficiera. Más bien parecía que simplemente le distraía de asuntos íntimos sobre los que no hablaba nunca. Durante los años en la calle Crosby nunca descansó, nunca se tomó un respiro, y empecé a tener la sensación de que se encontraba en un estado de huida perpetua, aunque yo no sabía muy bien de qué estaba huyendo, a menos que se tratara del recuerdo de su hija.

En aquella época su vida sexual era un misterio para mí. Estuvo con varias mujeres durante breves períodos, pero sospecho que pagaba por gran parte de las relaciones sexuales que tenía. Si había alguna clase de continuidad era con Vera. Durante sus años en Port Mungo ella había usado Pelican Road como una especie de estación terminal a la que siempre acababa regresando. Jack había aceptado aquello. Parecía capaz de navegar por las turbulencias emocionales de aquel arreglo caótico, tal vez le resultaba propicio. No lo sé.

En verano de 1982 se produjo aquel reencuentro de cinco días en el *loft* de la calle Crosby, luego ella se volvió a marchar y yo no supe adonde la habían llevado sus pasos después del viaje a Londres, ni tampoco supe si había visitado a Gerald en Surrey ni si había tenido ocasión de renovar la relación con su hija. Ni tampoco me importaba, para ser sincera. A mí me bastaba con que se mantuviera

lejos de nosotros, y fui lo bastante tonta como para creer que se había marchado para siempre. Me equivocaba. La atracción que había entre aquellos dos no se había agotado pese a todo lo sucedido. Ella volvió al cabo de dos o tres años, ¿y acaso Jack la acogió en su casa? Por supuesto. Yo solamente me enteré a través de una tercera persona, el escultor Eduardo Byrne, que por entonces era mi amante.

Probablemente debería aclarar que no tengo un historial particularmente impresionante en ese sentido, me refiero en lo tocante al amor. Como mi hermano jugaba un papel tan central e importante en mi vida, resultaba difícil, como es fácil de imaginar, que algún otro estuviera a su altura. Julian fue el primero, Julian el poeta, el amigo de Vera que la acompañó a la estación Victoria aquel húmedo día de otoño de 1957. ¡Menudo día! El fin de una era. Solamente después de que se marchara el tren de Southampton, cuya imagen cada vez más lejana yo seguía mirando desde el andén, permití que el horror de la partida de Jack me invadiera procedente de algún lugar profundo de mi interior y me abrumara por completo. Tuve que sentarme. Me hacía falta una copa, aunque ni siquiera era la hora del almuerzo. Julian se portó muy bien, vio lo trastornada que yo estaba, me llevó al bar de la estación y me invitó a un *whisky* largo. Nos quedamos allí hasta las dos y media de la tarde, momento en que nos echaron. No habíamos comido nada y yo iba dando tumbos. Puede que estuviera un poco histérica. Lo llevé conmigo a Kennington Road, donde le dejé que me desvistiera y me llevara a la cama. O, para ser más exactos, a la cama de Jack. Y así es como perdí la virginidad, llorando en la cama de mi hermano, destrozada de dolor porque me había dejado.

Julian era un hombre amable, pero pronto empezó a resultarme molesto. Era cortés, considerado y deferente, y no me gustan esas cualidades en un hombre. A Jack nunca le interesó lo que yo pensaba. Si yo quería que me prestara atención, tenía que dejar puñeteramente claro que era por algo que valiera la pena. Julian me abría las puertas, me invitaba a copas y me preguntaba cómo me sentía, como resultado de lo cual no tardé en mostrarme distante y

fría. Y lo extraño es que a él parecía gustarle, porque enseguida redobló sus atenciones. Era un inglés genuino, y a veces me pregunto si fue eso lo que me hizo cruzar el Atlántico, mi impaciencia para los ingleses genuinos. Lo que sí puedo decir a favor de Julian es que él me enseñó a practicar el sexo, y lo hizo con amabilidad. Eso sí que lo aprecié, aunque me di cuenta de que él prefería con diferencia que yo me comportara como el hombre en la cama y le dejara a él ser la chica.

Mi historial de romances posterior ha sido, en el mejor de los casos, esporádico. Después de una breve fase de promiscuidad desenfrenada —a mí me pareció desenfrenada—, me volví extremadamente selectiva. Aun así, a menudo me sentía decepcionada. Ninguno de ellos tenía esa —¿cómo llamarlo?— esa especie de vigorizante egoísmo que la barría a una y la llevaba en volandas, que la llenaba a una de vitalidad por mucho que también resultara brutal. No hablo de brutalidad física, sino de una aspereza en los modales que nacía de la impaciencia y que la mantenía a una de puntillas, y expuesta en ocasiones a un ridículo feroz, pero también abierta a experiencias que de otra forma nunca habrían estado disponibles. Creo que de joven llegué a ser considerada una especie de mujer gélida, pero eso no disuadía a los hombres, de hecho estaba muy solicitada, y empecé a darme cuenta de que les gustaba porque yo era más fuerte que ellos, cuando lo que yo quería era un hombre que fuera más fuerte que yo. Alguien como Jack.

En Nueva York las cosas no eran así porque allí sí que encontraba a hombres que hacían gala del narcisismo brutal que yo echaba en falta. El problema de la mayoría de hombres de Nueva York era que carecían de eso que incluso los ingleses más marchitos parecen poseer en abundancia: el ingenio. Los neoyorquinos podían hablar de sí mismos toda la noche con mucha más pasión de la que podían suscitar en el dormitorio, pero lo estropeaban introduciendo una especie de seriedad increíblemente tediosa en aquellos vuelos del ego. No tenían chispa, no tenían llamaradas repentinas de ironía perversa, nada de apartes sardónicos erizados de púas. Nada de menospreciarse a sí mismos. La única malicia real que encontré en

mi primera época en Manhattan procedía de la boca de homosexuales, a quienes yo caía bien por mis modales gélidos, ellos sí me divertían con sus conversaciones, pero en un sentido muy real eran mis competidores, ya que buscábamos la misma clase de hombres.

Eduardo era un hombre duro y fibroso, un pedazo de carne lleno de cartílago que siempre me hacía pensar en los hombres que trabajan en las salas de máquinas de los petroleros. Un marino mercante, eso es lo que parecía Eduardo, y cuando un marino mercante se embute en un traje para asistir al funeral de su madre, así es como se vestía Eduardo. Era escultor, aunque solamente recibió alguna atención verdadera al final de su carrera. Cuando yo lo conocí justo acababa de empezar a ganar dinero pero seguía manteniendo el mismo estilo de vida. Tenía un *loft* en la calle Mercer que resultaba más primitivo todavía que el de Jack.

Una noche vino a mi casa a jugar al ajedrez y me dijo que Vera había regresado. Mi concentración se fue inmediatamente al garete y no tardé en abandonar la partida. Entonces Eduardo me dijo que yo era demasiado estrecha de miras en lo tocante al amor.

—¿Amor? —dije yo—. Eso no es amor. No sé qué es lo que tienen esos dos, pero no es amor. Es una patología que comparten. En cuanto Jack se empieza a recuperar, ella regresa y le vuelve a infectar.

No le dije que aquella mujer era la responsable directa de la muerte de la hija de Jack.

—Eso es amor —dijo Eduardo.

—Es más bien malaria.

Puede que yo no hubiera triunfado en el amor, pero sabía qué era amor y qué no lo era. Lo que tenían Jack y Vera, y el desastre en que aquello convertía invariablemente sus vidas, nada de eso lo era, y así se lo dije a Eduardo.

—El amor siempre es un desastre —dijo él.

Espurias paparruchas románticas, nada más, como si vivir en vigorosa y locuaz concordia con otro ser humano fuera inferior a un espantoso y predecible ciclo de peleas y reconciliaciones, que incluía

bebidas derramadas, platos rotos, sábanas rasgadas, lienzos pisoteados, gente expulsada de la casa en plena noche, puertas que se cerraban con llave detrás de ellos, edificios enteros despertados de su sueño y, sí, violencia física de verdad, lágrimas y gritos, y más tarde disculpas entre sollozos y sexo con resaca. Sí, y barbaridades perpetradas en plena noche que terminan en tragedia. Eso no es amor, dije, es ebriedad emocional, solamente un tonto creería que es amor. Estaba claro que Eduardo era un tonto, y así se lo dije.

Se rió de esa forma cómplice suya, con una risita sorda y condescendiente que implicaba que yo no sabía de qué hablaba. Su propia promiscuidad compulsiva no le daba precisamente derecho a hacer comentarios, de hecho su incapacidad para mantener siquiera un breve período de fidelidad me estaba provocando graves dudas sobre el futuro de nuestra relación. Yo todavía no había decidido si el sexo era una compensación adecuada. Le dije que cualquier persona responsable recibiría la noticia de la llegada de Vera Savage a Nueva York con gritos de consternación.

Eduardo tenía razón por lo menos en aquel sentido, en que no había que vaticinar de forma precipitada los mismos niveles atroces de discordia en cada visita, y aquello tal vez se debía al hecho de que la pérdida mutua que habían sufrido Jack y Vera había creado un vínculo nuevo entre ellos. Los llevé a cenar una noche, y tengo que decir que Jack me pareció bastante sano. Llevaba el pelo casi al rape y estaba sentado frotándose el cráneo pelado y sonriendo con placer mientras Vera se hacía la graciosa a mi costa. Suelo dar tanto como recibo en las conversaciones, pero la lengua de Vera, la mente de Vera —que por caridad llamaré volátil— a menudo iba demasiado deprisa para mí. Ella también tenía un aspecto saludable, llevaba una falda negra y estrecha y tacones absurdamente altos, era la imagen de puta barata que se había convertido en su distintivo en Londres y que al parecer todavía encandilaba a mi hermano. Cómo estaban mis feligreses, me preguntó. Vera disfrutaba fingiendo que yo trabajaba en unas instalaciones eclesiásticas. Le gustaba pensar que yo era una mujer obispo de la iglesia episcopaliana.

—Llorando y rezando —dije.

Me sonrió con el cigarrillo en los labios. Seguía teniendo aquel espacio vacío entre los dientes, y resultaba difícil sentir indiferencia por ella a pesar de todo el mal que había hecho. Parecía que en aquellos momentos su presencia le estaba sentando bien a Jack, porque llevaba muchos meses sumido en su dolor y yo ya no recordaba la última vez que le había oído reírse. Virginia Púrpura, me llamaba ella, y creo que en cierta manera estábamos empezando a caernos bien, por mucho que yo la considerara una mujer malvada y peligrosa y solamente aguantara su compañía por deseo de Jack.

Nuestra cena fue bastante agradable. No hablamos de Peg. Se mencionó que había estado viviendo unos meses en una alquería cerca de Rhinebeck, pero no se especificó la naturaleza exacta de la situación ni tampoco quién había pagado las facturas. Lo que me impresionó durante la cena era la corriente de ternura genuina que discurría entre ambos, algo que, como he dicho, yo atribuía a su perdida común: cada uno reconocía en el otro el mismo dolor privado, y por eso su trato era delicado y afectuoso.

Luego volví caminando a casa por Washington Square. Estábamos a principios de abril, habían quedado atrás los rigores de un invierno particularmente crudo, los árboles estaban en flor y todavía no había señales de la humedad sofocante del verano por venir. Así pues, el atardecer apacible de un domingo primaveral, y yo me pregunté por qué no me iba a sorprender el placer evidente que se inducían el uno al otro, dado que los años en Port Mungo habían sido una época de tanta precariedad en todos los sentidos y habían tenido un final tan horrible. Lo normal sería que intentaran evitarse y así no tener que afrontar todo el espanto de sus vidas.

Pero no parecía que fuera el caso de aquellos dos. ¿Es que no tenían orgullo? ¿Tenía acaso que ver con la pintura, aquella disciplina diaria de visión inquebrantable? ¿O lo que pasaba, por contra —y esto representaba una especie de acercamiento por mi parte a la postura de Eduardo—, era que yo estaba siendo testigo de una forma de amor que no había reconocido antes, tan poderoso en su construcción y tan resistente a las tormentas que podía capear temporales que habrían hundido cualquier relación normal?

Así que yo contemplaba la idea del amor como un barco capaz de no hundirse. Un barco capaz de no hundirse: le di vueltas a la idea y me pregunté si sería real. ¿O se trataba acaso de una brizna de romance gótico, tragada entera durante la infancia y que ahora regresaba a la superficie como un trozo de lechuga sin digerir? Pero no, no. Yo siempre lo había visto claro. Vera era una persona crónicamente inestable, pero de alguna forma siempre convencía a Jack para que la acogiera, creo que porque él se sentía responsable de su fragilidad. Ella se dedicaba a jugar con su culpa y luego lo abandonaba. La naturaleza totalmente repetitiva de aquella situación, el hecho de que diera vueltas sobre sí misma y nunca avanzara, parecía caracterizarla como una relación insalubre, de naturaleza obsesiva-compulsiva, además de pronunciadamente neurótica. Así que ya bastaba de romance gótico, lo que hacía falta era análisis clínico, pensé, a menos —y me detuve ante mi puerta, con la llave en la mano—, a menos que aquella situación fuera una espiral, y además de dar vueltas avanzara.

No estoy segura de cuánto tiempo se quedó Vera con él, pero creo que fueron varias semanas. A juzgar por todas las versiones, se trataba de Vera en su faceta doméstica, una imagen ciertamente rara. Iba a comprar comida, cocinaba para él y limpiaba el *loft*. Aquello me lo contó Eduardo, que por entonces visitaba con frecuencia la calle Crosby. Los dos nos reíamos juntos de la tendencia burguesa del hogar de los Rathbone, y ninguno de los dos albergaba ninguna duda acerca de su duración potencial. Él también me hablaba del cariño evidente que se mostraban el uno al otro y yo me pregunté si habría pasado algo más, algún evento que hubiera servido para disipar o tal vez resolver las tensiones relacionadas con la muerte de Peg. No se lo comenté a Eduardo, claro. Aunque tampoco le habría importado, pues para él el amor no necesitaba aquellos esquemas de causa y efecto para seguir su rumbo errático. La experiencia, y la lectura, me han enseñado a mirar con más atención las cosas. Poco después lo dejé con él. Descubrí que tenía otros cuatro amantes al mismo tiempo que yo, no todos mujeres. De todas formas, seguimos siendo amigos.

Un día a finales de verano Jack llamó a casa y Dora lo hizo entrar al salón. Enseguida comprendí lo que había sucedido. Pobre Jack. Con lo bien que habían estado yendo las cosas. Fumaba, tenía el ceño fruncido y miraba el suelo. Acababa de llegar de Penn Station, donde la había acompañado al tren. ¿Por qué se había ido? Porque quería trabajar. Irónico, teniendo en cuenta su historial.

—¿No puede trabajar en el *loft*?

Él negó con la cabeza. No podían trabajar en el mismo espacio. Ella tenía un estudio al norte del estado y quería estar allí. Yo le pregunté si no se estaba haciendo un poco viejo para aquello.

Él levantó la cabeza, se me quedó mirando con una expresión incrédula que al cabo de un momento cambió por una cara divertida. ¿Demasiado viejo? ¿Demasiado viejo?

—¿Qué tiene tanta gracia? —dije yo.

Pero él no quiso decirme qué tenía tanta gracia. Se quedó allí sentado con los codos apoyados en las rodillas y mirando el suelo con cara sonriente. Por lo menos yo había conseguido ponerlo de buen humor. Por entonces, y tras despedir a Eduardo, yo había restablecido cierta tranquilidad en mi vida y no veía por qué Jack no podía disfrutar de lo mismo. Pero la idea le lucía gracia, y todavía estaba sonriente cuando se marchó de mi casa. Se alejó al trote por la calle Once y sin girarse levantó un brazo por encima de la cabeza y se despidió de mí con la mano. Yo seguía en la puerta de mi casa viendo cómo se marchaba.

Pero unos años más tarde Jack se trasladaría a esta casa, dándome por fin la razón en que la mejor vida es la vida tranquila y los mejores placeres son los que se obtienen con moderación. Había tardado todo aquel tiempo en aceptar que sí, que se estaba volviendo demasiado viejo para aquello.

Pero una vez más se encontraba solo, y como el *loft* sin ella le resultaba insoportable aceptó una oferta de una residencia en Italia durante seis meses. El primer día de septiembre se marchó a Roma y no volví a verlo durante medio año.

A su regreso estaba muy cambiado. Le habían pasado muchas cosas, estaba claro, y todas buenas. Vino una tarde a casa y me dejó pasmada el buen aspecto que tenía. Cuando Jack llegó por primera vez a Nueva York tenía la piel tostada de un color marrón correoso y el pelo aclarado por el sol. Su alimentación había consistido demasiado en fruta y le faltaban proteínas. Se orientaba por las calles de Manhattan como un hombre caminando sobre la arena. Se mostraba demasiado sensible al frío y pronto experimentó las primeras punzadas de la artritis, sin duda causadas por el contraste dramático con los trópicos.

Pero al cabo de un año todo aquello había cambiado. Se había adaptado a su ambiente septentrional y había empezado a vestirse, a comer y a moverse como un neoyorquino: ese trote ligero y abstraído por la acera, adelantando hábilmente a los peatones más lentos y saliendo disparado por entre el tráfico cuando se presentaba la oportunidad. El pelo se le oscureció pero la piel no se le aclaró. Dejó de añorar el sol y recordó el placer que le habían producido los ásperos vientos húmedos de nuestros veranos infantiles en el oeste de Irlanda. Se adiestró a sí mismo para vivir, trabajar y cocinar entre las frías corrientes de aire de su *loft*, y se regocijaba en su simplicidad primitiva y funcional. Solamente tardó un año en desprenderse de la piel de la criatura caribeña que había sido y convertirse en un hombre nuevo, un hombre urbano, un miembro inmediatamente reconocible aunque crudamente singular de la tribu de los artistas, con zapatillas de baloncesto, tejanos negros, un viejo abrigo negro en invierno, mitones sin dedos para trabajar en el *loft* cuando hacía frío, gafas oscuras y una gorra de baloncesto calada para que no se vieran los niveles exactos de toxicidad de su sistema. Ese era el nuevo Jack, el Jack de Nueva York en los ochenta, el Jack que perdió un otoño y un invierno a manos de la pena —y también, sospecho, a manos de la mala cocaína, o de cosas peores— y que había regresado al mundo solamente porque tenía mi mano para tirar de él.

Aquel era el Jack, más o menos, que se había marchado el otoño anterior a Roma. El Jack que regresó en marzo había experimentado una nueva transformación. Volvía a tener huellas de sol en la cara,

pero ya no del ardor feroz del Caribe, sino del suave resplandor dorado de la vieja Italia, y su aspecto era más saludable de lo que había sido en muchos años. Una parte, quiero decir una parte de su pátina saludable —incluso su indumentaria se había transformado, y con su traje holgado de lino y su camisa de seda el viejo espantajo de Jack era casi un dandi europeo—, una parte, o mejor dicho, la mayor parte procedía de una sensación de bienestar que se hacía evidente en todas sus palabras y gestos, y que manaba de todos los poros de su piel reluciente. Estaba enamorado, no había otra explicación posible.

—Mi querido viejo sapo —le dije—, ¿qué te ha pasado?

Se puso cómodo en un sillón. Llevaba un pequeño aro plateado en la oreja. Le di una copa de vino y él la olió y la probó con un criterio que yo no había visto nunca en él. Estaba claro que alguien había estado educando sus sentidos, pero ¿acaso no era esa la función de Europa para un hombre del Nuevo Mundo como Jack Rathbone?

—¿Quién es ella?

—Se llama Antonella —me dijo.

Le dio a la palabra todo su valor italiano, la inflexión lenta, sincopada y amplia, una sílaba lánguida tras otra.

—Antonella —dije, replicando su pronunciación—. ¿Es guapa y joven?

—Es guapa —dijo Jack— y joven, pero no está aquí.

Cuando llegaron sus lienzos una semana después me enseñó lo que había estado haciendo. Yo recordaba las pinceladas gruesas y los colores ensordecedores de las pinturas de Port Mungo, la mirada descarnada del primitivista, o mejor dicho, del tropicalista, que asimilaba todo lo que veía y sentía en aquel lugar con un fervor movido en parte por la fascinación y en parte por la dislocación. El autor de aquellos cuadros era un extraño en la selva, entusiasmado y alienado al mismo tiempo, y una vez me explicó que había pasado tanto tiempo en Port Mungo porque ningún artista podría encontrar un acicate tan intenso para su obra.

Pero en sus cuadros de Antonella se veía un cambio anímico. Y

de pronto, como si despertara a una realidad que llevaba todo el tiempo delante de mí pero que por alguna razón había permanecido invisible, reconocí la rabia en la obra de Jack. Entusiasmo y alienación, sí, pero por encima de todo rabia. Me había acostumbrado tanto a que sus pinceladas fueran como bofetadas, como estocadas y como cuchilladas, y a la variedad de instrumentos tanto afilados como romos con que trabajaba en su pintura —palos, dedos, conchas, cuchillos, trapos mojados, bastoncillos de algodón, esponjas—, que ya había dejado de ver hacía mucho tiempo la violencia con que acometía sus lienzos, con que prácticamente los violaba, descargando furia con una energía que en la obra acabada se traducía en pasión y le imbuía su considerable fuerza. Yo no sabía de dónde la sacaba ni contra qué la dirigía, pero ya no podía ver su obra como otra cosa que el producto de la rabia: un arte del berrinche.

¿Y por qué? Porque todo eso ya no era evidente en las pinturas de Antonella. Aquellas pinturas parecían hechas por un hombre a quien se había despojado de la furia igual que se vacía de aceite el cárter de un motor. Eran líricas.

Jack fue sacando las pinturas del aparador y apoyándolas en la pared, y mientras yo recorría el *loft* me dediqué a refrenar todo el placer y el asombro que causaban en mí. Las fue colocando en el mismo orden en que las había pintado, de forma que yo viera el cambio desde los primeros retratos, en los cuales podía verlo ya en busca de un idioma para expresar ideas remotas de su habitual espectro pictórico, a los últimos cuadros, que eran estudios de la chica desnuda: figuras de cuerpo entero que en sus dolorosos contrapuntos de recato y erotismo resultaban casi perfectos, en mi opinión. Él permaneció sentado en el sofá con los codos apoyados en las rodillas y mirándome fijamente. Yo me quedé un largo rato delante del último cuadro, Antonella mirando al espectador, con una rodilla ligeramente doblada de forma que el pie arrastraba un poco por detrás, una mano delgada apoyada en la cadera y mirando al espectador con una expresión que en manos más toscas podría ser un simple mohín provocativo, pero que en aquel cuadro era todo un despliegue de confianza y de sutil sentido del humor por parte de

una chica exquisita, no había otra forma de describirla. Y el toque del pintor era tan hábil, tan delicado, que lo llenaba a uno de una extraña nostalgia que no era sexual, en absoluto, aunque sí se trataba de una pintura sexual. No, era otra clase de nostalgia, asociada con otra forma de placer que yo no podía definir.

Por fin llegué al final del *loft* y me senté delante de Jack. Estaba muy impresionada por el trabajo.

—Es lo mejor que has hecho —dije.

Una pausa larga, y en él percibí no tanto placer como alivio.

—Nadie más los ha visto. Salvo ella, por supuesto. Un par de personas más.

—Son hermosos, Jack.

—¡Bien!

Parecía que había conseguido lo que quería, lo que había temido que le denegaran: la confirmación por parte de alguien en quien confiaba de que la obra era tan buena como él creía. Se puso en pie de un salto y se quedó mirando los cuadros colocados a lo largo de todo el *loft*, e incluso en la atmósfera fría del principio de la primavera en Nueva York refulgía en ellos el resplandor de un sol anciano.

—Tendría que llamar a Vera para que venga a verlos —me dijo.

Las pinturas italianas de Jack se exhibieron en Nueva York en otoño. Tuvieron el elogio de la crítica pero se vendieron mal. Entretanto Jack regresó a Roma, pero solamente para descubrir que los peculiares fuegos que habían cobrado vida mientras tenía como modelo a Antonella no se reavivaban. Él no sabía por qué, ni ella tampoco, pero no pudieron fingir que era de otra forma. Su amor había estado circunscrito a cierto período, a cierta obra común —Roma, por supuesto— y no había sobrevivido a la separación. Jack se lo tomaba con filosofía. Estaba agradecido por las pinturas que ella le había permitido llevar a cabo. Me dijo que al separarse habían llorado. Nunca hubo una palabra de enojo entre ellos, nunca hubo un malentendido ni tampoco una mentira. Ella tenía diecisiete años.

Hay otro episodio que vale la pena contar en relación con las pinturas italianas, y tiene que ver con cómo reaccionó ante ellos

Vera. Yo no estaba presente, claro, pero Jack me hizo un relato completo de la visita de ella. Parece que él le escribió pidiéndole que bajara a la ciudad y viera las pinturas, y ella apareció pocos días después en la calle Crosby. Había estado leyendo sobre aquellos cuadros eróticos, le dijo a Jack, y como es natural quería verlos. Estaba contenta de que él la hubiera invitado a venir. Vera había quemado tantos puentes en el mundo del arte y se había creado tantos enemigos que Jack se contaba entre el grupo muy reducido que todavía conocía el valor de la mirada de ella.

Vera apareció casi a mediodía. Llevaba gafas oscuras, tenía resaca y no estaba precisamente de buen humor. Jack seguía en lo que a mí me parecía su fase de *uomo italiano*. Todavía llevaba el traje de lino y se tomaba la comida y la bebida muy en serio, examinando con detenimiento la lista de vinos, cuestionando al *sommelier*, hablando a la hora de la cena sobre Morandi, Visconti, Armani, quien fuera, con tal de que su apellido terminara en vocal. La mañana en que apareció Vera seguía siendo un hombre sensible a los minuciosos placeres de la mesa, la bodega, el guardarropa y la cama. Exagero, por supuesto, pero Jack había tenido un fugaz vislumbre de la bella figura y tal vez se le había ocurrido asimilar un poco de ello en su estilo de vida descarnadamente minimalista. Vera se mostró recelosa cuando él la abrazó en la puerta.

—He oído que ahora te dedicas a pintar criaturas.

Aquello fue un chorro de vitriolo, y Jack se apartó instintivamente, todavía flotando en los tejidos vaporosos con fragancia a aceites de nubilidad tenuemente resplandeciente. Se recuperó enseguida.

—Las pinto en terciopelo —dijo—. Luego me bebo su sangre.

—Qué ímpetu.

—Ostras en aceite de oliva, tendrías que probarlas.

—Las he probado, Jack. Me convirtieron en una idiota con una sonrisa bobalicona.

—¿Quieres café?

—Por Dios, sí. ¿Todavía permites fumar en este Templo a la Juventud, a cómo se llama, Salmonella? ¿Salmonella la ninfa-pez de

Sardinia?

No era un buen comienzo, y Jack empezó a darse cuenta de que por una vez la mirada de Vera podía ser no exactamente imparcial a todas las consideraciones salvo las del arte. Examinó rápidamente los lienzos apoyados a lo largo de la pared norte del *loft*, recorriendo la hilera y deteniéndose solamente una vez. Se sorbió la nariz y resiguió la curva de un pecho con el dedo.

—Encantador.

Luego terminó y fue a sentarse en el sofá con su café y su cigarrillo, ceñuda y tosiendo.

—¿Qué les pasa a los hombres de mediana edad con las chicas jóvenes? Aunque para qué pregunto. Si quieres pintar con la polla, Jack, adelante.

—Oh, vete a la mierda.

Jack estaba empezando a entender la magnitud de su error de cálculo. Un hombre no puede hablar del deseo masculino delante de una mujer y esperar una audiencia comprensiva. Y vio entonces que sus pinturas —y por primera vez las vio con ojos de mujer, y es más, con ojos de una mujer con la que había vivido una larga historia sexual— no eran más que un himno al deseo masculino. O, mejor dicho, una serie de proposiciones. Un argumento. Una muestra. Una excusa. Y de pronto las odió, le vinieron ganas de destruirlas, eran alardes vacíos, nada más que eso. Empezó a girarlos furiosamente contra la pared. Vera se dio la vuelta.

—¡No hagas eso!

—¿Por qué demonios no?

—¡Oh, no seas ridículo!

Ella estaba allí sentada, vuelta a medias hacia él, riéndose de él.

—Joder, Jack, mira que eres susceptible. ¡Déjalos en paz! Son buenos, ¿vale? Es una obra encantadora. Podría ser más encantadora pero entonces sería una mierda. Y no lo es. Así que relájate, ¿vale?

Jack le dio una palmada a la pared y fue a la ventana.

—Ha sido una estupidez hacerte venir —dijo.

—Yo quería venir, me alegro de haber venido. Es una criatura suculenta. Yo habría hecho lo mismo. No lo mismo, pero lo habría

hecho. Y lo he hecho. Pero vamos, Jack, son como escuchar a través de la pared.

—¿Te ponen celosa?

Vera se quitó las gafas oscuras. Se lo quedó mirando y en su expresión había la pregunta: ¿acaso esperaba él realmente que ella contestara a aquello? Luego recogió su bolso y su abrigo. Creo que en aquel momento mi hermano abandonó su personalidad italiana recientemente adquirida y se convirtió nuevamente en el Jack de siempre. Lo entendió, y como era el Jack de siempre, se encogió de hombros. Se habían golpeado más fuerte que aquello en otras ocasiones. Él la besó en la puerta y ella lo sorprendió agarrándolo del pelo con los dedos y devolviéndole el beso con vigor y con la boca abierta.

—Tonto de los cojones —susurró ella, y lo dejó excitado mientras bajaba estrepitosamente las escaleras.

Así fue en todo caso como describió Jack el encuentro. Pero nunca volvería a pintar cuadros como los que hizo aquel año en Roma, lo cual no quiere decir que no reaparecieran restos de Antonella en su obra posterior. En varios de los lienzos de gran tamaño que pintó mientras vivía conmigo había pasajes que mostraban que Antonella había sido claramente asimilada en su estilo en progreso, lo cual es otra forma de decir que el artista prudente no desperdicia nada, y que lo que Jack aprendió al hacer las pinturas italianas lo incorporó a su obra posterior.

¿Acaso aquello lo agotó? ¿Acaso quemó recursos que eran preciosos, difíciles o imposibles de remplazar? Para entonces tenía casi cincuenta años y sufría episodios de artritis que en sus fases más graves le impedían sostener un pincel. También había reapariciones ocasionales de la fiebre poco conocida que había cogido en Port Mungo. No era malaria pero se le parecía. Tal vez dos o tres veces al año sufría un ataque que le obligaba a meterse en la cama en una habitación a oscuras y pasarlo entre sudores. En el Caribe Occidental se conocía como la fiebre del manglar, y a veces en los niños y los ancianos causaba ceguera e incluso la muerte. En mi opinión aquellos eran problemas preocupantes para un hombre con

unas costumbres tan irregulares como las de Jack, y no eran mi única preocupación, o mejor dicho, a esa preocupación se le añadía su insistencia en vivir en un *loft* decrépito en el que había que poner ratoneras por las noches, que en invierno dejaba entrar ráfagas de aire helado a través de las rendijas del enladrillado del lado sur del edificio, que carecía de revestimiento, y en verano se recalentaba mientras las tuberías enloquecían y el lugar se volvía francamente insalubre.

Poco después de la visita de Vera, Jack tuvo un brote de fiebre del manglar y me llamó desde la cama. Fui de inmediato y lo encontré en un estado lastimoso. Era julio y en la ciudad hacía un calor opresivo, pero mi hermano estaba temblando debajo de varias mantas y un abrigo. Se levantó con esfuerzo mientras yo entraba y le decía con voz ronca que se curaría en un par de días si se bebía unas cuantas teteras para permanecer hidratado. Le tomé el pulso y la temperatura, luego le dije que no quería oír ninguna de sus tonterías, que se iba a venir a mi casa donde Dora y yo podríamos cuidarlo como era debido.

—No, no, no hace falta, Gin…

Pero estaba demasiado débil para presentar ninguna resistencia real. Yo le preparé una bolsa y le ayudé a ponerse el abrigo y bajamos con dificultades a la calle. Una hora más tarde estaba debajo de sábanas limpias en uno de los dormitorios de invitados y no pasó otra hora antes de que mi médico estuviera a su lado. Apenas se podía hacer nada más que seguir haciéndole beber líquidos, y durante los días siguientes estuvimos atendiendo concienzudamente a nuestro inválido. Para el final de la semana ya se estaba levantando unas pocas horas por las tardes. Luego empezó a unirse a mí antes de las cenas para beber un vaso de vino tinto y fumar un cigarrillo. Estaba flaco y pálido, purgado, dijo, y contento de ello.

—Sudar toda la porquería te limpia el sistema —me dijo—. Tendrías que probarlo, Gin.

—Sudar la porquería —dije, poco convencida.

Pero me alegró verlo de pie otra vez y mostrando un poco de

brío. Me angustiaba verlo débil.

—Jack, ¿te parece cómoda esta casa?

—Nunca me lo he planteado. Odio el papel de las paredes. ¡Y estas alfombras, Gin!

—Podría dejar las paredes desnudas.

—¿Por qué ibas a hacerlo?

No me hizo falta decir más. Jack tuvo la cortesía de fingir que pensaría en ello, pero yo sabía que la respuesta era no, al menos de momento.

—¿Dónde trabajaría?

—En el desván.

Él asintió. Sabía que el desván tenía el suelo, las paredes y la luz que él necesitaba.

—Creo que no, Gin.

Pasaron dos años más antes de que se mudara a la casa, pero yo sembré la idea aquel día. Creo que tal vez regresó a la calle Crosby con las primeras semillas de cansancio de aquel antro destartalado plantadas en la mente. Tal vez recordó mi oferta mientras estábamos a treinta y cinco grados en agosto y septiembre. O tal vez en enero, mientras grapaba láminas de plástico encima de las ventanas para que no entrara el viento, lo cual también impedía el paso de la luz, reflexionara sobre cómo sería vivir en un edificio donde las ventanas se ajustaban a los marcos y la calefacción centralizada mantenía todas las habitaciones a una temperatura cómoda y constante, donde siempre había agua caliente y Dora hacía la comida todos los días. Y también lavaba. ¿Me equivocaba yo al intentar sacarlo de su noble miseria? Está claro que no. Creo que si se hubiera quedado mucho más allí, la calle Crosby habría terminado por matarlo.

Pero, tal como digo, tardó un par de años en marcharse del *loft*. Yo no lo atosigué, atosigar a un hombre como Jack resultaba contraproducente. No, él ya había mordido el anzuelo y yo estaba esperando que cargara el sedal y se sacara a sí mismo del agua. Aquellos dos años se los pasó trabajando sin pausa, aunque despacio. No aparecieron nuevos coleccionistas, de modo que prácticamente no tuvo otros ingresos que la asignación que yo le pasaba con

cuentagotas. Y sí, Vera venía, de vez en cuando, y por lo que yo veía no le hacía ningún bien. Ella trastornaba su rutina, ponía en peligro su abstinencia del alcohol y le destruía la tranquilidad mental. ¿Y acaso le importaba a él? Eso era irrelevante. Sí le importaba, pero no podía echarla de su puerta igual que no podía cortarse una mano. Y ella parecía tan incapaz de parar aquello como él. Yo no me explicaba por qué sucedía, y solamente podía registrarlo como un simple fenómeno y decir: es inexplicable pero es un hecho. Ejercían una irresistible fuerza de atracción el uno sobre el otro y eran igualmente incapaces de controlarla. De modo que surgió una pregunta: ¿por qué, cuando Jack se fue de la calle Crosby y se mudó conmigo, dejaron de verse repentinamente?

Jack nunca me habló de ello. Pero a mí me preocupaba constantemente, e incluso empecé a preguntarme si no tendría algo que ver conmigo. No era así. Tenía que ver con una historia, o mejor dicho, con un rumor repulsivo, tan intensamente malicioso y falso, que al oírlo Vera se creó una ruptura entre ellos que nunca llegó a curarse. Ella solamente lo habló conmigo una vez, poco después de la muerte de Jack. No fue una conversación satisfactoria, y hoy en día me sigue produciendo una gran tristeza que ella insista en creer una falsedad acerca de Jack que es por completo producto del odio. Y que se originó, por supuesto, en Port Mungo.

12

En sus últimos años, a mi hermano no le sobraban las energías. Vivía conmigo por la sencilla razón de que yo le podía proporcionar la clase de cobijo y de protección que él necesitaba para crear su arte. Y tengo algo que admitir a ese respecto. La verdad es que en los últimos años de su vida Jack produjo muy poco arte. Es cierto que subía todos los días a su estudio, que pasaba horas allí e insistía en que no lo molestaran, pero los resultados eran insignificantes. Hacía mucho tiempo que no terminaba una pintura. El supuesto lienzo grande no mostraba indicios de ir a concluir alguna vez. A mi hermano no le gustaba hablar de ello, prefería que mantuviéramos la ilusión de que estaba trabajando duro allí arriba. Pero debía de resultarle evidente que lo único que bajaba del desván era él. Aquello me mostraba que se encontraba en un estado frágil, y debido a aquella fragilidad yo no podía estar segura de que aquella extraña chica de Inglaterra no fuera a irrumpir y llenarlo de angustia. Yo no podía siquiera imaginarme toda la angustia que iba a provocarle al final. Pero la protegí, ¿qué otra cosa iba a hacer?

Empezaron a trabajar al día siguiente, por sugerencia de ella, y es que todo el asunto había sido sugerencia de ella. Anna llegó a casa a las diez. Jack le preparó un té y subieron arriba. En mitad de las escaleras, él la oyó jadear, su respiración era entrecortada por culpa de todo el tabaco fuerte que fumaba. Dijo que estaba nerviosa. Llegaron al desván. Hacía diez años que lo habían remodelado para que fuera el estudio de Jack: se habían desnudado el techo y las paredes interiores, se habían descubierto las vigas, las ventanas se

habían agrandado y todo se había pintado de blanco. A mí casi nunca me dejaba entrar allí y a Dora nunca. Las pocas veces que yo había visto el lugar me había horrorizado su miseria.

—¿Va a ser solamente la cara? —dijo ella.

Jack no contestó y se dedicó a organizar sus cosas para trabajar. Se enfundó en su bata manchada de pintura. Puso un taburete alto de madera delante de la ventana que daba al norte y la hizo sentarse allí. La fue moviendo sobre el taburete hasta que la tuvo donde quería y luego le ajustó la posición de la cabeza. Fue junto a su mesa de trabajo, dándole la espalda, arrastró su silla hasta la ventana y se sentó, tan cerca que estaba prácticamente encima de ella. Cruzó las piernas, con el ceño fruncido, mirándola, con un bloc de papel gris sobre las rodillas. Más tarde yo le pregunté qué planeaba hacer con ella. Él todavía no lo sabía. En aquella fase, unos pocos dibujos y ver qué pasaba. Ver adonde iban las cosas.

Empezó a dibujar, a tirar líneas a lápiz para los planos de la cara, a sombrear con carboncillo, a aplicarlas zonas de luz con tiza, y ella cambió de postura en el taburete y parpadeó por culpa del sol. Sé inclinó para coger su bolso, hurgó en él, sacó unas gafas de sol y se las puso. Él dejó de trabajar y se la quedó mirando. Las gafas de sol le daban un aspecto opaco, pero también, por alguna razón, de desnudez. Lo único que se veía de ella era la boca.

—Me temo que no.

Ella se las quitó.

El trabajo siguió su curso. Por fin ella dejó la cabeza quieta, y durante unos minutos no se oyó más ruido que el susurro del carboncillo sobre el papel. Yo me imaginé la escena: el artista canoso encorvado en su silla con un bloc de dibujo en las rodillas, mirando a una chica pálida sentada en un taburete, y aquella conversación silenciosa e intensa teniendo lugar en unos pocos metros cuadrados de espacio vacío en medio de un extenso caos de detritos de pintor. Entraba a raudales una luz fría que blanqueaba la piel de la chica hasta una blancura más desnuda todavía que su habitual palidez cadavérica, mientras la mirada del artista bajaba, subía y miraba, luego volvía a bajar y a subir. Sus dedos se movían a trompicones

sobre el papel.

—¿Puedo fumar?

—No.

Se hizo el silencio de nuevo. Jack trabajaba deprisa, tenía que hacerlo, tenía que trabajar tanto como pudiera antes de que se le calentaran los nudillos. Más tarde me dijo que había previsto que cuando empezara a familiarizarse con la cara de la chica se desvanecería el parecido que supuestamente guardaba con su hermana y aparecería una cara que era distinta en miles de detalles estructurales y en los rasgos y en la complexión. Pero para mi aflicción —estábamos en el piso de abajo, en la sala de estar, antes de la cena— no fue así. No fue así. Él se frotaba incansablemente los nudillos mientras hablaba. En cambio, se produjo una especie de convergencia, dijo, ceñudo, intrigado, en el sentido de que la cabeza que estaba dibujando, y la imagen de la misma sobre el papel, estaba empezando a coincidir con la imagen que él guardaba en la memoria de Peg.

Jack la hizo estar sentada allí durante cuarenta minutos y luego le dijo que podía fumar. Ella se desperezó como si acabara de despertar de un sueño profundo. Jack dijo más tarde que era el modelo más natural que había tenido nunca. Casi de inmediato dejó de posar y empezó a comportarse como si estuviera sola en la sala, y un ser humano consciente en una sala —una sala donde no haya espejos— es más él mismo que en ninguna otra ocasión. Ella parpadeó y sonrió, estiró los brazos por encima de la cabeza, bostezó, luego cogió su bolso y sacó el tabaco.

—¿Puedo ver? —dijo ella.

Él arrancó varios dibujos del bloc y los clavó a la pared. Ella se puso delante para mirarlos y Jack se colocó a su lado. En su dibujo, ella parecía fruncir el ceño, pero los ojos estaban vidriosos, sugerían la vulnerabilidad de alguien que dormía o la indiferencia perezosa de un gato.

—¿Seguimos? —dijo ella.

—Creo que no.

Ahora él se comportaba con brusquedad. Evitaba mirarla a la

cara. No le dijo a la chica que se le estaba agarrotando la mano. No le dijo que se estaba poniendo de mal humor. Siempre le ponía de mal humor tener que dejar de trabajar por culpa del dolor. Odiaba sentirse débil. Trabajaba hasta que no podía soportarlo, y cuando tenía que parar se ponía de mal humor. No era culpa de Anna, pero ella no podía saberlo.

Parece que la segunda sesión se pareció mucho a la primera, aunque hacia el final Jack fue consciente de que la chica se estaba poniendo nerviosa. Al terminar la primera sesión no habían hablado de nada. Él había dejado muy claro que la sesión se había terminado, le había pagado y ella se había marchado. Yo había pasado el día fuera, o sea que tampoco la había visto, pero cuando lo hablamos por la noche Jack me lo explicó como si hubiera sido un intercambio puramente comercial, y yo recuerdo haberle preguntado si hubo alguna calidez entre ellos.

—¿Calidez? Claro.

—¿Cómo?

—Todo es muy cordial, Gin. Hay calidez. Y posa bien, cuando se pone cómoda.

—Jack, es tu hija.

—Espero que pronto abordemos también esa cuestión.

Estaba claro que Anna quería abordar «aquella cuestión» más bien pronto, y al final de la segunda sesión sacó el tema.

—¿Podemos hablar ahora?

—Claro.

Cuando estaba irritado, mi hermano resultaba intimidante, y yo tuve que admitir el valor de la chica, el hecho de que dijera lo que quería aun cuando Jack iba de un lado para otro gruñendo y frunciendo el ceño. Él se sentó y los dos estuvieron cara a cara, él en su silla de trabajo y ella en el taburete. Yo esperaba que ella fuera al grano y así fue.

—¿Dónde está mi madre?

—¿No lo sabes?

—Creo que debe de estar al norte del estado.

—Hace años que no la veo.

—Yo tampoco.

No me sorprendió enterarme de que Anna no había tenido contacto con su madre desde que se la llevó Gerald. De modo que aparte de lo que le había dicho nuestro hermano —y me imagino que no le había dicho nada bueno—, no sabía nada de Vera. Pero al final de aquella conversación de una hora con Jack, al parecer ya veía a su madre bajo una luz nueva. No solamente era artista sino que había llevado una vida errante y escandalosa, pero nunca se había sometido al poder de un hombre ni tampoco se había plegado a las expectativas de nadie acerca de cómo debía comportarse. Cuando Jack le contó que habían huido a Estados Unidos siete semanas después de conocerse, la chica había soltado un grito de entusiasmo. Creo que ella pensaba que su generación había sido la primera en producir mujeres batalladoras, y ciertamente no habría conocido a muchas como Vera en Surrey. Jack me contó que aquello podía ser bueno si la ayudaba a darse cuenta de que todo lo que le había dicho Gerald era equivocado. Jack intentaba destetarla de la versión del pasado que había tenido Gerald.

—Ahora te va a contar toda su vida —le dije—. Te va a contar más de lo que quieres saber.

—¿Por qué más de lo que quiero saber?

—Querido —le dije—, vives como un monje. Nos necesitas a mí y a Dora, pero no necesitas a nadie más.

Aquello había sido cierto hasta la llegada de Anna. Ahora vi que Jack quería sacarlo todo. Quería contarle todo a su hija.

Se había pasado una hora contándole la historia de la huida a Estados Unidos, y al terminar no le cabía duda de que ella se moriría de ganas de marcharse. Pero no, quería más. Quería saber por qué no se habían quedado en Nueva York, si era allí donde estaba el futuro del arte, por qué se habían ido al sur y habían acabado precisamente en Port Mungo. Lo que realmente quería, creo yo, era oír más aventuras de su madre, y Jack le dijo que le podía contar mucho más, porque estaba recordando con detalle incidentes en los

que llevaba años sin pensar. Sugirió que bajaran a la cocina y tomaran una taza de té. O una copa. Les hacía falta, dijo.

No hacía tanto frío aquí abajo, y se sentaron a la mesa con una botella de vino y un cenicero. La frialdad inicial —la vacilación, la desconfianza mutua de aquellas dos criaturas quisquillosas— se había disipado, y una especie de afecto cauteloso había brotado entre ambos, todo en el espacio de una mañana.

—Jack —dijo ella.

—Anna.

—¿Tienes éxito? O sea, ¿has tenido una buena carrera?

No tenía sentido ser otra cosa que honesto. No, le dijo, no había tenido una buena carrera. Le habló de la gran exposición del SoHo y de todas las buenas críticas que había tenido. Pero vendía muy poco y al final la galería se había deshecho de él. Había pasado demasiado tiempo trabajando aislado. Le contó que había creado un estilo pictórico llamado tropicalismo, le preguntó si lo estaba siguiendo, ella asentía todo el tiempo pero él no estaba seguro, así que la llevó al salón y le enseñó el *Narciso*.

Ella se lo quedó mirando un rato largo.

—Entonces, ¿todavía tienes exposiciones? —preguntó por fin.

—Oh, sí. Siempre hay exposiciones. Pero son pequeñas. Ya no es algo que me angustie.

—¿Hay muchos tropicalistas?

—No. Es una escuela de uno solo.

Hubo una pausa, luego los dos soltaron una carcajada. Fueron carcajadas encantadoras y sinceras, dijo él, estallaron de forma bastante espontánea y los dos siguieron riéndose socarronamente hasta que Anna empezó a toser. Mi hermano le dijo que ya le había aguantado bastante por un día, y aunque creo que ella habría preferido quedarse, entendió que era Jack el que ya había tenido bastante.

—¿Qué haces esta noche? —le dijo cuando ella se marchaba.

—Salgo con un tío.

Él cerró la puerta detrás de ella y se apoyó en la hoja, repentinamente desinflado y consciente de un zumbido en las

muñecas y los nudillos.

Habían acordado no verse en unos cuantos días, ya que Jack quería ponerse con el lienzo grande. Sin embargo, cuando subió al estudio lo que lo atrajo fueron los bosquejos que había hecho de la cara de Anna. Se sentó y se los quedó mirando un buen rato. Pensó en los años en Port Mungo. Anna había sido una niña callada y de pelo oscuro capaz de conformarse con un montón de conchas y una caja llena de palitos y de entretenerse así durante horas en la parte de atrás del estudio de su padre. Nunca pareció importarle el calor y nunca lloraba, y cuando él y Peg iban a la playa a beber cerveza se la llevaban con ellos y miraban cómo caminaba dando tumbos por la orilla y de repente se paraba, bajaba la vista, fascinada, durante un buen rato, por un cangrejo muerto, una medusa muerta o un manojo de algas secas. Se sentaba en cuclillas sobre la arena, estiraba un dedo de forma incierta y tocaba la cosa, fuera lo que fuera. Apartaba la mano y la volvía a tocar, así funcionaban sus pequeñas y pausadas investigaciones. Jack recordaba lo mucho que la había echado de menos cuando Gerald se la llevó a Inglaterra, y recordaba también la forma brusca y brutal en que se había obligado a sí mismo a olvidarla. Jack siempre decía que había sido un mal padre para su hija mayor, y que lo había sabido incluso cuando ella estaba viva. Y había decidido ser un mal padre para Peg, decía, porque no creía que un hombre pudiera ser al mismo tiempo buen padre y buen artista.

Pero ahora quería ser un buen padre para aquella hija perdida que tenía, aunque no sabía cómo, ni siquiera sabía si ella quería que lo fuera. ¿Por qué? Porque veía a Peg en ella. Y de nuevo invocó su imagen e intentó ver la similitud con la chica que había estado sentada en su estudio con una mirada inexpresiva y las manos colgando entre las rodillas. Pero aquella vez no consiguió ver la similitud, y se dio cuenta de que debían de ser imaginaciones suyas. Simplemente había superpuesto un parecido de familia sobre el tejido descolorido de los recuerdos y se había emocionado con la

quimera resultante.

Todo aquello me lo comunicó aquella noche. Estábamos en la sala de estar después de la cena. Me contó que Anna le había preguntado si había tenido una carrera exitosa.

—¿Y tú qué has dicho?

—Le he dicho que no. Y es verdad, ¿no?

Aquello me hizo gracia. Yo había renunciado a la ambición artística hacía mucho tiempo, pero estaba familiarizada con las pasiones que todavía ardían con luz intermitente en mi hermano. Aquella noche fui indulgente. Repasé su carrera, hablé del compromiso obstinado con que había perseverado como pintor en Port Mungo, de la valentía con que había postergado su regreso a Nueva York hasta encontrar su estilo maduro, y de la fortaleza con que había reclamado después su lugar en el mundo del arte, antes de renunciar al mismo con idéntico vigor. Así pues, disciplina, dije, frunciendo el ceño, mientras analizaba su empresa artística, diligencia en la adversidad, la creación del corpus de su obra…

Cuando me puse a hablarle así, Jack no tardó en ponerse delante de su *Narciso* en un estado de fascinación absorta ante la envergadura de su logro. Necesitaba noches así, ya se pasaba demasiados días, Dios lo sabía, sentado en su estudio, sumido en la convicción profunda de su propia futilidad y despreciando todo lo que había hecho en su vida. Decidió que no era cierto lo que le había dicho a Anna. Que la siguiente vez que la viera tenía que rectificar su error.

Unos días después la vio hojear su catálogo, sentada en el borde del sofá de su estudio con el libro sobre las rodillas y los tobillos extendidos, la larga espalda doblada y un aire de intensa concentración. Dejaba pasar varios segundos antes de levantar la esquina de cada página y Jack me dijo que mientras la miraba se había despertado en su interior la emoción con una sensación como de sacudida, amenazando con hacerle llorar, pero también llenándolo de calor, y los latidos amplificados de su corazón se

aceleraron, casi fuera de control. Aquello era algo que llevaba años sin experimentar, y que solamente le había pasado con Peg, hacía mucho tiempo, cuando era niña.

Le habría gustado decirme que también Anna había estado a punto de romper a llorar mientras miraba su obra, pero no. En todo caso, se había pasado un rato largo mirando las ilustraciones y luego le había preguntado si podía coger prestado el libro. ¿Prestado? Se lo podía quedar, por el amor de Dios. No le dijo que tenía cincuenta más en una caja de cartón en la planta baja. Lo firmó con una floritura y ella se lo llevó como si él le hubiera hecho entrega de un precioso objeto sagrado, de la reliquia de un santo.

Lo más extraño era que yo no la había conocido, y me daba la impresión de que aquello no podía postergarse mucho más. No es que yo quisiera postergarlo, estaba ansiosa por ver qué aspecto tenía aquella chica escorpión, era Jack el que parecía reacio a presentarnos, la llevaba arriba a toda prisa cuando ella llegaba por la mañana y luego la sacaba rápidamente cuando terminaban. O tal vez, se me ocurre ahora, todo era obra de ella, era ella la que no quería conocerme a mí. Sí, y sé por qué. Pero por fin sugerí que la invitáramos a cenar, y un poco a regañadientes él se mostró de acuerdo. Fue idea suya que tuviéramos a un cuarto invitado. Tenía miedo, me dijo, que de otro modo yo aburriera a la chica.

A veces era un hijo de puta.

La mesa de la cena está colocada en el extremo opuesto del salón, cerca de la cocina. Había velas encendidas sobre candeleras altos y finos. Un jarrón azul y delicado lleno de azucenas destacaba en medio de los vasos resplandecientes y la cubertería. Anna ya había llegado cuando Jack bajó tocado con uno de sus pañuelos para la cabeza más coloridos. Ella estaba sentada en el sofá, ceñuda, fumando y hurgando dentro de un cuenco de frutos secos, mientras que yo estaba en el sillón de cuero, manoseando con aire distraído el pie de mi copa de cóctel, e intentaba que se relajara, aunque sin mucho éxito. A veces uno encuentra gente que parece desconfiar de

cualquier intento que uno haga de mostrarse cálido, amable o civilizado, y que proyecta la actitud tediosa de que todo intercambio social es falso, es un juego, una trampa. Parece que Anna era una de esas personas. Yo apenas podía sacarle una palabra, y eso que había puesto en juego una buena parte de mi artillería. Ella llevaba una falda muy corta, medias de rejilla y botas altas con tacón de aguja. El pelo de punta. Algo de *kohl* alrededor de los ojos, había intentado emperifollarse pero no había llegado demasiado lejos. Fue un alivio cuando llegó Jack. Anna parecía sorprendida. Tal vez fuera el pañuelo de la cabeza. Ella se incorporó y enseñó los dientes en una sonrisa tímida.

—Aquí estás —dijo él.

—Aquí está, sí. Le estaba hablando de los cuadros.

—Este es de tu madre —dijo Jack.

—Lo sé —dijo ella.

Él se inclinó para besarle la mejilla y ella se levantó con gesto incómodo para recibir sus labios. Tuvo que apoyarle una mano en el hombro a su padre para no perder el equilibrio.

Fui al aparador y le serví una copa de vino. Anna se bebió un agua mineral. Él se sentó a su lado y de repente ella se volvió locuaz. Nos habló del piso de su amiga en el Bowery, donde estaba alojada hasta que encontrara algo para ella sola.

—El Bowery —dije—. Eso cae lejos de Surrey.

Aquello provocó risas desleales.

—Sí, Surrey.

—Yo siento lo mismo por Surrey —dije—. De hecho, siento lo mismo por Inglaterra.

Hablamos de Inglaterra. A ella le provocaba curiosidad que hubiéramos pasado la mayor parte de nuestras vidas en el extranjero. Náufragos en una orilla lejana, tal como me gustaba decir a mí. Le hablé del sistema de clases y de la envidia inglesa, del «nosotros» y el «ellos». Le dije que en América no existía la envidia, que no había «ellos», solamente «nosotros»; nosotros, la gente. La miré con atención. El ceño un poco fruncido, la mirada gacha, los dedos extendidos sobre la mesa. Le miré el tatuaje y me pregunté por qué

habría elegido un escorpión. ¿Acaso tenía aguijón? Ella cogió un vaso de agua mineral con gas.

—Todo eso son memeces —dijo ella, levantando la vista y mirándome.

¡Sí que tenía aguijón!

—Claro que lo son —dije, riendo.

Ella miró a Jack. Oímos el timbre de la puerta principal, luego a Dora salir de la cocina y atravesar el vestíbulo.

—Es Eduardo Byrne —susurré, cuando oímos su voz—. A él también tienes que picarle.

Se abrió la puerta y entró Eduardo, mi amigo y mi antiguo amante, claro. ¿Por qué le había invitado Jack esa noche? Me dijo que se le había ocurrido que Anna se sentiría cómoda con él: Eduardo, me dijo, es un espíritu libre. Yo le pregunté qué era yo entonces, pero él no hizo caso de la pregunta. Él se había formado una idea de lo que tenía que ser la velada y yo no tenía derecho a cuestionarla. Cuando se mudó a vivir conmigo, yo le había dicho a Jack que considerara la casa tan suya como mía. Y ciertamente me había hecho caso.

Eduardo cogió a Anna de la mano y la miró de cerca. Tenía unas manos fuertes y nudosas de escultor, años de aceite, pintura, tierra y óxido incrustados en las grietas de la carne, y unos ojos como de caballo viejo y triste que llevaba demasiado tiempo trabajando demasiado duro, unos ojos líquidos bajo unas cejas negras, enredadas y salpicadas de cerdas plateadas. Tenía una cara arrugada y correosa, oscurecida por la sombra de la barba aun después de afeitarse, y el cuerpo cubierto de pelo. Unos dientes grandes y grises, una mata de pelo erizado en la cabeza de una forma que hacía inservible el peine, en el mismo estado por la mañana que la noche anterior. Dejando de lado las canas, parecía no envejecer.

—Eduardo —le dije, sirviéndole una copa—. Cuéntanos qué has estado haciendo.

Soltó la mano de Anna y se sentó. Se frotó la cara. No tenía nada que contarnos de sí mismo, dijo, encogiéndose de hombros, poniendo en blanco los ojos oscuros bajo los matorrales embrollados

de sus cejas. Hablar de la creación de la obra es imposible, dijo, y hablar de la venta de la obra es humillante, así que no tengo nada que decir.

—Entonces nos lo vamos a pasar en grande.

Eduardo se volvió luego hacia Jack y declaró que habría reconocido inmediatamente a Anna como hija suya. Ella se limitó a mirar el suelo y Jack sonrió ligeramente. Ninguno de los dos dijo nada. ¡Estaban avergonzados! Eché un vistazo a Eduardo, que se rascó la mejilla, luego se vació el cuenco de frutos secos en la mano y se los tragó todos. El momento pasó.

Dora había preparado su pierna de cordero asada con patatas y habíamos llamado a Federico para que viniera a servir la cena, uno de los mozos de Luis, del restaurante de la esquina. Yo me encargaba del vino. El entrante era sopa de ajo. A Eduardo le fascinaba que Anna no hubiera visto a Jack desde que era niña y que ahora estuviera oyendo por primera vez la historia de su familia. Hizo hablar a la chica y escuchó con atención, rompiendo su bollo de pan en pedacitos y poniéndoselos uno tras otro sobre la lengua como si fueran hostias de la comunión. Le preguntó si sabía que sus padres se habían escapado a Nueva York cuando solamente hacía dos semanas que se conocían.

—Siete —dijo Anna.

—¿Siete? —dijo Eduardo—. Yo pensaba que eran dos. Dos es una locura. Pero siete también.

—Fueron más de dos —dijo Jack—. Fueron más bien siete. ¿Quién se acuerda de esas cosas?

—Tal vez fueron diez —dijo Eduardo—. O treinta.

—Oh, no —dijo Jack—. Treinta no. Tuvimos que huir de Gordon.

—Gordon el Terrible —dije yo.

Anna quería saber qué había sido de él. Eduardo, que tenía intuición para aquellas cosas, se dio cuenta de que su curiosidad parecía derivar de su propia situación. Y le preguntó de qué se trataba.

Había puesto el dedo en la llaga, eso quedó claro de inmediato.

La expresión harta y resignada, toda clase de movimientos nerviosos de la boca, el lenguaje corporal evasivo, incómodo… Pero sí, se trataba de su hombre. Se llamaba Guy y estaba casado.

Eduardo se mostró comprensivo. Todos nos mostramos comprensivos. La cena estaba yendo bien, pensé, mientras una cortina de intimidad se cerraba en torno a nosotros y reflexionábamos sobre la difícil situación de Anna. Serví más vino. Eduardo murmuró que se imaginaba muy bien la clase de humillaciones que ella había sufrido. Reuniones canceladas en el último momento, no pasar nunca la noche juntos y no poder llamarle nunca a casa. La atención constantemente dividida de él. Anna escuchó con atención, asintiendo y fumando, como si su experiencia nunca hubiera sido validada por aquellos ejemplos más bien trillados de la condición de la amante. Estaba claro que Eduardo lo sabía todo al respecto.

—¿Por qué hacerlo entonces? —dijo él—. ¿Por qué seguir con él?

Un soplido de impaciencia.

—Sí, ¿por qué? ¡No lo sé!

Le había salido del alma, lleno de sentimiento, y el sentimiento decía: No lo sé, pero para mí es demasiado complicado y no lo puedo resolver.

Todos esperamos sin decir nada.

—Oh, joder, supongo que le quiero. He intentado dejarlo, pero no se puede, ¿verdad? No se puede dejar de querer deliberadamente a alguien.

—Claro que sí.

Aquello lo dijo Jack, y ella se quedó pasmada. No era una idea que hubiera oído nunca.

—¿Cómo?

—Pues tomando la decisión. Se mata el amor. Cada vez que lo sientes, lo matas. Es como ahogar cachorrillos. No es agradable pero se puede hacer.

—¿Lo has hecho alguna vez?

Aquello se lo preguntó en tono vacilante. Lo preguntó con el

ceño fruncido, mirándolo con los ojos entrecerrados a través del humo del cigarrillo. Apenas había probado el cordero.

—Oh, claro.

—¿Con mi madre?

Aquello sí que fue arrinconarse a uno mismo. Le costaría toda la noche contestar a aquello.

—No, no pude.

—¿Por qué no?

—Lo intenté pero no pude. Los cachorrillos se negaban a ahogarse.

Nadie salvo yo parecía darse cuenta del mal gusto de aquello, de estar hablando sobre cachorrillos ahogados teniendo en cuenta lo que le había pasado a la hermana de Anna. La chica reflexionó en silencio, sacándose hebras de tabaco de la lengua y examinándolas. Luego levantó la vista.

—Eso ya irá saliendo, ¿verdad? Mientras hablamos.

Luego ella habló más sobre su hombre casado y nos asombró a todos al admitir que estaba en la cárcel, pendiente de juicio por apuñalar a un hombre en un *pub*. Ella dijo que había ido a visitarlo a Belmarsh, una de las enormes prisiones de Londres, y que había visto a su mujer y a sus hijos en la sala de espera. Había tenido que marcharse. Aquello fue lo peor. Ni siquiera podía tenerlo para ella cuando estaba en la cárcel.

Pero no lloró, y más tarde Jack dijo que cuando era niña no había llorado nunca. Levantaba la barbilla y apretaba mucho los labios, y aunque tenía los ojos anegados no permitía que le salieran las lágrimas. Así que en aquello no había cambiado.

La velada fue un éxito, creo. La idea de Jack de que Anna se sentiría cómoda con Eduardo resultó ser correcta, porque estaba claro que ella apreciaba su atención y su interés, y también que había empezado a mostrarse amable con Eduardo en sí, un hombre que, después de una vida entera de cincelar su carácter hasta darle la severa complejidad de uno de sus bronces negros, podía exhibir sin esfuerzo ante una mujer impresionable todo el atractivo inquietante y el romanticismo oscuro de… «el artista». Se fueron a casa a las

diez y media y Eduardo se ofreció a acompañarla hasta el Bowery. Cuando Dora vació la mesa mi hermano y yo nos retiramos al otro extremo de la sala.

—¿Y bien?

Le dije que estaba impresionada con ella. Le dije que tenía que ser una chica excepcional para haber venido hasta aquí a fin de descubrir la verdad sobre su hermana, aunque me preocupaba aquella historia del tipo en la cárcel. No sé si Jack vislumbraba la dirección precisa de mis pensamientos. Tal vez sí, con él era imposible decirlo. Era tarde y estaba cansado, me dio las buenas noches y se fue a la cama.

Yo no estaba cansada en absoluto. De hecho, mi mente bullía. Yo había visto el parecido de la chica con Peg, aunque ciertamente no tan pronunciado como Jack suponía. Pero me parecía una coincidencia más bien extraña que su peinado *punky* se pareciera al corte desastroso que se había hecho Peg en su última visita a Nueva York. Pero no era un parecido muy evidente, aunque Jack lo creyera así, y era aquello lo que me preocupaba. Yo había pensado que mi influencia, y la atmósfera de la casa, eran fuerzas poderosamente benéficas en aquel sentido, me refiero a nuestras tranquilas rutinas y a la lenta e indolora extracción de veneno que yo llevaba a cabo todas las tardes cuando bebíamos vino y hablábamos en voz baja. En cierto modo la chica estaba teniendo una influencia tonificante en él, porque ahora mostraba más entusiasmo por su obra del que yo había visto en mucho tiempo. Pero me alarmaba que aquello fuera consecuencia directa de su percepción del parecido de ella con su hermana muerta, y me seguía dando miedo que el renacimiento de las antiguas emociones acabara teniendo un efecto negativo, y que tarde o temprano Jack se deshiciera en pedazos; ya lo había visto antes. En aquel punto sería tarea mía volverlo a componer, y todo mi esfuerzo habría sido en balde.

Pero yo entendía a mi hermano lo suficiente como para estar segura de que cualquier intento mío de interponerme en su camino fracasaría. Él haría lo que le diera la gana sin importarle mis sentimientos al respecto. Porque Jack tenía eso en común con Vera,

y esa era en gran medida la explicación de lo turbulentos que habían sido sus años en común, así como de la infancia desordenada de Peg: el hecho de que era un hombre obstinado y egoísta y de que tenía una voluntad de hierro. Yo me había enfrentado a la voluntad de Jack en más ocasiones de las que me molestaba en recordar, y ciertamente lo había visto ser obstinado, ya lo creo, y egoísta en extremo.

Ya he dicho que mi hermano podía ser egoísta. Pero lo que hizo a continuación me asombró más que nada que yo hubiera visto en la vida.

Sucedió tres días más tarde. Había tomado una decisión, dijo, y le parecía una tontería postergarla. Y no le había parecido que valiera la pena discutir aquella decisión conmigo. Por la mañana había tenido una cita con Anna. Ella había llegado puntual como de costumbre, dijo él, y habían trabajado bien durante una hora. Luego él le dijo que fumara, y mientras se estaba quitando la bata de trabajo sacó el tema a colación. Le preguntó si ya había encontrado un sitio donde vivir. La compañera de piso de Anna había salido de la ciudad, así que la presión se había aliviado brevemente, pero ella no quería estropear su amistad quedándose más tiempo del debido. Cuando su amiga regresara, Anna quería poder decirle que se marchaba.

—Se lo puedes decir —dijo Jack.

—Todavía no he encontrado nada.

—Ven a vivir aquí.

Ya estaba dicho. Hubo una larga pausa. Ella no se apresuró a darle las gracias, ni a decirle que aquello era impensable, que era muy amable pero que ella no podía aceptarlo… Ninguna de todas esas tonterías inglesas, lo que hizo fue fruncir el ceño y ponerse a pensar, y él vio que estaba pensando. Ella le echó un vistazo, asintió ligeramente con la cabeza y por fin sacó la bolsa de tabaco. Después de liar un cigarrillo de forma descuidada y encenderlo, ella le hizo una sola pregunta:

—¿Y qué piensa Gin?

—Ella también piensa que tendrías que vivir aquí.

—Entonces vale. Gracias.

Y así de simple y deshonesta fue la transacción. Siguieron trabajando una hora más y luego él le enseñó los dormitorios vacíos y le dijo que decidiera cuál quería.

Ciertamente, ella no esperó para mudarse. Ni tampoco iba cargada de equipaje. Apareció poco después de las seis con una bolsa de lona y una funda de guitarra negra y dura, y Jack enseguida la instaló en la habitación que ella quería, la que había en la parte de delante de la casa, dando a la calle. Le dijo que bajara al salón a tomarse una copa cuando terminara y luego la dejó a solas y cerró la puerta con suavidad detrás de sí. Cuando yo llegué a casa un poco más tarde me encontré con un hecho consumado, y lo único que pude hacer fue contener mi furia hasta haber digerido debidamente lo que mi hermano había hecho. Subí las escaleras, aturdida.

Cuando volví a bajar ya había recuperado la compostura lo bastante como para decirle a mi hermano que parecía satisfecho de sí mismo. Él fingió no captar la ironía y dijo que por qué no iba a estar complacido ahora que tenía a su hija bajo el mismo techo. Yo le dije en voz baja que tendría que haber hablado primero conmigo, pero él no tenía tiempo para nada de aquello y me dijo en tono cortante que ahora que Anna estaba en la casa tendría que haber cambios.

—¿Cambios?

Demonios, qué mal se estaba portando. A mí no me gustan los cambios, y Jack lo sabía mejor que nadie.

—Tenemos que intentar entretenerla —dijo él.

—Pensaba que era al revés —dije, pero en aquel momento apareció Anna en la puerta. Jack se puso de pie de un salto y fue a la mesa de las bebidas.

—¿Qué quieres tomar, querida? —dijo.

Anna tuvo los buenos modales necesarios para darme las gracias por dejarla vivir con nosotros, y yo tuve que poner buena cara. Un poco más tarde le di unas llaves y le expliqué las cerraduras de la

puerta de la casa. Luego dije algo de la cena y Anna dijo que no iba a cenar con nosotros.

—Pero ¿por qué no? —exclamó Jack.

Él había dado por sentado que íbamos a estar todos juntos, pero parecía que ella había hecho otros planes. Iba a cenar con Eduardo. Jack no se molestó en esconder su irritación, ni yo mi placer. Unos minutos más tarde regresó arriba y poco después la oímos bajar otra vez y el ruido de la puerta al cerrarse.

—Así pues, ¿dónde te gustaría comer? —dije en tono amable.

Aquella noche estuve en la cama despierta como una madre nerviosa. Las cerraduras de Nueva York pueden ser difíciles y no quería que Anna despertara a toda la casa. Pronto reconocí que aquel nerviosismo simplemente escondía una preocupación más profunda, relacionada con Eduardo. Pero él podía ser su padre, y además era un viejo amigo de la familia, así que seguramente no había ningún peligro… En cualquier caso resultaba una preocupación. No la oí entrar, pero sí bajó a desayunar, tan pálida y demacrada como siempre y completamente reacia a contestar mi única pregunta cortés y respetuosa sobre la noche anterior.

Y así es como entró en la casa.

13

Tener con nosotros a Anna pronto cambió la forma en que nos llevábamos Jack y yo, aquel fue uno de los primeros cambios que observé. Cuando estábamos a solas en el salón de abajo los dos estábamos pendientes de oír el ruido de su llave en la cerradura y sus pasos en la escalera. Y aunque pasó bastante tiempo antes de que yo lo admitiera ante mi hermano, empecé a disfrutar de su presencia, y me sentía decepcionada si estaba fuera. Jack era peor, estaba tierno e indulgente, algo muy poco propio de él, y creo que hasta Dora se dejó infectar por la nueva atmósfera de la casa, e igual que nosotros era vulnerable al perfume vital inimitable que llena el aire con la mera presencia de la juventud. Anna era una joven inusual, adusta y grave y en mi opinión profundamente misteriosa, creo que porque apenas comunicaba nada de lo que hacía fuera de la casa. Implícitamente estaba declarando que tenía una vida privada y nos pedía que respetáramos aquello, y por supuesto que lo respetábamos. Por supuesto.

Descubrí cómo actuar durante los silencios incómodos que parecían generarse siempre que nos encontrábamos las dos solas. Nunca parecían tener lugar cuando estaba presente Jack, pues él ya se llevaba de maravilla con ella. Pero conmigo la chica no se sentía a gusto, y si nos quedábamos solas enseguida encontraba una razón para abandonar la sala. La respuesta no era intentar encontrar un tema neutral del que hablar, sino hablar sobre ella. Los jóvenes están profundamente obsesionados con su propio dilema, que para decirlo toscamente es el problema de adentrarse dando una impresión de

seguridad y confianza en lo que parece una ciénaga de incertidumbre y riesgo. Un día le pregunté si tenía planes. A ella pareció sobresaltarla aquella pregunta. Tenía un trabajo en un bar que le ocupaba varias noches por semana, pero más allá del mero hecho de sobrevivir en Nueva York no habíamos oído hablar de ningún plan, meta o ambición concretos. En aquella época yo sospechaba que solamente estaba aquí para conocer a su padre, y posiblemente también a su madre, pero que por alguna razón no se atrevía a decirlo. Yo no tenía paciencia para aquello. Y le pregunté qué quería hacer en Nueva York.

Tal como digo, se mostró sobresaltada, y me pareció que me había inmiscuido en su intimidad. Pero perseveré. ¿Estaba interesada en alguna carrera?

Expresión clara de alivio. Ah, te refieres a eso. ¿A qué otra cosa me iba a referir? Y me dijo con timidez que quería hacer algo creativo.

—¿Quieres ser artista, Anna?

—Sí.

—¿Pintora, como tu padre?

—No, no como él.

Aquello lo dijo para mi sorpresa en un tono como desdeñoso, casi de desprecio. Ciertamente con una carga de emociones feroces que en aquel momento no pude interpretar. Tal vez creía que la pintura estaba muerta, pensé, y quería ser artista conceptual. Pero cuando le comenté esto, ella me dijo que no. Yo no supe qué pensar, pero por lo menos habíamos conseguido tener alguna clase de conversación, y después de aquello las cosas fueron más fáciles entre nosotras.

Por primera vez en muchos meses, Jack empezó a trabajar por las tardes, no en el retrato de Anna, a aquello le dedicaba las mañanas, sino en el lienzo grande, que había empezado a llamar *Un sueño de las aguas inferiores*. En cuando oí el título supe que la pintura iba a ser una reformulación de su viejo Irina, el que él llamaba la postura de Narciso: una figura inclinada sobre una superficie en la que encuentra un reflejo distorsionado, y el reflejo

trata de agarrar a la figura inclinada a través de alguna clase de red o celosía. No se me escapaba que había un siniestro paralelismo entre aquello y la macabra imagen que yo tenía en mente del pescador de Port Mungo que se había inclinado un día sobre la borda de su barca, entre los manglares, y había descubierto horrorizado a una chica ahogada mirándolo desde un enredo de raíces subacuáticas.

Aquellas nuevas energías de Jack yo las atribuía enteramente a la presencia de Anna en la casa. Vi que ella estaba empezando a ejercer el papel de musa para su padre. Seguía posando para él por las mañanas y para entonces ya habían establecido una rutina, ella estaba con él tres días por semana de diez a una. Avisaba a Dora de cuándo iba a comer con nosotros y cuándo no, y a final de mes creo que todos nos habíamos adaptado al cambio de nuestras circunstancias. En cuanto a la necesidad de entretener a la chica, yo no fui consciente de estar haciendo ningún esfuerzo en particular en esa dirección.

Me sorprendió enterarme de que Jack todavía no había hablado con ella sobre la muerte de su hermana ni tampoco había decidido qué le diría cuando lo hiciera. Pero por lo menos le había contado algo de los años en Port Mungo. Le pregunté cómo había reaccionado ella y él dijo que no lo sabía, que ella apenas expresaba nada. Y lo que era más importante, dijo, él también había estado esperando que ella le dijera qué pensaba de su catálogo. El día después de dárselo ella había entrado en el estudio, se había ido directamente al lienzo grande y se lo había quedado mirando con el ceño fruncido como si tuviera ideas formadas sobre su trabajo de un día para otro y las estuviera comparando con el avance de la obra. Después, por supuesto, se había mudado a nuestra casa pero seguía sin decir nada sobre el catálogo. Yo sabía que aquello le preocupaba, así que me aseguraba de preguntarle todas las tardes si ella había dicho algo al respecto. Seguía un poco enfadada porque no me hubiera consultado antes de invitarla a vivir con nosotros.

—Ni una palabra.

—Debe de resultar raro.

—Resulta extremadamente raro, coño. Me siento como si ella se

acercara a mí mientras estoy dormido como un tronco, se pusiera a examinarme y yo estuviera desnudo.

—Jack, es tu obra lo que está mirando, no tu cuerpo.

—La sensación es la misma.

Supongo que yo entendía aquello, pero ¿por qué no se lo preguntaba sin más? Oh, no. Eso no serviría. No quería presionar a la chica. Así que continuó angustiado. Pero la obra continuaba, y yo entendí que para entonces ya había terminado una serie de bocetos y había empezado un estudio de cuerpo entero.

—¿De qué tamaño?

—Metro y medio por sesenta centímetros.

Era muy grande. O, por lo menos, muy alto. Me pregunté quién habría montado el lienzo. Antes Jack tenía un ayudante pero lo había despedido, simplemente no había suficiente trabajo para él. Le pregunté si ahora se montaba los lienzos él mismo.

—Anna me está ayudando.

Poco después me contó que Anna había sugerido que la cogiera como ayudante. Al parecer le intrigaba lo que tenía lugar en el estudio de un pintor.

—No me extraña —dijo—. Con tantos artistas en la familia. Creo que ella podría ser artista también.

Me explicó que todas las mañanas se tomaban una taza de té en la cocina y luego iban arriba. Él decía que le gustaba mirarla en el estudio, porque se daba cuenta de que el rol que ella asumía allí era el de él, el rol del artista, y que en la imaginación de ella el estudio se había convertido en su estudio, y era ella la que entraba en él todos los días para luchar con sus demonios y de aquel conflicto extraer ideas y darles vida sobre el lienzo, o lo que fuera que ella pensara que mi hermano hacía allí arriba. Jack me dijo que ahora ella se movía con confianza, ya no estaba intimidada como al principio —había habido algo reverente en sus modales las primeras veces, como, si el estudio fuera un lugar sagrado, una capilla—, sino que ahora caminaba delante del *Sueño* con un ligero aire de ser la propietaria del mismo, y él casi la oía hablar con la pintura, tal como él mismo hacía antes de empezar a trabajar o, mejor dicho, la oía interrogarla,

preguntarle adonde parecía querer ir, qué tenía que hacer él a continuación, en aquello consistía la emoción misma del asunto, me dijo, pero también el peligro de todas las mañanas, a saber: volver a ponerse a trabajar en una obra que había sido dejada el día anterior en un estado de inconclusión.

Mientras ella miraba y cavilaba, parecía estar interpretando mentalmente un guión así, y tal vez su imaginación estaba a la altura de la tarea. Tal vez entendía lo que Jack hacía todos los días en su estudio. Era otra señal de su aumento de confianza el que a menudo iniciara conversaciones después de que empezaran a trabajar. Estaba desnuda delante de un telón enorme de terciopelo negro, con cara inexpresiva mientras Jack alternaba miradas fijas con pinceladas vigorosas, y entonces lo soltó.

—Gerald dijo que habría que haber enviado a mi hermana a Inglaterra para que la educaran. Dijo que no entendía por qué no se había hecho.

—Siempre hubo muchas cosas que Gerald no entendía.

Fue la respuesta rápida y amarga de un hombre distraído ante un caballete. Pero Jack vio que ella hacía una mueca contrariada y se recordó a sí mismo que Anna no sabía nada de su hermana que no viniera de Gerald. Estaba lista para el desmantelamiento de la versión de los hechos que le habían dado desde la infancia, y él sabía que no tenía que hacerla responsable de las ideas recibidas, por grotescas que fueran. En el combate por la mente y el corazón de Anna, ahora Jack tenía ventaja. No debía enseñar los dientes de aquella manera, no resultaba de ayuda.

—Gerald no tenía ni idea de cómo era nuestra vida.

—Entonces, ¿tuvo una educación?

—Claro que sí.

En cierta manera, podría haber añadido. A la manera de Jack. No le contó que prácticamente era una niña salvaje.

—O sea que sabía leer y escribir.

—Y sabía pintar.

Al oír aquello ella se volvió hacia él y él le dijo en tono cortante que mirara hacia delante.

—¿La enseñaste a pintar?

—No estoy seguro de que le enseñáramos mucho. Simplemente imitaba lo que veía a su alrededor.

—¿Se le daba bien?

Jack no respondió.

—¿Tienes algún cuadro de ella aquí?

—No.

Hubo un largo silencio, y no fue precisamente cómodo, la sala estaba llena de preguntas, la más insistente de las cuales era de dónde venía aquella rabia repentina de Jack y por qué lo negaba todo con tanta ira.

—Lo siento —dijo él.

Ella esperó más pero no hubo más.

—Simplemente es que no sé qué decir y qué no decir —dijo ella.

—No es culpa tuya.

Otro silencio.

—Ahogué a mis cachorrillos —dijo ella.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Acabé con ello.

Durante todo aquel tiempo ella permaneció allí inmóvil, con los brazos a los lados, la cabeza girada, la mirada clavada en un punto al otro lado de la ventana. Él estaba cabizbajo detrás del caballete. La atmósfera se fue relajando. Pasó más tiempo en silencio. Yo he visto a Jack con un modelo, en más de una ocasión me ha pintado a mí. Tocar el lienzo, levantar la vista, mirar fijamente, volver a tocar el lienzo. Mezclar los colores en el cristal, frotar el lienzo con un trapo mojado, limpiar el pincel. Agarrar el pincel con los dientes, retroceder unos pasos para inspeccionar, hacer un gesto en dirección al modelo con el pincel y luego repetir el gesto sobre el lienzo.

Volver a mirar fijamente. Limpiar el pincel, remezclar los colores, dar pinceladas cruzadas, tocar el lienzo con un bastoncillo de algodón, cambiar de pincel, meter el viejo en un frasco de aguarrás, dar un sorbo de té, y repetir una vez más, y otra, y otra…

—Me gustaría haberla conocido —dijo ella—. Oh, Dios, Jack. Tal vez esto sea una pérdida de tiempo. Lo único que conseguimos

es ponerte furioso a ti y confundirme a mí. Deberíamos dejarlo en que está muerta y no volver a ello, no intentar devolverle la vida.

Ella soltó aquello mirando hacia la ventana, luego empezó a girarse hacia él, pero cambió de opinión.

—Creo que no debemos rendirnos —dijo Jack.

—¿Por qué?

—Creo que ella no lo querría.

Era difícil discutir aquello.

Peg en Port Mungo. Jack quería dejarle bien claro a Anna que la chica había nacido allí, es cierto que la había traído al mundo un inglés, pero nunca había conocido Europa. Las dos veces que Jack la había llevado a Nueva York no se lo había pasado bien, pronto se había puesto nerviosa y ansiosa por llegar a casa. Era una nativa de Port Mungo, y conocía el lugar de una forma en que él y Vera no lo conocerían nunca. Creció con los niños del pueblo, entraba y salía de sus casas todos los días de su vida, para ella no significaba nada el que su piel fuera blanca mientras que la de ellos podía ser de cualquiera de una docena de tonos entre el hueso y el carbón. Hablaba el dialecto que Jack nunca se había molestado en aprender, comía lo que Jack era demasiado maniático para comer, y en resumen no la separaba de ellos ninguna de las barreras que después de tantos años Jack seguía sin cruzar. Y era una niña salvaje, con lo cual Jack quería decir que después de un par de horas de asistir a la escuela en el edificio con tejado de cinc que había detrás del mercado no le quedaba nada que hacer en todo el día más que jugar en barcas agujereadas. Jack no veía nada malo en ello.

Y pintaba, claro. Le encantaba pintar. Le dejaban usar sus cosas, dijo Jack, la animaban todo lo que podían.

Anna miraba por la ventana con el ceño fruncido mientras Jack hablaba, y él era consciente, me lo dijo más tarde, de que mientras trabajaba —y parecía trabajar más deprisa cuando hablaba de Peg, aunque no estaba seguro de qué ayudaba a qué, si la pintura ayudaba a la conversación o al revés— era consciente de un torrente de

reacciones en la cara de ella, todavía dándole un cuarto de perfil, mientras asimilaba aquella imagen de la infancia de su hermana. ¿Se ajustaba aquello a lo que le había dicho Gerald? Intentó verlo tal como lo debía de haber visto ella, con los ojos de Gerald, y vislumbró un mundo oscuro y primitivo donde una niña de piel blanca correteaba semidesnuda con los niños nativos y crecía sin el beneficio de ninguna civilización o cultura.

—¿Era una chica mala?

Pregunta curiosa. Decía mucho de ella, pensé yo, cuando me lo contó Jack, y de las complejidades sin resolver de su idea de sí misma, me refiero a ese intento evidente de entender su propia vida mediante la elucidación de la de su hermana. Jack intentó decirle que el concepto de maldad no era fácil de aplicar en un lugar como Port Mungo. Peg siempre llegaba a casa antes de que se hiciera oscuro, y creo que tal vez esa era la única norma que tenían. En los trópicos la noche cae deprisa.

—¿Y el hábito de beber de mi madre?

Jack oyó en aquellas palabras el murmullo nítido de las ponderosas lucubraciones morales de su hermano.

—¿Qué pasa con eso?

—¿Afectaba a Peg?

La dejaron tomarse una cerveza con ellos a los ocho años. Cuando tenía siete ya la dejaban fumar. En la casa se bebía y se fumaba todas las noches, no tenía sentido intentar ocultárselo a la niña. Tenía curiosidad, quería saber qué era todo aquello, aquello que sus padres hacían con entusiasmo ritualizado tollas las noches, y Jack llevaba mucho tiempo esperando el día en que pudiera sentarse en la terraza con su hija, los dos bebiendo cerveza mientras hablaban de lo que fuera que hablan los padres y las hijas.

Otro largo silencio.

—¿Eras tú una chica mala? —dijo Jack.

Una amplia sonrisa en respuesta a aquella pregunta. Los ingleses ciertamente se distinguen por eso, tienen las peores dentaduras del mundo. Ya amarillos por culpa del tabaco, unos dientes irregulares y mellados como una ristra de lápidas inclinadas en un cementerio

abandonado en el campo, y eso que la chica tenía veintipocos años… Era extraordinario que fuera tan guapa y tuviera una dentadura en tan mal estado. A mí ciertamente me parecía guapa, y sé que a Jack también. ¿Era simplemente la juventud lo que la hacía guapa a nuestros ojos viejos y hastiados? Aquella cabeza elegante, el cuello de cisne, el cuerpo largo y flaco, la arquitectura de la criatura era tan delicada, su piel tan blanca y su pelo tan negro que el mero hecho de mirarla me producía un placer sin igual, me recordaba a Jack a su edad. Una noche después de la cena me di cuenta de que los ojos de mi hermano la seguían siempre que ella se movía por la sala, y de que los míos también lo hacían. ¿Se daba ella cuenta? No daba muestras de ello, pero debía de darse cuenta de lo que pasaba. No era nada bueno, y resultaba un poco siniestro, aquellos dos carcamales regalándose la vista con la belleza de una chica alta y pálida con la dentadura en mal estado…

—Bastante mala —dijo ella.

—Ah, ¿sí?

—Nada muy dramático. No me gustaba preocuparles.

—Eras mala de forma discreta.

—Supongo que sí. Y tú, ¿eras malo?

—Era un salvaje hasta que llegó Vera.

Poco después estaban sentados tomando café en la cocina, hablando tranquilamente de cosas íntimas, con las cosas de la comida sin retirar de la mesa. Jack le preguntó si se acordaba de en qué habitación se había quedado la primera vez que vino a la casa, siendo niña. Ella no lo sabía. Él le dijo que era la misma habitación que había elegido hacía un par de semanas.

—Qué raro —dijo ella.

—¿Por qué es raro?

—No recordar la habitación pero reconocerla. Debo de haberla reconocido, ¿no?

—Eso no es raro. Lo raro es que eligieras instalarte en la habitación en la que vivías cuando tu mundo acababa de hundirse.

—Supongo que me sentía segura en ella.

—Supongo que sí.

Ella dio un sorbo a su café. Separó su silla de la mesa y cruzó las piernas. Pasó un brazo por encima del respaldo de la silla, se giró hacia la ventana y tosió. Él se quedó mirando su perfil ceñudo. Ella le recordaba una fotografía que él había visto hacía poco. Ella se giró y lo miró directamente.

—¿Mi hermana se suicidó?

La pobre tonta de Peg —yo me imaginaba a Jack diciendo esto— tenía el talento de su madre para buscarse problemas pero le faltaba la habilidad para salir de ellos. Siempre lista para seguir a los demás, siempre ansiosa de pasarlo bien, nunca se detenía a reflexionar sobre las consecuencias. Era su naturaleza, y por esa razón Port Mungo era probablemente el mejor lugar para ella en todo el mundo. Pero no era ningún paraíso, y Jack siempre recalcaba aquello, había fuerzas en acción en aquel río que eran más oscuras y más complejas de lo que nunca admitiría la soleada superficie tropical. Oh, todas estas imágenes tan poco claras, que suscitaban más preguntas de las que respondían, y con todo me las imaginaba pasándole por la mente a mi hermano mientras él y Anna se miraban el uno al otro en la cocina, en silencio salvo por el tictac del reloj de encima de los fogones y el estruendo lejano de la ciudad que había afuera.

—No.

Ella bajó la vista y luego la cabeza. Estaba sentada de frente a la mesa, con un codo a cada lado del plato y la frente apoyada en el pulpejo de las manos, con los dedos asomando entre el pelo. Sin mover un músculo, sin levantar la vista, ella le preguntó si estaba seguro. Le hizo la pregunta en un tono hueco, una pregunta como un agujero negro, vacío y enorme, tal como lo dijo: ¿Estás seguro? Era algo tan hueco que ni siquiera era una pregunta. Era simplemente lo que había que decir.

—Sí.

Dejó caer las manos sobre la mesa y levantó la cabeza. De pronto parecía agotada. Le echó una larga mirada.

—Gerald decía que sí.

Esto se vuelve extremadamente doloroso. Cuando Jack me repitió las palabras de Anna —Gerald decía que sí— yo sentí una punzada de horror y a duras penas pude disimularla delante de él. Él me estaba mirando con atención. Me preguntó a qué pensaba que se refería la chica. Le dije que no tenía ni idea. Él me dijo que tampoco, pero que no había querido pensar en ello, que lo había dejado pasar, simplemente no tenía los medios mentales para abordar de nuevo la idea distorsionada que tenía Gerald de lo sucedido en Port Mungo.

Pero yo sí sabía exactamente a qué se refería Gerald, o, mejor dicho, sabía qué creía saber Gerald. Fue el día terrible en que se llevó a Anna de mi casa. Aquella tarde fui al hotel Park Plaza, donde él estaba alojado, pero no se lo dije a nadie.

Aquel día habían sucedido tantas cosas que me resultaban un misterio que me daba la impresión de que no podía dejarle que se llevara a la hija de Jack a Inglaterra sin oír por lo menos las razones por las que lo estaba haciendo. Así que durante la hora previa a que se fueran al aeropuerto estuvimos hablando en su habitación mientras Anna jugaba con su muñeca en la alfombra entre nosotros.

Ahora me parece una pesadilla, aquella hora que pasé en una habitación del Park Plaza. Me produce una sensación escabrosa e irreal, y la recuerdo con todo lujo de detalles. A Gerald no le sorprendió verme. Me vino a recoger al ascensor con modales secos y corteses, me llevó a su habitación y me hizo sentarme en un sillón, luego se sentó delante de mí al otro lado de una mesilla de cristal, de espaldas a la ventana. La habitación daba al norte y yo tenía una vista bastante buena de Central Park. El follaje otoñal estaba cambiando de color y hasta donde alcanzaba la vista se extendía ante mí lo que parecía una alfombra interminable de rojo, amarillo y dorado. Gerald tomó de inmediato el control de la conversación. Me preguntó en qué me parecía que había cambiado Jack en los años que había pasado fuera, y yo sabía adonde quería ir a parar: se había dado cuenta, igual que yo, de que Jack había destruido deliberadamente en sí mismo las formas de conducta social educada que nos habían enseñado de niños. Gerald dijo que tal vez los

consideraba vestigios del estilo de vida inglés y los había abandonado a fin de adoptar —¿exactamente qué?— una existencia primitiva pura que le permitiera satisfacer sus ansias creativas. Así fue como lo explicó Gerald, y sus palabras rezumaban sorna y condescendencia.

Ciertamente yo había vislumbrado algo de lo que él estaba hablando en mis días con Jack en Port Mungo, y otra vez cuando él y Peg me visitaron en la ciudad. Pero me pareció una simple cuestión de modales, y se lo dije a Gerald. ¿Qué importaba que sus modales fueran toscos? Era un artista, por el amor de Dios.

Mi hermano se quitó las gafas y se frotó los ojos. Lo hizo con el ceño fruncido, y luego me preguntó si yo no sospechaba que se trataba de algo mucho más profundo. ¿Cómo que más profundo?, dije. Oh, aquella aventura insensata suya, aquella estúpida idea romántica de que para que floreciera su arte tenía que retirarse a un lugar remoto donde no lo distrajeran las complicaciones de la vida urbana. ¡Menuda ilusión resulta ser eso siempre!

Señalé el hecho de que Jack había trabajado duro en Port Mungo. La actitud de Gerald me parecía arrogante y me irritaba. Me contestó que él no dudaba que Jack hubiera estado trabajando duro, pero en ausencia de instituciones, galerías de arte, museos y esas cosas, en otras palabras, sin ninguna cultura que lo guiara, ¿podría haber progresado mucho? Se volvió a poner las gafas y dijo: Gin, lo que nos enseña la naturaleza se agota pronto.

No lo creí capaz de juzgar aquella clase de cosas. Le pregunté si me estaba diciendo que Jack había desperdiciado su vida.

—Si cree que puede hacer arte que valga la pena fuera de la tradición occidental, entonces sí, ha desperdiciado su vida.

—¿Es por eso que te llevas a su hija?

Ahora habíamos llegado al quid de la cuestión. Miró por la ventana. Lo mismo que digo del artista, murmuró, lo digo del hombre.

De pronto pensé en Vera, que había reconocido enseguida las limitaciones de Port Mungo, su lúgubre monotonía, día abrasador tras día, la uniformidad absoluta de la existencia tropical y todo lo

que dicha uniformidad traía consigo. Ella había encontrado en los viajes, en la exploración de las islas del Caribe y del territorio de Centroamérica un antídoto para aquella lasitud que era lo bastante sabia como para temer.

Los pensamientos de Gerald parecían haber viajado en la misma dirección que los míos.

—No pudo retener a Vera allí.

Lo observé con atención. Estaba llegando al grano. Entonces me dijo exactamente por qué se estaba llevando a Anna. En ausencia de Vera, dijo, en su soledad y en su frustración, Jack había cedido a un reflejo físico primitivo. ¡A un reflejo físico primitivo, Gin!

Y fue entonces cuando vi por fin adonde estaba yendo a parar. Con total incredulidad le escuché decir entonces que Jack había reconocido bajo su propio techo a una chica que estaba llegando a la madurez sexual. Y había ido a su habitación en plena noche.

—¡No, Gerald!

—¡Escúchame!

No me explicó detalles. No me pudo decir cuándo había empezado, pero dijo saber cómo había sido después de empezar. Lo había visto en su práctica médica, dijo. No era tan extraño como yo podía pensar. En Suffolk se daba mucho. Eran casos con unas constantes invariables. ¿Qué casos? Los de incesto paterno.

—¡Memeces!

—Escúchame, Gin. La chica adoraba a su padre. Él hablaría con ella en la oscuridad y le daría los argumentos que siempre dan esos hombres: no hay nada de malo en esto, es agradable, da placer. Y después de terminar: pero no se lo tienes que decir a nadie.

Yo negaba con la cabeza, rechazaba rotundamente lo que él me estaba diciendo. Él seguía. Puedes imaginarlo con la estructura de cualquier relación clandestina, Gin. Puedes imaginarlo a él convenciendo a la chica de que aquella cosa secreta que hacían era su juego especial y enseñándola a disfrutar de ello. ¿Cómo podía resistirse ella, qué defensas tenía una vez él ya la había corrompido? Era su padre. Tenía todo el derecho, o eso se decía a sí mismo.

Yo seguía negándome a creer una palabra. Me puse de pie y

escuché cada vez más horrorizada cómo hablaba Gerald, con el mismo tono clínico con que describiría el progreso de una enfermedad, que supongo que es lo que estaba imaginando que hacía. Siguió con voz monótona y tranquila, explicando que la conciencia de la chica la iría trastornando cada vez más, y que sí, ella le diría a su padre que lo que estaban haciendo era malo. Pero ¿cómo iba a ser malo?, diría él. A ella no tenía que importarle lo que dijera el resto de la gente porque el resto de la gente era estúpida y no entendía.

—¿Quién te ha contado todo esto? —grité.

La pequeña Anna levantó la vista alarmada y yo me desplomé al suelo y me arrodillé a su lado y le dije que no pasaba nada.

—No importa quién me lo haya dicho.

Supongo que podría haberme marchado simplemente, pero aquellas mentiras repugnantes me tenían paralizada. Volví a sentarme. Él la tenía totalmente en su poder, dijo Gerald. La vergüenza la ponía totalmente en sus manos. Y con el paso de los meses aquel sórdido drama se representaba tal vez todas las noches, tal vez solamente un par de veces al mes, no importaba, el efecto era el mismo. La chica debió de acabar muy deprimida. Sintiéndose completamente despreciable. Sintiéndose sucia, inmunda, todo el tiempo. Su madre estaba presente, al menos durante una parte del tiempo. Sabía lo que estaba pasando, en cierto nivel, así que bebía más todavía para mantener hundido bajo tierra el conocimiento de lo que Jack le estaba haciendo a la chica…

—¡Ya basta, Gerald!

—Es por eso que la chica se suicidó. Y eso por eso que me llevo a Anna. Para protegerla de él.

Los dos nos quedamos repentinamente agotados, horrorizados y avergonzados por lo que me acababa de decir. Nos resultaba difícil mirarnos el uno al otro, como si también nosotros hubiéramos sido contaminados por aquella suciedad. Miré las hojas muertas y putrefactas a través de la ventana.

—¿Quién te ha contado esto?

Él no me lo dijo, pero yo averigüé la respuesta de inmediato.

—¡Te lo ha contado Johnny Hague!

Él me miró fugazmente y yo supe que estaba en lo cierto. Oh, gracias a Dios. Me inundó una oleada de alivio. Oh, gracias a Dios. Intenté explicarle a Gerald que Johnny Hague no era de confianza, que todo aquel veneno procedía de una relación sentimental que había acabado mal, que Johnny odiaba a Jack y había diseminado rumores malintencionados sobre él, que no había ni un asomo de verdad en todo aquello… ¡Y Gerald no me escuchó! Ya no tenía tiempo, el coche le esperaba abajo y tenían que coger un avión. Yo le imploré que me escuchara. No, él no quería discutir más sobre aquella cuestión. Ya me había contado por qué se llevaba a Anna y ahora tenían que marcharse.

Así que me quedé sentada en aquella habitación alta de hotel desde la que se veía Central Park y me limité a mirar cómo se llevaba a Anna, sabiendo que Gerald estaba equivocado pero que yo no se lo podría decir nunca a Jack porque él también lo sabía y no había hecho nada.

El día que Jack le contó a Anna que no creía que su hermana se hubiera suicidado ella no volvió a la hora de cenar. Yo sospeché que se había quedado en casa de Eduardo. Jack y yo nos quedamos sentados aquella noche en el salón, los dos desinflados y deprimidos. De pronto Jack despertó, se puso de pie y me dijo que fuera arriba con él, que me iba a enseñar el retrato. Era extraño, dijo mientras subíamos las escaleras, que hubiera empezado a atraerlo de noche, y no era la primera vez, a pesar de que él había llegado a la conclusión de que la pintura estaba resultando un fracaso. Sentía una rara ambivalencia hacia aquel cuadro. Si estaba tan mal, ¿por qué seguía volviendo a él? No lo giró contra la pared ni lo destruyó, sino que lo mantenía a la vista y atribuía su atracción a algún misterio del proceso artístico, y Dios sabe, me dijo, que no había alcanzado el final de esa clase de misterios, ningún artista lo alcanza nunca.

Llegamos a su estudio. Ya he dicho que Anna era hermosa. Pero al mismo tiempo estaba demacrada y carecía de vigor, y todo eso se

reflejaba en la pintura. Y se me ocurrió, mientras Jack llevaba el cuadro hasta la ventana y lo apoyaba en la repisa para que el cielo nocturno le sirviera de marco, que el poder de la pintura tenía su fuente en la misma contradicción que hacía hermosa a la chica. Quiero decir que su belleza era visible solamente porque se hallaba en conflicto, porque en su caso el estatismo glacial de una belleza clásica estaba trastornado por choques y fisuras subterráneos: Anna, en plena crisis, se volvía hermosa, cuando en otra situación habría sido simplemente desgarbada. ¿Era eso todo? Se lo pregunté a Jack mientras miraba la pintura, y él me contestó que desearía poder hacerle esa pregunta a Vera, que sin duda ella ya había pensado lo mismo sobre alguna otra persona y había llegado a conclusiones que él se podía pasar cinco años buscando a tientas.

Era un retrato a cuerpo entero inacabado de Anna, de pie con un telón de terciopelo negro de fondo. Me recordó a una Venus que yo había visto una vez en el Louvre, creo que de Cranach. Su cuerpo estaba un poco desequilibrado, con un brazo doblado y levantado, muy cerca de la cabeza, con la mano apoyada en la nuca. La otra mano detrás de la espalda, como si la tuviera encadenada o esposada a la pared. Jack apagó las luces y nos trasladamos al otro extremo de la sala. El resplandor tenue de la ciudad bañaba el estudio de penumbra, en medio de la cual la palidez de la piel pintada parecía absorber la poca iluminación que entraba del exterior y luego reflejarla hacia el anochecer del ambiente con un efecto parecido al de la luz de la luna, el resplandor frío y pálido que emanaba de la carne pintada de la chica. Desnuda, era como una flor blanca y alargada, una esbelta criatura andrógina salida de las páginas de la mitología romántica…

Y me vino a la cabeza una noche en Port Mungo. A Jack y a Peg les encantaba el tiempo tempestuoso, y aquella noche oímos que se levantaba un viento de tierra, y para cuando conseguimos llegar a la playa las palmeras ya se agitaban de un lado para otro, encajando la fuerza del vendaval no con los troncos sino con las hojas. Peg se quitó toda la ropa y corrió a la espuma, se tiró y se sumergió como un delfín. Era medianoche. El viento murió tan deprisa como se

había levantado, luego la luna salió de entre las nubes altas y avanzó hacia el oeste en dirección a las montañas. El oleaje se redujo a una marejadilla tranquila que rompía haciendo espuma sobre la arena mientras el cielo vespertino oscurecía y se llenaba de estrellas. Peg se puso de pie en los bajos y vadeó hacia la orilla, una criatura larguirucha y de caderas estrechas con la piel blanqueada por la luz de la luna, y ese fue el mismo cuerpo que yo vi aquella noche en el estudio de Jack.

14

Llevaba dos días lloviendo sin parar. El cielo estaba oscuro y se habían formado pequeños lagos en las calles que obligaban a los peatones a avanzar por la acera con cuidado para que el tráfico no los ensuciara. Mi taxi iba chapoteando por la calle Houston como un vehículo anfibio. Hice girar al taxista a la izquierda por la calle Lafayette y dejarme en la puerta. Qué agradable resultaba abandonar aquel clima espantoso y entrar en la calidez rodeada de paneles de madera de una coctelería familiar. Eduardo ya estaba allí. Un cálido abrazo y un beso lleno de cariño: me caía bien aquel hombre. En el pasado lo había amado. Ahora tenía dinero pero seguía viviendo al mismo estilo de siempre, su *loft* era parte almacén de maderas y parte taller de reparación de automóviles, y su única concesión a la comodidad era una cocina Franklin. Hacía tiempo que se había marchado de la calle Mercer y ahora ocupaba la planta baja de un edificio bastante mal situado junto a un garaje en una calle olvidada al sur de la calle Canal, cerca del túnel Holland y a tiro de piedra de la autopista del West Side.

—Bueno pues —dije mientras me quitaba con dificultad el impermeable.

—Bueno pues.

Mi viejo amigo iba sin afeitar, con un abrigo de cuero arrugado y una gorra de béisbol, y venía de su *loft*, donde su trabajo, dijo, iba todo lo bien que se podía esperar teniendo en cuenta que tenía una exposición importante el mes siguiente.

—¿Cómo te sientes?

Él estiró los brazos y la camisa se le tensó por encima del pecho huesudo y del vientre duro.

—Mejor que nunca.

Yo quería hablar con él sobre Anna, por supuesto. Después de la última sesión con Jack se había marchado de casa y no había vuelto. De eso hacía tres días. Nosotros dábamos por sentado que estaba con él, y él confirmó que sí, que así era. Aquel arreglo estaba muy lejos de ser ideal desde nuestro punto de vista, pero no se podía hacer nada. Intenté no mostrar mi preocupación, pero él debió de darse cuenta de cómo me sentía. Creo que simplemente no le importaba. Empezó a hurgar en aquel aspecto de la presencia en Nueva York de la chica, en el hecho de que sus investigaciones sobre su propia historia la hubieran traído a Estados Unidos. Ese tráfico, comentó, suele ir en sentido opuesto. Yo no estaba segura de adonde quería ir a parar, a veces la mente de Eduardo resultaba algo laberíntica, pero el tema de la presencia de Anna en Estados Unidos tenía la suficiente sustancia como para mantenerlo ocupado y rumiando durante lo que duraba un *dry martini*. Se me ocurrió que estaba evitando la conversación que él sabía que debíamos tener, así que le interrumpí y le pregunté si ella hablaba alguna vez de Peg. Y sacar a colación a la hermana de la chica de aquella forma comportaba sobresaltar a un hombre que podía pasarse una hora entera pensando en el contenido del bolsillo de un abrigo que no se había puesto desde el verano pasado.

—Estaba bastante disgustada cuando se fue de nuestra casa. Estás cuidando de ella, ¿verdad?

—Pues claro.

—Acabamos de descubrir que Gerald le contó que Peg se suicidó.

Él frunció el ceño. Sacó la aceituna de su copa y se la metió en la boca. Luego, sin quitarme la vista de encima, la masticó lentamente. Yo sentí que mis palabras desaparecían sin dejar rastro en los voluminosos pliegues de su mente.

—¿Tú lo sabías?

Él asintió.

—¿Y cómo se siente ella?

—Ella no habla de sus sentimientos.

—¿Ni siquiera contigo?

Negó con la cabeza. Había algo que no me estaba contando y yo quería saber qué era. Me incliné sobre la mesa.

—Eduardo —dije en voz baja—. Es una buena chica.

Él levantó su enorme cabeza de toro y se secó los labios, asintiendo muy ligeramente. Yo me recliné en mi asiento. A Eduardo le atraían las mujeres vulgares, eso lo había sabido yo siempre. Anna tenía cierto aire de vida disipada, pero era completamente formal, no tenía nada de vulgar, o por lo menos yo no le había visto nada en aquella época. Él debió de descubrirlo demasiado tarde. Había cometido un error y por eso había aceptado salir a tomar una copa conmigo.

—Pues ¿qué ha pasado? Algo ha pasado.

Un movimiento rápido y furtivo de aquellos ojos cansados y ojerosos. Yo tenía razón. Supongo que tendría que haberme puesto furiosa con él, pero ¿de qué habría servido? Yo no me hacía ilusiones sobre Eduardo Byrne. Nunca había aprobado su lío con Anna, ni Jack tampoco, pero no nos habían preguntado qué pensábamos.

—Tengo un problema.

—Me lo imaginaba.

—Es un chico.

Eso era exactamente lo que yo me había temido. Eduardo era un viejo verde.

—Continúa.

—Es posible que aparezca por el *loft*.

—¿Y qué pasa si Anna está allí?

—Será un problema.

Por un momento puso tanta cara de perro apaleado que no pude contenerla risa. Los hombres son patéticos. Tan caninos en la derrota. O bien gimotean o bien ladran. Pero Eduardo no, o no durante mucho rato. Levantó la cabeza y emitió un breve destello de… ¿qué era aquello, triunfalismo libidinoso?

—Eduardo, vamos. ¿Qué quieres, hacerle daño a la chica? Ya

sabes por lo que está pasando.

—¡Pero a él no lo puedo controlar! ¡Nunca sé qué va a hacer a continuación!

Apareció una sonrisa en su cara al acordarse de aquel chico suyo incontrolable y me di cuenta de que mi viejo amigo no había cambiado. Tendría que haberlo sabido, y haber sido más enérgica a la hora de mantener a Anna lejos de sus garras, puesto que estaba claro que ella era únicamente una de los muchos amantes que estaba teniendo Eduardo. Y aquello no nos convenía. En aquel punto delicado del progreso de la relación entre Anna y su padre, justo después de haberse puesto sobre la mesa la cuestión crucial de la muerte de Peg, aquella clase de complicación sexual era lo último que necesitábamos. Yo estaba muy enfadada con él, por supuesto, pero no se lo dejé ver, ya que primero quería entender la situación. Así que pedí más copas y me puse a sonsacarle tal como se saca una astilla de una herida infectada.

Hacía un mes que Eduardo había conocido a un chico que trabajaba en un restaurante cerca de su edificio. El chico se presentaba en su *loft* a cualquier hora del día o de la noche, y si Eduardo no le abría la puerta se ponía a tirarle piedras a la ventana, a gritar detalles de su vida sexual y a pedir que le dejara entrar para conseguir más de lo mismo. Todo lo cual no era asunto mío, salvo por el hecho de que Anna podía estar allí, y teniendo presente lo que estaba pasando yo no quería que nadie le hiciera daño. Le dije que la chica era vulnerable. Que estaba intentando asimilar un suceso traumático de su infancia que había tenido consecuencias terribles. Eduardo dijo que le parecía que yo la estaba sobre protegiendo, pero que de todos modos estaba preocupado por ella. No porque fuera una chica frágil sino todo lo contrario. Había reconocido una cualidad férrea en Anna, dijo. Era igual que su padre, tenía dentro las semillas del fanatismo. Era algo propio de los Rathbone y la convertía en un peligro.

—¡Un peligro!

Él asintió. Yo me quedé perpleja. Yo había acudido a Eduardo para pedirle que no le causara ningún daño emocional a la chica, y

ahí estaba él, diciéndome que la peligrosa era ella.

Anna estaba leyendo en el salón cuando regresé a la calle Once, y me alegró ver que estaba en nuestra casa, y no en las inmediaciones del *loft* de Eduardo. De pronto vi que sus movimientos habían adquirido una importancia desmesurada para mí, y cuando le di la noticia a Jack aquella noche la absorbió con expresión fatigada. Su desprecio fue fulminante. Nunca había tenido una opinión muy elevada de Eduardo y ahora lo condenó de plañó, no por lo que estaba haciendo sino por el daño que podía hacerle a Anna. Dijo que nadie tenía derecho a un placer que si se descubría podía hacer daño a otra persona. Yo dije que prácticamente todos los adúlteros de Estados Unidos encajaban en aquella descripción. Que los matrimonios y las familias se destruían normalmente de aquella forma.

—Precisamente —dijo él.

Pero una cosa era formular aquellos juicios y otra ver a tu hija arrastrada a una situación de engaño y traición que tenía el potencial para destruirla, y ser incapaz de hacer nada al respecto. Los dos habíamos intuido por lo menos aquello acerca de Anna, el hecho de que todavía no era una jugadora curtida y cínica, y aunque Eduardo pudiera haber detectado fortaleza en ella, la chica todavía no jugaba en su misma liga, y todo lo que había dicho acerca de su hombre en la cárcel bastaba para indicar que seguía teniendo un corazón de niña, simple y lleno de confianza. Puede que hubiera ahogado sus cachorrillos, tal como le había dicho a Jack hacía unos días, pero ninguno de nosotros creía que fuera adulta todavía, no en cuestiones de amor sexual, y todavía menos en relación con las complicadas maniobras con que Eduardo Byrne se había estado divirtiendo en Nueva York.

Le dije a Jack que Eduardo sabía lo que estaba en juego y que había que dejarle que lo manejara él. Jack aceptó esto pero solamente después de que tuviéramos una conversación bastante acalorada. Creo que si no hubiera estado tan distraído por lo que estaba haciendo en el estudio podría haber asumido el control de la situación y haber hecho algo al respecto.

La oímos llegar el martes cuando anochecía. La casa había sido como una tumba. Solamente habíamos sido plenamente conscientes de la medida en que Anna la animaba mientras se encontraba ausente. La habíamos echado de menos, y sé que Jack se culpaba a sí mismo de su ausencia. No lo dijo con aquellas palabras, pero estaba claro que sospechaba que lo que la había hecho irse era su falta de tacto o de sensibilidad. Es uno de los aspectos más siniestros de hacerse viejo, la intensidad con que uno experimenta la pérdida. Ya no se tiene la confianza en que lo que se pierde será reemplazado, ni tampoco hay mucha fe en la propia capacidad para atraer a un sustituto. La pérdida empieza a parecer absoluta y crea una consternación que apesta a muerte.

La escuchamos entrar por la puerta principal y cruzar el vestíbulo. ¿Habría venido simplemente a recoger sus cosas? ¿Había visto acaso lo que buscaba ver en Jack, convencida todo aquel tiempo, gracias a Gerald, de que él había abusado sexualmente de su hermana hasta el punto de que ella se había suicidado? Pero ¿por qué, si creía a su padre capaz de algo semejante, se iba a poner ella en una situación tan vulnerable como la de posar desnuda delante de él día tras día?

Luego se abrió la puerta y supe que ella había venido para quedarse. Y Jack también. Y él experimentó una emoción, me dijo después, de la que ya hacía mucho tiempo que se creía incapaz, y la sintió tan poderosamente que se puso de pie, cruzó la sala y la abrazó.

Ella lo abrazó con fuerza, rígida, y cuando se separaron había lágrimas en la cara de Jack. Luego ella se me acercó y yo también recibí un abrazo. Recordé un cuadro del retorno del hijo pródigo, aunque por supuesto Anna no tenía nada de pródiga. Pero con tanta eficacia me quedé convencida de que mis miedos carecían de fundamento que intenté pensar en celebrarlo. Lo mejor que se me ocurrió fue champán.

—Espléndida idea —dijo Jack, y se fue a la cocina. Anna y yo nos sentamos la una delante de la otra y yo sonreí como una vieja gallina atontada.

—¿Has estado en casa de Eduardo?

—Sí.

—Tienes que saber, querida Anna, que lo último que quiere Jack es causarte dolor. ¿Me crees?

—Creo que ahora mismo estoy un poco confusa. Gerald me dijo algo sobre Peg y ahora Jack me dice que no es cierto.

—Claro que estás confusa. ¿Qué piensa Eduardo?

Aquello la sorprendió. Levantó la cabeza. Oímos un ligero «¡pop!» procedente del otro lado del pasillo que iba a la cocina.

—Está de vuestro lado —dijo ella.

Yo pensé: Ya le conviene estarlo, joder.

—¿Qué quiere decir eso?

—Dice que mi padre está intentando decirme la verdad pero que tiene miedo de lo que yo pensaré si da una mala impresión de Gerald.

Una sonrisa tímida, un asomo de aquellos dientes amarillos que parecían lápidas. Como una calavera, pensé más tarde. Cuando tuve que protegerla de la ley. Aquí en la calle Once Este, en la casa de las viudas. Vera y Dora y Anna y yo, la chica diciendo mentiras y yo la única que veía el asunto con claridad.

—Tu padre quiere decirte la verdad.

Anna estaba a punto de hacerme una pregunta pero en aquel preciso momento Jack apareció con una botella helada y tres copas de champán y nuestra atención se desvió hacia él. Parecía que había tomado una decisión y que quería ponerla en práctica sin perder tiempo. Se sentó, miró a Anna y dijo que quería contarle cómo había muerto Peg.

Anna se quedó mirando a su padre.

—Pues venga —dijo ella.

Y entonces Jack explicó, tal como me lo había explicado a mí, el último viaje de Vera y Peg en la barca. La mala visibilidad, la colisión con la barrera de coral, el tiempo empeorando, los manglares…

Anna permaneció sentada mirando el suelo con los codos apoyados en las rodillas. Cuando mi hermano terminó, ella tragó

saliva. No había tardado más que un minuto o dos. Hubo un largo silencio.

—¿Quién pilotaba la barca?

—Tu madre.

—¿Estaba borracha?

—Sí.

Volvió a tragar saliva. No era de extrañar, parecía que aquellas dosis fuertes de verdad sin adulterar le estaban bajando por la garganta como chupitos de algún licor recio.

—Pues ¿por qué dijo Gerald que se había suicidado?

—Se lo dijo alguien de Port Mungor Alguien que no era de fiar.

Silencio. Anna frunció el ceño. Ya bastaba, ya no tenía más preguntas. Por fin levantó la cabeza, nos dedicó una sonrisa y dijo que era mucho mejor saber las cosas, por horrorosas que fueran, que no saberlas y tener que imaginarlas. Lo que uno se imagina siempre es mucho peor, dijo, y los dos nos apresuramos a mostrarnos de acuerdo con aquel sentimiento. Jack sirvió el champán y nos lo bebimos rápidamente y con espíritu de celebración. Yo tuve entonces la ocasión de examinar a nuestra hija pródiga, y nuevamente me asombró aquella cualidad que había detectado en ella antes, me refiero a la capacidad para absorberla experiencia en estado crudo. Aquella jovencita acababa de recibir una información catastrófica pero en la superficie permanecía tan tranquila como siempre. Era difícil no pensar en el tópico de las aguas en calma. Supongo que a eso se refería Eduardo con lo de su naturaleza férrea, que según él constituía un peligroso rasgo de los Rathbone.

15

La primavera estaba en el aire. Jack dijo que podía ver en la luz que caía sobre el edificio de delante del estudio que el arco del sol estaba más alto en el cielo. Sabía que al menos una tormenta más azotaría la ciudad, pero aun así se alegraba de ver una señal de que el invierno ya estaba tocando a su fin.

La mañana después del regreso de Anna se despertó temprano y enseguida supo qué hacer. Tal vez fuera resultado de un sueño. Soñaba con su trabajo y a menudo los sueños eran seguidos de momentos de ímpetu renovado, no importaba que se hubiera pasado semanas sin hacer nada. Se levantó y fue directamente a su estudio. Empujó el carrito hasta la pared y se puso a hurgar en el montón de latas y tubos hasta encontrar lo que quería. Empezó a trabajar y se pasó cuatro o cinco horas, luego el hambre le hizo bajar a la cocina. Anna estaba sentada a la mesa. Puede que ella intentara entablar conversación, no lo sé, pero a Jack solamente le interesaba comer algo y volver a su trabajo: estaba teniendo un buen día y las articulaciones no le estaban molestando. Frió dos huevos y se los llevó arriba con una tostada y una taza de té. Trabajó toda la tarde, luego se dio un baño y echó una siesta breve. Cuando volvió a bajar ya había oscurecido y se encontró con que yo estaba en casa pero Anna estaba fuera.

Hablamos un rato pero fue una conversación desganada. Yo vi que él se estaba sumiendo en aquel estado mental en el que se retraía el mundo, me refiero al mundo real, al resto dela gente, y la pintura en que estaba trabajando se expandía hasta permear toda su

existencia. Yo estaba familiarizada con aquel comportamiento. Reconocí el inicio de un período de inmersión, y el final del nerviosismo que lo angustiaba durante todo el tiempo que no pasaba trabajando. La paz mental solamente le resultaba posible cuando estaba pintando, todo lo demás era depresión y ansiedad, no en un sentido melodramático, simplemente aquellos sentimientos eran el ruido de fondo de su mente mientras él asistía a la vida fuera de su estudio, lo cual le resultaba una especie de exilio. Tenía la buena suerte de estar pintando otra vez, porque, Dios bendito, me dijo, aquellas cosas ya no le salían con ninguna facilidad, los años devoraban la confianza risueña con que uno se ponía a trabajar, los años mostraban la fragilidad de la competencia de uno y el siniestro muro gris del fracaso con el que uno forcejeaba, un muro que se iba haciendo cada vez más alto: todo esto constituía el obstáculo psíquico con que un artista de cierta edad entraba en una sala y se preparaba para ponerse a trabajar.

Así que experimentar un aumento de confianza en su propia capacidad para trabajar sin miedo era la buena fortuna con que se había levantado aquella mañana, la siguiente después del regreso a casa de Anna.

Ahora tenía diez días. Todos los días de todos los años que había ido a trabajar, y ahora diez más. Se acercaba una tormenta. Diez días faltaban para que estallara la tormenta y se quedara paralizado, y aunque no hubiera agotado ni mucho menos la racha productiva se vería arrastrado físicamente del estudio por las circunstancias y la responsabilidad y el resto de la maquinaria lúgubre que durante toda su vida creativa había intentado expulsar a la periferia de las cosas pero que regresaba incansablemente, provocando la familiar rabia sorda e inútil. Los días estaban numerados, me dijo, mirándome como si yo le estuviera intentado robar los días. Son finitos. Él podía calcular si yo quería el número de cuadros que podía esperar razonablemente terminar, suponiendo que la competencia pudiera mantenerse hasta… ¿qué edad? ¿Los setenta y cinco, los ochenta? ¿Sería capaz de crear buenas pinturas a los ochenta años?

¿Llegaría a los ochenta años?

Durante la ausencia de Anna había estado demasiado distraído para pintar. De hecho, desde que se había enfrascado en el retrato de Anna había ido prestando cada vez menos atención al *Sueño*, y estaba perdiendo contacto con el mismo. Tampoco ahora tenía ni idea de cuándo volvería a tener el espacio mental que necesitaba para seguir trabajando en él, no había posibilidades de sumergirse en aquella obra mientras Anna retuviera su atención. Y cuando le separaban de su trabajo durante más de unos pocos días, empezaba a formularse otra pregunta, a saber: ¿qué sentido tiene? Esto me lo mencionó una vez y yo recuerdo haber dicho: ¿Qué sentido tiene el qué? Y él se dio cuenta entonces, me dijo, de por qué Vera había tenido razón al aconsejarme que dejara la pintura. Porque si yo no podía entender la pregunta, me dijo con malos modos, no tenía sentido que pretendiera ser artista. ¿Qué sentido tiene, intentó explicarme, la vida —la existencia misma, día a día— si uno no estaba creando una obra? Él se dio cuenta de que la idea me preocupaba. La idea de que la vida, o uno mismo, solamente tenía sentido como función de la obra creativa que uno emprendía. Él vio que yo no podía vivir así, y que era un fracaso mío, me dijo, pues yo carecía de aquella… ¿cómo llamarla?… ¿disposición?, ¿genialidad?, ¿maldición?, que movía a los elegidos y a la que ellos se aferraban con más fuerza que a ninguna otra cosa. Las casas, el dinero, los matrimonios, los hijos, todo lo abandonaban, me dijo, con tal de que se les permitiera seguir creando su arte. Me dijo que aquel era el sentido del mito de Narciso, y que aquello había inspirado las muchas variaciones del mito que él había pintado a lo largo de los años, incluyendo, por supuesto, el original *Narciso en la selva*, que todavía hoy cuelga del salón de la planta baja.

Pero contaba con sus diez días, y pintar tenía aquel efecto en él, le hacía fuerte, lo bastante fuerte, ciertamente, como para afrontar los recuerdos que en otras ocasiones le provocaban, al parecer, aquella aprensión. Mientras trabajaba se aparecía en su mente Peg, una compañera resplandeciente y limpia de limo del manglar, y Jack le hablaba en murmullos mientras se iba moviendo delante del

lienzo, dando pinceladas acompañadas de gruñidos, luego apartándose, mirando, girándose hacia el carrito y hurgando entre los tubos apilados, y pensaba: La querida Peg se perdió en ella igual que Vera, y no es un don, no, hay que ganársela, la libertad necesaria para convertirse en esclavo de la pintura. Para mirar sin inmutarse tu propio yo como si fuera un espejo y no prestar atención a nada más.

Durante diez días trabajó bien y felizmente y Anna no ocupó el centro de sus pensamientos. Cuando la veía por la noche él no estaba realmente presente. Él sabía que yo ya le habría explicado a la chica lo que pasaba cuando le absorbía el trabajo, y que yo habría establecido con ella el mismo vínculo de complicidad divertida que había establecido con Dora durante los anteriores períodos prolongados en que él se había ausentado en todos los sentidos salvo el físico de la vida de la casa. Nosotras lo tratábamos como si fuera una especie de fantasma familiar, una entidad más espectral que corporal, una cosa que era divisada deambulando por la casa a ciertas horas del día o de la noche y con la que incluso se podía hablar, pero que carecía de contacto viviente con nosotros. A Anna le sorprendía el cambio experimentado por su padre pero, tal como digo, yo pude explicarle todo aquello.

Tal vez más espectral que corporal no fuera del todo correcto. Tal vez fuera al revés, más corporal que espectral. Comía, bebía, dormía. Su ausencia afectaba más bien al espíritu, porque su espíritu estaba arriba, en el estudio, frente al lienzo. Nosotras cohabitábamos con un muerto viviente: el zombi que creaba arte en el desván.

Luego estalló la tormenta y fue una catástrofe. Anna había encontrado empleo en un restaurante y estaba trabajando todos los turnos que podía para reunir algo de dinero, aunque no nos dijo para qué lo estaba reuniendo, supongo que para su más bien nebulosa carrera artística. Di por sentado que iba al *loft* de Eduardo cuando salía del trabajo, y temí que se enterara de lo de aquel amante suyo, aunque cuando ella estaba en la casa con nosotros me veía obligada a disimular mi aprensión. Jack se pasaba todo el día en el estudio y a

mí me daba la impresión de que su trabajo seguía yendo bien a pesar de lo que yo le había dicho sobre el lío que había armado Eduardo.

Una noche estábamos bebiendo nuestros cócteles cuando alguien llegó a nuestra puerta. No esperábamos visita y no estábamos de humor para tener compañía. Podíamos aguantarnos el uno al otro pero nada más. Oímos que Dora cruzaba el vestíbulo arrastrando los pies y luego una voz familiar. Eduardo. Me puse de pie.

—¿Qué ha pasado? —exclamé.

Él se dejó caer en un sillón y se dio un golpecito en la cabeza con la base de la mano.

—Se ha enterado.

—Dios bendito.

Eso lo dijo Jack, que fue al otro extremo de la sala y se apoyó en la pared dándonos la espalda.

—¿Cómo? —dije.

—Ella ha venido esta mañana…

—¿Anna?

—Sí, y el chico estaba allí…

—Oh, no.

—¡Yo no sabía que ella iba a venir! ¡No me lo había dicho!

Gemidos guturales y palabrotas y porrazos en la pared procedentes del otro extremo de la sala.

—Sigue.

—Yo estaba en el estudio, así que él fue a abrir la puerta…

—¿Y era obvio?

—Oh, sí. Él llevaba mi albornoz.

Llegado aquel punto, Jack pareció perder el control por completo y cruzó la sala dando zancadas y hecho una furia, y no sé qué habría hecho a continuación porque todos nos dimos cuenta de que había otra persona en la puerta, con una llave.

Anna.

Más tarde recordaría con perfecta claridad haberla visto en el umbral del salón, a nuestra Anna, aparentemente tranquila, mirando

fijamente a Eduardo, que, tras girarse hacia la puerta, ahora se levantó pesadamente y se quedó de pie mirando a la chica. Ella echó a caminar deprisa hacia él, con la cara blanca, los labios fuertemente apretados y los brazos extendidos hacia él, y yo recuerdo haber pensado que todo se iba a arreglar al fin y al cabo. Entonces Eduardo le ofreció la mano, la mano derecha, y un segundo después hubo un chillido de dolor —¡joder!— y él se apartó violentamente, con la mano arrugada como una hoja y llena de sangre, se miró la mano con la boca muy abierta y los ojos muy abiertos, la sangre manando entre los dedos encogidos como si estuviera intentando sostener un puñado de sangre en la palma de la mano y no pudiera, porque se le escurría por entre los dedos y se derramaba en el suelo de madera barnizada.

—¡Joder! —gritó de nuevo, y cogió un pañuelo y se lo apretó contra la palma de la mano, y por fin levantó la vista, asombrado e incrédulo y lleno de dolor, y se quedó mirando a Anna, que había ido hasta la ventana y allí se había quedado liando la espalda al cristal, devolviéndole la mirada, con la boca ligeramente abierta y los ojos brillantes, apoyada en la repisa y agarrándola con fuerza, con su fino pecho subiendo y bajando.

Más tarde todavía, cuando a Eduardo ya se lo habían llevado en taxi a Saint Vincent's y Dora había fregado el suelo del salón, los tres nos quedamos sentados en la cocina y hablamos. Ella nos lo contó todo, nos dijo que por la mañana había decidido comprarle unas flores a Eduardo y llevárselas a su *loft* para darle una sorpresa, con lo duro que estaba trabajando él para su exposición. Había bajado por Broadway, contenta, nos dijo. Había girado al oeste por la calle Canal, al sur por la calle Washington y al oeste otra vez en la manzana de Eduardo. Había llamado al timbre de la puerta del edificio y luego con los nudillos a su puerta.

—Abrió la puerta un chico negro, yo lo conocía del restaurante. Estaba exprimiendo naranjas. Estaba allí con media naranja exprimida en la mano, goteando en el suelo, y me sonrió con una expresión asquerosa y me preguntó si yo era Anna, porque Eduardo se lo había contado todo sobre mí. Entonces me hizo despertar a la

realidad el albornoz que llevaba. Era el mismo que me daba a mí para que me lo pusiera cuando me quedaba a pasar la noche.

—¿Y qué pasó después?

—Que tuve que salir de allí. ¡Todavía tenía sus putas flores! Las tiré a la calle. Luego me fui a un bar en North Moore y me bebí un *whisky*. Pensé que me tranquilizaría. Luego me bebí otro. Luego empecé a ponerme furiosa, así que paseé un rato y después me metí a ver una película. Y eso es todo, la verdad.

Nos miró sin un asomo de remordimientos, ni de horror, ni de nada de todo lo que yo consideraba una reacción adecuada a lo sucedido.

—Entonces, ¿cuándo se te ocurrió hacerle un corte en la mano?

—Durante la película.

—¿Y la cuchilla de afeitar?

—Se me ocurrió.

—¿Cómo sabías que estaría aquí?

—Estaba vigilando su edificio, le vi salir y lo seguí.

Metió la mano con cuidado en su chaqueta de cuero y sacó una cuchilla envuelta en cinta aislante de forma que solamente sobresalía la punta. Todavía estaba manchada de sangre. La dejó sobre la mesa de la cocina y se limpió los dedos con una servilleta de papel. Nos quedamos mirando aquel objeto horripilante.

—Puede que le hayas cortado algún tendón —le dije.

—Bien.

No hubo lágrimas. Su rabia seguía fresca. Había en ella cierta pureza fría, parecía tratarse de pasión impersonal más que de emoción sentida, si es que la distinción tiene algún sentido. Ella era una agente de la retribución en abstracto y su cuchilla en la palma de la mano era el instrumento. Más tarde, Jack dijo que aquella le parecía la mayor muestra de cordura que había visto en mucho tiempo. Yo no estaba nada convencida de aquello. Me intranquilizaba mucho lo que había hecho Anna, y en especial su actitud hacia ello, aquella postura gélida de rectitud.

—¿Qué propones que hagamos ahora? —dije.

—No quiero volver a verle nunca.

—Vale.

—No quiero volver a pensar en él.

—Eso no será nada fácil.

Ella levantó la cabeza, con una mirada afilada y brillante. Parecía mayor de lo que era, de hecho parecía no tener edad, fue su centro lo que vi allí, el lecho de roca de su yo, y me dio escalofríos.

—¿Por qué no? Seguir con mi vida. Ha sido un mal episodio y ya se ha terminado. Puedo vivir sin hombres.

Temeraria y desafiante, en cierto modo yo la admiraba por ello. Pero no era del todo realista.

—Creo que deberías hablar con alguien sobre ello. Con nosotros, si quieres.

—¿O sea que puedo hablar contigo si quiero?

—Claro.

—Muy bien.

Otro silencio. Aquello parecía ser todo, por lo que respectaba a Anna. Yo abrí una botella de vino. Anna me preguntó si Eduardo siempre había sido tan hijo de puta y yo tuve que decirle que sí, que siempre, y que me gustaría haberla prevenido pero que honestamente no había imaginado que fuera a hacerle aquella jugarreta a ella. Le dije que lo sentía y ella me dijo que no pasaba nada, y justo estábamos empezando a tranquilizarnos cuando llamaron a la puerta. Dora asomó la cabeza a la cocina y me dio a entender que tenía que decirme algo, así que me levanté y salí al pasillo.

—Tiene una visita —me dijo.

¿A aquella hora? De inmediato pensé en la policía. Dora se estaba comportando de forma un poco extraña. Me estaba mirando con su cara de los malos presagios.

—¿Quién es?

—Es la madre de Anna.

16

Llegó a toda prisa por el pasillo, gritándome, tan desarrapada como siempre, con un abrigo holgado y sin forma, con el pelo volando en todas direcciones y los tacones altos claqueteando sobre las tablas del suelo. Anna supo quién era antes de que Jack se pusiera de pie con un grito de alegría. Por supuesto, a mí me había cogido todo por sorpresa, no solamente su presencia en la casa precisamente aquella noche, sino también la intensidad abrasadora con que se quedó jadeando en la puerta de la cocina y miró a Anna. Fue un encuentro notable. A las dos les gustó el aspecto de la otra, aquello quedó claro de inmediato. Vera abrió los brazos y sonrió con ternura mientras se disponía a envolver a la chica en un torpe abrazo de oso, y Anna, sonriendo con timidez, y con los ojos iluminados, la rodeó con sus largos brazos y extendió los dedos por detrás de su espalda y la abrazó con fuerza.

—Mírate, eres la viva imagen de mi Peg —murmuró Vera, cogiendo a la chica con los brazos extendidos, agarrándola de los hombros, para examinarla.

Yo nunca había visto a Anna así antes, ruborizada por el placer y por la confusión. Y qué raro resulta, pensé, quedar tan abrumada por otro ser humano que uno pierde el poder del habla y se ruboriza como una criatura. Nos sentamos y Vera nos prestó brevemente atención a Jack y a mí.

—Buen Dios, Veer —dijo Jack—. Qué propio de ti no dar señales de vida durante años y luego presentarte un sábado por la noche.

—Estás en casa, ¿verdad?

Anna estaba escondiendo la cara, enfrascada en su tabaco y su papel de liar, Jack le servía algo de beber a Vera y ella volvió a mirar a Anna, a comérsela con la vista, todavía sonriendo, los dioses retozones del humor bien a la vista. Vera me contó una vez su filosofía de la vida, eso fue en los viejos tiempos. En caso de duda, me dijo, lo único que vale la pena es pedir más. ¿Más? Sí, más. Lo que sea que haya en oferta. Ella lo llamaba la Filosofía del Más.

—Dame un poco de eso —dijo cuando Anna terminó de liar su cigarrillo, y su hija le *pasó el tabaco por* encima de la mesa. Jack le dio un vaso de agua con gas con hielo y una rodaja de lima. Vera me miró mientras se la bebía y nuestras miradas se encontraron. Oh, era difícil que no te cayera bien aquella mujer, a pesar de todo el daño que había hecho, a Jack, a Peg. Pero de todo aquello hacía mucho tiempo, todo era agua pasada. Digo esto, aunque lo cierto era que entonces me podía permitir que me cayera bien. Yo tenía a Jack y ella no. Vera volvió a posar la mirada en Anna mientras esta haba un cigarrillo y lamía el papel. La cuchilla envuelta en cinta aislante seguía sobre la mesa. Ella la recogió y le dio la vuelta con los dedos.

—He oído que has rajado a Eduardo Byrne —dijo ella.

¿Cómo demonios se había enterado? Dora se lo tenía que haber dicho en el vestíbulo.

—Me gustaría haber matado a ese hijo de puta.

Vera se mordió el labio. Se lo estaba pasando bien, ya le encantaba el ímpetu de la chica, carecía por completo de preocupación solemne por su trauma. Era extraño pensar que yo estaba observando lo que un día había sido una familia nuclear.

—Me alegro de no estar en su pellejo —dijo—. No me gustaría que me rajara alguien como tú. ¿No crees, Gin?

—Mejor no pensar en ello —dije.

—Mejor no.

—Pobre Gerald —le dijo entonces a Anna, repentinamente seria—. ¿Cómo sucedió?

—Fue rápido.

—Algo es algo.

Su frivolidad había desaparecido. Estaba sentada fumando, cavilando sobre la muerte de mi hermano. Yo recordé que el estado de ánimo de Vera podía dominar una habitación, como si fuera un termostato que controlara la temperatura emocional. Examinó su cigarrillo y lo aplastó. Creo que ya no fumaba, igual que al parecer ya no bebía. Por lo menos aquella noche.

Anna se la quedó mirando. Estaba muy quieta. ¿Qué estaría pensando aquella chica? Allí estaba su madre, a quien no había visto en Dios sabía cuántos años. Unos pocos días antes había descubierto la responsabilidad de aquella mujer en la muerte de su hermana. Aquella misma noche le había rajado la mano a un escultor con una cuchilla de afeitar. Un *shock* después de otro, y sin embargo parecía capaz de absorberlos sin apenas inmutarse. La profundidad de aquella chica debía de ser enorme o bien inexistente. Creo que aquello se le ocurrió también a Vera.

—Eres una camorrista, ¿verdad que sí?

Anna sonrió abiertamente.

—Es una skinhead, ¿verdad? Es una punk.

—Claro que sí —dijo Anna, moviéndose en la silla con placer.

—¿Dónde te alojas, Veer? ¿Quieres dormir aquí? —dijo Jack.

En lugar de mirar a Jack, Vera le echó un vistazo a Anna.

—Tengo la bolsa en el hotel. Ahora hay hoteles en la ciudad, ¿lo sabíais? Mejor será que me vaya.

—No te vayas —dijo Anna.

—Muy bien, pues no me voy.

Así que se quedó, y seguimos charlando los cuatro, comimos algo y nos pusimos al día sobre nuestras vidas. Vera tenía el hábito de tomar el control de la conversación para ahorrar a sus contertulios la posibilidad de aburrirse, y siempre con esa personalidad enérgica que hacía que uno le cediera su sitio encantado. Supongo que lo que suscitaba era fascinación en estado puro, uno quería ver cómo funcionaba su personalidad, puesto que era complicada, era impredecible, y era divertida incluso en sus repentinas melancolías y silencios. En Vera Savage había algo que solamente puedo llamar toda una naturaleza en juego, y esas naturalezas son escasas, en muy

pocas ocasiones tenemos la suerte de poder mirarlas de cerca. Inspiraba reacciones fuertes, e inspiraba amor. Ciertamente lo inspiró en Anna aquella noche, y aunque yo vi su esfuerzo —al cabo de unos minutos me di cuenta de que no era fuerte, de que se estaba esforzando por actuar con su ímpetu habitual—, creo que Anna no lo vio. Y se me ocurrió que si los traumas de aquella tarde conllevaban alguna clase de efecto, me refiero a una reacción visceral, esa reacción sería absorbida al menos en parte por el mar de impresiones y sentimientos suscitados en Anna por su madre.

Más tarde permanecí despierta dándole vueltas a aquella idea en mi mente. Llegado cierto punto, supe que no iba a dormir. Me había puesto nerviosa. Estaba recordando lo poco constructiva que había sido en Peg la influencia de Vera. Me imaginé a Anna adoptando el cinismo de su madre, riéndose de todo, negándose a afrontar su propensión más bien preocupante a la violencia. La vida de Vera no era un modelo a imitar. Que Anna me mirara a mí, o mejor todavía a Jack, si necesitaba una guía, pensé, y que viera a su madre como lo que era. ¿Era lo bastante lista como para pensar aquello por sí misma? ¿O acaso la seducía el espíritu bucanero, al igual que había seducido a su hermana? Ella estaba durmiendo en algún lugar muy cerca de mí, o tal vez no dormía, tal vez yacía igual que yo con los ojos abiertos, asimilando unas experiencias demasiado cargadas de significado como para ser asumidas más que en las profundidades silenciosas de la noche. Jack dormía, y también Vera. Costaba imaginar a alguno de los dos preocupados por nada de aquello después de la medianoche. Pero mi mente y la de Anna, con las complicaciones acumulándose como limo levantado por la crecida de un río, funcionaban por separado durante las horas de la oscuridad para imponer un sentido y un orden a los sucesos de los últimos días.

Amaneció un domingo luminoso. Las oscuras posibilidades de la noche, amenazadoras, informes y pesadas, se habían retirado a sus habituales claustros sombríos y habían sido reemplazadas por los

simples problemas prácticos: mucho menos desalentadores. Una llamada telefónica me bastó para averiguar que a Eduardo le habían puesto unos puntos en la mano y que sus tendones estaban perfectamente, aunque habría que retrasar su exposición inminente. Vera se había levantado poco después que yo y estábamos las dos sentadas a la mesa de la cocina bebiendo café. Hablamos de Anna y yo le pedí que tuviera cuidado con la chica. Le puse una mano encima de la suya, la miré con total seriedad y vi que empezaba a encabritarse. Era la vieja truculencia lo que aparecía ante mis ojos, el viejo orgullo ciego que volvía a la vida, pero yo mantuve mi mano sobre la de ella hasta que se calmó.

—¿Qué quiere decir eso?

—No hagas como que no te preocupa nada. Las cosas importan. No la vuelvas dura solamente porque alguien la ha herido.

—Dudo que yo pueda volverla algo que ella no quiere ser.

—Eso no es verdad y lo sabes.

Me recliné en mi asiento, levanté mis dedos de encima de los suyos y me la quedé mirando. Se me ocurrió que tal vez fuera un poco menos ajena a las responsabilidades que en el pasado, tal vez estaba empezando por lo menos a reconocer la existencia de la responsabilidad. A los setenta años, había luchado largo y tendido contra ella, y todos los viejos instintos seguían presentes. Pero se habían alcanzado compromisos y se habían firmado treguas.

—Es una de las dos o tres cosas de las que me sigo arrepintiendo —dijo—. El no haber intentado conservarla a mi lado.

Yo sentía curiosidad por saber cuáles eran las otras cosas. ¿Con la vida que había vivido, y solamente se arrepentía de dos o tres?

—¿Qué tiene tanta gracia? Gin Rathbone, ¿te estás riendo de mí?

El viejo gruñido de la osa nunca me había asustado.

—Me estoy riendo de ti. Conque dos o tres cosas de las que te arrepientes, ¿eh? No está mal.

—No está mal y un carajo. ¡Muy bien! Muy bien. No seré un mal ejemplo para ella. No es mi intención, de todos modos.

Me alivió oírle decir aquello. Mi querida Vera. Jack apareció en

la puerta de la cocina.

—Una cosa a cambio —dijo ella, volviéndose hacia él.

—¿Qué?

—Llévame arriba. Enséñame el estudio.

Era un pequeño precio a pagar. La verdad es que no era ningún precio, tener a Vera en su estudio siempre le había sentado bien a Jack. Así que los tres subimos las escaleras, él delante como una novia en la noche de boda, dijo más tarde, y no poco embargado por la expectación nerviosa de la novia por lo que la espera en el piso de arriba. Abrió la puerta del estudio y se apartó para dejar pasar primero a Vera, nada de entrar a toda prisa para organizar las cosas, Vera sabía manejarse en un estudio. Ella se quedó de pie en medio de la sala vestida con su ropa holgada, se giró en redondo, husmeando, en su elemento. Murmuró algo acerca del hecho de que los estudios de Jack siempre olían igual, pero su atención había sido captada, lo vi de inmediato, por el retrato de Anna.

No fue a él de inmediato. Primero miró con detenimiento el lienzo grande. Y era efectivamente, tal como yo había sospechado, otra variación sobre la postura de Narciso, y una de sus descripciones más claras hasta el momento: una figura asomándose por la borda de una barca, extendiendo el brazo hacia una segunda figura sumergida, un reflejo, con el brazo levantado, ambas manos a punto de tocarse. La barca era blanca, el agua negra y la figura en la barca de un rojo borroso. Había una tercera figura muy escorzada y erguida en la proa, con un remo en las manos. Estaban dentro de alguna clase de cueva. Era un cuadro simple y austero, y Vera permaneció en silencio ante él, apoyando el peso del cuerpo alternativamente en un pie y en el otro, levantando de pronto la mano para aislar alguna pincelada —Vera tenía unas manos delicadas, unas manos femeninas, blancas y gordezuelas, cuando se molestaba en limpiarse las manchas de pintura y la porquería— y hablando para sí misma —Oh, sí, eso está muy bien; o en un tono más ominoso: ¿De qué demonios va esto?—, lo cual hizo que Jack

apareciera a su lado y se quedara mirando al objeto de la ofensa y viera lo que ella veía aunque no se mostrara de acuerdo con ella, por lo menos todavía no. Así que ella estuvo mirando el cuadro y murmurando, y Jack acechando detrás de ella para no perderse nada, y luego, por fin, incapaz de contenerse durante más tiempo, pues la tensión era demasiada para él, llamó su atención hacia cierto pasaje del que estaba satisfecho, cierto accidente de textura y gestualidad que le gustaba, y que ella había reconocido enseguida.

—Narciso cruzando la Estigia.

—Hacia el infierno —dijo Vera—. Igual que tú, ¿eh, Jack?

Una ráfaga de regocijo apareció debajo del ceño de Vera, luego se alejó —Sí, está muy bien, me gusta mucho, cariño— mientras Jack se henchía y resplandecía como una calabaza de Halloween con una vela dentro. Todo aquello se lo dio a Jack antes de concederse a sí misma el placer que buscaba.

Se quedó parada delante del desnudo a cuerpo entero y allí no murmuró nada. Puede que dejara escapar un ligero suspiro. Jack se acercó a la ventana y se quedó de pie a mi lado, mirando primero hacia el jardín y luego hacia el cielo, que se había cubierto de nubes, ahora estaba gris y encapotado. Sabía que el cuadro era una equivocación y se dio cuenta de que ella lo sabía también pero estaba tan cautivada como él, él no podía abandonarlo y ella no podía dejar de mirarlo. De pronto mi hermano se impacientó y dijo que le apetecía fumar un cigarrillo. La presencia de Vera a menudo provocaba aquel efecto en él, ella era su perdición tanto en las cosas grandes como en las pequeñas.

—Oh, déjalo en paz, por Dios —exclamó Jack—. Ya sabes que no es bueno.

Ella no le hizo caso, se tomó su tiempo, y aunque se apartó al cabo de solamente un par de minutos parecía que había pasado mucho más tiempo. Un par de minutos son una eternidad delante de un cuadro malo, sobre todo cuando es uno el que lo ha pintado.

—¿Y bien?

Ella se desplomó en el sillón y cruzó las piernas. De repente vi que estaba cansada. Llevaba apenas una hora levantada y ya estaba

cansada. Parecía incapaz incluso de levantar la vista y mirar a Jack. Él la dejó permanecer allí sentada mientras caminaba de un lado a otro, hablando, explicando su ambivalencia hacia el cuadro, explicándole incluso el aspecto que tenía bajo la luz de la luna.

—¿Cómo es cuando ella posa?

—Se vacía del todo. Hicimos un trato.

Él no había tenido intención de decir aquello y era la primera vez que yo lo oía. Pero tenía que decírselo a Vera. Jack todavía no sabía por qué tenía que decírselo, simplemente lo sabía.

—¿Qué clase de trato?

—Que ella posaría si yo le hablaba de Peg.

Vera asintió. No estaba sorprendida. Jack me contó más tarde que aquello era lo que pasaba siempre que estaban los dos a solas y se mencionaba el nombre de Peg. Parecían trasladarse a otro lugar, o mejor dicho a otro plano, donde las cosas tenían un significado mucho más enorme y donde se representaban los últimos grandes dramas, asuntos de vida o muerte, y sus vidas se enredaban a través y alrededor de ellos, la de ella y la de él, sus errores, sus disfunciones, donde personalidad y circunstancia estaban horriblemente mal alineadas y los inocentes salían perjudicados. Solamente había una persona realmente inocente en su historia, claro está, y Jack no tenía ni idea de si Vera había resuelto la dolorosa confusión inarticulada de la que había dado señales más de una vez, y que antaño no parecía dispuesta a solucionar, sino que —por lo que él suponía— se limitaba a apartarla de en medio, a bloquearla. A ahogarla. Pero ahora su silencio carecía de nerviosismo, Jack no oía el chirrido de la maquinaria psíquica. Vera estaba serena, apoltronada en el sillón con las manos inmóviles sobre los brazos del mismo, con la cabeza quieta y la mirada clavada en el retrato de Anna.

—Lo extraño es que quiere saber cosas y al mismo tiempo no quiere.

—¿Qué tiene eso de extraño?

—Pues que dijo que había venido a Estados Unidos a averiguarlas.

De repente aparecieron nudos oscuros y confusos de

complicación, de culpa nunca manifestada, y de resentimiento, de remordimientos y de rabia, todo ello relacionado con la muerte de Peg. Yo miré con atención desde el otro extremo de la sala. ¿Acaso cada uno de ellos culpaba al otro? ¿Acaso ella lo consideraba responsable a él? Vera era inescrutable. Se levantó y volvió a acercarse al cuadro. Jack se puso intranquilo.

—¿Y se las vas a contar? —dijo él.

Debía de habérsele ocurrido que Vera tenía intención de hablar con Anna acerca de la muerte de su hermana, de contarle los hechos desde su punto de vista, fuera cual fuera.

—Alguien tiene que hacerlo. Ella acudió a ti.

—Déjame que se lo cuente yo.

Yo estaba a punto de decirle: ¡Pero si ya se lo has contado!, cuando algo pasó entre ellos, una especie de entendimiento complejo. Jack estaba aliviado, eso por lo menos estaba claro, y yo supuse que la responsabilidad de hablar con Anna le correspondía solamente a él.

—¿Sabes qué es?

Ella estaba plantada delante del cuadro, con las manos en los bolsillos, dándole la espalda a Jack.

—No es ella —dijo—. Ni siquiera es Peg. Eres tú, Jack.

¿Por qué no lo había visto él? ¿Y por qué no lo había visto yo? ¡De pronto lo vi!

—Inquietante. El retrato del artista adolescente. ¿Verdad, Gin?

Ella se volvió hacia mí, con sendos fuegos diabólicos cobrando vida en sus ojos cansados. Tenía razón, era el Jack adolescente. Yo había visto aquel cuerpo blanco y flaco muy a menudo. Era Jack a los diecisiete años, tal como era cuando conoció a Vera. Se pinta a sí mismo una y otra vez, pensé, es lo único que sabe hacer. Incluso sus selvas son autorretratos, él mismo me lo dijo.

—Inquietante —volvió a decir ella.

—Vete a la mierda.

Aquello arrancó una risa de Vera. Bajamos la escalera al cabo de unos minutos. Ella quería volver a su hotel. En el umbral le dije que dejara el hotel y que viniera a alojarse a la casa. Le dije que quería

que estuviera cómoda y se lo dije en serio.

Ahora estaba conmovida, y todo se estaba volviendo demasiado sensiblero. Pero no dijo que sí en aquel mismo momento. Dijo que quería volver a vernos mientras estaba en la ciudad, y que nos llamaría por teléfono. Luego se fue, bajó los escalones y se alejó por la calle mientras Jack y yo nos quedamos mirándola desde la puerta.

No vi a Anna hasta última hora de la mañana. Tal como era de esperar, sufría una resaca múltiple inducida por los acontecimientos del día anterior, en parte alcohólica y en parte emocional. Me dijo que por la noche había vomitado y a mí no me sorprendió. Se sentó a la mesa de la cocina, con su pijama demasiado grande y los ojos llenos de sueño, y me preguntó si su madre estaba en casa.

A mí me seguía incomodando mucho su reacción a lo sucedido. Quería enfrentarme con el acto violento que ella había llevado a cabo. Yo sentía que debíamos abordarlo ahora y que Vera tenía que ayudarme. Le dije que su madre había vuelto a su hotel y que llamaría más tarde, y luego le pregunté cómo se sentía sobre lo que le había hecho a Eduardo. Como a través de una mampara de cristal, vi que el dolor la inundaba y que ella lo achicaba a la fuerza. Su cara adoptó un mohín infantil y luego sus rasgos se endurecieron. Se le llenaron brevemente los ojos de lágrimas pero ni una sola le cayó por la cara. ¿Tenía yo razón al cuestionar la forma en que ella decidía regular su vida emocional, acaso tenía derecho a hacerlo?

—Es demasiado pronto —dije—. Tengamos unos cuantos días en paz.

Creo que tal vez ella no había pensado todavía sobre el futuro inmediato. Creo que la idea de unos cuantos días de paz la llenaba de consternación, me refiero a la idea de tener que digerir en calma aquellos sucesos recientes tan desagradables. De nuevo vi a la criatura herida y perpleja levantarse al fondo de su mirada, y como una criatura me preguntó si podíamos cenar todos con Vera aquella noche.

—Llámala —dije.

Ella cogió el número y salió con paso suave de la cocina, y yo supe que por lo menos durante unos días iba a ser una criatura frágil. Menos mal que nos tenía a nosotros para apoyarla.

Más tarde yo estaba caminando por el salón, esperando alguna noticia sobre lo que iba a pasar con la cena. No la habíamos visto en toda la tarde. Era la hora de los cócteles y seguíamos sin saber nada. Le pregunté a Jack si creía que la chica estaría bien. Él estaba seguro de que sí. Cuántas complicaciones había, y todas tenían que ver con Anna. Por lo menos ahora también teníamos a Vera. Vera nos apoyaría para ayudarla a superarlo, hasta que llegara el momento en que Anna se riera de todo ello. A su madre siempre le había resultado más fácil que a cualquiera de nosotros ver el aspecto cómico de la vida. Le dije aquello a Jack.

—Vera finge que la vida es una comedia —dijo—, pero en el fondo sabe que es una tragedia. Es porque es sensible.

—Sapo, no te pongas profundo. No estoy de humor.

—Es la señal de un espíritu generoso.

—¿El qué?

—El ahorrarle a tus compañeros tu visión trágica de la existencia. Más gente debería intentarlo.

A las nueve de aquella noche ya estaba claro que Anna se había olvidado de nuestros planes de cena. Le dije a Jack que iba a mirar en su habitación. Subí las escaleras, cogí el pasillo y llamé a la puerta de su dormitorio. No hubo respuesta. Entré. Era tal como yo sospechaba. De hecho, era tal como yo temía, porque ya estaba prácticamente segura de que se había marchado.

La bolsa de cuero negro que ella había tirado encima del armario ya no estaba. El cajón de su ropa interior estaba vacío, igual que el cajón de su mesilla de noche, salvo por un bono del metro. De sus perchas no colgaba nada. Me senté un momento en la cama antes de bajar las escaleras.

—Se ha ido —dije.

Cogí el teléfono y, mientras esperaba que respondieran del

hotel, le dije: No estás sorprendido.

Él negó con la cabeza y fue hasta la ventana.

—¿Está todavía con ustedes la señora Savage? —dije.

Jack se giró y se me quedó mirando desde el otro lado de la sala. Yo asentí al oír la respuesta y colgué.

—También se ha ido.

Anna se pasó más de una semana sin dar noticias, así que solamente tuvimos nuestra imaginación para hacernos una idea de dónde podían estar. La casa parecía muy vacía. Creo que los dos nos sentíamos abandonados y despreciados. Vera había dejado su número de teléfono y la llamamos varias veces, pero no hubo respuesta, ni tampoco en los días siguientes. ¿Era posible que se hubieran ido a Port Mungo? Era plausible, en cierto modo, pero no. Pintora anciana se lleva a chica confusa al paraíso selvático en que la chica confusa nació. En el Utero de la Naturaleza se producen la curación y la redención. La chica confusa emerge restablecida, la artista muere feliz. Salen los créditos con música de violines.

Estos eran mis pensamientos mientras caminaba por el salón y Jack cambiaba de posición en el sillón, ceñudo, tamborileando con las uñas en un lado de su copa de vino.

—Dios, cómo me gustaría no haber dejado de fumar —dijo.

Incapaces de contactar con ninguna autoridad pública —¿para decir qué, que la chica se había marchado con su madre sin decirnos nada?—, aquellas eran las típicas horas, dijo Jack, que los dioses de la ansiedad dedicaban a los fumadores de muchos cigarrillos. Pero resistió, y continuó resistiendo, y así, día tras día, nos movíamos por la casa en un estado de abatimiento silencioso, mientras el clima reflejaba nuestro estado de ánimo. Le conté lo sucedido a Dora y la querida Dora fue como siempre un punto de apoyo. Nadie podía decirnos nada. Incluso en Nueva York, donde la comunicación chisporrotea por circuitos de conexiones tan densos como los sistemas de raíces de un huerto de patatas, hay períodos de calma inexplicable en los que uno adquiere una extraña paz. El teléfono no

suena en todo el día, no aparece nada en tu buzón y uno se pregunta si los instrumentos son defectuosos, pero no, se trata de un remanso del sistema. La ciudad, como si repitiera y amplificara el silencio ensordecedor de madre e hija, también se volvió silenciosa. Había neblinas, esas neblinas saladas que llegan flotando a Nueva York al principio de la primavera y le recuerdan a una que al fin y al cabo se trata de un puerto del Atlántico, y aunque con el tiempo se ha convertido en la capital de prácticamente todo lo que uno puede pensar, al principio lo único que importaba eran el puerto y el océano. Y así, afectados por la niebla y sin que nos llegara ninguna señal, nuestros pensamientos giraban formando círculos abstractos que pronto se convertían en nudos, nudos tediosos, nudos de tedioso solipsismo.

Aquella semana Jack pasó muchas horas en el estudio y llegó a considerar muy en serio la posibilidad de comprar un paquete de cigarrillos. Dijo que era como los primeros días después de dejarlo. La memoria sensorial del tabaco lo abrumaba a todas horas: ¡me dijo que notaba el sabor de los puñeteros cigarrillos! ¿Qué antigua asociación era aquella que ahora reclamaba ser satisfecha? Se dejó absorber por el conflicto —fumar o no fumar—, diciendo que le quitaba de la cabeza a Anna. Luego estaba el retrato. ¿Acaso aprendería algo nuevo si se lo quedaba mirando unas cuentas horas más? Marcas, pinceladas, la obra de su propia mano, ¿qué resto quedaba de algo que no fuera su propia conciencia? Tal vez los restos de vapor de otro ser, pero se trataba de unos restos ya vagos y que se volvían más vagos con cada minuto que él pasaba mirándolo. Y si los cigarrillos lo tentaban, ¿qué había de las fotografías viejas, acaso tenía que sacarlas y ponerse todo lloroso a mirar aquellas caras congeladas en el tiempo, con sus errores todavía pendientes de tener lugar? No. No. Y llegó a ver todo aquello como la obra que iba a crear en aquellos días neblinosos, como una *performance*: estar sin fumar cigarrillos, sin mirar fotografías viejas, ser tan espartano, tan minimalista y tan severo en sus apetitos como pudiera, lo cual quería decir un solo vaso de vino cada noche, no más. Fruta y ensaladas, un vaso de vino, había locura en la casa, lo notaba, dijo, era vulnerable a

la misma, y para seguir inmune a ella tenía que sellar su psique herméticamente: convertirse en Fort Jack, de ese modo podría permanecer cuerdo y sano en aquel momento de intranquilidad y desorden. Y sí, pensé al oír todo aquello, profundamente confundida: Hay locura en la casa, y sé de dónde procede. Pero no dije nada.

Y así pasaron aquellos días extraños. Jack se fue volviendo más y más silencioso a medida que se adentraba en aquel estado de ánimo ascético y descendía su nivel de azúcar en la sangre. Dora era como un fantasma que se movía por entre la niebla en la periferia de nuestro campo visual. La casa estaba en silencio. La ciudad estaba en silencio. Incluso el parque estaba en silencio, decía Jack, que paseaba por él casi todos los días. En alguna parte, Vera estaba hablando con Anna. Estaba respondiendo sus preguntas. Le estaba contando la historia de la muerte de Peg, y yo no sabía por qué aquello ponía tan nervioso a Jack. ¿Qué tenía mi hermano que temer? ¿Que le contara a Anna la historia que una vez le había contado a Johnny Hague?

Le pregunté a Jack por qué estaba preocupado. Él estaba apoyado en el marco de la ventana, mirando la calle: ahora siempre parecía estar mirando la calle, no me hacía falta preguntarle por qué, y él asintió. Su respuesta fue curiosa. Anna había venido a Nueva York a hacer averiguaciones sobre su hermana, dijo, pero él había querido prepararla antes de contarle nada. No solamente estableciendo el contexto de sus vidas en Port Mungo, sino dándole tiempo para que ella pudiera conocerlo a él. Solamente cuando ella lo conociera a él como era debido entendería las circunstancias que rodeaban la muerte de Peg. Supongo que yo podía entender aquello. Mi hermano no era joven, y con el paso de los años había ido acumulando capas. No podía revelarse a la chica en un solo fin de semana. Tenía facetas, dimensiones, caparazones —distintos yos—, ese millar de partes móviles que constituyen la maquinaria coherente de un ser humano maduro. Que ella lo fuera conociendo, aquella era su idea, y después podría empezar a entender la muerte de su hermana.

Fuera estaba oscureciendo, y yo le pregunté si quería su vaso de vino entonces, pero no, él dijo que no. Ni tampoco quería las luces encendidas. Las sombras se acentuaban en el salón. Lo que temía, me dijo, era que Anna recibiera una versión sesgada de Vera, que hacía mucho tiempo que se había inventado una explicación de lo sucedido que reducía o incluso eliminaba por completo su responsabilidad en el accidente. Luego se habría aferrado con tanta fuerza a esa explicación que habría llegado a no darse cuenta por completo de que era falsa. A Vera no le gustaban la incerteza ni la ambigüedad, me dijo. Siempre necesitaba el gesto, y no podía tolerar ninguna demora en la realización del gesto. Cuando pintaba, me dijo, no costaba ver la misma impaciencia, la misma incapacidad para mantener una decisión, la necesidad imperiosa de decidir las cosas enseguida para poder pasar a lo siguiente. Así era como se habría imaginado la muerte de Peg, unas cuantas pinceladas toscas para darle forma y contorno…

Todo aquello lo oí en la oscuridad casi completa, mientras Jack caminaba por la sala con los dedos temblando y cerrándose, y yo no pude contarle mis temores: que las pinceladas toscas que Vera se inventara para Anna fueran las mismas que le hubiera contado a Johnny Hague. Y yo había empezado a sospechar que aquello era precisamente lo que Jack temía también.

No volvimos a hablar del tema aquella noche. Creo que estábamos los dos agotados. Yo ya había tenido bastante, eso estaba claro. En los viejos tiempos habríamos salido, nos habríamos emborrachado mucho y Jack habría evacuado los complejos contenidos de su corazón rebosante mientras yo escuchaba comprensivamente y trataba de entenderlo todo. Por la mañana no recordaríamos gran cosa salvo la sensación de que había salido a la luz algo doloroso, aunque no quedaría tan claro si después de salir a la luz había desaparecido. Pero Jack y yo ya no nos comportábamos así. No solamente porque emborracharse tenía un precio mucho más elevado, físicamente, que antes, sino porque entendíamos que no

serviría de nada. Las cosas verdaderamente importantes para la gente de nuestra edad no son susceptibles al alcohol, el alcohol no cambia nada. Aunque sirva para todo lo demás.

Así que la situación de suspense continuó. No seríamos capaces de seguir con nuestras vidas ni de retroceder hasta que Anna regresara y nos enteráramos de lo que le había contado Vera. Qué triste resultaba, pensé yo, que la culpa de mi hermano careciera de fundamento en la realidad. Pobre Jack. Todos aquellos años torturándose a sí mismo con la misma pregunta: ¿Seguiría ella viva hoy si yo hubiera hecho esto o aquello? Era una idea inútil, pero imposible de abandonar mientras alguna astilla persistente de profunda emoción siguiera clavada en la idea de que se podría haber salvado a Peg y de que podría haber sido él quien la salvara.

Luego me pregunté a mí misma: ¿Y cuál era la posición de Vera en todo aquello? ¿Acaso era obra suya aquella astilla persistente de emoción que mantenía viva la culpa de mi hermano? ¿Acaso estaba ella en connivencia con aquella culpa, coludía con ella, la estimulaba y la apoyaba? Y con aquella idea emergió en mi mente la figura de Vera, ruidosa, habladora, alerta, temeraria, enérgica —y sí, borracha, y sí, egoísta e irresponsable—, y yo la comparé con mi hermano, aquel hombre severo, complejo, feroz, ambicioso, aquel hombre narcisista y víctima de sus fantasías, y pensé: Solamente hay una persona en el mundo que pueda vivir con Jack Rathbone, y esa persona soy yo.

Empezamos a preguntarnos si Anna regresaría alguna vez. No había dejado nada atrás, solamente su guitarra, que yo había encontrado en su funda negra y dura debajo de la cama. Abrí la funda y descubrí que se trataba de un instrumento de aspecto caro con una incrustación de madreperla en el mástil. Pasé los dedos por las cuerdas. Nunca la habíamos oído tocar. Seguramente regresaría a por ella. Yo miraba a mi hermano deambular por la casa, distraído, y de pronto me acordé de los días siguientes a la muerte de Peg, durante los cuales él se había sumido en el mismo estado de pena y

dolor. Estaba llorando la desaparición de Anna igual que había llorado la desaparición de su hermana veinte años antes, y por fin entendí por qué había insistido con tanto fervor en el parecido de la chica con Peg. Era porque Anna había sustituido a Peg. Le había devuelto la vida, y por fin en el seno de Jack había empezado a emerger un dolor profundo, mientras que en su alma había brotado una especie de paz, de alivio, de calma. Ella había despertado todo esto en Jack. Yo lo había visto con mis propios ojos, aunque hasta aquel momento no lo había entendido del todo: Anna se había convertido en el doble de su propia hermana, lo bastante parecida a ella como para que Jack hubiera empezado a darle cuerpo, emocionalmente, por decirlo de alguna forma, usando como modelo a Peg. El retrato de cuerpo entero era su declaración de que había tenido lugar dicha sustitución.

Pero que aquel… ¿cómo llamarlo…?, aquel simulacro, aquel fantasma, muriera, en sentido figurado, ¿qué quería decir eso? ¿Cómo podía morir un fantasma? ¿Qué quería decir hablar de la muerte de un fantasma? Y, sin embargo, aquello parecía ser lo que estaba llorando mi hermano durante aquellos días vacíos, estaba llorando la muerte de un fantasma. ¿Se está volviendo loco?, pensé yo. ¿Acaso ya está loco? Empecé a preocuparme muy en serio.

La casa, tal como digo, permanecía en un estado de suspensión, y había poco que yo pudiera hacer más que esperar y observar, esperar a que volviera Anna, o por lo menos a que nos dijera dónde estaba y que estaba bien, y observar a Jack. Vigilar a Jack. Vigilarlo igual que se vigila a alguien en estado de luto, siempre presente, lista para abordarlo con bálsamos y palabras de consuelo cuando hiciera falta. Fue como resultado de aquella vigilancia que me di cuenta de que mi hermano estaba en pleno duelo, y que había sido empujado a un territorio emocional que ya había transitado en el pasado.

Todas las noches yo lo llevaba a alguno de los restaurantes del vecindario, normalmente el restaurante español, pero con cada día que pasaba él se volvía menos comunicativo. Yo le pregunté si estaba

trabajando en algo. Él se encogió de hombros y me dirigió una mirada breve y funesta desde el otro lado de la mesa mientras removía con desgana su comida. Jack tenía el mismo poder que tenía Vera, era capaz de crear una atmósfera a su alrededor, y ahora sus silencios estaban cargados de un significado espiritual. Una especie de majestuosidad siniestra lo asistía en su abatimiento, y aunque yo era perfectamente capaz de traspasar aquel estado de ánimo, no lo hacía. Mi tarea en aquel momento no era más que permanecer vigilante hasta que pasara la crisis.

Había un par de cosas que despertaban mi curiosidad. Quería saber qué estaba pasando en el desván, entre él y el retrato de Anna. ¿Acaso Jack penaba junto al cuadro como un decrépito obsesivo salido de alguna lúgubre novela romántica?

¿O acaso lo había girado hacia la pared? Le pregunté si lo había girado hacia la pared. Él soltó una carcajada estridente, y los comensales de las mesas vecinas se giraron para ver qué había hecho tanta gracia al hombre alto y silencioso del rincón. Aquella era la manifestación de vida más clara que yo había visto en él en días.

—Apenas lo miro ya, Gin. No me hace falta girarlo hacia la pared.

Por un momento no le creí.

—¿Sigues pensando que es un error?

—No es el cuadro lo que es un error, es ella. No tiene nada.

—¿Qué quieres decir?

Por un momento pensé qué había conseguido romper la ilusión: Anna no tenía nada de su hermana. Pero no era así.

—No tiene nada dentro. ¿O me equivoco, Gin? ¿Acaso dijo algo alguna vez que se te quedara en la mente?

Muchas cosas, pensé, pero me interesaba más lo que él pensaba de su hija. Hice un ruido ambiguo y no dije nada.

—Vacía, esa es la verdad, como una niña. Toda esa ropa negra. No es más que una niña asustada de Surrey. Todo es culpa de Gerald. No hay huellas de experiencia, ¿lo ves? Encerrada en su propio narcisismo. No hay nada en ella.

Negó con la cabeza y atacó su cordero.

—¿Y eso está en el cuadro?

—Eso está en el cuadro —dijo, masticando vigorosamente—. O, mejor dicho, falta en el cuadro.

Devalúa el objeto de tu deseo y el dolor de la pérdida disminuye. Al menos esa es la teoría. El pobre debía de estar pasándolo realmente mal si se había visto reducido a aquello. Había cierta verdad en lo que decía, pero él no la podía ver. Él decía la verdad a pesar de que se estaba mintiendo a sí mismo. La otra cuestión que despertaba mi curiosidad tenía que ver con Vera, y con qué había estado él pensando de ella durante los últimos días.

—¿Crees que su madre ha llegado a la misma conclusión? —le dije.

—¡Bah!

Hubo un estrépito de cubiertos, más cabezas se volvieron hacia nosotros. Jack miró con expresión iracunda a sus vecinos y las cabezas se volvieron a girar.

—Escucha —dijo entre dientes—. Ya la Conoces. Es una mujer taimada. Esto no tiene nada que ver con Anna.

—Ah, ¿no?

Él negó con la cabeza, bebió un poco de vino tinto, se pasó la lengua por dentro de la boca y atacó sus patatas asadas con aplomo. Parecía que llevara una semana sin comer. Algo se había soltado en su interior, una energía enquistada, y ahora le hacía falta combustible.

—Tiene que ver conmigo.

Me sequé la boca con la servilleta para ocultar la sonrisa que me afloró a los labios. Conque encerrada en su narcisismo, ¿eh? Anna no tenía nada dentro y Vera la estaba usando para conspirar contra él, ¿no?

—¿Cómo puede tener que ver contigo?

—Oh, vamos, Gin, no eres tan tonta. Por supuesto que tiene que ver conmigo. Todo lo que hace Vera tiene que ver conmigo, ya lo sabes. No te habrá engañado a ti también, ¿verdad?

Sus ojos me miraron soltando llamaradas a la luz de las velas, furiosos, del todo furiosos. ¿Qué podía hacer, animarlo a que lo

soltara todo o bien tirar aquellas chorradas por el suelo e inmovilizarlas para que él pudiera ver lo que eran realmente?

—Crees que ella va a explicarle cuentos chinos a Anna para volverla en contra de ti, ¿y eso como venganza por qué, exactamente?

—Oh, Gin.

Aquello lo murmuró un hombre que parecía no tener nada más en mente que limpiar hasta la última migaja de comida de su plato y beberse hasta la última gota de vino de su copa. Yo esperé, sintiendo las primeras punzadas de la irritación. Su furia lo ponía gallito.

—Muy bien —dije—. Ilumíname.

Terminó de comer, se secó los labios, aunque la sonrisa altanera no desapareció. Aquel no era Jack, aquel paranoico desdeñoso: la furia rebaja a la gente, pensé de repente, vuelve a los hombres unidimensionales, como caricaturas de mal gusto de sí mismos. Entonces vi algo más en su cara, y pareció que la corriente acababa de invertirse. La furia del loco se arrugó como una máscara de cartulina y no reveló más que dolor.

—Ella me culpa por lo de Peg y yo ya no lo puedo soportar. Es demasiado para mí, Gin.

Yo estaba a punto de decir: Oh, pero eso es absurdo, aunque no lo hice. Me limité a esperar. Lo único que vi fue confusión, y supe que tenía razón: Jack se culpaba a sí mismo, llevaba veinte años luchando contra la culpa y ya era demasiado viejo para soportarlo. Era más frágil de lo que parecía. Yo lo había protegido del mundo durante años, pero ahora el mundo, el pasado, se habían colado por debajo de mis defensas y él tenía un cuchillo en la garganta. Y todo esto lo vi en el pánico de aquel anciano.

—Pero ¿cómo te culpa? Jack, escúchame. ¿De qué te culpa?

Él no me pudo contestar. Estaba abrumado por la emoción. Se llevó la servilleta a los labios. ¿Cómo iba yo a ayudarle si él no me quería decir la verdad?

—Jack, ella también está mayor.

Aquello fue como tirarle un cordel a un hombre que se estaba ahogando, pero lo agarró de todos modos y consiguió salir a flote.

—Eso es verdad, claro. Ella puede ser un poco…

De pronto se quedó boquiabierto, su expresión se transformó por completo. Se quedó mirando algo situado detrás de mí, se puso de pie y tiró la servilleta con gesto ausente sobre la mesa. Yo me di la vuelta en mi silla para ver qué estaba mirando, y allí en la puerta del restaurante, escrutando el local con la mirada, estaba Anna.

17

No nos había visto. Luego vio a Jack, de pie junto a la mesa con el brazo en alto, como un faro enviado su mensaje de bienvenida y de esperanza. Ella vino a la esquina donde estábamos sentados en el reservado oscuro que siempre ocupábamos: es decir, hasta que ella entró en nuestras vidas y nos trasladamos a otro sitio cerca de la barra donde ella pudiera fumar. Los labios fruncidos, ceñuda, avanzó por el estrecho espacio que quedaba entre las mesas, y los comensales levantaron la vista con indiferencia mientras ella se abría paso hasta el rincón donde aquellos dos ancianos estaban teniendo una cena más bien emocional. Yo me levanté a medias de mi silla, consciente de que tenía una sonrisa de oreja a oreja y estaba llena de un placer mucho más fuerte del que me habría gustado sentir. De hecho estaba muy disgustada con la chica, e irritada conmigo misma por ser una vieja tonta, pero encantada a pesar de todo de ser una vieja tonta ahora que ella había venido a casa. Pero ¿acaso había venido a casa? Eché un vistazo a mi hermano. Mi alegría no era nada comparada con la felicidad bobalicona que estaba fundiendo sus rasgos apergaminados hasta darles la consistencia de la crema. Ella se sentó y nos miró, primero a él, luego a mí y por fin de nuevo a él, sonriendo.

—Hola —dijo.

Los largos dedos de Jack se cerraron en torno a los de ella y los sostuvieron con fuerza.

—Eres una mala chica —le dijo—. Mira que largarte sin decir una palabra.

¡Y, Dios bendito, había lágrimas en sus ojos, se los veía relucir a la luz de las velas!

—¿Creéis que me dejarán fumar? Todo el mundo ha dejado de comer.

—Fuma, fuma —dijo Jack—, quémate tus pequeños pulmones si quieres, pero no vuelvas a marcharte sin decirnos nada.

—No has estado preocupado de verdad.

—He estado loco de angustia.

—Gin, ¿ha estado loco de angustia?

Ella se giró hacia mí y vi que cualquier aprensión que pudiera haber sentido acerca de reencontrarse con nosotros dos se había evaporado gracias a la calidez de nuestra bienvenida. Tenía unos modales más suaves de los que yo le había visto nunca. Y parecían completamente sinceros.

—Es cierto. Los dos estábamos locos de angustia.

—Bueno, pues lo siento.

—¿Y dónde has estado? Cuéntanos. Creo que quiero más vino. ¿Dónde está Luis?

—No ha tocado una gota desde que te marchaste —murmuré. Ahora los dos éramos cómplices en el chiste de que Jack se había vuelto loco de angustia.

—En casa de mi madre.

—Mentira. Os llamamos allí bastante veces. Y no contestó nadie.

—Pensábamos que serías tú. Y decidimos no contestar.

Así que a fin de cuentas no iba a pasar nada, pensé. Si Anna creyera lo peor sobre Jack no se estaría comportando de aquella manera, juguetona y afectuosa, casi coqueta. El alivio estaba empapando a Jack como un chaparrón. Parecía diez años más joven. Apareció Luis y por fin le soltó la mano a su hija y pidió más vino: esta vez una botella buena. Luis vio que estábamos de celebración y sin alterar su expresión se sacó un cenicero del bolsillo y lo dejó sobre la mesa.

Pero ¿qué iba a pasar entonces, ahora que todo el mundo había manifestado lo agradable que era volver a verse? ¿Qué le había

contado Vera y de qué modo había afectado aquello a sus sentimientos hacia Jack? ¿Y cómo íbamos a empezar a hablar de ello?

—No sabía que mi madre te hubiera enseñado a pintar.

El tacto de los jóvenes. Pero Jack estaba demasiado de buen humor para enfadarse ni por un segundo.

—¿Es eso lo que te ha contado?

—Sí.

Ella le sonrió a través de una nube de humo de cigarrillos. Jack levantó su vaso de vino y durante unos segundos su cabeza orgullosa con su nariz parecida al filo de una espada y sus ojos viejos de párpados caídos llenos de cariño afable fue la cabeza de mi padre. Hacía muchos años que yo no veía tanta ternura en él.

—Es verdad —dijo él. Estaba tan cariñoso que era sincero—. Ella me dio mucho —dijo—. Quiero decir que robé mucho de ella. Lo robé cuando ella no miraba.

—Me lo ha dicho.

—¿Qué más te ha dicho?

Yo guardé silencio mientras aquello continuaba. Ahora estábamos serios. Jack colocó las palmas de las manos sobre la mesa y se las quedó mirando, con el ceño fruncido, como si le desagradaran por alguna razón. De pronto Anna se mostró desconcertada, insegura.

—Dijo que le cogías sus lienzos y trabajabas encima de ellos.

¡Cielos, aquello era nuevo para mí! Jack siguió mirando fijamente la mesa. Pasaron unos cuantos segundos. Él levantó una mano, como si fuera a hacer una declaración solemne, luego la volvió a colocar suavemente sobre la mesa. Contempló a Anna con expresión ligeramente dolida.

—Solamente lo hice una vez.

¡Aun así!

—Bueno, dos veces.

—Eso está muy mal, ¿no? Para un pintor.

¡Ella no sabía nada!

—Está bastante mal —dijo Jack.

Luego explicó que estaba bloqueado y desesperado con su obra, que había entrado al estudio de Vera y había encontrado un lienzo en el caballete, y por primera vez en semanas algo le había emocionado, así que se llevó el lienzo a su estudio y continuó donde ella lo había dejado, y aquello lo puso en marcha otra vez.

—Ella se cabreó, ¿verdad?

—Vaya si se cabreó —dijo Jack.

Yo no era tan valiente como Anna. No le pregunté por qué lo había hecho una vez más. Sospecho que fue en circunstancias idénticas y con resultados idénticos. Debió de haber dado buenos resultados. Tal vez se sentía justificado por su visión de una asociación artística familiar. Pero ya habíamos tenido bastante para una sola velada, y Jack no le preguntó qué más le había contado Vera de él. Lo cierto era que Vera se había apiadado de él. No había vuelto a la chica en su contra, tal como podría haber hecho con mucha facilidad.

—¿Qué planes tienes? —dije.

—¿Puedo quedarme un poco más en tu casa?

Miré brevemente a Jack.

—Creo que es posible.

—Tengo una idea pero todavía no quiero hablar de ella por si acaso hablar me trae mala suerte, ¿sabéis a qué me refiero?

Sí, lo sabíamos, y poco después nos fuimos del restaurante, sin duda para gran alivio de Luis, después de todo el humo y los gritos que habían salido de nuestra mesa. Qué extraño resultó subir los escalones de entrada de la casa los tres juntos de nuevo y qué distinto era nuestro estado de ánimo del de hacía un par de horas. Y Jack ya no penaba por un fantasma sino que despedía una profunda satisfacción. Volvía a ser él mismo, y aquello me produjo un alivio considerable, ya que me preocupaba mucho que pudiera estar perdiendo la capacidad de distinguir las ficciones de su mente de la verdad.

A la mañana siguiente bajé a la cocina y me encontré a Anna hablando por teléfono con su madre. Colgó enseguida. Me dijo que Vera había venido con ella a la ciudad.

—Gin.

—Sí.

—Sé que he trastornado vuestra vida pero me iré muy pronto.

—Eres muy bienvenida, Anna. Lo digo en serio. Tienes que quedarte todo el tiempo que quieras.

Un poco más tarde llamé al hotel desde mi estudio y le pregunté a Vera si podíamos vernos.

Nos reunimos en una cafetería atestada de Broadway con la calle Chambers que tenía en el escaparate fotografías enmarcadas de los años cincuenta de varias ganadoras del título de *Miss* Metro. Era un bonito día de principios de abril. La mañana era agradablemente fresca, el cielo era azul y no había nubes. De día la calle Chambers es una calle atestada y con un tráfico denso y estruendoso. Vera estaba sentada en un banco con una taza de té y un bizcocho inglés delante. Aquello me hizo sonreír. Yo pensaba que ella era más bien una mujer de *whisky* solo y filete poco hecho. Y se lo dije.

—Gin, son las diez de la mañana.

—¿Y?

Ella me permitió la broma.

—Anoche nos lo pasamos muy bien con Anna —dije.

—Me lo ha dicho.

—Quiero darte las gracias.

—¿Por qué?

—Creo que ya lo sabes.

—Dímelo.

Así que se lo dije. Le dije que la relación con Anna era muy importante para Jack. Que iba a ser un golpe muy duro si la chica se volvía contra él. Vera me miró con frialdad. A la luz del día pude verla bien por fin. Era extraordinario que toda la mala vida que había llevado no la hubiera envejecido más. Podría pasar por una mujer de cincuenta años, o de menos, y solamente cuando se giró hacia la ventana y la luz del sol le bañó la cara vi el trabajo que los años habían bordado en la piel de alrededor de sus ojos y de su boca.

La mandíbula era firme y los dientes eran blancos, más o menos, aunque seguía faltándole uno de los de arriba a la izquierda. Ahora tenía el pelo entrecano y lo llevaba recogido en un moño descuidado y sujeto con peinetas y lápices. Anillos de plata en los dedos, varios de ellos con turquesas de Nuevo México. Hacía unos años que no bebía. Llevaba un jersey negro holgado debajo de una chaqueta vaquera con varias chapas y broches en la pechera.

Me pregunté si su amante era un hombre o una mujer. Las mujeres de nuestra edad a menudo se cansan del macho. Lo que hacemos es optar por la ternura, la sinceridad y la fe de nuestra propia especie. Es lo único que queremos realmente. Eso y que alguien nos haga reír.

—Me alegro de que lo aprecies —dijo ella.

—Odio verlo angustiado. Es muy frágil.

Entonces, para mi asombro, ella se molestó.

—¡Frágil… y una mierda! —dijo, y se inclinó hacia mí, tamborileando hábilmente con una uña sobre la mesa.

—No le conté a Anna todo lo que sé de tu hermano —dijo—, pero no veo por qué no puedo contártelo a ti.

—Conozco a mi hermano.

—Gin, tú no sabes nada.

Ciertamente aquel giro de la conversación me dejó perpleja. Yo no había querido más que tener la cortesía de darle a aquella mujer las gracias por su discreción, pero parece que mi alusión a la fragilidad de Jack la había enfurecido. De repente me puse en guardia. Pensé: Puede que haya dejado la bebida, pero sigue siendo igual de voluble. Me pareció que no quería saber lo que al parecer intentaba decirme ahora, pero no tenía mucha opción.

—Jack no es frágil —ladró.

—Se pasó veinte años en Port Mungo criando a tu hija mientras tú estabas por ahí.

—¿Eso es lo que te ha dicho?

—Lo vi por mí misma.

Me escrutó en silencio durante un momento largo, luego miró por la ventana. Pasaba una multitud de peatones. A algunas

manzanas de distancia aullaba una sirena. Ella regresó a la realidad y habló deprisa, apenas parando para respirar, con su acento de Glasgow, con los ojos llameantes y las uñas tamborileando con furia sobre la mesa. Me dijo que Jack solamente quería una cosa de ella. Como sabía que ella era mejor que él, le robó todo lo que tenía, y es que aquello era la vida para mi hermano, me dijo: robar ideas de los demás porque él era un artista de tercera.

—Y sospecho que lo sabes, Gin —me dijo—. Pero los dos tenéis ese mito de Jack el Genio. Bueno, pues es una chorrada. Me arrastró hasta allí abajo porque no soportaba verme triunfar aquí. Se lo estaban comiendo los celos, y creo realmente que le parecía absurdo que una mujer pudiera tener más talento que él. Es por eso que me quería allí en aquel estercolero, para que yo fuera invisible. ¿Por qué crees que quería tener hijos? Para tenerme callada mientras él tomaba sus lecciones de pintura.

En todo aquello había una pizca de verdad, pero no mucho más. Yo conocía la historia de Jack. Vera no había acabado. Se cansó de aquello, me dijo, claro que sí, ¿a qué mujer no le pasaría? Había perdido el norte, se había convertido en una borracha y había mandado al garete una carrera prometedora.

—Pero si crees que Jack el Genio se quedó allí todo el tiempo por disciplina o por perseverancia o lo que sea estás equivocada. Se quedó allí porque le asustaba enseñar su obra en los sitios que contaban, y esa fue la única razón de que estuviera con Peg, el miedo. Es así. Así de simple. Y si crees que le hizo bien a Peg, entonces piensa en esto, Gin. Si no fuera por él, ella seguiría viva.

Se calló tan abruptamente como había empezado. Nos quedamos mirándonos la una a la otra durante varios segundos y sus palabras se quedaron flotando en el aire entre nosotras como un mal olor. Yo no sabía por dónde empezar, la cabeza me daba vueltas.

—Así que su obra no es buena…

La tensión atroz que había creado se disipó en gran medida. Ella adoptó un tono brutalmente despectivo.

—Lo sabe todo el mundo.

—¿Y las exposiciones? ¿Su éxito, su reputación?

—Tuvo suerte. Volvió aquí con el neoprimitivismo ese, o el neotropicalismo, como demonios lo quieras llamar, y consiguió llamar la atención. Por entonces había mucho timo, y también mucho dinero. Él fue muy listo. Convenció a un montón de gente de que era Gauguin resucitado. Era un fraude, y si tuvieras un poco de vista, Gin, te habrías dado cuenta.

—Envidia.

—Oh, no seas ridícula. Jack ya había arruinado mi carrera mucho antes de eso.

—Pensé que eras un poco más…

—Sí, y yo también. ¿Crees que estoy orgullosa de que me hiciera descarrilar? Él sabía lo que estaba haciendo. Me usó, Gin, cogió todo lo que pudo…

Me asombró y me entristeció oírla culpar a Jack de su fracaso. Me quedé callada. Ella volvía a estar mirando por la ventana. Luego se puso el bolso encima del regazo y hurgó en el interior, y aunque mantuvo la cabeza gacha vi que le estaban cayendo las lágrimas. Menudas historias nos contamos a nosotros mismos para seguir vivos y no volvernos locos. Vera odiaba a Jack porque él había triunfado mientras que ella había fracasado, y lo culpaba a él de aquel fracaso. De pronto levantó una cara surcada por las lágrimas y de ojos brillantes.

—No te apiades de mí. ¡Te conozco, Gin Rathbone!

—Creo que no es a Jack a quien estás culpando…

—No, crees que soy yo. Te equivocas. No estoy feliz de cómo han salido las cosas pero no me va mal. Simplemente he pensado que tenías que saber que tu hermano es un fraude, peor que un fraude.

Me la quedé mirando. Negué tristemente con la cabeza. Ahí estaba la razón por la que Vera había hecho todo tan mal, como artista y como mujer.

—Eres como él, ¿verdad? —dijo de repente.

Habló en un tono casi asombrado, como si se le hubiera encendido una luz en la mente. Vi de inmediato lo que estaba pasando.

—Así que yo también soy un fraude.

Ella soltó un soplido de burla.

—Tú no tienes un desván lleno de cuadros malos que te acrediten.

Me puse de pie.

—Siento mucho que pienses así, Vera —dije—. Yo solamente quería darte las gracias por guardarte tus sentimientos para ti mientras Anna estuviera contigo. Está claro que el esfuerzo ha sido demasiado para ti.

—Gin, puedes ser una zorra pomposa, ¿lo sabes?

—Adiós, Vera.

Y diciendo aquello me marché, y hasta llegar a la calle no dejé que saliera la furia, y por un momento no me pude mover, me quedé allí parada en la acera y la multitud avanzó esquivándome como si yo fuera una roca en medio de un arroyo. Luego me puse a buscar un taxi.

Las mentiras tienen cierta cualidad viscosa. Uno las puede reconocer, pero al mismo tiempo algo de ellas se queda. Ya he contado que en el salón de la planta baja de mi casa hay dos cuadros de gran tamaño: el *Narciso* pintado por Jack en Port Mungo y el gigantesco *Vándalo a las puertas* de Vera. Cada uno tenía toda una pared. La casa estaba vacía cuando regresé, entré en el salón y me planté primero delante del cuadro de Jack, luego delante del de Vera. Luego volví al de Jack. Durante quince minutos fui de uno al otro. Al cabo de aquel rato me quedé convencida de que la escabrosa crítica que había hecho Vera de la obra de mi hermano estaba motivada por la envidia y nada más. Y al mismo tiempo un asomo de duda me estuvo inquietando hasta que se me ocurrió aquella idea de la viscosidad. Uno reconoce las mentiras, pero al mismo tiempo algo de ellas se queda.

¡Qué agradable resultaba tener con nosotros a Anna para los cócteles! Llegó justo después de las seis cuando yo estaba descorchando una botella. Jack todavía no había aparecido. Ella se

desplomó en un sillón y sopló en dirección al techo.

—Dios, estoy agotada.

—Esto te revivirá.

—Gin.

—Sí.

—Tengo que preguntarte una cosa.

Pero en aquel momento apareció Jack en el umbral. Llevaba todo el día en el estudio y no se había cambiado de ropa, ni siquiera se había lavado, a juzgar por lo que yo pude ver. Tenía un aspecto completamente desastrado. Se quedó un momento de pie, contemplando la feliz escena.

—Me gustaría tomar un vaso de eso, por favor —dijo.

Luego entró, y allí estábamos otra vez, todos juntos igual que habíamos estado antes de que empezaran los problemas. Jack se sentó y miró a Anna, sonriente. No creo haber visto nunca una sonrisa así en la cara de mi hermano, todo dientes, es decir, claramente canina. Hubo en ella una extraña fijeza. Duró demasiado y vi que Anna se ponía incómoda. Me miró. El momento pasó. Decidimos ir a cenar al restaurante español, lo cual parecía ser una declaración de que pretendíamos continuar como si no hubiera pasado nada. La velada pasó bastante bien, aunque Jack estuvo muy callado. Aquello me sorprendió un poco, porque yo sabía lo profundamente aliviado que se sentía de tener con nosotros de nuevo a Anna y más bien esperaba que estuviera animado.

Me desperté a las dos de la mañana. Silencio absoluto. Me giré hacia la lámpara de la mesilla de noche. Suelo dormir muy bien, nunca me despierto en medio de la noche. Enseguida me di cuenta de lo que me había despertado. No era un ruido sino una idea. Se me había ocurrido antes durante el día pero la había reprimido, luego la había sacado otra vez en mi mente dormida. No era de extrañar que no hubiera podido soportarla, ni que mientras mis defensas estaban relajadas se anunciara a sí misma de forma lo bastante clamorosa como para arrancarme de un sueño profundo.

Bajé con paso suave a la cocina y me hice una taza de té. Sabía que no iba a dormir, y a las cuatro y media me tomé una pastilla.

Me desperté varias horas después, bastante aturdida. Después de una ducha y una taza de café llamé al hotel de Vera pero me dijeron que había pagado la factura y se había ido. La llamé a su casa al norte del estado. No hubo respuesta. Me quedé sentada durante diez minutos, pensando en qué hacer, luego metí unas cuantas cosas en una bolsa y le pedí a Dora que por favor le dijera a Jack y a Anna que era posible que yo no regresara hasta el día siguiente. Sobre las once estaba en la Sexta Avenida buscando un taxi que me llevara a Penn Station.

Una hora más tarde me dirigía al norte en tren por el valle del Hudson. Es un viaje que he llevado a cabo en muchas ocasiones, y que normalmente me produce un gran placer. Lo considero uno de los mejores viajes en tren del mundo, aunque no tengo mucho con qué compararlo. Pero aquel día apenas miré el río, o, mejor dicho, sí que lo miré, me lo quedé mirando, pero apenas lo vi. Tenía la mente en otra parte. Cuando me bajé del tren en Rhinebeck solamente tenía una idea muy aproximada de dónde estaba la casa de Vera, pero el taxista que encontré en la estación supo de inmediato a quién había ido a ver, parecía que en aquel lugar todo el mundo la conocía.

La casa estaba sobre un risco desde el que se veía el Hudson abajo y a lo lejos. Un camino de entrada corto y lleno de curvas daba paso a una carretera tranquila que subía por las colinas por encima del río, cerca del escenario de una escaramuza de la guerra de Independencia señalado por una placa a un lado de la carretera. Había una camioneta aparcada al lado de un cobertizo de gran tamaño y entre los árboles al otro lado del cobertizo vi una serie de estructuras de madera y metal. Arte. Esculturas. En alguna parte ladraba un perro. Hacía un día frío y el cielo estaba azul, con abultadas nubes blancas cruzándolo muy por encima del río. Se abrió la puerta trasera de la casa y Vera salió al porche, secándose las manos con un trapo. Al verme salir del taxi se apoyó en la barandilla y en su expresión no detecté resentimiento, sino más bien diversión. Y curiosidad. Mientras yo cruzaba el jardín me preguntó a voz en grito si había hecho todo aquel camino para disculparme.

—¡Yo nunca he llamado zorra pomposa a nadie!

—Gin, lo siento. La mayor parte del tiempo no eres una zorra pomposa.

—Aquí arriba hace un viento de narices.

Me llevó a una cocina con una larga mesa en el medio. Las ventanas del lado norte tenían láminas de plástico de color claro grapadas encima. Me hizo una taza de café. No me preguntó qué estaba haciendo allí arriba, ni tampoco se lo dije, al menos no de entrada. De alguna forma, mi presencia allí no nos parecía extraña a ninguna de las dos. Nos sentamos a la mesa rodeando con los dedos nuestros tazones de café. Yo me sentía como si estuviera en algún restaurante rústico que careciera de calefacción centralizada.

—Sé por qué has venido —dijo ella.

—Ya pensé que lo sabrías.

Se quedó callada. Oímos a alguien caminar por el piso de arriba. Ella levantó la vista al techo.

—¿Sabes que Anna quiere estudiar bellas artes? —dijo ella.

Me acordé de que la chica me había dicho que quería hablarme de algo. Probablemente quería que la ayudara financieramente.

—No.

—Me ha enseñado algo de su obra.

—¿Es buena?

Hizo una pausa. Su actitud era vacilante.

—Prometedora.

Nos miramos mientras otro de sus juicios artísticos flotaba en el aire. Aquel era menos polémico que el anterior.

—Creo que necesita tu ayuda. Un préstamo.

—Ya me lo imaginaba.

—Eres una buena mujer, Gin.

—La quiero mucho. Y Jack también.

—Sí. Jack.

Volvimos una vez más. Ella estaba sentada mirando la mesa y yo decidí ir directa al grano y le conté lo que sabía de la noche en que murió Peg. Intenté presentarlo con toda la neutralidad que pude, el viaje borracho en barca, las nubes ocultando la luna, la barrera de coral esperando bajo el agua oscura. Luego le hice la pregunta que

me había despertado en medio de la noche. ¿Qué había querido decir al comentarme que Peg seguiría viva de no ser por Jack?

Ella se me quedó mirando. Parecía atónita.

—Gin, eso es una invención total.

En su cocina, sentada al otro lado de aquella mujer a la que había conocido toda la vida, no me mostré combativa. Llevaba tanto tiempo viviendo con el pasado de mi hermano que ya me resultaba tan familiar como el mío. Yo sabía que la versión que él explicaba no era rigurosamente objetiva, pero ¿qué versión lo es? Cualquier versión de un tejido tan denso de acontecimientos y emociones e intenciones como es una vida será inevitablemente defectuosa y sus énfasis y subrayados no reflejarán la verdad —como si existiera algo semejante—, sino más bien las formas de parcialidad y denegación elaboradas por la memoria al servicio del ego. Jack no era distinto, encerrado como estaba en la postura de Narciso del artista entregado, y yo nunca me lo había tomado al pie de la letra, aunque de hecho la culpa atroz con la que llevaba tanto tiempo luchando sugería una mente que no deseaba distorsionar ni borrar el pasado para poder convivir más cómodamente con él.

Pero ahora me preguntaba a mí misma si me había engañado. De pronto la historia parecía incierta, el edificio entero parecía inestable. El viento traqueteaba en los cristales y eché un vistazo al cielo, luego al otro lado del valle, hacia los árboles pelados de las colinas que dominaban el río. Se me ocurrió que allí era posible ver las cosas mucho más claras de lo que se veían en la ciudad, y no hablo de la simple capacidad visual, sino de la intelectual, o incluso la espiritual. En cierto modo había menos ruido y menos carga estática en la atmósfera. Vera estaba hablando y yo volví a prestarle atención, y en aquella cocina fría, con el cielo invernal al otro lado de la ventana, y en el silencio de aquel lugar elevado, sus palabras tenían una terrible resonancia descarnada mientras contaba lo mal que Jack las había tratado a ella y a Peg en Port Mungo. En la ciudad la verdad es un ave escurridiza, a su manera tan elusiva como pegajosa resulta la mentira. En la ciudad hay demasiado ruido, demasiadas versiones en conflicto de cualquier fenómeno, de forma

que uno aprende a ser circunspecto y andarse con pies de plomo. Escéptica, irónica, estoica y desapegada: así es la postura urbana. Allí arriba las declaraciones de Vera resultaban crudas y sinceras y yo no sentía deseos de llevarle la contraria.

—Continúa.

Así que me lo contó. Yo sabía que mi hermano era un hombre ambicioso y sabía lo que había sacrificado en el nombre de su arte. Pero ¿acaso había intentado imaginar realmente cómo era vivir con un hombre así? Yo pensaba que sí, en Port Mungo yo creía haber visto lo que su dedicación costaba a quienes vivían con él, aquella energía negativa enquistada, pero no lo había visto realmente, no a la luz de lo que ahora me estaba contando Vera. Me habló de la crueldad de Jack. De lo despectivo y negativo que era con la obra de ella, y después con la de Peg. Lo difícil que hacía que nadie más pudiera trabajar bajo el mismo techo. Yo me acordé de la visión de la que él me había hablado a menudo, de la asociación artística, del Estudio Americano: seguramente no era posible que el hombre que había tenido aquel sueño pudiera ser tan destructivo con el trabajo ajeno, ¿no?

Pero al parecer sí lo era. Era capaz de denigrar a Vera delante de otra gente, de decirle que era una fracasada, que estaba acabada, que era una perdedora. A solas con él en Port Mungo a ella le resultaba muy difícil conservar alguna fe en sí misma.

—¿Por qué no te fuiste?

—Me fui.

—Pero no para siempre. ¿Por qué no podías irte y no volver nunca, si tan terrible era Jack?

—Por Peg y por Anna.

—¿Y no podías llevártelas contigo?

No, no podía. No sabía cuidar criaturas. No era una mujer maternal. Bebía demasiado. Quería viajar y quería pintar. No tenía dinero. De niña, Peg era feliz. Sabía mantenerse alejada de su padre durante las horas de trabajo y si entraba en el estudio sabía mantenerse callada. Y ciertamente estaba mejor en Pelican Road de lo que habría estado vagabundeando por el Caribe con su madre.

Así que Vera viajaba para estar lejos de Jack y volvía por sus hijas.

Yo estaba sentada a la mesa de la cocina sin saber qué decir. Pensé: Pero ella también está siendo parcial. ¿Y acaso no exagera? ¡Los hombres y las mujeres discuten! ¡En el calor del enfado se dicen cosas terribles! Cuando los hombres y las mujeres se pelean no usan un lenguaje que busque la verdad, usan un lenguaje de confrontación: se acusan, se defienden, se justifican…

Yo defendí esto ante Vera, pero ella negó con la cabeza. No eran discusiones, dijo. De nuevo en voz baja, las palabras iban cayendo en la sala como piedras al agua, una a una. Mi hermano era un hombre cruel, dijo. Egoísta, irrazonable, exigente, se quedaba en Port Mungo porque allí podía jugar a ser el tirano, y ella, apaleada, sin dinero, convertida en algo frágil y rápidamente abocada al alcoholismo, no podía ni desafiarlo ni abandonarlo, no mientras todavía tuviera a Peg y luego a Anna. Y Peg le pertenecía a él, Jack lo había dejado muy claro. Era él quien la había cuidado, la había alimentado y le había dado un techo: la niña le pertenecía. Y cuando creció siguió perteneciéndole. Peg ocupó mi lugar, dijo Vera, en voz baja, y yo me convertí en la más débil. En la niña. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Resultaba difícil escuchar aquello. De nuevo oímos pasos en los tablones del piso de arriba. Ella puso recta la espalda en su silla y se giró hacia la puerta, pero no apareció nadie. Me miró y soltó una bocanada de aire.

—¿Salimos? ¿O tienes demasiado frío para moverte?

—Un paseo nos haría entrar en calor.

Así que caminamos junto a la carretera y ayudamos a que la sangre nos circulara un poco por las venas, y al aire libre la conversación de la mesa de la cocina parecía un poco menos espantosa. Qué poco conocía yo a mi hermano después de todo, por lo visto. Era cascarrabias, sí, y testarudo, y egoísta, pero no más que ningún otro artista serio, o eso había pensado yo. La vida con Jack era bastante tolerable, y así se lo dije a Vera.

—Tú no representas una amenaza para él.

Aquello era cierto. Yo no era una amenaza para él, yo le

consentía todo. Lo mantenía. Le había mantenido toda su vida. Pensé en los cuadros que había pintado desde su regreso a Nueva York, durante los años en la calle Crosby y luego en mi casa, y volví a ver que estaban llenos de rabia, pero también de otra cosa, de una especie de virtuosismo, pero era un virtuosismo vacío, no decían nada: eran los cuadros que coincidían con el hundimiento gradual de su carrera. Por lo menos los cuadros de Port Mungo, la obra de su llamado período tropicalista, se habían alimentado de los colores del mundo y no de los colores de su mente, o de su alma furiosa y aislada. Seguimos caminando en silencio. Reconocí que habíamos llegado al punto en que teníamos que hablar de la muerte de Peg. Estábamos en una encrucijada, quiero decir que estábamos literalmente en un cruce de caminos, en donde el camino de la casa de Vera confluía con una carretera procedente del este, y allí donde se cruzaban había un parterre de hierba con un banco que dominaba el río. La vista era asombrosa. Nos quedamos un par de minutos sentadas en silencio.

—Háblame de Johnny Hague —dije.

—Johnny cuidaba de mí.

—¿Era tu amante?

—¡Gin!

Dijo mi nombre en tono cortante, con irritación, como diciendo: escucha lo que te estoy diciendo. Me dijo que necesitaba que alguien cuidara de ella. A veces necesitaba un médico, a menudo tenía cortes y hematomas después de alguna sórdida pelea de borrachos en Pelican Road. Johnny le curaba los cortes y le curaba el espíritu. Era cariñoso y protector. La amaba. Y sí, fue su amante durante unos años, al principio, luego fue simplemente un buen amigo para una mujer encerrada en un aprieto espantoso, atrapada en una relación destructiva y en la adicción a la bebida e incapaz de librarse de ninguna de ambas cosas.

—Conocía a Gerald —dijo ella.

—Lo sé.

—Fueron juntos al King's College.

—Me lo dijo. ¿Era adicto a la morfina?

—Lo tenía bajo control.

Parecía acorde con el territorio, parecía estar en cierta forma en sintonía con Port Mungo que el médico fuera adicto a la morfina mientras que su amistad, o más bien su amor no correspondido, mantuviera en pie a una mujer empujada al alcoholismo por un artista demasiado obsesionado por su trabajo como para prestarle ninguna atención.

De pronto vi a Peg como un chivo expiatorio: una inocente, cuya función era purgar todas aquellas toxinas y pacificar o incluso purificar con su muerte a la comunidad. Y la purificó hasta el punto de que después de su muerte Jack y Vera quedaron libres de Port Mungo, libres para venir al norte y empezar de nuevo, y no solamente ellos sino también Anna: Anna tuvo la suerte de poder alejarse de Port Mungo antes de quedar también lisiada por la miseria y el desorden de sus vidas allí.

—¿Y qué fue de Johnny?

—Al final consiguió salir. Vino aquí arriba a verme. No tengo ni idea de cómo me encontró, me olvidé de preguntárselo. Es probable que por Gerald.

Le pregunté cómo había ido la visita. Era un hombre bueno y divertido, dijo ella. Ya no era joven. Ninguno de nosotros es joven ya. Pero seguía siendo el mismo Johnny, fantasioso, confuso, idealista, generoso e indulgente consigo mismo. Un caballero, dijo ella, si es que eso todavía significa algo hoy en día. Desarraigado, en busca de un lugar, incapaz de quedarse en Port Mungo, que al parecer estaba quedando irreconocible a medida que el Caribe occidental atraía más y más visitantes y las playas vacías se iban llenando de centros turísticos. Johnny se quedó unas noches en la granja. Y hablaron de los viejos tiempos.

Silencio allí, en nuestro peñasco en lo alto del río Hudson. Luego Vera empezó a hablar de nuevo, mirando hacia delante y con las palmas de las manos apoyadas en las tablas del banco. Fue entonces cuando me lo dijo. Le costó unos minutos. En voz baja y con calma me dijo que Peg se había deprimido tanto que una noche se había ido al manglar y se había tragado un fiasco entero de

pastillas. Me contó que Johnny estaba en el bar del Macao cuando Jack entró, unos diez días después de que se encontrara el cadáver de la niña. Estaba muy mal. Llevaba días bebiendo. Tenía que hablar, y cualquier antagonismo que hubiera existido entre ambos hombres quedó olvidado ante lo extremo de la desesperación y la necesidad de Jack. Empezó a airear sus sentimientos en el bar y Johnny lo llevó a una mesa en el fondo de la sala donde no los oyera nadie.

Y lo que Jack dijo entonces, Johnny se lo transmitió inmediatamente a Gerald. Desde entonces no dijo una palabra a nadie hasta la noche en que se sentó a la mesa de Vera. Lo que le contó fue lo siguiente: que una noche Jack y Peg se habían sentado a beber —Vera estaba fuera, en alguna parte de la costa—, y cuanto más hablaron más angustiada se fue sintiendo Peg. Los recuerdos que conservaba Jack de aquella parte de la velada estaban más o menos intactos. En cambio, estaba confuso sobre lo que sucedió después de medianoche. Lo que cree que pasó fue que por fin se había visto obligado a mostrarse de acuerdo con Peg en que su vida se había convertido en un horror indecible. Y era tal el estado de borrachera que habían alcanzado, dijo, o, mejor dicho, el estado de lucidez que cierto tipo de borrachera puede crear en la mente, cuando el alcohol alcanza cierto grado de sobriedad superior, que se había mostrado de acuerdo con ella en que estaría mejor muerta.

Vera se detuvo ahí.

—Jack le dijo a Peg —dije lentamente— que estaría mejor muerta. Le dijo a su propia hija que estaría mejor muerta. ¿Por qué?

—Él no sabía si lo dijo o no. Dijo que era posible, dado todo lo que habían dicho ya. Y no tengo que contarte por qué. Ya sabes por qué. Te lo contó Gerald.

—Oh, Dios bendito.

Sobre las colinas del otro lado del Hudson planeaba un halcón por el cielo, a lo lejos. Un pajarillo diminuto arrastrado por las corrientes del viento. Los detalles siniestros y descarnados de aquella historia escupidos en un bar de Port Mungo por un borracho incapaz ya de

seguir guardando para sí mismo el mal que había hecho. Dudo que alguna vez le volviera a hablar a alguien sobre aquello, dijo Vera, y Johnny Hague, a quien había elegido perversamente para que oyera su confesión, solamente lo contó en dos ocasiones: a Gerald y a ella. ¿Y a quién se lo había contado Vera? Solamente a mí, dijo.

—¿Y a Anna no?

—No.

—¿Anna no lo sabe?

—No.

—¿Por qué no se lo contaste?

—Es mejor que crea que es culpa mía y no que Jack…

—¿Jack qué?

Ella no quiso decir nada más. Así que le repetí lo que Gerald me había contado en su habitación del Park Plaza veinte años atrás, y ella no negó nada, ni siquiera su propio conocimiento culpable de los cambios experimentados por su hija, ni tampoco las sospechas que ella reprimió, o mejor dicho, que ahogó en torrentes de bebida, hasta el día en que Johnny Hague se sentó a la mesa de su cocina y le contó lo que Jack le había contado a él en el bar del hotel Macao.

—Aquello fue el fin. Yo tenía que dejar de beber, tenía que reformarme. Después de aquello no pude ver más a Jack. No hasta la semana pasada, o cuando fuera que le vi.

—Porque te enteraste de que estaba aquí Anna.

—No podía perderme a Anna, ¿verdad? Y vosotros dos os la estabais guardando para vosotros solos.

—Tendría que haberte llamado.

—Pues sí —dijo ella con voz quebrada.

—¿Así que me estás diciendo que aquella cosa entre Jack y Peg —le dije— empezó antes de que naciera Anna y continuó después? ¿Y ella se suicidó por eso?

—Sí.

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

—No me lo creo —dije—. No me creo ni una puñetera palabra. ¡Ni una puñetera palabra!

18

Cogí un tren a media tarde. Llegué a Penn Station cuando ya había oscurecido y cogí un taxi. No había nadie en el salón ni en la cocina. Era la noche libre de Dora. Me serví una copa. El silencio de la casa no resultaba confortante. Deambulé por la planta baja, reaccionando a una intranquilidad, o mejor dicho a un trastorno en la atmósfera de la casa. Había pasado algo: la idea me acometió de repente y con fuerza considerable. Mientras yo estaba fuera, mientras Jack y Anna estaban solos, había pasado algo en la casa. No, era yo. Estaba asustada, ansiosa y cansada hasta la desesperación. En el tren había venido aturdida, incapaz de empezar siquiera a asimilar lo que había oído aquella tarde. Recuerdo haber pensado una vez, en relación con la muerte de Peg, que no existen los misterios, solamente los secretos. Solamente la gente que tiene secretos. No había cambiado nada. La gente seguía teniendo secretos.

Intenté leer el periódico. Normalmente me gusta tener la casa para mí, la soledad me produce placer. En las raras ocasiones en que estoy sola aquí me permito gozar del placer de la posesión: esta es mi casa. No la comparto, es mía. Pero aquella noche era distinto. Aquella noche la casa no era mía en absoluto, otros se habían adueñado de ella, de una forma que todavía no me resultaba evidente, y luego se habían marchado. O bien estaban en sus habitaciones, aunque no habían respondido cuando subí y los llamé. Tampoco había nadie en el estudio, no había visto luces arriba al salir del taxi. Por alguna razón había un enorme cuchillo de cocina en la repisa de la ventana y nadie había bajado las persianas. Las

bajé. Luego me senté unos minutos con el periódico hasta que oí que alguien bajaba la escalera.

Los pasos que descendían me alarmaron de forma indescriptible. Yo era incapaz de decir una palabra. Permanecía paralizada en mi sillón, girada a medias hacia la puerta.

¿Por qué no podía saludar en voz alta a quien fuera?

Anna apareció en la puerta.

—Ah, hola, Gin.

Me la quedé mirando, todavía confundida.

—Anna.

Ella se desplomó en un sillón y no me quiso mirar. Se estaba mordiendo la uña del pulgar. Cuando levantó la vista para mirarme a los ojos no pude descifrar su expresión. Sentí que volvíamos a estar donde habíamos estado cuando ella se trasladó a la casa por primera vez, incómodas la una con la otra e incapaces de entablar conversación.

—¿Va todo bien? —dije.

—Pues no.

—¿Qué pasa?

No hubo respuesta. Una especie de encogimiento taciturno de hombros, volvió a apartar la vista y se aplicó a su tabaco y sus papeles de liar. Yo tenía la sensación de estar en un sueño. Lió un cigarrillo descuidado con dedos temblorosos y lo encendió.

—Gin.

—Sí, Anna.

—Jack está muerto.

Supongo que nunca olvidaré ese momento. Cómo describir la… sacudida que da la mente cuando recibe una información tan completamente inesperada… la sacudida que te envía al vacío, como si te tiraras de una cornisa en lo alto de un edificio, y en plena caída libre, agarrándote a alguna que otra ramita…

—Pero si solamente he estado fuera unas horas —le dije yo.

¿Cómo podía estar muerto si yo había pasado tan poco tiempo

fuera de la casa? Mis palabras tampoco tenían sentido para Anna. Yo estaba inclinada hacia delante en mi asiento, mirando fijamente a la chica. Me di cuenta de que tenía la boca abierta. La cerré.

—¿Dónde está?

—Arriba.

Pero no me moví. Supongo que estaba en estado de *shock*. Me costó un minuto formular la pregunta apropiada.

—¿Qué te hace pensar que está muerto?

—Será mejor que te cuente lo que ha pasado.

—¿Se lo has contado a alguien más?

—Te estaba esperando a ti.

Así que empezó a hablar, mientras yo permanecía allí sentada intentando asimilar que aquella chica me estaba diciendo que mi hermano estaba muerto en el piso de arriba. Yo no entendía lo que me decía. La interrumpí.

—¿Está en su dormitorio?

—No, está en el estudio.

Le dije que continuara. Supongo que la razón de que no quisiera subir las escaleras era que entonces tendría que afrontar lo que fuera que ella me estaba contando. En el salón nada de aquello era real. Creo que esperaba ver aparecer a Jack en el umbral en cualquier momento. Entonces estaría claro que aquella era alguna rareza nueva de aquella chica rara. Me estaba contando que después de que yo me hubiera marchado Jack le había pedido que posara otra vez. Él quería trabajar en el retrato. A ella no le apetecía nada pero parecía tan importante para él que había acabado por aceptar. Ella subió al estudio en albornoz, tal como había hecho a menudo en el pasado, y cuando él estuvo listo ella se lo quitó y se quedó delante de las cortinas en la pose que él le había enseñado a adoptar.

Yo asentí. Hasta entonces estaba claro.

Pero Jack se comportaba de forma muy extraña. No paraba de murmurar para sí mismo y ella no entendía lo que decía. De pronto se giró hacia la ventana y se quedó muy quieto, como escuchando a alguien que le hablara desde el edificio de delante. Ella se fue sintiendo más y más incómoda pero cuando se movió él le gritó que

se quedara donde estaba. Después de aquello ella tuvo miedo.

Luego sintió asco.

—¿Por qué?

Aquello no era fácil para ella. Tenía los dedos hechos un nudo y no paraba de retorcérselos. La cabeza gacha y el ceño fruncido. Me miró durante un instante fugaz y luego apartó la vista de nuevo. Desde donde ella estaba no podía ver bien a su padre, me dijo, a él le gustaba poner el caballete cerca de ella y en ángulo oblicuo. Pero pudo ver con el rabillo del ojo lo que estaba haciendo.

—¿Qué estaba haciendo?

—La tenía fuera.

—¿Qué?

Ella hizo un gesto. Estaba mintiendo.

—No —dije yo.

—Sí, Gin. Sí.

¡De pronto estaba furiosa!

¿Qué pasó entonces?

Entonces ella se puso el albornoz a pesar de que él le estaba gritando que no se moviera. ¿Es que no veía que estaba trabajando? Ella intentó abandonar la sala pero él puso la espalda contra la puerta. Ella le gritó.

—¿Le gritaste?

—Le grité de verdad.

—¿No tenías miedo de él?

—¡No! Por favor, era un viejo verde.

Lo único que vio, me dijo, era un viejo verde patético y despreciable. ¿Y luego qué?

—Jack se echó a llorar. Su espalda resbaló por la puerta. Patético. Pasé por encima de él y bajé las escaleras. Me vestí. Llamé a mi madre pero me dijo que ya te habías marchado.

—¿Le contaste lo que había pasado?

—No.

Empecé a pensar en ir al piso de arriba. Ahora mi respiración era muy rápida. Me sentía acalorada y tenía náuseas. Tuve que pasar un momento más sentada.

—¿Y luego qué?

—Saqué un cuchillo del cajón de la cocina y me senté aquí a esperarte.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que Jack está muerto?

Me costó bastante esfuerzo decirlo. Parecía que no había suficiente oxígeno en la sala. La conversación había pasado de ser del todo irreal a ser demasiado real y ahora se volvió nuevamente irreal.

—He vuelto a subir.

—¿Por qué?

—No sé. Supongo que me aburría.

Veinte minutos más tarde fui al piso de arriba con Anna. Al subir el último tramo de escaleras que llevaban al desván me fallaron las fuerzas y tuve que pararme más de una vez para coger aire. Ella me estaba esperando en la puerta. Nos quedamos un momento al otro lado de la puerta cerrada del estudio, en silencio salvo por mis jadeos.

—Muy bien —dije.

Anna abrió la puerta. Estaba oscuro y solamente se filtraba del exterior un resplandor muy tenue. Había un olor extraño y desagradable. En la otra punta del estudio había algo en el suelo. Anna le dio al interruptor y durante un segundo o dos la sala quedó inundada de una luz blanca y brillante.

—¡Ya basta! —grité, y ella la apagó.

La cosa del suelo era mi hermano Jack tendido en un charco de sangre: tumbado de espaldas, desnudo de cintura para arriba, con las manos encogidas como garras. El cuerpo alargado, delgado y pálido. Las heridas estaban en los antebrazos, y cada una de ellas se había convertido en una fea costra de sangre coagulada. Tenía los ojos muy abiertos y también la boca, como si estuviera muy asombrado. Los pies grandes extendidos hacia los lados. Como un enorme pájaro muerto. Tenía delante el retrato de Anna, y parecía estar mirándolo. En los dedos agarrotados de la mano izquierda había una cuchilla de afeitar envuelta en cinta aislante negra.

Mucho más tarde, después de que viniera y se marchara primero la policía y después el personal médico, y después de que se llevaran el cadáver a la morgue, Anna y yo estábamos sentadas juntas abajo. Yo había hecho varias llamadas —a Vera, a Eduardo, al médico de Jack y a un par de personas más—, luego Dora había llegado a casa y la había encontrado llena de desconocidos, y al enterarse de por qué estaban allí se había pasado cinco minutos histérica. Luego recobró la compostura y preparó café. Ahora la oíamos barrer las escaleras y el pasillo. Durante varias horas yo había representado el papel del ama de casa competente y había tratado con la policía y luego con el médico y los enfermeros. Anna había estado a mi lado todo el tiempo y había permanecido tan tranquila como yo. Ni siquiera la imagen de dos hombres con chaquetas blancas bajando el cuerpo metido en una bolsa de Jack por las escaleras hasta la camilla que había en el vestíbulo alteró nuestra actitud seria e imperturbable. Ahora estábamos las dos sentadas delante de sendos *whiskies* largos y nuestra compostura todavía no había empezado a mostrar ningún signo de irse a resquebrajar.

—¿Cómo lo hiciste?

—¿Cómo hice el qué?

No hacía falta que ella fingiera conmigo, pero no dije una palabra.

—¿El qué, Gin?

Más silencio. Dora apareció y preguntó con voz temblorosa si necesitábamos algo más. Le dije que no. Regresó al vestíbulo y cerró la puerta tras de sí. Oímos la aspiradora. El estudio estaba cerrado con llave. Yo no sabía si podía pedirle a Dora que fregara el suelo de allí arriba. Tal vez le preguntara si conocía a alguien que pudiera limpiar el estudio, entonces ella podría decirme si la tarea le resultaba demasiado dolorosa. Al final me tocaría a mí encargarme de sus cosas. ¡Con todos los cuadros que tenía allí! Una vez leí que no se puede limpiar la sangre de los suelos de madera, no del todo. Siempre quedan de color rosa.

—Supongo que tendría que sentirme triste o algo así —dijo Anna—. Pero no siento nada.

—Ya te llegará.

Cuando se lo conté a Vera soltó un chillido consternado. Al cabo de un momento no pudo seguir hablando. Dijo que bajaría a la ciudad al día siguiente.

Así que Anna y yo estábamos sentadas tristemente en el salón.

—Me alegré cuando murió Gerald —me dijo—. Estaba sufriendo mucho.

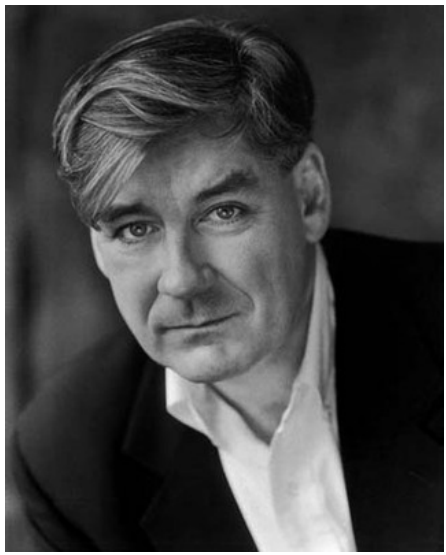
—¿Crees que Jack no estaba sufriendo?

Se levantó sin decir una palabra y salió de la sala. Me acordé entonces de Rothko. El héroe de Jack. Yo vivía en Nueva York cuando murió, y recordaba que se había suicidado con una cuchilla, no cortándose las muñecas sino las arterias braquiales de los antebrazos. Así que la muerte de Jack había tenido algo de imitación, le había faltado originalidad. Supongo que se podría decir lo mismo de sus pinturas. Me eché a reír. Me sentía un poco mareada. Creo que estaba cerca de la histeria. Me pregunté cómo lo habría conseguido Anna, cómo lo había convencido para que lo hiciera, o tal vez lo que había sucedido era que lo había convencido para que se lo dejara hacer a ella: una de esas cosas rituales, venganza ritual. Parricidio ritual, planeado durante mucho tiempo, deliberado en su ejecución. Todo acabaría por salir a la luz, pensé. No en público, por supuesto, no en un tribunal, quiero decir aquí, en la casa, donde ella estuviera a salvo. Porque teníamos que protegerla, Vera y yo, y también Dora, nosotras las mujeres temamos que mantenerla a salvo para que nadie averiguara nunca que Jack Rathbone no se había suicidado sino que lo había matado su propia hija. Y con aquello en mente empecé a sentir que me inundaba la pena, y en aquel momento oí que Anna estaba vomitando violentamente en el baño del otro lado del pasillo.

¡Y de pronto oí a Jack riendo! En algún lugar en lo alto de la casa, aquella maravillosa risa salvaje que yo recordaba de su infancia, y Dios mío, aquello acabó conmigo, acabó conmigo por completo, y a medida que se abrían las compuertas mi pobre corazón estalló y el dolor salió de mí a raudales como un río.

AGRADECIMIENTOS

En apariencia, el hombre no es una isla, pero cuando están inmersos en un libro muchos escritores llegar a sentirse como una península. Entramos en una habitación a solas, y permanecemos a solas en esa habitación, pero lo que hacemos en ella depende en gran medida de la red de apoyos que tengamos fuera. He aquí los nombres de algunas de las personas que durante la redacción de esta novela y el período inmediatamente posterior me han dado amor, ayuda, fuerza y camaradería, y a los que me gustaría de corazón dar las gracias: Maria Aitken, Pempe Aitken, Max Blagg, Marti Blumenthal, Liz Calder, Peter Carey, Catriona Crowe, Jack Davenport, Gary Fiskejton, Michelle Gómez, Edward Hibbert, Sonny Mehta, Andrew O'Hagan, Alexandra Pringle, Deborah Rogers, Edward St. Aubyn, Betsy Sussler, Lynne Tillman, Colm Tóibín, Binky Urban, Stewart Waltzer. Y, por supuesto, a Helen, Steve, Judy y Simon McGrath.



PATRICK MCGRATH nació en Londres en 1950. Es autor de un libro de relatos, *Sangre y agua* y de varias novelas: *Laura, Grotesco, La historia de Martha Peaje* (ganadora del premio Flaiano en Italia), *Spider* (llevada al cine por David Cronenberg) y *Port Mungo*, entre otras. *Trauma* es su última novela. Está considerado como uno de los mejores escritores actuales en lengua anglosajona: «McGrath sigue siendo uno de los escritores británicos más interesantes y tal vez el de originalidad más constante de su generación». The Irish Times; «Incisiva y obsesiva […] la prosa de McGrath es limpia, lúcida y absolutamente hipnótica». The Sunday Times.